NARI SPRINGFIELD



AMOR Y DESTINO

LAKSMÍ

NARI SPRINGFIELD

LAKSMÍ



AMOR Y DESTINO

© 2024 Nari Springfield.

Primera edición: Mayo 2024.

Diseño portada: Irene M. de Torres.

Maquetación: Nari Springfield.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales vivas o muertas es pura coincidencia.

A Álvaro,

porque sé que estés donde estés

me estás ayudando a seguir adelante.

A Abril y Marta,

porque el hilo que nos une

jamás se romperá.

A Irene y a Mónica. Sois

mi fuerza, quienes me mantenéis

cuerda a pesar de todo.

PRÓLOGO

El sol empezaba a ocultarse tras las copas de los árboles de Central Park. A esas alturas de junio, el calor había obligado a dejar atrás las chaquetas de manga larga y los pantalones gruesos, para dar la bienvenida a las finas camisetas de colores, los pantalones cortos y las faldas. La mezcla de olores a hierba fresca, la tierra húmeda por el agua de los aspersores y el remanente de las últimas flores de la primavera rodeaba a todos los que a esas horas disfrutaban de las últimas horas del día en uno de los entornos más verdes y conocidos de la ciudad de Nueva York. Y entre ellos, sentados en el césped y con los ojos puestos en el cielo que compartían, había dos jóvenes adolescentes que, con las manos entrelazadas, aprovechaban las últimas horas en las que estarían juntos.

—¿Me escribirás? —preguntó la muchacha tras un largo silencio.

Él, a su lado, se limitó a apretar con suavidad la mano que agarraba, tomándose unos segundos antes de contestar a su pregunta. Había fruncido ligeramente el ceño, ensombreciendo sus ojos, de azul tan intenso como el cielo despejado que contemplaban, y acabó por mirarla de reojo antes de suspirar.

—Me duele que me preguntes eso —contestó al fin, volviendo la vista hacia arriba una vez más, perdiéndola entre las pocas nubes despistadas que enturbiaban la perfección del firmamento —. Claro que lo haré. Cada día.

—Seguro que haces nuevos amigos y te olvidas de mí. Incluso te echarás una nueva novia —se quejó ella, girándose hacia su compañero mientras hacía un teatrero puchero, colocándose de costado. Una parte de ella sabía que ese había sido un golpe bajo. Tenían quince años, no podía atarlo cuando la distancia física entre los dos iba a ser tan grande. Enorme. Pero cada vez que pensaba en que tendría una nueva vida, lejos de ella, le dolía el corazón. Quería, al menos, que se fuera dejando una dulce mentira en sus oídos. Una promesa que, con el tiempo, romperla no doliera tanto como la verdad le estrujaba el corazón en aquel momento.

—¿Lo dices en serio? —Él se giró para mirarla, con las cejas arqueadas en una expresión de sorpresa—. ¡Si apenas tengo amigos aquí! ¡Y si tengo novia es porque tú...! —Se mordió los labios, dejando la frase en el aire, algo que no le gustó a ella. Se giró un poco hacia él, con el ceño fruncido.

—¿Porque yo qué?

—Porque tú eres diferente a todo el mundo —dijo al fin, dejando escapar el aire que retenía en sus pulmones. Un leve rubor subió hasta las redondas mejillas del joven a la par que una mezcla de melancolía y dolor cruzaba su mirada—. Eres especial. Tú has visto en mí algo más que mi rechoncho cuerpo.

—Me gusta tu rechoncho cuerpo —se quejó ella, abrazándose a él y apoyando la cabeza sobre su pecho, obligándolo, al hacerlo, a que prácticamente se tumbase sobre la hierba—. Eres blandito, y tu corazón siempre me da paz cuando lo escucho latir. Pum-pum… pum-pum… Pero no es eso lo que más me gusta de ti. —Desde su posición le miró, dejando que él viera esas esmeraldas que tenía por ojos a través de sus gruesas pestañas. Él, sin darse cuenta, se sonrojó todavía más. Tragó saliva, de modo que su nuez subió y bajó, creando un movimiento que ella siguió con la mirada un instante—. Me gustas, o mejor dicho, te quiero porque eres tierno, divertido e inteligente. Porque eres dulce, buena persona, te preocupas por la gente de tu alrededor. ¡Si hasta le riegas las plantas a la señora Rosmerta! —exclamó alzando una de las manos en un gesto, una vez más, teatral—. Porque nos lo pasamos bien juntos. Porque somos capaces de ver lo que hay más allá del cielo sin miedo. Y sé que cuando llegues a Los Ángeles, encontrarás nuevos amigos y una novia que te quiera tanto o más que yo.

—Eso es imposible. Creo que nadie nunca me ha querido como tú.

—Tienes razón. Ninguna apreciará hasta el parpadeo de tus ojos como hago yo. Es lo que tiene ser tan rarita —bromeó, rozando su nariz con la de él en un gesto tierno, íntimo.

Al separarse, con las mejillas sonrojadas, ambos se miraron a los ojos. Las manos que mantenían entrelazadas se apretaron un poco más la una contra la otra. Eran conscientes de que el tiempo se les escapaba entre los dedos, de que en apenas unas horas su romance se acabaría, después de dos años, y que miles de kilómetros los separarían al uno del otro.

—Seguiremos bajo el mismo cielo —susurró ella mientras se acercaba de nuevo, en busca de sus labios.

—Pero para mí no tendrá el mismo color.

Y tras susurrar eso, dejando que sus palabras rozaran los labios de su novia, de su mejor amiga, sellaron el fin de su amor con un beso, aderezado por dos gruesas y silenciosas lágrimas que se deslizaron por las mejillas de la muchacha. Una dulce despedida con amargo sabor.



—¡Mierda, mierda, mierda! —Salgo corriendo por el pasillo, parandome solo para ponerme la deportiva que me falta. Sí, sé que parezco ridícula llevando un traje de chaqueta azul marino y medias con unas deportivas blancas, ¡pero para conducir son mucho mejores que los zapatos! Y paso de ir por el centro de Los Ángeles, plagado de malos conductores, pisar el freno, que el tacón se me quede encajado y estamparme. ¿Improvable? Es posible, pero no quiero tentar a mi mala suerte. ¡Tiene la manía de salir ganando!

Reviso, antes de seguir con mi carrera, que he metido los zapatos de tacón negros para el trabajo en la bolsa, y que llevo las llaves del coche, toallitas, el líquido para lentillas, la funda, las gafas por si acaso y toda la documentación en el bolso a pesar de que lo preparé anoche antes de irme a dormir. Y que lo revisé. Dos veces. Aprovecho para guardar el móvil y salgo corriendo hacia la puerta bajo las atentas y atónitas miradas de mi hermano y mi sobrina, que desayunan tranquilamente sentados en el mostrador de la cocina americana de su piso.

—¡Nos vemos esta tarde! —exclamo desde la puerta, saliendo al descansillo. Creo escuchar la voz de mi hermano en la lejanía, pero he cerrado la puerta tan deprisa que no sé lo que me ha dicho. Seguro que no era nada urgente.

—¡Mimi, las llaves de casa! —La puerta se abre antes de que pueda llamar al ascensor y me giro, observando a mi hermano Chris, apoyado en el marco de la puerta, con mi llavero, un enorme pompón rosa con orejitas de conejo, colgando de su dedo—. Un día de estos te dejas la cabeza.

—¡Mierda! ¡Jolín, es que voy con la hora pegada! —Corro hacia él, cogiendo las llaves de su mano antes de darle un sonoro beso en la mejilla, cerciorándome, después, de que no le he dejado la marca del labial en la mejilla.

—Mimi, vas con tiempo de sobra, llegarás en veinte minutos y falta una hora para que entres —me dice con una sonrisa en los labios. Sabe que no tengo remedio, y yo también lo sé. ¡Pero de aquí al centro de Los Ángeles puedo encontrarme con algún atasco! ¡O a saber con qué! Además, es la primera vez que voy. Bueno, no, la segunda, porque fui a hacer la entrevista, pero no conozco del todo el camino y podría perderme. O podría haber un accidente. Lo he dicho antes: no quiero tentar a mi mala suerte. *Tyche*[1], la muy perra, me tiene demasiado cariño. O demasiado odio, dependiendo de cómo lo miremos.

Voy a responder, pero entonces una vocecilla algo adormilada y tierna me saca de mis pensamientos, relajándome también de manera instantánea. Es como si su sola presencia lograse calmar mis nervios. No me daba cuenta de lo que la echaba de menos hasta que me vine a vivir aquí.

—Tita, ¿me das un beso?

Nelly alza sus bracitos y abre y cierra las manos, reclamando mi atención. ¿Y cómo le voy a decir yo que no a esa belleza de ojos azules que me pone morritos? ¡Si es que me la como! Me acuclillo y la cojo en brazos, dándole un besito en esos morritos de pato que pone, manchados de chocolate, lo que provoca que suelte una tierna risita que llena mi corazón de calorcito.

—¿Vienes a buscarme al cole?

—Claro que sí, mi vida —contesto, dándole un nuevo beso antes de bajarla al suelo—. Hoy toca tarde de chicas.

—¡Bien! —exclama, alzando los bracitos y mirando hacia su padre, el cual nos observa con aire divertido y las cejas arqueadas—. Hoy no puedes venir con nosotras, ¿eh?

—A ver qué hacéis, que tenéis mucho peligro vosotras dos juntas —se burla, mirando hacia su hija, que hincha el pecho orgullosa.

—¡Es un secreto! —Su tono tajante, junto con el modo en el que cruza sus dedos índices frente a su boquita manchada, nos hace reír a ambos. Nelly es pura dulzura, pero también tiene un punto de orgullo que la hace parecer una pequeña mandataria. Y no me extraña que se lo tenga tan creído, porque los dos bailamos al son que ella nos marca. No podemos evitarlo, es la reina de nuestra casa.

—¡Ay, el trabajo! —exclamo tras unos segundos, que ya me había despistado con la pequeña. Mi hermano se echa a reír con ganas y se acerca, dándome un fuerte abrazo de oso, apretándome contra su pecho. Aunque nos parecemos bastante, Chris me saca una cabeza de altura y es dos veces yo de ancho. Pero no porque esté gordo, sino porque si ya antes hacía ejercicio, desde la muerte de su esposa hace más de un año ha sido su vía de escape, así que ahora el tío tiene unos brazos tan gruesos como mis piernas. Me encanta que me abrace con esa fuerza que casi parece que vaya a partirme en dos, y que me envuelva esa mezcla de aroma a café recién molido y champú. Rodeo su cintura con los brazos, perdiéndome unos segundos en su gesto. Su pecho es mi lugar favorito, lo tengo claro. Los años en los que hemos vivido separados lo he echado demasiado de menos. Y eso que, cuando éramos pequeños, nos llevábamos fatal. ¡Pero fatal!

—Lo vas a hacer muy bien, enana —susurra, antes de besar mi sien y soltarme—. Y ahora vete, que si no te da un patatús aquí mismo.

—¡Adiós, tita!

Tras despedirme de los dos con la mano, decido bajar la escaleras corriendo porque el ascensor me parece muy lento. Sé que no lo es, pero los nervios me pueden. Y a mi trasero no le viene nada mal el ejercicio. Al menos vivo en el tercero y no en el séptimo, así que no tardo mucho en llegar al portal. Y, por suerte, tampoco me tropiezo. ¡Chúpate esa, *Tyche*!

Hoy es mi primer día de curro aquí, en Los Ángeles. Tras más de un par de meses de búsqueda y

de echar decenas de currículums al día en un montón de empresas —algunas que incluso no me interesaban para nada—, recibí una llamada hace una semana de la ayudante de dirección de *Laksmí*, una de las empresas de cosmética y perfumería más grandes del país. Si soy sincera, eché el currículum por pura desesperación, y al final parece que a la chica le gustó lo que vio en él. Me hizo una entrevista dos días después de contactarme y justo el viernes me llamó para decirme que me daban el trabajo y que hoy, lunes catorce de octubre, tenía que estar a primera hora en la oficina. No es que mi trabajo vaya a ser la leche, seré la secretaria de dirección y estaré todo el día pasándole llamadas al director general, llevaré su agenda de reuniones y seré la encargada de avisarle si alguien va a verle. Bueno, supongo que tendré algún trabajillo más, pero en esencia es lo que voy a hacer. Voy a ser su discreta sombra. Eso sí, pagan bien y encima con el horario que me dan puedo ir a recoger a Nelly al colegio siempre que mi hermano tenga guardia de tarde, así que no puedo quejarme.

Tal y como me ha advertido Chris, llego demasiado pronto, así que en cuanto aparco el coche en el parking de la empresa —lo cual me gusta porque aparcar en Los Ángeles es una jodida locura —, me quito las deportivas, dejándolas en el asiento de atrás, y me pongo los zapatos de tacón. Creo que el conjunto general es lo que pega para un trabajo así, ¿no?

Me miro en uno de los espejillos del coche para cerciorarme de que sigo llevando bien hecha la coleta, el flequillo peinado y que no tengo los ojos demasiado irritados por las lentillas. No sería la primera vez que me pongo unas caducadas porque las guardé en vez de tirarlas. Vale, parece que todo está en orden, así que salgo del coche y, tras cerrarlo y guardar las llaves en el bolso, salgo hacia la calle para ir a pedirme un café y hacer algo de tiempo. Un buen caramel Macchiato con un donut glacé. Al final, con las prisas, no he desayunado y tengo más de un cuarto de hora para poder hacerlo.

Tras pedirme el café, el donut y una de esas galletas enormes con pintitas de chocolate que tanto le gustan a Nelly —sí, tengo una adicción al azúcar, y más cuando estoy nerviosa—, me dejo caer frente a una de las mesas libres para poder disfrutar de mi momento de relax. O bueno, a intentarlo. Me acerco a la taza para dejar que el aroma del café me invada, cerrando los ojos mientras lo aspiro y el vapor que emana de él calienta la punta de mi nariz. ¡Qué placentero es un café a primera hora de la mañana! Doy un pequeño sorbo y tengo que admitir que es un buen café. Aunque bueno, no es que yo sea una experta. Solo sé que este me gusta y me sienta de lujo tomármelo.

—¿Mimi? —Casi me atraganto cuando escucho que me llaman. Dejo la taza en la mesa y toso ligeramente mientras me giro, alzando la vista hasta dar con unos ojos azules que me miran a través de unas grandes gafas de montura fina y dorada que resaltan sobre su tostada piel. Ahí, frente a mí y con una sonrisa serena, está la mujer que me entrevistó para mi puesto de trabajo. No esperaba encontrarla aquí, desde luego, aunque teniendo en cuenta que trabajamos en la misma empresa…

—¡Ah! ¡Buenos días, eh…! —¡Mierda, se me ha olvidado su nombre! ¿Cómo puedo tener tan mala memoria? Era… empezaba por N. Naiara… Nala… Noelia…

—Naisha —me dice, casi divertida, señalando la silla que hay justo enfrente de la mía, vacía, con la mano libre—. ¿Puedo?

—¡Sí, claro! —Asiento, nerviosa, antes de llevarme el café a los labios y darle un largo trago. Aprovecho para ver cómo deja su taza sobre la mesa y toma asiento con una elegancia que ya la quisiera yo. Lleva, como el otro día, un sencillo traje de chaqueta color marfil que le sienta de lujo, con una blusa negra que realza el color de sus ojos azules. Tiene el pelo negro y brillante recogido en un moño y apenas lleva maquillaje. Aunque tampoco es que le haga falta, ¡es guapísima y ni parece tener ni arrugas! Pero no es una belleza artificial, sino auténtica, con una nariz recta, un poco respingona, labios carnosos y sonrisa dulce. Tiene uno de los incisivos superiores ligeramente torcido, lo que le da más autenticidad a su belleza. Eso sí, los tiene blancos, y su sonrisa parece brillar. Lleva un pequeño pendiente en la nariz, una bolita dorada que, de no ser por el reflejo de la luz sobre ella, pasaría inadvertido.

—¿Nerviosa? —¡Cachis! Me ha vuelto a pillar desprevenida mientras la miraba y esta vez casi me echo el café por encima. Suelto una pequeña risa nerviosa mientras dejo la taza, asintiendo algo avergonzada—. Es normal, no te preocupes. Cuando entré hace nueve años estaba igual de nerviosa que tú, y eso que mi puesto era menor.

—¿No entraste directamente como ayudante del director? —Al momento me arrepiento de hacer una pregunta tan estúpida. Hay que ser todo un número uno y tener un currículum extraordinario para llegar a ser la mano derecha del director, y Naisha no puede ser mucho más mayor que yo. Si lleva nueve años en la empresa… ¿Qué habría entrado?, ¿con unos veinticinco años? Pero ella, lejos de juzgarme, sonríe y niega, dando un trago a su café antes de contestar.

—Entré como secretaria del jefe de sección de una de las marcas más nuevas de la empresa al poco de licenciarme en administración. En ese entonces el director general de Laksmí era el señor Van den Bos senior, el padre del actual director. Y tenía sus propios ayudantes, claro. Además, era demasiado joven e inexperta para tener un puesto con tanta carga de responsabilidad.

—Vaya… Debiste trabajar mucho para llegar a donde estás —digo, realmente alucinada. El mundo empresarial está dominado por hombres, y llegar a un puesto de confianza tan alto suele estar casi vetado para las mujeres. Tiene que ser realmente buena y confiable para ser la mano derecha del actual director. Me quedo en silencio unos segundos. Me gustaría preguntarle más cosas, pero apenas la conozco y no quiero pecar de cotilla, así que me limito a coger el donut y romperlo en varios trocitos que luego me voy metiendo en la boca, por lo que un pesado silencio se instala entre nosotras.

—Todo va a ir bien —me dice al final, alargando una de sus finas y morenas manos para posarla sobre la mía, con suavidad. Tiene una piel preciosa de un tono bronce tostado, sin llegar a parecerse al moreno exagerado y artificial que suele verse por Los Ángeles en verano—. Tu currículum es muy bueno, las referencias de tu antigua empresa impecables y me causaste muy buena impresión en la entrevista. —Su sonrisa me tranquiliza y hace que suelte el aire que no sabía que estaba reteniendo, devolviéndole el gesto—. Vas a trabajar más conmigo que con el señor Van den Bos, así que intentaré no meterte mucha caña los primeros días.

—¿Eres algún tipo de ángel? —pregunto, con la mirada fija en ella, lo que provoca que Naisha suelte una alegre carcajada, negando.

—Qué va, pero sé lo que es entrar de nuevas en una gran empresa y verte desbordada por el trabajo y sin conocer a nadie. Además, al director le gusta que nos llevemos bien. Que no te engañe su actitud seria y taciturna: siempre dice que el buen ambiente en el trabajo repercute de manera positiva en los resultados. Si hasta organiza, cada año, un retiro anual para los directores de marcas y sus ayudantes para estrechar lazos. Así que verás que Laksmí es como una enorme y extraña familia.

Tras terminar nuestros cafés y conocernos un poquito mejor, Naisha y yo subimos hacia la última planta del enorme edificio de *Laksmí*, donde se encuentran tanto el despacho del director general, como el de la propia Naisha. La entrada al edificio es una pasada, es como un hotel de lujo mezclado con un edificio del Gobierno, con su mostrador para pedir cita, sus guardias de seguridad, sus cintas para ver el interior de los bolsos y carteras y sus tornos para pasar con la tarjeta de la empresa. Observo todo alucinada mientras Naisha se acerca al mostrador para pedir mi nueva identificación. Vale, es la segunda vez que estoy en esta entrada, pero no pude detenerme a observarla bien. Además, la semana pasada tan solo entré con un pase de *Visitante*, por una puerta secundaria, a una sala en este mismo piso donde Naisha me hizo la entrevista. Así que ni siquiera llegué a pasar los tornos.

—Toma —me la trae con una sonrisa, enganchándola con la pequeña chapa de la empresa a la solapa de mi chaqueta—, con esto no solo podrás entrar al edificio, sino que te servirá para coger comida en las máquinas y para comer en el restaurante que hay en el sótano sin gastar tu dinero. Aunque si alguna vez tienes que quedarte a cenar aquí, me temo que sí tendrás que usar las máquinas porque la cocina cierra. Y créeme, es una pena, porque la comida está de vicio.

—Bromeas, ¿verdad? —pregunto, alucinada.

—No. El señor Van der Bos no suele mantener las oficinas abiertas durante la noche, así que…

—Me refiero a no tener que pagar la comida —la corto, mirando la tarjeta—. Es…

—Bueno, algunas empresas dan vales de comida para pagar en restaurantes fuera de la empresa. El señor Van der Bos prefiere que comamos alimentos de calidad, así que decidió reformar hace un par de años el sótano y convertirlo en un enorme restaurante con cafetería. Suprimió los vales y añadió la opción a las tarjetas. Y por cierto, no hace falta que te la quites siempre que la tengas que usar. La cuerda es extensible.

Mientras me va contando todo esto —y me deja cada vez más alucinada—, pasamos por el control de la puerta y accedemos al hall con los ascensores, así que entramos en uno de ellos junto a unas cuantas personas más, las cuales van deteniéndose en sus respectivos pisos. Eso sí, todo el mundo conoce a Naisha y la tratan con mucho respeto a pesar que ella es igual de cercana con ellos. Tardamos bastante en llegar al último piso —por lo que me cuenta Naisha, a esas horas es normal porque es cuando todos entran a trabajar—, así que cuando por fin se abren las puertas del cubículo, donde solo quedamos nosotras dos, siento que puedo respirar de nuevo. No

soy la persona más exquisita y tiquismiquis del mundo, pero algunos hombres se han pasado con los litros de colonia que se han echado y he empezado a marearme y todo un poco.

—Bienvenida a tu nuevo lugar de trabajo.

Decir que el lugar es espacioso es quedarme corta. La recepción donde voy a estar trabajando es una sala enorme, de suelos negros y brillantes y unos ventanales que ocupan toda una pared y a través de los cuales se puede ver el skyline de Los Ángeles. Frente al mostrador tras el cual voy a sentarme, hay unos hermosos sofás tapizados en color marfil, que se ven la mar de cómodos, y un par de mesas de cristal con centros de flores frescas. Y entre los sofás hay varios revisteros con la prensa del día para aquellos que tengan que esperar a que mi jefe les atienda. Toda la sala huele a una mezcla entre cítricos y algo dulzón, muy sutil. Y aunque no veo ningún ambientador sobre las superficies, estoy segura de que hay uno —o varios— escondido por la sala. Al fondo de la misma, hay una enorme puerta de doble hoja —que supongo que será el despacho de mi jefe—, y un pasillo que lleva al resto del piso.

—Ese es el despacho del señor Van der Bos. —Como me esperaba, señala a las dobles puertas de caoba que presiden la sala, destacando sobre la blancura de las paredes, tan solo adornadas por varios cuadros, a cada cual más estrambótico—. Y si sigues por ese pasillo, están mi despacho, una sala para tomar café que ahora compartiremos, y la fotocopiadora. No es que la usemos mucho, pero a veces es necesaria. ¡Ah! Bueno, y hay un almacén que es donde separo los paquetes que el señor Van der Bos envía personalmente con productos de la empresa. Ese es otro trabajo que tendremos que hacer juntas, porque a veces… bueno, ya lo verás.

Naisha se dirige con paso firme hacia las puertas del despacho de nuestro jefe, sobre las cuales destaca una placa dorada con las palabras *Director General* grabadas y remarcadas en negro. Empiezo a sentir que me tiemblan las piernas de puro nerviosismo. Naisha es muy agradable, y saber que voy a trabajar con ella, no solo con el director, me tranquiliza bastante, pero el último comentario sobre el que mi cabeza empieza a llamar el *gran jefe* ha hecho que los nervios vuelvan de golpe. No tengo ni idea de quién es, ni siquiera de si es joven, o muy mayor. No creo que sea muy mayor, porque Naisha me ha dicho que es el hijo del anterior director, pero eso tampoco quiere decir que vaya a ser un joven alocado y divertido, a lo Loki, aunque ella dijo que era serio y taciturno y… ¡Arg! Ya estoy dándole demasiadas vueltas a todo. Son los dos golpes que mi compañera da sobre una de las puertas los que me sacan del bucle en el que me he metido yo solita.

—Adelante.

Una voz firme, potente y masculina traspasa las puertas. Trago saliva y, cuando Naisha me hace un gesto para que la siga, obligo a mis piernas a que se muevan y pasar detrás de ella. Le pido a *Tyche* que, por una vez, no me haga quedar en el ridículo más absoluto y, por su divina gracia, parece darme un poco de tregua. Gracias, te pondré una velita cuando llegue a casa. Aunque no sé si a los dioses griegos se les ponen velas como agradecimiento. Tendré que buscarlo.

Al igual que la sala de espera, el despacho tiene un suave y sutil aroma cítrico que me encanta, y la luz natural que entra a través de los grandes ventanales baña toda la sala. Las paredes laterales están cubiertas por estanterías llenas de libros y cajas de diferentes marcas —todas

pertenecientes a Laksmí, por supuesto—, pero sin duda lo que más destaca es la enorme mesa de caoba que preside la sala, frente a los ventanales, y donde se sitúa mi nuevo jefe. Es mucho más joven de lo que esperaba, pero su presencia impone, llena por completo el despacho y hasta casi parece hacerlo oscurecer. Serio, con el cabello negro peinado hacia atrás sin llevar exceso de gomina, unos ojos negros que parecen escrutar el interior de mi alma, y un traje de chaqueta del mismo color, impoluto, y que le queda como un guante, el señor Van der Bos se levanta, abrochándose la chaqueta antes de acercarse hacia nosotras.

—Señor Van der Bos, ella es Mimi Taylor, la nueva secretaria. Mimi, él es Levi Van der Bos, el director general de Laksmí, y para quien trabajarás a partir de ahora.

—Es un placer, señorita Taylor. —Su seriedad me abruma un poco. Es muy alto, como mi hermano, y aunque no tiene tanto cuerpo, bajo ese traje de chaqueta se puede apreciar un cuerpo fuerte. Me tiende la mano, la cual estrecho casi sin darme cuenta mientras asiento. Su apretón es fuerte, firme, pero sin llegar a hacerme daño. Yo creo que ni siquiera soy capaz de apretar la suya de lo nerviosa que estoy. ¿Me sudan las manos? No, creo que no. ¡Qué vergüenza si lo hicieran!

—El placer el mío, señor Van der Bos —consigo articular al final.

Me escruta durante unos segundos, lo que hace que me sienta un poco incómoda. No sé si es que voy despeinada, me he puesto la falda del revés, o está pensando por qué diablos Naisha me ha presentado con un nombre que parece un diminutivo. Es la maldición que me lleva persiguiendo desde que nací y el primer regalo de mi hermano Chris.

—Confío en que Naisha le haya puesto al día sobre sus tareas.

—Sí, señor —contesto de nuevo, manteniendo la espalda tan firme que creo que voy a acabar quedándome así el resto del día—. Ha sido muy amable enseñándomelo todo.

—Bien. —Tras esa única respuesta, se gira hacia Naisha, que mantiene los brazos cruzados bajo el pecho en una actitud despreocupada—. ¿Algo importante para hoy?

—Tienes programada una comida con tu padre y su nueva novia. —Me sorprende que, de repente, Naisha haya cambiado la manera de tratarle y ahora lo haga con esta familiaridad. Espero que la sorpresa no se note mucho en mi rostro, pero es que me ha pillado desprevenida. Mi jefe suelta un resoplido mientras va hacia su mesa, desabotonándose de nuevo la chaqueta para sentarse en su silla.

—¿Y no puedo cancelarla?

—Levi, es la tercera vez que la pospones. —Levi… Le ha llamado por su nombre, y encima se comporta con él como si fuera su madre. Parpadeo, mirando primero a uno y luego a otro, y aunque intento acallar la vocecita que hay en mi mente, esta no deja de decirme que es posible que su relación vaya mucho más allá de director y ayudante. Y no me extrañaría, porque juntos parecen una pareja de modelos. ¿Es una de esas historias en las que tanto trabajar juntos los ha llevado a enamorarse sin querer? ¡Ay, por dios! ¡¿Será como una de esas historias súper eróticas en las que el jefe ata a su ayudante con la corbata y se la folla en el despacho?!—. Cuanto más tardes en ir, será peor.

«No, no, no. ¡Deja de pensar esas cosas tan inapropiadas, Mimi!», me digo mientras observo en silencio la conversación entre ambos.

—De acuerdo —resopla desganado, rodando los ojos con resignación—, confirma la reserva y llama a mi padre para decirle que iré. Pero cuando haya pasado una hora y media, me llamas con una excusa para poder irme. O, mejor, cuando haya pasado una hora. —Mueve la mano de manera despreocupada. Luego su mirada se posa en mí, así que me pongo recta de nuevo, abriendo mucho los ojos. ¿Me he sonrojado por lo que estaba pensando? Por dios, que no me haya sonrojado—. Señorita Taylor, llame a los inversores de la marca Sakura Kiss, y organice una reunión con ellos para la próxima semana. La señorita Mizuno y yo tenemos una propuesta que hacerles. Naisha le contará los detalles.

—Sí, señor.

Y tras eso, las dos salimos del despacho y suelto todo el aire que tenía en mis pulmones, llevándome la mano al pecho cuando escucho la puerta cerrarse a mi espalda. La mano de Naisha se coloca en mi hombro y lo aprieta con suavidad, sonriendo.

—Parece muy serio, pero créeme cuando te digo que es un buen jefe. Es algo solitario y no es muy dado a las conversaciones largas, eso sí. Aunque esa historia te la contaré otro día —me dice, con una sonrisa, antes de señalar mi puesto de trabajo—. ¿Comenzamos la jornada?

—Sí —respondo con una sonrisa, alzando la mano para posarla sobre la de ella—. Estoy deseando hacerlo.

❁❁❁ ❁❁❁

NOTAS AL PIE

1. Tyche: Diosa de la fortuna en la mitología griega.



—Y fin del capítulo piloto.

Todo el equipo aplaude cuando el director dice esas últimas palabras. Hoy ha sido la lectura conjunta del primer capítulo de la nueva serie en la que voy a trabajar, y estoy bastante contento porque la temática me flipa. Mi personaje, uno de los protagonistas, es un investigador de casos paranormales —los cuales están basados en casos reales documentados—, y acaba viéndose envuelto en historias que superan, con creces, todo lo que investiga. Aunque, por lo que nos han dicho, no todos los casos serán reales, sino que también van a abordar casos falsos, en los que algo que parece paranormal es en realidad un engaño bien montado. Estos temas siempre me han interesado, desde niño, así que poder dar vida a algunas de las leyendas que me han quitado el sueño durante mi adolescencia me hace muy feliz. Se podría decir que soy un *friki* de lo paranormal, el fenómeno OVNI y el cine de terror. De hecho, algún día me gustaría coger una caravana, tomarme un año sabático y hacer un viaje por los lugares malditos de Estados Unidos.

—¿Os veis motivados para comenzar el rodaje en dos días? —pregunta el director. Hay un murmullo generalizado de afirmaciones, y yo tan solo me limito a asentir cuando su mirada se posa en mí.

—¿Es necesario que mi personaje sea tan… pedante?

Todos nos giramos hacia Shanya, mi compañera de reparto y coprotagonista, la cual se ha cruzado de brazos y mira desafiante al director. Este es su primer trabajo como actriz en televisión, y aunque es verdad que no se le da mal interpretar —al menos en la lectura ha puesto bastante sentimiento—, creo que no entiende que todos los personajes están hechos para que evolucionen a lo largo de la serie. Lo primero que me dijeron cuando empecé en la actuación, es que cada proyecto tiene un camino, y todos los personajes lo recorren, asimilando las enseñanzas que la historia les va dando. Hasta los villanos deben evolucionar. Si no, la historia se vuelve plana.

—Shanya, es necesario que Alisha parezca una antagonista en el capítulo piloto. Debe creerse y sentirse superior a Reed para que se cree una tensión entre ambos que alargaremos durante la primera temporada —explica uno de los guionistas, con parsimonia—. Necesitamos un conflicto entre ellos, es uno de los hilos conductores de la historia. Cada caso los acercará más, limarán asperezas y la tensión sexual entre ambos se cocerá a fuego lento. Necesitamos que los dos se comporten como trenes a toda velocidad circulando por la misma vía en direcciones opuestas. Así, el choque final será mucho más espectacular.

—Me sigue pareciendo una tía muy pedante. —El tono que utiliza no me gusta mucho, y parece

que a los guionistas tampoco. Por el rabillo del ojo veo a uno de ellos apretar la mandíbula con tanta fuerza que me da miedo que se rompa los dientes y todo. Y al director parece estar a punto de estallarle la vena de la frente—. Podría ser más melosa, no sé. Seguro que así a Reed le gustaría más.

—Shanya, el guión es este —contesta, tajante, el director—. Cuando te propuse formar parte del proyecto y darte el papel protagonista estabas encantada, así que ahora tienes que ser profesional y acatar no sólo mis órdenes, sino también las de los guionistas.

Mi compañera hace un mohín, que queda infantil en su rostro, pero no responde al director. Así que este, tras suspirar, vuelve a esbozar una sonrisa para mirar al resto del equipo. La atmósfera se ha vuelto un poco tensa e incómoda. Me paso las manos por los muslos, distraído, dejando que el roce áspero de la tela del vaquero me haga olvidar un poco la opresión que hay en la sala. No me gustan nada los conflictos.

—Bien, pues si no hay nada más, nos vemos el miércoles para comenzar a grabar el episodio piloto. Os quiero a todos frescos, con el papel bien aprendido y bien temprano para que paséis por vestuario y maquillaje. Será de los pocos días que grabaremos por la mañana.

Todos nos levantamos de los asientos tras cerrar el libreto y enseguida comenzamos a hablar entre nosotros. No he trabajado aún con ninguno de los actores que forman parte del cartel, pero los dos que van a ser mi compañeros y que forman parte del equipo de Reed son dos tíos la mar de simpáticos. Enseguida se acercan para saludarme y darme la enhorabuena por el papel, cosa que yo repito encantado con ellos. Esto es lo que más me gusta de mi trabajo: poder conocer personas nuevas de entre las cuales acabarán saliendo amistades, algunas más duraderas y otras menos. Porque la vida, durante estos años, me ha demostrado que puedo encontrarme con esas personas especiales en cualquier momento y lugar.

En cuanto nos despedimos y consigo escaquearme para salir del estudio hacia mi coche, saco el móvil, que tenía en silencio, del bolsillo. Veo que tengo dos llamadas de mi agente —el cual sabía que hoy era la lectura del capítulo piloto, así que supongo que estará deseando saber cómo ha ido—, y una de Levi. Decido pulsar el nombre de este último para contestar a su llamada; solo espero no pillarle en medio de una de sus interminables y aburridas reuniones. Aunque quizá, si lo hago, me lo acabe agradeciendo y todo.

—Gracias por salvarme de esta pesadilla —me dice nada más contestar al cuarto tono. Bingo. Si es que ya lo conozco como si fuera mi hermano. Me meto en el coche y suelto una pequeña risa mientras me quito las gafas de sol.

—¿Naisha y sus quejas sobre Maya? —pregunto.

—Peor: una comida con mi padre y su nueva novia.

—Uffff, lo siento, tío. ¿Es como las demás? —Me acomodo sobre el asiento del conductor, mirando hacia el techo. Aún no he comido, y el estómago me ruge como si tuviera ahí dentro una jauría entera de perros.

—¿Te refieres a que si es joven, modelo y/o famosilla de tres al cuarto, operada y que solo lo quiere por su dinero? Sí, es como todas. —Le oigo resoplar, hastiado, y me da un poco de lástima. El padre de Levi se ha divorciado ya tres veces y, después de jubilarse, no deja de buscar nueva esposa, metiéndose en relaciones horribles, con consecuencias a nivel público y de la empresa que Levi tiene que acabar limpiando. Por no hablar de lo que emocionalmente debe suponer todo eso para él—. Es más joven que yo y me trata como si fuese un adolescente agriado en plena edad del pavo.

—Levi, eres un poco agrio, eso no me lo puedes negar —bromeo, entre risas, lo que provoca un nuevo resoplido por su parte. Sé que en el fondo agradece que me meta con él así.

—Y tú eres demasiado relajado.

—Por eso nos complementamos tan bien, ¿no? —Le oigo soltar una leve risita y sé que, a pesar de lo serio que es, está sonriendo y ha dejado de lado su máscara de tiburón de los negocios—. ¿Me llamabas por algo importante? No he podido coger antes el teléfono.

—Es cierto, hoy tenías la primera lectura, ¿no? —respondo de manera afirmativa—. Verás, estamos preparando una campaña publicitaria para una nueva línea de perfumes de *Vishnu*. Y, como sabes, me gusta tenerte como imagen.

—Tú sí que sabes cómo camelarme, Levi —bromeo, poniendo la voz un poco más aguda de lo que realmente es, lo que hace que mi amigo suelte un resoplido y murmure un leve *«idiota»* por lo bajo—. Sabes que mi respuesta siempre será sí.

—Perfecto. —Parece hasta aliviado, como si pensase de verdad que iba a negarme a cualquier cosa que me pidiera—. También voy a necesitar a alguien para que sea la imagen de la línea femenina de *Laksmí*. Queremos lanzar un paquete de cara a San Valentín del año que viene y tenemos que empezar ya mismo a prepararlo todo. Vamos algo retrasados esta vez.

—Y quieres que te recomiende a alguien, ¿no?

—Sabes que no me gusta el mundo del famoseo, así que no podría elegir bien. Pero tú sí. Conoces a mucha gente y sabrás quién encajaría en la línea.

—¿No tienes un equipo que se dedica precisamente a eso? —bromeo, entre risas.

—Es cierto… ¿Y si te contrato para que formes parte de él? Largas reuniones, vestir de traje, aguantar infinidad de comidas y cenas formales…

—Uffff, ya me has puesto mal cuerpo, Levi. Prefiero hacerte el favor como amigo. —Le oigo reír al otro lado, lo que consigue que yo sonría también.

Es raro que me pida opinión para elegir los rostros de sus nuevas campañas, pero desde que la última línea especial de una de sus marcas de perfumes cayó en picado por la elección de Olvia Ziegler como imagen de la misma, no confía mucho en sus consejeros. Olvia es una chica que suele estar en el ojo del huracán, rodeada de polémicas, así que, por mucho que sus números en redes sociales sean muy altos, no fue la mejor elección. Y aunque es la única vez que ha habido

un conflicto a ese nivel desde que está en la dirección, parece haberle cogido miedo. Es un perfeccionista y se exige el triple que los demás. Siente cada fracaso de la empresa, aunque sea de una sola línea, o incluso de un producto, como si fuera suyo—. ¿Take?

—Sí, estaba pensando —contesto, dejando escapar un suspiro—. ¿Te parece si esta noche me paso por tu casa y lo hablamos? Así te puedo enseñar mis propuestas y será mucho mejor que hablarlo mientras estoy en mi coche, en medio de un parking y con un hambre voraz.

—Está bien. ¿A las siete en mi casa?

—Hecho.

—Trae lasaña de atún y calabacín.

—Y tú ten un regimiento de cervezas preparado.

Tras despedirnos, cuelgo la llamada y miro la pantalla del teléfono, donde aún están marcadas las llamadas de mi agente. Dejo escapar un resoplido y lanzo el móvil sobre el asiento del copiloto. Primero voy a ir a comer a uno de mis restaurantes de comida basura preferidos —aunque no debería—, y luego, con el estómago lleno, ya me enfrentaré a las preguntas y propuestas de mi agente. Que sí, el tío es la caña, pero ahora mismo solo puedo pensar en una hamburguesa chorreante de queso y unas buenas patatas fritas.



Son pasadas las tres de la tarde cuando por fin aparco en mi casa. Mientras meto el coche en la entrada, la verja automática se va cerrando a mi espalda. Como no hace mal tiempo, prefiero dejar el coche fuera a tener que abrir el garaje, así que tras sacar las llaves del contacto, abro la puerta y salgo. Me recibe una brisa la mar de agradable. La temperatura en Los Ángeles me gusta, pero sobre todo me encanta esta brisa que llega hasta aquí, a Calabasas, gracias a que se encuentra un poco más arriba que el centro de la ciudad. Me estiro tras guardar el móvil en el bolsillo —sí, sé que estoy retrasando llamar a mi agente todo lo que puedo—, y voy directo a la puerta, a través de la cual ya oigo los ladridos emocionados de Bast.

—Sí, sí, ya abro —le digo, consiguiendo que los ladridos cesen y tan solo escuche, de vez en cuando, algún que otro lamento por la espera.

Nada más abrir, Bast se lanza encima de mí como un loco, poniéndose a dos patas y buscando lamerme toda la cara. Mueve el rabo de un lado a otro, emocionado, mientras suelta gemiditos a modo de saludo. Bast es un precioso y mimoso Samoyedo blanco, que más parece un peluche que un perro, y el cual se ha convertido en mi compañero de vida. Lo adopté de una camada que había tenido uno de mis vecinos hace un par de años, y ahora viene conmigo a todas partes. A excepción de los rodajes y lecturas de guión, si tengo que ir de viaje a cualquier lado, Bast se

viene conmigo. Incluso me acompaña cuando voy a ver a Levi a su casa y se ha acabado haciendo muy amigo de Maya, su gata persa. No es raro encontrarlos en un rincón, dormidos el uno junto al otro, como dos pelotitas blancas de pelo.

Tras quedarse contento con mi saludo, Bast me deja pasar al interior de la casa y cerrar la puerta, así que voy directo al salón para dejar allí la bolsa de deporte con la ropa sucia del gimnasio, con él caminando a mi lado. Y justo entonces, cuando estoy a punto de dejarme caer en el sofá, suena mi móvil. Al sacarlo del pantalón y ver el nombre que se refleja en la pantalla suelto un suspiro. Vale, ya no puedo escaquearme más. Carraspeo y descuelgo, pero no me da tiempo ni a saludar cuando él ya está hablando.

—¿Se puede saber dónde te metes?

—Buenas tardes, Ryan. Estoy muy bien, gracias. —Le escucho resoplar al otro lado de la línea y eso me hace reír por lo bajo. Le fastidia mucho que me tome sus regañinas con esta parsimonia —. Salí de la lectura hambriento y fui directo a comer. Acabo de llegar a casa.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —Bast empieza a lloriquear de nuevo, caminando esta vez hacia la puerta que da al jardín antes de volver hacia mí. Así que voy directo, comprendiendo enseguida lo que quiere, y abriendo la puerta para que pueda salir a correr por el jardín y a hacer sus necesidades en el trozo de parcela que he habilitado para ello. Es su baño personal.

—¿Estás contento con el proyecto? Sabes que este te puede abrir muchas puertas.

—Ya te dije que me gustaba mucho —contesto, yendo por fin hacia el sofá y dejándome caer sobre él—. Tiene muy buena pinta y los compañeros parecen muy agradables.

—¿Y qué tal con Shanya?

—Hmmmm bien, supongo. —Aunque sé que no me ve, me encojo de hombros—. No hemos hablado apenas.

—Te conviene llevarte bien con ella. No solo porque es muy influyente entre la gente joven en las redes, sino porque es mejor trabajar…

—Sí, en un ambiente cordial y relajado —le corto antes de que pueda decirme nada—. Ryan, por favor, que no es mi primer proyecto, llevo ya varios años en esto. Además, ¿cuándo he tenido yo algún problema con alguien del equipo?

—Sí, pero tu imagen ha empezado a ser más importante hace tan solo tres años gracias a la serie de época que te conseguí. —Pongo los ojos en blanco, suspirando—. No lo fastidies. Si haces las cosas bien, conseguirás todos los papeles que quieras y más.

—Lo sé, y sabes que no soy una persona que se meta en líos.

—Esto es muy importante, Takeshi, de verdad. Acércate a ella, si os ven juntos la publicidad de

la serie será mayor y su impacto se multiplicará. Con suerte, la plataforma renovará por un par de temporadas más. —Arqueo ambas cejas. Me había quedado recostado en el sofá, pero escuchar sus palabras ha conseguido que me siente bien, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Ryan, ¿estás insinuando que debería salir con ella por publicidad?

—No, hombre. —Dejo escapar un suspiro, aliviado. Lo que me faltaba, tener que fingir que salgo con alguien a quien apenas conozco. Aunque creo que me he relajado antes de tiempo—. Solo tenéis que dejaros ver por ahí de vez en cuando: en algún evento, cenando por el centro de Los Ángeles, ya sabes. De hecho, ¿la fiesta anual de Laksmí no es el mes que viene? Su jefe siempre te invita, así que podrías llevarla de acompañante.

—Ryan, sabes que fingir no…

—No tenéis que fingir nada, Take —me corta, provocando que resople. Sabía que si hablaba con él, iba a venirme con tejemanejes—, solo pasear vuestra amistad y vuestra buena relación por ahí. Dejad que los medios hablen, que la gente teorice. No hace falta mostrar nada para que las habladurías nazcan. Y si unimos tu atractivo y tus números, a los números de ella, tenemos un verdadero éxito entre manos.

—Tengo que pensarlo, Ryan, no…

—Tú hazme caso. Ahora mismo estás soltero, y ella también, así que no hay terceras personas implicadas. Y como en realidad no hay nada, podéis seguir con vuestra vida privada, vuestras fiestas y lo que os dé la gana. —Voy a contestar, pero Ryan se adelanta de nuevo. Tiene la manía de dejarme hablar lo menos posible para que no pueda negarme a sus ideas y exigencias—. Tengo que dejarte, Take, me llaman. Recuerda que el jueves tienes que venir al despacho para hablar de un par de propuestas.

—Sí, de hecho yo tengo otra de Laksmí, así que…

—¡Maravilloso! Nos vemos entonces.

Y me cuelga sin más.

Me quedo unos segundos mirando el teléfono, bastante descolocado. Es cierto que no tengo pareja —de hecho mi última relación acabó hace un par de años y no muy bien—, pero no me gusta forzar nada. Ni siquiera una amistad. Aunque Ryan tiene razón y la publicidad podría ayudar a que la serie tuviera más éxito. O que, al menos, estuviera en boca de más gente. Es la primera vez que me pide algo así, posiblemente porque hasta ahora siempre he sido el secundario o mi compañero principal de reparto era un hombre, pero aun así no me siento cómodo con esto. Me llevo la mano a la cabeza y me despeino mientras resoplo. Ya tenía pensado acercarme a ella y conocerla mejor porque vamos a trabajar muchos meses juntos, así que con eso no tengo problema. Y supongo que a Levi no le importará que la lleve a la fiesta; también le vendrá bien que entre sus invitados haya alguien como Shanya, y más teniendo en cuenta que ya tiene una *influencer* entre sus filas llevando una marca entera de maquillaje.

Al final decido levantarme, estirarme de nuevo y subir las escaleras hacia el baño. Necesito una

buena ducha caliente antes de ir a casa de Levi con Bast. Desde que me llamó tengo un nombre rondando mi cabeza, y cuanto más lo pienso, más me gusta como opción. Creo que ella será perfecta para darle un toque diferente a su marca, y yo, desde luego, me siento muy cómodo trabajando a su lado.



La primera semana de trabajo aquí en *Laksmí* ha sido agotadora. Cuando me ofrecieron el trabajo pensé que sería poco más que estar sentada en la silla, atender alguna llamada e informar a los visitantes de si el señor Van der Bos estaba o no disponible. ¡Inocente de mí! Aunque eso entra dentro de mis competencias, Naisha es la que más trabajo me deriva porque si no ella sola no llega a todo lo que tiene que hacer. De hecho, esta mañana, nada más llegar, me ha dado dos cajas —una llena de sobres y otra de invitaciones—, para que la ayude a lo largo de la mañana a meter cada invitación en su sobre. Una vez lo haga, tengo que montar las cajas que, por supuesto, vienen plegadas, guardar en ellas la invitación y, sin cerrarlas, colocar en la parte de arriba su correspondiente etiqueta.

—La fiesta anual de *Laksmí* es uno de los eventos más importantes de la ciudad y de la industria de la cosmética —me ha explicado Naisha esta mañana mientras dejaba sobre el mostrador un montón de etiquetas corporativas de la empresa con los nombres y direcciones de los destinatarios de las cajas—. A esta fiesta no solo acuden los directivos de la empresa y sus inversores, sino también personalidades importantes de la ciudad, periodistas, *influencers* y, por supuesto, famosos. Tiene que salir todo a la perfección, y parte de ese trabajo nos corresponde a nosotras.

Creo que me va a dar algo, de verdad. Al final suspiro y, dejando que la suave música clásica del hilo musical me envuelva, empiezo a meter cada invitación en su correspondiente sobre. Por suerte, como se trata de algo mecánico, acabo cogiéndole el truco y antes de que acabe mi jornada ya tengo todas las cajas llenas, apiladas y con sus respectivas etiquetas. Y no es que fueran pocas.

Cuando llego por fin a casa con Nelly estoy molida. Hoy quería haber salido fuera de la oficina a comer. De hecho, había pensado en llamar a Gia, una chica a la que conocí en mis primeros días aquí buscando curro, y con la que me llevo bastante bien, pero al final he pringado y he acabado por coger algo de la máquina y comer en la mesa mientras me peleaba con las cajas para poder terminar de montarlas. Entiendo que tengan que venir plegadas porque ocupan mucho menos espacio, pero… ¿no podría venir alguien más a ayudarnos? A Naisha y a mí nos ahorrarían mucho tiempo. Casi me da vértigo pensar que hasta ahora todo esto lo hacía Naisha sola. Aunque, si lo pienso, con lo meticuloso y desconfiado que parece ser nuestro jefe, dudo que quiera confiar la tarea a nadie más.

—¿Podemos pedir pizza para cenar? —pregunta mi sobrina en cuanto nos dejamos caer en el sofá como si fuéramos un peso muerto. Ha cogido esa costumbre de mí en las pocas semanas que

llevo viviendo con ellos, aunque para conseguirlo, primero sube el culillo al borde del sofá, porque aún no llega bien, y luego se deja caer hacia atrás. ¡Es que es monísima! Ladeo la cabeza mientras la miro, como si realmente estuviera pensando si hacerlo o no. Emito un ligero *«hmmmm»* mientras sostengo su mirada, con los ojos entornados. La pobre parece cada vez más nerviosa.

—No sé, no sé… ¿vas a hacer todos los deberes antes del baño?

—¡Todos, palabrita! —exclama, cambiando enseguida de postura y poniéndose de rodillas sobre uno de los cojines mientras se agarra a mi brazo, poniéndome esos ojitos de cordero tan lindos que me vuelven loca—. *Porfiiii*, hace mucho que no comemos pizza.

Le sostengo la mirada unos instantes más mientras ella mantiene esa postura. Incluso parece a punto de hacer un puchero. *Mierda*, es que mi sobrina es lo más adorable del mundo. Acabo soltando una pequeña risa que convierte su casi puchero en una sonrisita traviesa.

—Está bien. —Suelta una exclamación de alegría y se lanza a abrazarme antes de bajarse del sofá, salir corriendo a por su mochila e ir directa a la mesa. Nelly detesta hacer los deberes, como cualquier niño a su edad, supongo, pero con el estímulo adecuado se pone enseguida con ello. Esta niña de mayor va a conseguir todo lo que quiera.

Así que mientras que la pequeña está con sus deberes, yo me cambio de ropa, me quito las lentillas —cosa que mis pobres ojos agradecen— para ponerme las gafas, y aprovecho para recoger un poco la casa. Mi hermano no sale hoy del hospital hasta las ocho y le ha tocado doble guardia, así que me toca a mí recoger y limpiar todo lo posible para que la casa esté decente. Es lo menos que puedo hacer teniendo en cuenta que no me deja pagarle un alquiler por la habitación. Como mucho me deja pagar la compra cuando tengo que hacerla yo en vez de él, o alguna vez que se me ha antojado pedir comida a domicilio. Me enfundo en mi peto vaquero desgastado y en una de mis viejas camisetas cortas y enciendo la televisión para buscar entre sus aplicaciones la de *Spotify* y que así mi tarea sea más animada. En cuanto la voz de Beyoncé, con su *Run the World (Girls)*, inunda la habitación, empiezo a recoger mientras meneo las caderas y canturreo por lo bajo. De vez en cuando miro a mi sobrina, que se esmera en sus tareas mientras mueve la cabecita de un lado a otro al ritmo de la música, con la lengua saliendo por el lateral de sus labios en un gesto de concentración. Seguro que hasta frunce el ceño como hace su padre cada vez que se pone a estudiar o repasar algún historial.

Recojo de la mesa auxiliar una revista que mi hermano debió de dejar abierta esta mañana, y aunque estoy a punto de cerrarla, el reportaje por el que está abierto hace que me detenga unos instantes y esboce una sonrisa al leerlo.

«¿Qué esconde Bennett bajo esos músculos de acero? El bombón de ojos azules de Los Ángeles se desnuda para nosotras».

Observo las fotos que acompañan el reportaje: esos hombros anchos bajo una camiseta tan

apretada que marca sus bíceps a la perfección, una sonrisa encantadora de dientes blancos, imperfectamente perfecta gracias a uno de los colmillos que parece sobresalir un poco más que el otro, y unos profundos ojos azules como el mar que ocultan más de lo que muestran. Además, en la foto principal del reportaje le han dejado el pelo algo suelto y despeinado y se le hacen unos bucles que le dan aspecto de niño bueno, lo cual aumenta un poco su morbo. No me extraña que todo el mundo esté loco con Takeshi Bennett.

Perdida en una de esas fotos, deslizo los dedos por el papel, por la curva de sus hombros, y sin darme cuenta empiezo a preguntarme cómo sería estar entre esos grandes brazos, recostada en su pecho, escuchando el rítmico bombeo de su corazón. La imagen de sus ojos posados en los míos y su sonrisa dulce, a la par que pícara, provoca que el calor suba directo a mis mejillas. ¡Ay, dios! No, no, no. Nada de fantasías con el bombón de Los Ángeles. Cierro la revista y, antes de que Nelly se dé cuenta de que me he sonrojado, voy hacia la cocina para recoger todo lo del desayuno que aún está en el fregadero.

A las once y media de la noche, Nelly ya está dormida —a pesar de su reticencia a acostarse sin que su padre haya llegado para darle un beso de buenas noches—, y yo estoy que me subo por las paredes. Marco el móvil de mi hermano por enésima vez, pero este no da señal. Tendría que haber llegado hace horas, y cuantos más minutos de silencio pasan, más nerviosa estoy. Desde que Ella, murió no se encuentra muy bien. Bueno, está destrozado, para qué mentirnos. Y aunque intenta no hundirse por Nelly, sé que le cuesta no dejarse arrastrar a lo más profundo de su dolor, hasta ese pozo de oscuridad que amenaza con engullirlo si se despista. Por eso estoy aquí. Porque la última vez que nos vimos en casa de mis padres, en Nueva York, tenía unas ojeras tan oscuras que daba miedo, y había bajado al menos diez kilos de peso. Ahora al menos puedo controlar lo que come cuando está en casa, y desde que supo que iba a mudarme, ha vuelto a hacer deporte en su tiempo libre para desquitarse y mantener la mente ocupada. Ha vuelto a un peso más saludable y, encima, está recuperando su musculatura.

Miro una de las fotos que hay en el mueble de la televisión, una en la que mi hermano, radiante, sostiene con un brazo a una Nelly de tres añitos y con el otro abraza a una sonriente Ella, que pese a tener los ojos grises apagados, la piel algo cetrina y una peluca para cubrir los estragos de la quimioterapia, está preciosa. Es la última foto que se tomaron antes de que falleciera.

—Ella, ¿qué puedo hacer con este hombre? —pregunto. Y sé que si estuviera aquí, me sonreiría, se cruzaría de brazos y me diría:

—¿Con tu hermano? Darle una patada en el culo para que espabile.

El sonido de algo hurgando en la cerradura de la puerta hace que me gire hacia allí. Mi hermano tiene llaves, así que no puede ser él. O eso creo. El corazón me late tan fuerte que casi siento que se me va a abrir la caja torácica y el muy cobarde va a salir huyendo. Tengo que hacer algo, proteger a Nelly. Está dormida en su habitación, y si entra cualquier desalmado… *«Tyche, con esto te estás pasando un poco, querida»*. Miro a mi alrededor, nerviosa, y lo único que veo es un jarrón de plástico con flores falsas. No es un arma poderosa, pero al menos para asustar a quien sea servirá. O eso espero. Con suerte, no se esperará a una loca de la vida en pijama de tela de

peluche rosa chicle, gafas, pelos dignos de la loca de los gatos y un jarrón en las manos, y el susodicho desgraciado salga por patas. Me acerco con cautela a la puerta y con el jarrón en alto justo cuando esta se abre. Aprieto con fuerza mi improvisada arma arrojadiza y echo los brazos hacia atrás, cogiendo impulso. No se romperá, claro, pero, si le doy en la cabeza, algo de daño tengo que hacerle, ¿no?

—¡Alto ahí, ladronzuelo! —grito.

—¡*Mimiiiii*! —Cuando quiero darme cuenta, mi enorme hermano se lanza contra mí para abrazarme y yo profiero un grito tan alto y ridículo que seguro que lo han oído en todo Pasadena. Huele a destilería y a tabaco, lo cual me deja algo descolocada en un principio. Con el jarrón aún en alto, por la sorpresa más que otra cosa, y habiendo dado varios pasos hacia atrás para mantener el equilibrio tras el placaje, acojo a mi hermano con uno de los brazos. Joder, aún no sé cómo no he acabado en el suelo aplastada por la mole de mi hermano—. ¡Has *venidooooooo*!

Ha bebido. Está borracho como una cuba, y eso me parte el corazón. No es la primera vez que vuelve así según me han contado los Thompson, nuestros vecinos, pero creía que ya había superado esa fase del dolor, la de ahogar la pena y la pérdida de Ella en el alcohol. Por desgracia, me equivocaba.

—Sí, Chris, he venido —digo al final, suspirando y bajando el brazo del jarrón con calma y dejándolo en el mueble de la entrada mientras tiro de mi hermano hacia el salón. Necesita sentarse. O más bien, yo necesito que lo haga, porque como siga dejando caer su peso sobre mí, acabaremos los dos en el suelo. Escucho entonces, a mi espalda, que la puerta se cierra, así que me giro de golpe, parpadeando. ¿Qué demonios…?

—No podía dejar que viniera solo. —El hombre que ha venido con él se mantiene en la entrada, con una sonrisa tranquila en los labios mientras se recoloca las gafas de pasta sobre la nariz. Su pelo negro está totalmente despeinado, y me mira con unos ojos aguamarina, cansados, que creo haber visto en otro lugar—. Siento haberte asustado.

—¡No, no! Siento haber abierto con ese grito, el jarrón y… es solo que… no me lo esperaba. —Carraspeo, intentando tragarme la vergüenza que siento ahora mismo. Madre mía, el hombre es guapísimo, con un aire intelectual que le hace la mar de mono. Y yo aquí, hecha un desastre. ¿Por qué no haría caso a mi madre cuando me decía que hasta en casa hay que estar mona por si aparece un hombre guapo por la puerta? Vale, sí, porque es algo machista y sexista. Pero ahora mismo me gustaría llevar puesto un pijama que no me hiciera parecer un Furby enloquecido.

Mientras me regodeo en mi propia vergüenza infantil, siento a Chris en el sofá, pero este se va deslizando por él entre risas suaves, hasta quedar medio tumbado. No puede ni con su propio cuerpo ya.

—*Mimiiii*, ¿llamamos a Nelly y jugamos a la consola? —pregunta, con los ojos vidriosos por el alcohol. Verlo así me hace recordar los primeros meses tras la muerte de Ella. Fueron realmente traumáticos, y aunque sabíamos que Chris pasaría por un duelo muy duro, creíamos que Nelly le ayudaría a mantener los pies sobre la tierra. Es un gran padre y su princesita siempre está por encima de todo. Pero sin Ella, su mundo se había venido abajo por completo y no supo gestionarlo. No es lo mismo lidiar con la muerte de otros como enfermero, que lidiar con la

muerte de tu propia esposa, tu compañera de vida. Mis padres tuvieron que venirse unas semanas a Los Ángeles porque había empezado a beber y solía olvidarse de recoger a Nelly de la guardería, o acababan llamándoles a las tantas de una comisaría porque lo habían encontrado en medio de la calle borracho, llorando y gritando el nombre de Ella mientras nuestra vecina, la señora Thompson, cuidaba Nelly. Estuvieron aquí medio año, y parecía haber superado por fin esa fase. Agradezco que, haberlo visto hace unos meses en casa de mis padres tan delgado, fuera una advertencia de que, quizá, esta vez yo debería venirme aquí con ellos.

—No, Chris, ahora vamos a ir a dormir, ¿vale?

—*Noooo*, que aún es *prontooooo*.

Intento levantarlo, pero entre su metro noventa y sus ochenta y cinco kilos de músculo me resulta casi imposible. Por suerte, dos grandes brazos me ayudan enseguida cuando estoy a punto de caerme contra la mesita, y cuando alzo la mirada me doy de lleno con la sonrisa del amigo de mi hermano. Una sonrisa encantadora, de dientes blancos perfectamente alineados, y unos bonitos hoyuelos a los lados de sus comisuras. ¡Joder! ¿Cómo no he podido reconocerlo antes?

—¿Jun? —pregunto, aún algo sorprendida. Su sonrisa se ensancha mientras, tras apartarme con cuidado, carga a mi hermano, pasando el brazo de Chris por su cuello y agarrándolo con fuerza de la cintura.

—Ya creía que nunca me reconocerías —se burla, aunque su tono es tan amable como cuando lo conocí. Y eso que hace quince años que le perdí la pista, cuando se graduó y se fue a estudiar a la universidad. Vaya, hace la mitad de mi vida que no lo veo y, aun así, puedo recordar a la perfección lo simpático que era conmigo cuando venía a casa a jugar a la consola con mi hermano—. Me alegro mucho de verte, Mimi.

—Jun es un *bueeeen* tío —murmura mi hermano, dejándose arrastrar por su compañero hacia la habitación.

—No tanto, Chris, no mientas —contesta el aludido, con una sonrisa, mientras entra en la habitación de mi hermano y lo deja con cuidado sobre la cama. Parece que se conoce muy bien la casa. ¿Cuántas veces habrá hecho el mismo recorrido con Chris?—. Ha vomitado hace un rato, así que dudo que vuelva a hacerlo. Pero mañana tendrá una buena resaca.

—Ya me lo imagino… —Dejo escapar un suspiro, triste, hasta que veo que Jun se agacha, dispuesto a descalzar a mi hermano. Así que me acerco a él, poso la mano en su hombro y sonrío —. Déjame esto a mí, Jun, de verdad. Pero no te vayas, ¿vale? Déjame al menos que te invite a una cerveza o…

—Mejor a un vaso de agua. He estado rodeado de demasiadas cervezas esta noche. —Su sonrisa llega hasta sus ojos y yo se la devuelvo sin pensarlo. Le digo que se sirva lo que quiera, que está en su casa, así que él sale de la habitación y yo me quedo con Chris. Con un Chris más dormido que despierto ya.

—¿Qué voy a hacer contigo, hermano? —susurro, apenada, mientras le voy quitando la ropa como puedo, porque él no es que colabore mucho. Medito sobre si meterlo así o ponerle el

pijama, pero si ya me ha costado desnudarle, no quiero ni imaginarme lo que me costaría vestirlo de nuevo.

—Ella, *veeeeeen*, hace mucho que no me *cuidaaaaas*. —Escuchar a mi hermano, entre borracho y dormido, nombrar a su mujer me rompe el corazón. Tengo que reconocer, avergonzada, que cuando mis padres tuvieron que venirse aquí para cuidar de él, pensé que se estaba comportando como un idiota, que era padre de una niña y no podía estar con estas tonterías. Hasta que lo vi, completamente roto, y entonces comprendí lo cruel que había sido pensar eso de Chris. No puedo ni imaginarme cómo debe de estar pasándolo, lo mucho que la tiene que extrañar y lo difícil que tiene que ser para él levantarse cada día e ir a trabajar.

Levanto el embozo de la cama para ayudar a que entre bajo las sábanas y el edredón, lo tapo con cuidado y me reclino para besar su frente, echándole el pelo hacia atrás con los dedos, enredándolos con suavidad entre los fino hilos de oro que lo componen.

—*Ellaaaa* —murmura, casi como un ronroneo.

—Hoy no, Chris —susurro, sin dejar de acariciar su cabello mientras siento el corazón en la garganta y unas ganas de llorar que me queman por dentro. Se cree que soy su mujer… Y, para no hacerlo sentir peor, tengo que hacer como que lo soy, como que, tan solo, hoy no quiero estar entre sus brazos. Cuando, en realidad, Ella nunca más lo estará—. Hoy no.

—Pues mañana verás cómo te despierto… Sí, verás… —balbucea mientras se acurruca, abrazando la almohada con cuidado. Y es entonces cuando me doy cuenta de que por su mejilla rueda una lágrima. Beso su frente una vez más, limpiando esa lágrima con mi pulgar, y salgo de la habitación dejando la puerta entreabierta por si durante la noche necesita algo.

Cuando llego al salón, Jun está sentado en el sofá, con un vaso de agua sobre la mesa, mientras Nelly, con carita adormilada, reposa sobre sus piernas, con la cabeza contra su pecho. Aunque no tiene el pecho ancho de mi hermano, mi sobrina sigue pareciendo un pequeño gatito contra él, con su dedo pulgar metido en la boca, la otra mano agarrada a la ropa de Jun y los ojos entrecerrados. La mano de Jun pasea por su despeinado cabello con suavidad, escuchando con atención lo que la pequeña le cuenta —me fascina lo bien que se la entiende a pesar de tener el dedo en la boca—, hasta que ambos se percatan de que les estoy observando.

—Mira a quién me he encontrado merodeando por aquí —dice Jun, mirando hacia Nelly, que se encoge un poco más sobre él mientras me mira, con un quejido suave.

—Señorita, deberías estar en la cama, que mañana hay cole. —Pongo los brazos en jarras y enseguida los bajo al darme cuenta de que es la misma postura que mi madre utilizaba cuando nos regañaba a Chris y a mí.

—Me habéis *despertaooooo* —se queja, restregándose los ojitos con la mano que tenía en la boca mientras con la otra sigue agarrada a la camiseta de Jun—. ¿Y papi?

—Papá está durmiendo, cariño, que ha venido muy cansado —le digo, acercándome a ella para cogerla en brazos con cuidado. Enseguida se suelta de Jun y se abraza a mí como un koala—. Y tú vas a ir también. Vamos.

—*Vaaaale*. —Siento que mueve su manita, despidiéndose de Jun, cuando enfilo el pasillo hacia su habitación.

Y cuando por fin he acostado a dos tercios de los habitantes de este piso y ambos parecen cómodos en brazos de Morfeo, regreso al salón y me dejo caer al lado de Jun, soltando un resoplido. Escucho su leve risa a mi lado y giro el rostro hacia él, esbozando una leve sonrisa.

—Gracias por todo. Si no le hubieras traído…

—Le habría traído otro compañero —contesta, cortándome, antes de llevarse el vaso de agua a los labios—. Tu hermano es muy querido en el hospital, muchos le adoran. Lo de hoy… —Mira hacia el pasillo antes de suspirar, negando—. Hacía mucho que no le pasaba. Tras el turno salimos a tomar algo y… bueno, se le ha ido de las manos. Supongo que es por la fecha.

Me quedo unos segundos procesando la información hasta que las piezas encajan. El aniversario. Claro. Ella murió a principios de diciembre. ¿Ya van a hacer dos años? Casi no puedo creerlo. Miro el calendario de gatitos que cuelga de la pared, donde el mes de octubre aparece coronado por un precioso cachorro metido en una cesta y enmarcado en un paisaje otoñal. Estamos a finales, así que sí, dentro de poco más de un mes se cumplirán dos años de su muerte.

—Gracias de nuevo, Jun, de verdad. —Sonrío, de corazón, y él niega con un movimiento de cabeza. Chris y él siempre fueron muy buenos amigos, así que no debería sorprenderme que lo cuide tanto—. Por cierto, no sabía que estabas en Los Ángeles.

—Hace un año que conseguí plaza en el hospital de Pasadena como cirujano de traumatología. Llevaba un par de años buscando venir aquí. Ya sabes, Chris y yo prometimos trabajar en el mismo hospital cuando nos graduáramos. Y aunque han pasado unos años desde aquello, lo hemos cumplido —contesta, con una amplia sonrisa—. Yo juego con ventaja, tu hermano me dijo que habías venido a vivir aquí.

—Sí, le dije que necesitaba un cambio de aires, pero…

—Has venido por él —termina por mí, a lo que yo asiento. Alza su enorme mano entonces y la posa con suavidad sobre mi cabeza, despeinándome como solía hacer cuando era más pequeña y consiguiendo que mis gafas de pasta se deslicen por el puente de mi nariz—. Siempre has sido una buena chica.

—Tal y como lo dices parece que fuera un perrito —respondo con un mohín. Eso le hace reír y niega, terminándose el vaso de agua de un trago antes de levantarse.

—Sabes que no es así —me contesta, cogiendo la cazadora vaquera que ha dejado sobre el sofá y poniéndosela—. Me alegra haberte visto, pero si no me voy a casa, mañana puede que, en vez de una pierna, a primera hora acabe operando un estómago sin querer.

—¡No, claro! —contesto, levantándome con él y sonriendo—. Pero… deja al menos que un día te invite a tomar algo. Como agradecimiento.

—No tienes que…

—Lo sé, lo sé —le corto, alzando la mano para que no siga—. Pero quiero hacerlo. Así nos ponemos al día. Hace quince años que no nos vemos.

—Eso es verdad —me concede, acercándose para besar mi mejilla. Huele a tabaco, pero también a after shave, a champú y puedo apreciar las últimas notas de un perfume que ha ido desapareciendo durante el día. Le devuelvo el beso antes de sacar el móvil y pedirle que me apunte su teléfono. En cuanto los intercambiamos, le acompaño a la puerta.

—¡Jun! —le digo mientras espera al ascensor. Él se gira, con ambas cejas arqueadas—. Él… ¿está bien?

Su sonrisa vuelve a aparecer en su rostro y, mientras se recoloca las gafas, asiente, consiguiendo que suelte todo el aire que retenía.

—Ocupado, pero sí. Está bien.

Y sin decir nada más, entra en el ascensor y, cuando la puerta de este se cierra, hago lo mismo con la de casa, echando la llave después. Hay que ver lo pequeño que es el mundo.

❁❁❁

—¡Mimi! ¡Ayúdame con esto! —exclama Naisha desde el ascensor.

La pobre viene cargada con doce cajas que supongo que están repletas de las muestras que irán junto con las invitaciones. Lleva dos en los brazos, y el resto están esparcidas por todo el suelo. Ayer no habían llegado a tiempo, por lo que la odisea de las invitaciones va a durar aún todo el día de hoy. Corro hacia ella y, con cuidado, cojo una de las que tiene en brazos, que pesa bastante. ¿Cómo demonios ha podido subir ella sola desde el tercer piso?

—Uffff, gracias —me dice cuando siente que le quito parte del peso, empujando con el pie una de las que hay en el suelo para colocarla en la puerta del ascensor y que no se pueda cerrar—. Vamos a mi despacho y las dejamos allí. Yo voy a encargarme de ir rellenando las cajas con las muestras y de cerrarlas. Cuando tenga suficientes, te llamaré para que vengas a por ellas y te las lleves. Como ya están puestas las etiquetas, solo hay que ir colocándolas al lado del ascensor.

—Vale —contesto mientras la sigo. Se ve que está nerviosa o, mejor dicho, que parece querer terminar el trabajo cuanto antes porque le espera mucho más a la vuelta de la esquina. Aun así, desde que estoy aquí, no me ha levantado la voz ni una sola vez y, pese a limitarme a hacer mi trabajo, siempre tiene palabras de agradecimiento para mí.

Mientras enfilo el pasillo detrás de ella, escucho el segundo ascensor abrirse y unas risas saliendo de él. Parece la voz del señor Van der Bos, pero… ¿él riendo? Si apenas le he visto esbozar una sonrisa desde que estoy aquí. Quizá hoy esté de muy buen humor. Pero enseguida me quito eso de la cabeza cuando escucho a Naisha maldecir por no poder abrir bien la puerta. Me adelanto,

dejo la caja en el suelo y abro la puerta para que pueda pasar.

Cuando entro a su despacho —bastante amplio, aunque no tanto como el de nuestro jefe—, empujo la caja con las muestras para dejarla a un lado, junto a la que deposita ella en el suelo. Y cuando me estiro para relajar los brazos, puedo ver que ya tiene todo lleno de las pequeñas cajas que tenemos que enviar. Todas ellas son de color negro mate y llevan, en un precioso relieve dorado, impreso el nombre de la compañía. Se ven lujosas, y eso que tan solo son cajas de cartón. Ahora, al verlas todas juntas, me parecen más impresionantes que mientras las estábamos montando y preparando. O quizá es que cuando lo hacíamos solo podíamos maldecir el trabajo que nos estaban dando.

Tardamos aún un rato en llevar las doce cajas hasta el despacho. Y cuando dejamos las últimas, Naisha se deja caer en su silla y yo me apoyo en la mesa, intentando recuperar el aire que he perdido.

—¿Por qué no te las han subido? Seguro que por ahí tienen uno de esos carritos que usan los chicos del correo.

—Ya, llevo como una hora pidiendo que me las suban y no hacían más que darme largas —contesta, cruzando los brazos sobre su pecho mientras observa la montaña de cajas que hay en su despacho. Está preciosa hoy. Bueno, Naisha siempre lo está. Se ha recogido el pelo en una alta coleta y se le han formado unos bonitos tirabuzones naturales que le dan más volumen. Y el traje de chaqueta verde botella hace que su piel parezca estar bañada por una pátina de pintitas de oro. O quizá es que lleva alguna crema con partículas doradas. No lo sé, solo sé que esta mujer cada día me parece más bonita, y yo a su lado me siento como un gremlin con sobrepeso tras haber comido pasada la medianoche.

—¿Necesitas que te ayude con algo más? —pregunto. La verdad es que me da mucha pena que tenga que hacer todo esto ella sola.

—No, no, tranquila. Cuando te necesite te llamo. Ve fuera. Levi no creo que tarde en llegar. Hoy había quedado con un compañero para ultimar los detalles de la nueva campaña de San Valentín.

—Ya ha llegado. Ha subido en el otro ascensor mientras nosotras estábamos trayendo las cajas. Con lo que sea, me llamas. De verdad —le digo, arqueando ambas cejas como para darle más énfasis a mis palabras, y ella se gira hacia mí con una sonrisa, se levanta y se acerca para posar las manos sobre mis brazos, con ternura.

—Creo que hice muy bien al elegirte a ti. Y ahora, ve fuera.

Sus palabras consiguen sonrojarme y hacer que me sienta afortunada y orgullosa de mi trabajo mientras salgo del despacho, dejando la puerta cerrada a mi espalda. Que tras llevar tan poco tiempo aquí Naisha piense eso de mí, me hace muy feliz. Es verdad que me estoy esforzando al máximo en este trabajo, pero en realidad yo estudié historia porque me pirra la mitología. Bueno, y no solo eso. La verdad es que tengo una vena un tanto friki que suelo mantener dormida hasta que doy con alguien con mis mismo intereses. Y hace tanto que no lo hago…

—¿Señorita Taylor? —La voz de mi jefe me saca de mis ensoñaciones cuando llego a al

recibidor donde trabajo. No me ha dado tiempo ni a sentarme en mi sitio. Está en la puerta de su despacho y la tiene tan entornada que apenas puedo ver el interior—. Si viene alguien, que espere aquí fuera. Ahora mismo tengo una reunión muy importante y no quiero que nadie me moleste.

—Sí, señor —contesto, con un hilo de voz, como si me diera miedo molestar a quienquiera que esté ahí dentro. Y cuando mi jefe entra, cerrando la puerta, yo voy directa hacia mi mostrador. Abro el correo, para comprobar que no hay nada nuevo que sea urgente, viendo que tengo uno de mi jefe pidiendo que, por favor, elabore la lista de invitados para ir apuntando las confirmaciones a medida que estas vayan llegando. Es como si cada vez que terminamos una tarea que tiene que ver con la fiesta, salieran cinco más. Espero que esto de las fiestas no sea una costumbre de la empresa, o acabaré pegándome un tiro.



—¿Así que soy un invitado muy importante? —pregunto, con cierta guasa en mi voz, mientras Levi camina hacia su sitio y se desabrocha el botón de su chaqueta antes de tomar asiento—. A ver si hay algo más que amistad entre nosotros y no me lo has dicho.

—A veces olvido lo tonto que llegas a ser —resopla, aunque hay una mueca divertida en su rostro que me hace soltar una carcajada.

—¿Y bien? —pregunto, impaciente. Hace más de una semana que le di varios nombres que pudieran encajar para protagonizar conmigo la nueva campaña de San Valentín de la empresa y no me ha dicho nada. Aunque hay una que es mi favorita, y él lo sabe.

Levi se recuesta sobre su sillón de cuero, el cual resuena en el silencio que se ha apoderado del despacho. Me mira, con esa seriedad que a veces resulta incómoda pero que a mí me hace estar como en casa, y yo sonrío aún más. Sabe que nunca me equivoco en estas cosas, que si confío en alguien lo hago de corazón, y yo sé que le gustaría, alguna vez, decirme que lo hago. Pero estoy seguro de que hoy no va a ser el día en el que lo consiga. Al final resopla y asiente.

—Creo que Isis Jackson es la mejor candidata.

—¡Bien! —exclamo, dando una fuerte palmada mientras mi sonrisa se hace aún más amplia—. Sé que no es la imagen normal que sueles buscar en la empresa, pero ahora mismo su grupo de música está en todos lados y puede ser una buena manera de atraer a nuevos clientes.

—Es verdad que es un poco… —Mueve la mano, como si buscase una palabra para describirla. Yo ladeo la cabeza, arqueando ambas cejas.

—¿Rockera?

—Podría decirse. —Pongo los ojos en blanco. Levi es un buen tío, de lo mejor que he conocido en Los Ángeles, pero por culpa del mundo en el que ha crecido le pueden las apariencias y los prejuicios. Y es verdad que Isis, con sus cabellos de colores, sus tatuajes, sus *piercings* y su estética *grunge* no entra dentro de la imagen de perfección y elegancia que acompaña a Levi por todos lados.

—Hazme caso, Isis es la mejor.

—¿Acaso tienes algo con ella y por eso insistes en que la contrate? —Sus ojos negros me escudriñan y yo arqueo las cejas de nuevo. Sé que lo dice medio en broma porque conoce mi vida mejor que yo, pero no puedo evitar pensar, por un segundo, que lo pregunta de verdad.

Carraspeo y niego varias veces, con firmeza.

—¡Qué va! Isis es… como una hermana pequeña —contesto al final, encogiéndome de hombros —. Trabajamos juntos cuando su grupo apenas había despegado, en el tercer videoclip que hicieron, y conectamos muy bien. Es divertida y algo alocada, pero trabaja duro y es una tía estupenda.

—Y nada más, ¿no?

—Te juro que nada más. Palabra de boy scout. —Me coloco una mano sobre el corazón y alzo la otra, con una sonrisa inocente. Levi se limita a poner los ojos en blanco—. Y si no me crees, ven el lunes a las pruebas de fotografía y vestuario.

—¿Al final te viene bien? Sabes que podemos cambiarla si interfiere con el rodaje.

—Tranquilo, me va bien —contesto con una sonrisa, acomodándome en mi asiento—. Estas semanas rodamos casi todos los días de noche, ya sabes, por la atmósfera que buscan el director y los guionistas, así que tengo las mañanas y parte de las tardes bastante libres. Todo es amoldarse. Y si pierdo un día de entrenamiento en el gimnasio tampoco va a pasar nada.

Tras pasar un rato más hablando —y no solo del trabajo, porque también me ha estado contando cómo su padre insiste en que vaya a cenar a su casa con su novia y con la hermana menor de esta, una clara encerrona de las de su padre—, acabo por mirar la hora y levantarme. Aún queda mañana por delante, pero si quiero llegar al rodaje limpio y comido, es mejor que coja el coche para ir al gimnasio ya mismo.

—¿Entonces vendrás a las pruebas? —le pregunto mientras me levanto. Él se incorpora también, abotonándose la chaqueta de nuevo mientras rodea la mesa y se coloca a mi lado. Es incapaz de levantarse y no abrocharse el dichoso botón. Tiene que ir impoluto.

—Iré solo para no tener que escucharte después. —Sé que en el fondo tiene curiosidad. Nos conocemos demasiado bien. Aunque, si me paro a pensarlo, que Isis y Levi se conozcan, puede acabar muy mal. O no, quizá conocerla sea lo que le hace falta para sacarse un poquito más el palo del culo.

—Así me gusta, que me hagas caso. Soy más listo que tú aunque me saques dos años. —Le doy una palmada en la espalda y camino hacia la puerta, saliendo al recibidor. Miro hacia el mostrador, donde debería estar su secretaria, pero que, de nuevo, está vacío, como a la entrada.

—Naisha debe de tenerla atareada. Se acerca la fiesta —me explica él antes siquiera de poder decir nada. Seguro que me ha pillado mirando el mostrador a la entrada también. Siento un leve rubor en mis mejillas, porque por alguna razón ser tan curioso con todo me hace sentir vergüenza.

—Es nueva, ¿no? —Levi asiente justo cuando algo capta mi atención. Sobre un montón de papeles descansa un bolígrafo con un enorme pompón rosa que tiene pinta de ser de lo más

suave.

Sé que Levi me dice algo, pero yo acabo de perderme en un recuerdo lejano, alargando la mano para coger el bolígrafo. Mientras lo hago girar entre mis dedos, puedo escuchar en mi cabeza una risa dulce y algo escandalosa, un gemido de sorpresa al ver luces extrañas en el cielo, y casi puedo aspirar el aroma fresco, como a primavera, que siempre desprendía. Me llevo el pompón a la nariz y, por un momento, creo estar oliéndola de nuevo.

—¿Te han abducido esos extraterrestres en los que crees?

Es Levi, por supuesto, quien me saca de la ensoñación. Sacudo la cabeza y dejo el bolígrafo en su sitio antes de girarme y sonreír. Voy a negarlo cuando él me lanza una caja, la cual cojo en el aire enseguida. La invitación a la fiesta.

—Sabía que ibas a venir hoy, así que te la he preparado para dártela en mano —me explica—. Vendrás, ¿verdad?

—Sí, claro —contesto. Y estoy a punto de darme la vuelta cuando recuerdo las palabras de mi agente, así que alzo la mano—. Y… traeré acompañante. —Veo que Levi arquea ambas cejas, sorprendido, así que me adelanto a hablar antes de que pueda hacer cavilaciones—. A mi compañera de reparto le vendría bien venir, ya sabes, para que conozca gente. Y supongo que tener algún influencer más en la fiesta ayudará a la marca, ¿no?

—Traela, sabes que no hay ningún problema —contesta tras una pausa bastante incómoda. Creo que piensa que no quiero decirle que he empezado a salir con alguien y más después de lo que tuvo que aguantarme cuando rompí con mi última pareja. Pero es que no estoy con ella, solo…

—Levi…

—No, en serio, no te juzgo —me dice, alzando la mano antes de que pueda defenderme—. Solo ten cuidado, ¿vale? —Asiento, casi como un cachorrito, mientras le escucho suspirar—. Mándame el nombre completo de tu acompañante y la añadiremos a la lista de confirmados.

—Gracias, Levi. De verdad. ¿Nos vemos el lunes?

—Tienes rodaje todo el fin de semana, así que no nos queda más remedio.



A pesar de que la mitad de la planta en la que estamos está ocupada por los vestuarios y las salas de maquillaje y peluquería, este sitio es enorme. Hay varios sets con diferentes fondos fotográficos, la mayoría de un color plano —supongo que para superponer imágenes en postproducción—, todo tipo de luces, mesas con equipo informático de última generación… Llevo ya años haciendo sesiones aquí, y no deja de sorprenderme. Estoy hablando con el

fotógrafo de la sesión que vamos a hacer hoy, cuando un alegre silbido hace que me gire de golpe hacia la entrada del enorme estudio. Por la puerta aparece mi compañera de trabajo de hoy, con su largo cabello platino recogido en una gruesa trenza de espiga y la chaqueta de cuero a medio abrochar.

—¡Ten, guapo, guárdamelo! —le dice a uno de los chicos de los recados que hay por allí mientras le lanza el casco de la moto. El pobre muchacho lo coge por los pelos, dejando escapar un largo suspiro de alivio cuando ve que está a salvo—. Ten cuidado, que es muy valioso para mí.

—¿Tanto como tu cazadora personalizada? —Los ojos negros de Isis se posan directamente sobre los míos mientras esboza una amplia sonrisa que hace vibrar la cadenita que une el piercing de su labio con uno de los que tiene en la oreja izquierda.

—Esta no te la dejaría ni a ti, Take —contesta airada, ajustándose la chaqueta orgullosa, antes de venir corriendo y lanzarse contra mí, subiéndose a mis caderas, abrazándolas con sus delgadas piernas y rodeando mi cuello con los brazos—. ¡Qué alegría verte, grandullón! —El beso de abuela, bien sonoro, que me da en la mejilla, me hace reír. Yo la atrapo contra mi pecho en un gran abrazo de oso, de los que tanto le gustan, mientras la siento reír contra mi pecho. Es tan pequeña a mi lado que parece una muñeca. Y, sin embargo, ya ha llenado la sala al completo nada más entrar.

—¡Y que lo digas! Con tanta gira no hay quien te pille. —La bajo con cuidado al suelo, y ella no tarda en quitarse la cazadora, dejando a la vista su camiseta roída, bajo la cual lleva otra negra de rejilla. Isis no es muy alta, creo que sobrepasa por poco el metro y medio, pero es impresionante a primera vista por sus curvas y la presencia tan arrolladora que tiene. Es como un pequeño huracán—. ¿Todo bien?

—¡De puta madre! —exclama, caminando hacia la sala de maquillaje y peluquería. Estaba esperándola para empezar porque con ella es con la que más tardan, así que voy a su lado, con las manos en los bolsillos—. La semana pasada nos hicieron de teloneros unos chicos españoles, un grupo llamado *The Black Rose*. ¡El cantante estaba buenísimo! Qué pena que tuviera novia, porque tenía pinta de ser un buen polvo, de esos que te dejan temblando.

Dejo escapar una carcajada a pesar de que me ruborizo ligeramente, tomando asiento en una de las sillas. Isis no se corta un pelo hablando, y de hecho no sé por qué me sorprendo a estas alturas de lo que dice si la he oído soltar burradas mucho peores. Creo que conozco con pelos y señales todas y cada una de las relaciones que ha tenido y nunca se ahorra los detalles.

Las chicas de maquillaje enseguida empiezan con nosotros, y mientras trabajan, los dos nos ponemos al día de nuestras cosas: del trabajo, los proyectos que tenemos entre manos, cómo están nuestras familias,... Y es en este tema cuando me siente vacilar y alarga la mano para posarla en mi pierna. Nos conocemos hace relativamente poco tiempo, pero sabe leerme mejor que nadie. El mínimo cambio en mi postura, en mi gesto o en mi mirada, y ya sabe que algo me ronda la cabeza. Es impresionante.

—A ver, grandullón, ¿qué pasa? A mí esos ojillos de niño bueno no me engañan.

—Nada. Bueno, nada malo en realidad. Ayer me llamó mi hermano mayor —le explico, girándome hacia ella cuando mi maquilladora termina conmigo. Lo bueno es que a mí solo tienen que darme un poco de volúmen y color para evitar que las luces me hagan parecer un fantasma. Con Isis, sin embargo, apenas llevan la mitad de su maquillaje.

—¿El médico? ¿El que vive aquí en Los Ángeles? ¿Ese que no me quieres presentar por si le asusto?

—Buena memoria —contesto, esbozando una media sonrisa—. Me dijo que había visto a alguien aquí, en Los Angeles. Alguien que… bueno, fue muy especial en su día para mí.

—¡Uhhhh! ¿Don musculitos tiene corazón debajo de esos pectorales tamaño extra grande? —bromea, dándome un pellizco en el muslo que me hace reír—. ¿Una ex?

—*La ex*. —Mi tono es tan solemne que Isis acaba por girarse hacia mí, dejando a la pobre maquilladora con la brocha en el aire y cara de espanto. Por suerte no ha manchado todo el trabajo que lleva hecho, porque de haber sido así, la sesión se retrasaría bastante.

—¡Ohhhhhh! ¿Tu primer amorcito? ¿La loca de los ovnis de ojos verdes?

—El loco de los ovnis soy yo. Aunque creo que le pegué mi afición…

—Qué tierno. —Su tono burlón hace que ponga los ojos en blanco, pero sé que lo hace para chincharme—. ¿Y por qué no la llamas? Si tu hermano la ha visto, sabrá dónde está.

Yo niego de manera automática, abriendo los ojos como platos. Aunque me muero de ganas por verla y mi corazón dio un vuelco cuando escuché la noticia de boca de mi hermano, no puedo hacerle eso, no a ella. Mi vida es una auténtica locura, y no lo digo por la cantidad de trabajo que tengo, los rodajes, las galas, los reportajes, los viajes y todo eso, sino porque la prensa mira cada paso que doy con lupa. No quiero que se vea envuelta en eso, que sea una persona pública.

—Ya… —dice Isis ante mi silencio, volviendo a colocarse frente al espejo para que la maquilladora pueda seguir con su trabajo—. ¿Los *paparazzi*?

—Aunque me ande con cuidado, aparecen por todas partes. Antes no me pasaba tanto, pero ahora… —Me echo el pelo hacia atrás, lo que hace que me gane un manotazo por parte de mi peluquera, que estaba terminando de arreglarme—. ¡Au! Lo siento, lo siento…

—Buah, aún me acuerdo de aquel titular por toooodo Internet: *«El bombón de ojos azules y la joven estrella del rock muy acaramelados. ¡Aquí huele a romance!»*. —La voz de pito que utiliza para reproducir el titular hace que me relaje y sonría—. Nos pillaron saliendo juntos de la fiesta de celebración del nuevo disco, ¿te acuerdas?

—Y yo te sujetaba porque llevabas un pedo de impresión —continúo, con una sonrisa, mientras ella se carcajea, divertida—. Además me vieron meterte en mi coche.

—Lo que no saben es que luego me subiste en brazos a casa, me sujetaste el pelo mientras vomitaba, me arropaste como a una niña y, cual caballero, te quedaste a dormir en el sofá. Un

sofá extremadamente pequeño para un tiarrón como tú, por cierto. No sé cómo no me mandaste a la mierda al día siguiente. —Niega con suavidad, entre carcajadas, alargando su fina y pequeña mano para coger la mía—. Tenemos que liar otra así, tío.

—¿Y qué quieres, que la prensa invente noticias al vernos salir juntos?

—¡Que lo haga! ¿Te imaginas sus especulaciones? *«¿Tendrá Takeshi Bennett todo así de grande? ¿Qué posturas sexuales utilizarán para evitar que la parta en dos como a un aguacate?»*.

—¡Isis, joder, qué bruta! —me carcajeo, negando con suavidad.

—¿Y las risas que nos echamos después? —Se gira de nuevo, ya con los ojos casi maquillados del todo, y esboza una radiante sonrisa, enseñándome sus dientes blancos tras sus labios rosados. Tiene razón, luego siempre nos echamos unas buenas risas.

Como Isis tardará todavía un rato en terminar, me disculpo para ir a ponerme el traje y comenzar con las pruebas de iluminación. Al salir, tras detenerme a hablar con un par de técnicos con los que ya he trabajado en otras campañas, veo a Levi hablando con el fotógrafo, lo que me saca una sonrisa. ¡Al final ha venido! Sabía que no iba a poder resistirse a su vena cotilla. Aunque él diga que no, yo siempre le digo que es igual que un gato frente a una ventana. Me acerco hacia él y le paso el brazo por los hombros, estrechándolo ligeramente contra mí. Aunque con el traje no se nota, Levi está fuerte, hace ejercicio casi a diario, pero no tanto como yo. Y aunque es alto, aún le saco unos pocos centímetros. Se gira hacia mí y le recibo con las cejas arqueadas y una sonrisa traviesa que le hace resoplar.

—Solo quiero cerciorarme de que todo va bien —me dice antes de que pueda acusarle de nada. Suelto una carcajada y le doy una palmada en la espalda, con suavidad.

—Y yo me lo creo.

Cuando le suelto, se gira para mirarme tras alisarse la chaqueta en un gesto inconsciente. Como siempre va impecable, con su traje negro, su camisa blanca y su corbata. A mí, para la sesión, me han puesto un frac negro, una camisa blanca y una pajarita que no me gusta nada. Aunque es un look que suelo llevar a los estrenos y a las fiestas, los trajes no son mi atuendo preferido. Donde estén un pantalón de chándal y una camiseta amplia…

—Te queda bien. Deberías llevarlo más —me dice tras analizarme, dándome su aprobación con un asentimiento de cabeza.

—Sabes que ni de coña.

—Por cierto, —obvia por completo mi respuesta antes de señalar al hombre que, con expresión algo incómoda, nos mira a uno y a otro—, este es Paolo Linetti, el fotógrafo.

Ambos nos estrechamos las manos y comenzamos a hablar sobre lo que tiene pensado para la

sesión de hoy. Para aprovechar el día —y no tener que volver otro día más y repetir el proceso de maquillaje y peluquería, sobre todo por Isis—, no solo vamos a hacer las pruebas, sino que si todo sale como tiene pensado, haremos ya toda la sesión fotográfica para la campaña, tanto juntos como por separado. Bien, eso me gusta. Vale, tendremos que estar aquí hasta media tarde seguramente, y luego tengo rodaje, pero quiero hacer esto. Además, Lev me ha prometido que hoy irá él a sacar a Bast y se lo llevará a casa para que no se sienta solo esta noche, por lo que me quedo mucho más tranquilo. Si soy sincero, no me merezco los amigos que tengo.

—Ya estoy aquí.

La cantarina voz de Isis hace que los tres nos giremos hacia ella. ¡Guau!, está espectacular. Vale, no es el look con el que suele aparecer en sus conciertos, y tampoco es el look súper glam de los comerciales de Laksmí, pero le han dado un rollo que le pega mucho. Lleva un maquillaje suave en los ojos, potenciados solo por unas pestañas postizas que le hacen tener aún más ojos de muñeca. El foco de color está en sus labios, gruesos y de un rojo cereza que le sienta muy bien. Le han recogido el pelo en un moño alto del que han sacado varios mechones que no solo han rizado, sino a los que le han dado el mismo color que a sus labios —cosa fácil gracias a su pelo platinado—, y le han quitado parte de sus piercings, dejando a la vista, eso sí, sus tatuajes. Pero lo más impresionante es el conjunto: le han calzado unos tacones de infarto que la estilizan más, y un vestido de cuero negro, de tirantes, que pese a no dejar a la vista su escote porque el cuello le llega casi hasta la garganta, tiene una abertura en la parte de la falda que le llega hasta casi arriba del todo del muslo, lo que revela la liga de encaje negro que sujeta las medias de rejilla. Es-pec-ta-cu-lar.

Y no soy el único que lo piensa, porque cuando me giro hacia Levi, dispuesto a presentarles, veo que este se ha puesto totalmente recto y observa a Isis con los ojos muy fijos. Creo que ni parpadea. No sé si es porque lo que ve le gusta, o porque no se esperaba que la alocada chica punk de las fotografías pudiera llegar a transformarse en esta arrebatadora belleza. Acabo por carraspear, lo que le saca de lo más profundo de sus pensamientos.

—Lev, ella es Isis Jackson. Isis, él es Levi Van der Bos, el actual director de *Laksmí*.

—¡Anda, el jefazo! —exclama, con su habitual desparpajo, y le tiende la mano cuando ve que Levi no se mueve—. Gracias por llamarme para esto. Siempre es un gustazo trabajar con Take.

—De nada —contesta Levi, serio, y por un momento creo que hasta ha titubeado. Estrecha su mano con suavidad, y por primera vez de manera algo robótica. ¿He roto a mi amigo sin querer?

—Eso sí, si puedo hacer una apreciación… —Isis se acerca un poco a nosotros, como si fuera a decirnos un importante secreto—: elegid vestidos que no necesiten llevar tanga debajo, porque es incómodo que te cagas.

Levi casi se atraganta al tragar saliva, comenzando a toser, mientras yo me aguanto una carcajada. Isis entonces se remueve, soltando un quejido y una maldición. La verdad es que toda esa aura elegante y sensual que ha desprendido a su llegada, ha volado con el huracán que ella misma provoca.

—Voy… a terminar de preparar el set —dice el pobre Paolo, escabulléndose como una sombra al

ver que el rostro de Levi empieza a ponerse ligeramente rojo. Aunque por la vena que empieza a marcarse en su cuello me parece que es más por el bochorno que porque se sienta avergonzado. ¿A que al final presentar a estos dos va a acabar en una guerra?

—¡Voy a verlo! —exclama Isis, girándose emocionada. Pero tras dar un par de pasos se detiene en seco. Para nuestra sorpresa, mete la mano por la abertura del vestido y, tras luchar un poco contra algo, tira hacia abajo hasta sacar una pequeña prenda negra. Me llevo la mano a la frente, con las mejillas encendidas, cuando me doy cuenta de lo que ha hecho. Pero ella, con la misma entereza de siempre, se gira hacia nosotros, se acerca a Levi y, tras cogerle la mano, deposita su tanga sobre esta.

—Lo siento, jefazo, pero voy a hacer la sesión en modo comando —dice, tan fresca, antes de girarse y caminar la mar de digna hacia el set, manteniendo el equilibrio, aún no sé cómo, sobre esos zapatos.

Lev está lívido ahora, mirando la estela que deja Isis a su paso, con la mano extendida y la pequeña prenda negra sobre esta. Creo que si no actúo pronto, el pobre va a cortocircuitar, pero es tan divertido verlo así, que no puedo evitar coger la pequeña prenda y guardársela en el bolsillo de la chaqueta antes de darle una palmada en el brazo.

—Considéralo una presentación por todo lo alto —bromeo, dándole después un golpecito en la mejilla para que espabile—. Te dije que era un acierto.



El primer mes de *Laksmí* pasa volando. Y no solo porque estemos hasta arriba de trabajo siempre, sino porque trabajar con Naisha me gusta y me divierte. Aunque es calmada y a veces hasta parece algo taciturna cuando cree que nadie la ve, tiene sentido del humor y siempre trata al jefe como si fuera su hermano pequeño. Y para qué negarlo: ver al señor Van der Bos tan serio y tan distante siendo regañado por su ayudante me hace mucha gracia.

Estamos a lunes y este fin de semana se celebra por fin la fiesta anual de la compañía. Todos los invitados han confirmado su asistencia, incluyendo aquellos a los que el señor Van der Bos nos pidió que invitásemos a última hora. Lo bueno es que a una semana del evento ya está todo cerrado: el catering, el hotel donde se va a celebrar, las bolsas de regalo que la empresa dará a los invitados —las cuales hemos estado llenando esta última semana entre Naisha y yo porque el director no se fía de nadie más—, y todo parece ir sobre ruedas. ¿Lo malo? Takeshi está en la lista y Naisha me ha dicho que tenemos que ir a la fiesta. Y no solo eso, sino que nosotras, como las personas más cercanas al director, tenemos que ser las que nos aseguremos de que cada uno de los invitados obtenga su bolsa regalo además de darles la bienvenida. Al menos del acceso se va a encargar la empresa de seguridad privada con la que *Laksmí* lleva años trabajando.

Hace quince años que no veo a Takeshi. ¡Quince! Y no sé cómo voy a reaccionar o cómo tendré que saludarle. ¿Se acordará de mí? ¿Me reconocerá después de tantos años? ¿Seré capaz de hablar delante de él? Hace muchísimo tiempo que perdimos el contacto a pesar de que, durante un par de años, lo mantuvimos por correspondencia y alguna que otra llamada. Pero fuimos creciendo, cada uno tomó su camino y… Bueno, la vida. Eso es lo que pasó: cada uno hicimos la nuestra. Pero saber que puedo reencontrarme con él, hace que me sienta como aquella adolescente emocionada por verlo y algo avergonzada por sentirme así. Sobre todo sabiendo en quién se ha convertido.

Me sorprendí mucho la primera vez que vi a Takeshi en televisión. Aquel dulce muchacho que me había robado el corazón siendo adolescentes, había pasado de ser una tierna almohada llena de sueños e ilusiones, a un veinteañero con unos músculos de infarto. Su carita, antes redondeada, se veía de repente más cuadrada, masculina, y con un leve rastro de barba. Pero su sonrisa seguía siendo la más inocente, con ese colmillo que destacaba en su blanca dentadura, y esos ojos de ángel. Desde ese momento comencé a seguir cada uno de sus pasos, quería verlo triunfar, así que tengo un montón de entradas de cine de sus primeras películas, los DVD’s de las series en las que ha salido,... ¡Incluso de aquellas en las que salía de fondo tan solo! Era mi manera de apoyarlo en silencio, quizá por nostalgia. Sí, dejamos de mandarnos cartas y de llamarnos, pero yo nunca he dejado de tenerlo presente en mi vida. Quizá parezca una fan loca o algo así, pero es que antes que mi primer novio, fue mi mejor amigo. Y ahora, quince años después, resulta que voy a estar delante de él y no sé qué hacer. *«Mimi, por dios, si seguramente*

ni te reconocerá. ¡Quizá ni se acuerde de ti!», me digo. Pero Jun sí lo hizo, y no solo porque Chris le dijera que estaba en la ciudad.

¡Y esa es otra, su hermano Jun! Voy a cenar con él el jueves. ¡Arg! Tengo que evitar interrogarlo, no quiero parecer la típica fan loca y obsesionada con un actor famoso. Pero… ¡Dios, no dejo de darle vueltas! No sé por qué estoy tan nerviosa por algo tan tonto. Supongo que la adolescente que vive en mí tiene ganas y a la vez miedo de volver a ver a Take y quiero tener toda la información en mi mano antes de meter la pata hasta el fondo. ¿Y si hago el ridículo en la fiesta? Ay, *Tyche,* por favor, ponte de mi lado y esta vez dame un poquito de suerte. Firmemos una tregua temporal, ¿vale?

—¿Lista? —La voz de Naisha me saca de mis ensoñaciones y sonrío, levantándome de mi asiento.

—¡Claro! Aunque, si no te importa, antes de ir a comprar tenemos que pasar a recoger a una princesita —le digo, juntando las manos en señal de disculpa. Mi hermano me ha dicho que tiene una reunión en el trabajo, que se le había olvidado, y que si por favor podía ir yo a buscar a Nelly. ¿Y cómo me voy a negar?

—¿Una princesita? —Arquea ambas cejas, ladeando la cabeza ligeramente—. ¿Hay algo que no me has contado? ¿Eres madre soltera y no lo dijiste por miedo a que condicionara tu elección? —Me mira, muy seria, como si de verdad se estuviese planteando que mentí en mi currículo. Yo me echo a reír y niego, comenzando a caminar hacia el ascensor.

—¡Qué va! Tengo que recoger a mi sobrina —explico, dándole al botón para bajar al último piso cuando ella está dentro conmigo—. Vivo con mi hermano y con ella, así que cuando uno no puede ir a recogerla, lo hace el otro. A Chris le ha surgido una reunión importante, y hoy me toca ir a mí. Es muy buena niña, así que no se nos escapará mientras buscamos los vestidos para la fiesta. Además, creo que a Nelly le vas a encantar.

Sí, tenemos que ir a comprar los vestidos para la fiesta de la empresa. Y además no vale con cualquier vestido, sino que hay un protocolo de vestimenta y los conjuntos deben de ser de alta costura. Yo me he negado en un principio. Aparte de que no tengo dinero para gastarlo en un vestido de alta costura, me parece una locura teniendo en cuenta que, además, solo me lo voy a poner una vez. Pero Naisha ha insistido y me ha explicado que, como somos el personal más cercano al jefe, todo correrá a cargo de la empresa. O más bien del propio director. De toda la empresa, salvo los directores de las líneas y los diferentes departamentos, Naisha y yo somos las únicas que estamos obligadas a ir a la fiesta por orden del señor Van der Bos, así que el director general se ha ocupado específicamente de darle a Naisha una tarjeta de compras de la empresa. Y aunque suene tonto —porque fijo que más de uno y más de dos en mi situación se estaría frotando las manitas—, yo me siento como toda una gorrona. La típica a la que su mejor amiga le dice que puede probar el bocadillo que le ha hecho su madre para el recreo y de un mordisco se lleva la mitad.

—Todo es por el bien de la imagen de la empresa —me dijo Naisha cuando me quejé—, así que piensa en ello como un complemento más del trabajo. Y como un pequeño agradecimiento por las horas extras.

Supongo que para ella es más fácil, lleva años trabajando aquí y siendo la persona de confianza del director, pero a mí estas cosas me explotan la cabeza. Al fin y al cabo, hasta hace apenas unos meses sobrevivía compartiendo piso con la cocinera de un restaurante de comida rápida y el dependiente de una tienda de ropa de segunda mano y sobrevivíamos a finales de mes gracias a las sobras que traía nuestra compañera del restaurante y a base de ramen instantáneo del Walmart.

Cuando llegamos al colegio de Nelly y la tromba de niños sale por la puerta, yo ya estoy de puntillas, al lado de Naisha, buscando la rubia cabellera de mi pequeña princesita. Y cuando la veo, alzo el brazo para que dé conmigo, lo que hace que, tras un grito de emoción porque no me esperaba a mí, agarre las asas de su mochila azul celeste de gatitos y venga corriendo, sorteando a sus compañeros, para lanzarse de golpe a mis brazos.

—¡Tita, has venido! —exclama justo cuando la cojo en brazos, rodeándome el cuello con sus finos brazos y dándome un sonoro besito en la mejilla que me hace reír. Huele a piruleta de cereza, seguro que la muy pillina ha comido una durante el último recreo de la tarde.

—Claro que sí, florecilla, ¿cómo no iba a hacerlo? —Tras devolverle el gesto cariñoso, la bajo con cuidado al suelo y señalo hacia Naisha—. Mira, ella es Naisha, una amiga mía, y hoy vamos a ir con ella a comprar vestidos, ¿vale?

Nelly alza la mirada hacia ella, soltando un *«¡ohhhh!»* exclamado de emoción. La observa con esos preciosos ojillos azules que son incapaces de esconder cualquier emoción, mientras Naisha, con una de sus sonrisas tranquilas, se acuclilla delante de ella y le tiende la mano. Nelly, tras mirarla, la agarra con la suya.

—Encantada de conocerte, Nelly.

—¡Eres muy guapa! —le dice mi sobrina, esbozando por fin una de esas sonrisas capaces de iluminar hasta la cueva más oscura y tenebrosa—. ¡Tanto como la princesa Jasmine!

—Y tú tanto como Rapunzel —contesta mi compañera, lo que hace que mi sobrina dé un saltito de emoción.

—¡Es mi princesa favorita! —exclama, mirándome luego con sus ojos iluminados por la emoción y una sonrisa enorme—. Me cae bien.

—A mí también —respondo con una carcajada suave antes de cogerla en brazos y caminar hacia el coche—. ¡Vámonos de compras y a comernos un súper helado!

❁❁❁

Cerca de las seis de la tarde, llegamos las tres a casa cargadas y agotadas. Nada más entrar, Nelly va corriendo hacia el sofá, sube el traserillo a este como siempre y se deja caer en él, con mochila incluida, mientras suelta una exclamación de cansancio. Me parece que su padre, al final, se va a enfadar conmigo por ser una mala influencia, porque eso es justo lo que tengo ganas de hacer yo ahora mismo también: tirarme sobre el sofá y no moverme en horas. Pero como tenemos una invitada, dejo que Naisha pase delante y cierro la puerta.

—Bienvenida al humilde hogar de los Taylor —digo, entre risas, mientras dejo las bolsas sobre la mesa.

La tarde nos ha cundido y hemos encontrado vestidos, zapatos y complementos para las dos. Aunque reconozco que me he negado a mirar los precios, porque si no me da un parraque. Nelly se lo ha pasado de lujo, y ha alucinado tanto como yo cada vez que, mientras esperábamos a que Naisha se probara sus vestidos, nos sacaban una copa de champán —y una de zumo de piña para Nelly—, y unos cuantos bocaditos para hacer más amena la espera. Así comprar mola muchísimo más.

Naisha mira alrededor con curiosidad. El apartamento de mi hermano es bastante amplio: tiene un enorme comedor con cocina americana, muy diáfano, y un gran ventanal que da hacia la calle principal donde vivimos. Una puerta corredera da acceso al pasillo que lleva al baño, a las tres habitaciones y a un pequeño cuartucho, que más parece un armario grande, donde guardamos las cosas de navidad, las herramientas y todo lo que nos estorba por casa. Es perfecta para los tres.

—¿Quieres algo de beber? Hay Coca-cola, zumos, batidos de chocolate, cerveza sin,... —le digo, quitándome el abrigo y caminando hacia la nevera—. También hay agua con gas.

—¡Yo Coca-cola! —exclama Nelly, alzando los brazos tras sentarse bien y dejarle sitio a Naisha, quien, con mucho mimo, la ayuda a quitarse la mochila por fin.

—No, no, jovencita, que es muy tarde. Tú un zumo. —La peque hace un mohín a la vez que lanza un quejido que consigue hacer reír a Naisha.

—Una cerveza sin alcohol me vendría bien. Después de tanta caminata necesito algo fresco. Y descansar los pies, por supuesto.

—Pues ve quitándote los zapatos, que te traigo unas de mis zapatillas. Estás en tu casa.

Sonrío a Naisha antes de ir hacia la cocina y, tras coger tres vasos, la botella de zumo de piña, su cerveza y mi refresco de limón, vuelvo a la mesita para dejarlo todo allí. Como veo que Naisha me ha hecho caso y se ha quitado los zapatos, dejándolos a un lado, voy hacia la habitación para ponerme yo un par de zapatillas, saco otro para ella y cojo, de paso, las de Nelly. Os prometo que, para mí, una de las sensaciones más placenteras es la de quitarme los zapatos y ponerme las zapatillas. Bueno, esa y la de quitarse el sujetador. Están a la par.

Durante un buen rato, las tres hablamos de todo y de nada. Nelly nos cuenta todo lo que ha hecho en el colegio, hasta que por fin consigo que se ponga en la mesa grande a hacer sus deberes.

Naisha y yo aprovechamos y hablamos un poco más de nosotras. Como en el trabajo, aunque nos pasamos el día juntas, no tenemos tiempo real de hablar de algo más que no sea eso, el trabajo, apenas sabemos mucho la una de la otra. Así que Naisha me cuenta que vive sola en un apartamento en Lafayette desde hace cuatro años, y que está planteándose irse a vivir con su novio, Hunter.

—Es profesor titular de arquitectura modernista en la UCLA[2]. Se licenció con quince años y a los diecisiete ya se había sacado el doctorado. —Su sonrisa es radiante, y en sus ojos puede verse lo enamorada que está de él.

—¡Vaya! ¿Tan inteligente es?

—¡Mucho! Y aunque le gusta el tema de la construcción, prefiere la rama académica. Los alumnos lo adoran, dicen que es el mejor profesor que tienen, y como él es tan meticuloso, se queda siempre hasta las mil resolviendo dudas o teniendo tutorías con sus alumnos.

—Nunca te había oído hablar tanto de él. —Sonrío, y hasta se me escapa una leve risita cuando advierto el rubor que sube a sus mejillas.

—Bueno, no me gusta aburrir a nadie…

—¡Nai, pero bueno! ¿Cómo vas a aburrirme contándome tus cosas? ¡Más te aburro yo, que no me callo ni debajo del agua!

Ahora es ella la que suelta una suave carcajada, cantarina, a la vez que niega.

—Para nada, es muy divertido escuchar tus cavilaciones. Me gusta trabajar contigo, Mimi.

—Y a mí contigo, Nai. No sabes lo que agradezco que me eligieras entre tanta gente. Aún no lo entiendo, pero te lo agradezco.

—Me causaste muy buena impresión, y me sentí muy cómoda hablando contigo en la entrevista. Y como ves, al final trabajas más conmigo que con Levi, así que, para mí, aparte de un buen currículum, era importante que me sintiera a gusto.

Estoy a punto de echarme a llorar al escuchar sus palabras. Después de haber trabajado tanto tiempo en un entorno bastante frío, hostil y competitivo, las palabras de Nai, el modo en el que habla de la empresa y cómo nos considera un equipo, son un alivio y una alegría. Y como no quiero que me tome por una loca, prefiero cambiar de tema y evitar soltar un mar de lágrimas.

—Por cierto, hay… algo que me gustaría preguntarte, si no es indiscreción. ¿De dónde viene tu nombre? Es muy bonito.

—Mi madre es india. Sus padres y ella vinieron desde Nueva Delhi cuando ella tenía diez años. Siempre me ha dicho que el día que nació, cuando me vio, supo que yo era lo más especial que había hecho y que tendría en su vida. Por eso me llamó Naisha, que deriva de la palabra hindi que se podría traducir como *especial*.

Claro, después de eso, cuando me pregunta por mi nombre, *«Mimi»*, y le digo que fue porque mi hermano se pasó todo el embarazo de mi madre llamando «Mimi» a su barriga, las dos acabamos muertas de la risa en el sofá. Sí, mi historia no es tan bonita y emotiva como la suya, pero también tiene su punto tierno.

—¿Y esas risas? —Nai y yo nos giramos hacia la puerta, por la que entra mi hermano quitándose su cazadora vaquera algo acalorado. Su mirada va directa hacia la montaña de bolsas que hay a un lado de la mesa, abriéndolos de manera exagerada, justo antes de que Nelly se baje de la silla para ir corriendo hacia él.

—¡Papi!

—¡Aquí está la flor más bonita de mi jardín! —exclama Chris, agachándose para coger a la pequeña en brazos y darle un montón de sonoros besos que hacen reír a Nelly, antes de acercarse, con ella, hacia nosotras—. ¿Y nuestra invitada, quién es?

—¡Se llama Naisha y es amiga de la tita! —exclama Nelly antes de que ella, que se había levantado, pueda presentarse—. ¡Es tan guapa como la princesa Jasmine!

—¡A lo mejor es una princesa! —dice mi hermano, siguiendo la conversación de mi sobrina, con una sonrisa, antes de girarse hacia Naisha, tendiéndole la mano, cortés—. Encantado de conocerte, Naisha. Yo soy Chris, el hermano de Mimi.

—Él es el causante de que me llame Mimi. Aquí donde lo ves, de pequeño era muy tonto —bromeo, lo que hace que él enarque ambas cejas y mire a su hija, buscando apoyo en ella.

—¿A que el nombre de la tita es el mejor?

—¡Sí que lo es!

—¿Ves, enana? Soy el mejor poniendo nombres —contesta él, dejando a la pequeña en el suelo antes de acercarse, por fin, a darme un beso—. Siento haberte dejado a última hora con Nelly. Espero que no os haya molestado.

—Qué va, si se ha portado muy bien. —Sonrío, mirando hacia Naisha que asiente a mis palabras sin perder la sonrisa relajada de sus labios—. Además se ha divertido y nos ha ayudado a buscar los vestidos perfectos para la fiesta.

—Aunque a ella le gusta que sean más pomposos. Y con mucho más brillo —confirma Naisha, con una risa encantadora que consigue dejar, por un segundo, anonadado a mi hermano—. Lástima que no peguen con la fiesta a la que vamos.

—Nunca me habría imaginado a mi hermana yendo a comprar vestidos de fiesta. —Posa la mano en mi frente, frunciendo el ceño—. ¡Que alguien la ayude, está enferma! —exclama de manera teatral, lo que provoca que se lleve un puñetazo en el brazo de mi parte, aunque creo que me he hecho más daño yo del que le he hecho a él. Se carcajea de nuevo, pellizcándome la mejilla, antes de mirar a mi compañera—. Y dime, Naisha, ¿te quedas a cenar? Hoy toca pedir chino.

—No sé si debería… —comienza a decir. Pero enseguida tiene a Nelly agarrada a su pierna y mirándola con sus ojitos de cordero degollado.

—*Porfiiii*, Nai, quédate a cenar.

Y claro, ante los ojitos de mi sobrina, ¿quién puede negarse?



El jueves amanece tan caluroso como si estuviéramos en pleno verano, lo que hace que llevar traje de chaqueta, como estos días pasados, sea casi un suplicio. Menos mal que dentro de la oficina tenemos aire acondicionado, porque si no me da algo. Me mata esto de estar casi a finales de noviembre y estar con estas temperaturas. En Nueva York ya estaría durmiendo con mi grueso nórdico y llevando mis abrigos de plumas. Pero aquí no, aquí ni siquiera es necesario llevar chaqueta por la noche.

Pese a ese pequeño detalle, el día pasa más rápido de lo que esperaba y cuando quiero darme cuenta es hora de mi cena con Jun. Tras llegar a casa y darme una ducha rápida —hoy ha podido ir mi hermano a por Nelly, así que he tenido algo de tiempo para mí—, me he puesto unos vaqueros con una camiseta naranja de tirantes, ajustada hasta por debajo del pecho y que luego se abre con un vuelo muy bonito, y unas deportivas. Y como tengo los ojos ya cansados por llevar las lentillas y paso de volver a ponermelas, me pongo las gafas tras recogerme la melena en una coleta alta. Me maquillo lo justo para realzar mi mirada y que mis labios y mejillas tengan un poco más de color.

—A ver qué haces —me dice mi hermano, con voz pícara, mientras me ve coger el bolso y las llaves. Yo me giro hacia él y arqueo ambas cejas.

—Nada que tú no harías.

—¡Eh! —exclama, como si le hubiera ofendido. Para la partida que está echando a la consola y se levanta, mirándome—. Yo soy un caballero en las citas.

—Pero esto no es una cita. Somos dos antiguos conocidos que van a cenar para ponerse al día de sus vidas —le digo antes de darle un beso a Nelly, que se afana en hacer sus deberes—. Nelly, a las nueve en la cama. Y tú, Chris, nada de acostarte a las mil que mañana tienes guardia.

—¡Eh, que soy el mayor de los tres!

—Hmmmm no en mentalidad. —Le saco la lengua mientras abro la puerta, y consigo salir y cerrar antes de que el cojín que me lanza pueda darme de lleno. Lo oigo estamparse contra la puerta y suelto un sonoro *«¡ja!»* para que me escuche al otro lado.

Estos días la verdad es que no ha estado muy mal, aunque más de una vez me lo he encontrado, a

mitad de la noche, sentado delante de una fotografía de Ella y mirándola con los ojos vidriosos. Supongo que en su mente no deja de repetirse la fecha de su muerte, lo cercano que está el aniversario, y eso lo mata por dentro. Sé que no quiere preocuparme, pero de verdad espero que, si me necesita, no dude en acudir a mí.

A las ocho en punto llego a la puerta del Café Santorini, el lugar que Jun ha elegido para que cenemos. Como tampoco es que lleve mucho tiempo aquí, y la mayor parte de las horas las paso en la oficina, no conozco muchos sitios, así que le pedí que por favor eligiera por mí dónde cenar. Y creo que el lugar es idóneo. Todo el edificio tiene un aspecto mediterráneo que me recuerda a las casitas de ladrillo de la Toscana, con una terraza en la primera planta plagada de diminutas luces, y unas pequeñas farolas que iluminan las mesas que hay en la terraza de abajo.

Veo a Jun esperándome cerca de la puerta. Está muy guapo con su pelo ensortijado, las gafas caídas sobre el puente de la nariz mientras mira el móvil y la expresión concentrada de su rostro. Con una sonrisa, cruzo la calle y me acerco a él, reclinándome lo justo para que pueda verme a pesar de tener la vista fija en el móvil.

—¿Te han dado plantón y estás buscando la mejor manera de vengarte?

Da un respingo y, algo azorado, se guarda el móvil en el bolsillo del pantalón, pero enseguida su expresión se torna en una sonrisa radiante y tranquilizadora.

—Algo así. Esperaba a una antigua conocida, pero parece que ha encontrado a alguien mejor —bromea mientras el leve rubor de su rostro va desapareciendo.

—*Vaaaaaya*, ¡qué mujer tan cruel! ¿Te sirvo yo para pasar esta calurosa velada?

Suelta una carcajada y eso me anima a reír un poco más. Se acerca lo justo para reclinarse y besar mi mejilla con suavidad, gesto que yo repito encantada.

—Estás preciosa, Mimi.

—¡Anda ya! Pero si vengo en vaqueros y camiseta. Mira que eres zalamero —golpeo su brazo con suavidad y él ríe por lo bajo, haciéndome una señal para ir directos hacia la puerta del restaurante.

Nada más entrar, el olor a comida nos rodea y a mí se me hace la boca agua. Y mientras Jun se acerca al chico que está en la puerta revisando las reservas, yo aprovecho para mirar todo a mi alrededor. Y es que pese a ser jueves, el Café Santorini está hasta las cejas, lleno de parejas, familias y amigos que han decidido pasar de la cocina y disfrutar de una cena típica mediterránea.

—Bennett para dos, sí, síganme —nos dice el muchacho, cogiendo dos cartas y haciendo una señal para llevarnos a la terraza inferior. Fuera hay menos gente, y con la temperatura tan buena que hace, la verdad es que da gusto estar aquí. Dejo la chaqueta —que llevo por si acaso hace más frío cuando caiga la noche, aunque lo dudo— sobre el respaldo de la silla, y me siento,

agradeciendo al muchacho su amabilidad.

—No conocía este lugar —le digo a Jun una vez estamos solos. Él me mira, con esos bonitos ojos aguamarina tras sus gafas de metal y una sonrisa que me trae los mejores recuerdos. La verdad es que Takeshi y él se parecen mucho, aunque Jun tiene unos bonitos destellos verdosos en los ojos, es menos musculoso que su hermano a día de hoy, y su expresión es algo más serena y madura. Le falta ese toque tan inocente y angelical de su hermano menor.

—Es muy conocido, como ves está hasta los topes —comenta, con una sonrisa, mientras se recoloca las gafas—. Las pastas están deliciosas, ya lo verás.

Tras mirar los dos la carta durante un buen rato, al final nos decidimos por pedir *Tzatziki*[3] para compartir, una *Moussaka*[4] y un plato de *Penne Rigate all'Arrabbiata*, que no sé lo que es, pero que a Jun parece encantarle. De beber pedimos una botella de vino tinto y una jarra de agua.

—Tu hermano me sorprendió mucho cuando me dijo que habías venido a vivir con él a Pasadena. —Sonrío ligeramente al escucharle, asintiendo—. Te hacía en Nueva York triunfando en una multinacional o algo así. —Eso me hace estallar en carcajadas, negando.

—¡Qué va! Estuve unos años como ayudante de dirección de una pequeña empresa de turismo, y la verdad es que me gustaba, pero… —Me encojo de hombros, rascándome la nuca—. Bueno, ya sabes, con lo de Ella, cuando vi a mi hermano tan mal pese a haber pasado más de un año, decidí venirme a echarle una mano.

—Pero él no sabe que has venido por eso.

—Lo intuye, no creas que no, pero deja que piense que se cree mi mentira sobre que vine para cambiar de aires y por el clima de Los Ángeles. —Jun se echa a reír por lo bajo, dándole un trago a su copa de vino—. ¿Y tú qué? Lo último que supe es que habías conseguido entrar en Harvard.

—Así es. Y allí estudié toda la carrera, hice la residencia en el Hospital Addenbrooke y estuve allí unos cuantos años —me explica, sonriendo—. Hasta que conseguí una plaza mejor aquí, en Pasadena, y decidí dejar mi vida allí y venirme hasta Los Ángeles.

—Tuvo que ser duro hacerlo —le digo, ladeando la cabeza—. Tantos años allí…

—¡Mira quién me lo dice! —Los dos nos echamos a reír, y siento un leve rubor que sube a mis mejillas—. Yo al menos vine con una oferta de trabajo y cumpliendo una promesa que hice cuando era un joven idiota; tú viniste a la aventura. Aunque por lo visto no te ha ido muy mal.

—No lo digas muy alto, que *Tyche* a lo mejor se salta el pacto de no agresión que hemos firmado.

—¡Madre mía! ¿Sigues pensando que una diosa menor griega te la tiene jurada?

—Hmmmm más bien pienso que no termino de caerle bien por alguna razón y me hace la vida un poco más difícil. Pero siempre de buen rollo. —Le dedico una amplia sonrisa y Jun vuelve a soltar una carcajada que me hace sentir como en casa.

Durante el resto de la cena, hablamos un poco de nuestras vidas mientras degustamos los platos que hemos pedido. Las raciones son bien hermosas, y mientras que la *Moussaka* y el *Tzatziki* me encantan, los macarrones resultan ser la mar de picantes y he estado como diez minutos tosiendo y llorando, con la lengua ardiendo y la cara roja como un tomate, mientras Jun se cachondeaba de mí. Por lo visto sigue siendo un poco cabroncete —su madre siempre me decía que de pequeño hacía trastadas para que le prestaran atención porque, al ser el mayor, se sentía un poco desplazado—, y ha decidido sorprenderme con su plato favorito. Y mientras a mí me cuesta incluso volver a hablar y he dejado seco el río Estigia de tanto que he bebido, él se los come como quien degusta un plato de pasta Carbonara y no los macarrones del infierno.

—Lo siento, lo siento —dice mientras se quita una lágrima de la risa, mirándome—. No he podido resistirme a sorprenderte. Takeshi no mentía cuando decía que tu paladar es demasiado delicado.

—¡Es mentira! —exclamo mientras limpio mis gafas, que se han manchado con mis propias lágrimas—. Lo que pasa es que vosotros tenéis las lenguas de acero y no sentís ni padecéis. Puaj, de verdad, me pican hasta la garganta y el esófago.

Jun se sigue riendo, aunque de manera más suave, mientras se mete una buena cantidad de macarrones en la boca. Cuando me termino de limpiar las gafas y me las pongo, veo que él mantiene su mirada fija en mí, y sigue sonriendo con un deje pícaro. Jun es guapísimo, no nos vamos a engañar, y hoy se ha puesto una camisa blanca, que le sienta de lujo, con unos vaqueros ajustados que le hacen muy buen culo. Sí, soy humana y me he fijado en que lo tiene. Si eso es delito, que venga la policía y me detenga. Su mirada es tan intensa que siento de nuevo el rubor subiendo a mis mejillas, aunque esta vez no es por el picante de los macarrones infernales, así que me llevo un poco de *Moussaka* a la boca mientras intento que no se note mi apuro.

—Oye —digo al final, tras tragar lo que tengo en la boca. Él se limita a arquear las cejas, curioso, a la espera—. ¿Vives con Take?

—No —contesta, relajando un poco la expresión y cogiendo un trozo de pan de pita para mojarlo en la salsa griega—. Cuando vine a Pasadena él ya tenía su casa en Calabasas, y yo prefería tener mi propio espacio. Él me insistió, no creas que no, y nos vemos de vez en cuando, pero… Nah, preferí buscarme un piso cerca del hospital. Además, si me hubiera ido con él, se negaría a que le pagara un alquiler por la habitación, la comida o cualquier cosa y me habría sentido como un gorrón de campeonato.

—Ya veo… Te entiendo, yo me siento un poco así con Chris, la verdad. Tampoco me deja pagarle por la habitación. Y tengo que dar gracias por que me deje hacer la compra de vez en cuando.

—Le dije que te había visto. —Alzo la cabeza y la mirada hacia él tan rápido que creo que hasta me mareo un poco. El corazón me late a mil por hora y siento las mejillas arder de nuevo—. Se acuerda mucho de ti, y se sorprendió mucho al saber que estabas aquí.

—Ya veo… —Sonrío ligeramente. Se acuerda de mí. Me hace ilusión saberlo; Take ha sido y es

muy importante para mí. No sé si es porque cuando nos conocimos y empezamos a quedar después de clase cualquier cosa nos parecía especial y siempre hemos tenido gustos muy parecidos, pero no he encontrado a nadie con quien conectar a tantos niveles como lo hice con él.

—Me preguntó si estabas bien y le dije que sí, que más guapa que nunca.

—¿Que estoy…? —Joder, parezco idiota, a este paso debo parecer un tomate maduro a punto de cocerse de lo que me arden las mejillas—. ¡Venga ya! No digas tonterías, anda…

—Suele estar muy ocupado, pero si quieres…

—No, tranquilo —le corto, agitando de lado a lado la cabeza—. No quiero molestarle. Además lo más seguro es que le vea el sábado en la fiesta de *Laksmí*. —Le veo arquear las cejas, así que alzo la mano y me llevo un dedo a los labios, sonriendo—. Pero no le digas nada. Si se acuerda de mí y me reconoce, quiero que sea una sorpresa.

Tras una cena deliciosa y discutir por ver quién pagaba —al final he ganado yo y he podido invitarle—, Jun me acompaña hasta casa. Las calles de Pasadena están bastante animadas pese a ser más de las diez de la noche de un jueves. Mañana todo el mundo trabaja, y sin embargo hay mucho ambiente en los bares y restaurantes por los que pasamos. Ha sido una velada muy divertida, incluso pese al incidente de los macarrones del infierno. En serio, ¡habrían hecho llorar al mismísimo *Hades*!

Cuando éramos pequeños, Jun era el mayor, el inteligente, el que siempre nos cuidaba cuando me quedaba a jugar en su casa después del colegio o el que se aseguraba de que dejábamos la puerta de Take abierta cuando comenzamos a salir. Era el que iba a ser médico, el chico intelectual que levantaba suspiros allá por donde pasaba, el rompecorazones. Y ahora esa diferencia de edad ni se nota. Solo somos dos treintañeros caminando por las iluminadas calles de la ciudad y riéndonos de lo estúpidos que éramos cuando no teníamos ni idea de lo que significaba ser adulto.

Al llegar al portal, saco las llaves del bolso y me giro hacia él, alzando la cabeza para poder mirarle. Es tan alto como mi hermano, y se nota que está en buena forma. Repito que los vaqueros le hacen un culo de infarto. Las luces se reflejan en los cristales de sus gafas, consiguiendo que sus ojos aguamarina se parezcan a un mar de verano reflejando el sol. Si me quedo en silencio y los miro, creo que hasta puedo escuchar el romper de las olas con cada uno de sus pestañeos. Su cortísima barba, que le da aspecto de desaliñado, enmarca una media sonrisa que hace aparecer un tímido hoyuelo que le sienta la mar de bien. Lo tengo tan cerca que soy capaz de oler su colonia, lo que hace que, de repente, sienta una oleada de calor recorrer mi cuerpo y concentrarse en mi bajo vientre.

—Gracias… gracias por la cena —consigo decir, atrapada en su mirada. Sé que no ha sido una cita, pero hace tanto tiempo que no tengo una, que ahora mismo me siento tan torpe como una primeriza. ¿Debería darle dos besos? ¿Un abrazo? ¿Un apretón de manos?

Suelta una pequeña risa, grave y masculina, que me pone los pelos de punta y hace que trague

saliva. Vale, durante toda la cena he estado obviando que Jun es muy atractivo, quizá porque una parte de mí me decía que ver así al hermano de mi ex no es moralmente aceptable. Pero, por favor, es que tenerlo tan cerca hace que no pueda evitar perderme en sus rasgos, sentir la necesidad de alzar los dedos y enredarlos en su mata de cabello negro. Sentir cómo su barba raspa la punta de mi nariz. ¡Por dios, Mimi, basta!

—Eso debería decirlo yo —me dice, ladeando la cabeza—. Al fin y al cabo me has invitado.

—Ya, bueno, pero… elegiste tú el sitio, ¿no? —¿Es cosa mía o cada vez está más cerca?

—La próxima vez, entonces, eliges tú el sitio y yo invito. —Alza la mano, apartándome de la cara un mechón que se ha salido de mi coleta. El contacto de sus dedos al rozar mi mejilla consigue que tiemble y tengo que apretar los labios para no dejar escapar un suspiro. Intento hablar, contestarle que sí, que buscaré un restaurante chulo para repetir la velada, pero mi cuerpo me traiciona y la voz no me sale, así que me limito a asentir con la cabeza.

Durante un par de segundos, que me parecen horas, nuestros ojos se mantienen fijos el uno en el otro. Siento cómo me recorre con ellos, cómo se detienen en mis labios cuando los abro para coger el aire que creo que me falta. Su mano, que se había quedado tras mi oreja, se desliza con cuidado hacia mi barbilla, provocando que cada fibra de mi ser se agite, tiemble con ansia, antes de reclinarse y posar sus labios sobre los míos. Mi corazón se desboca, lo siento latir en mis manos, en mis sienes y en mi pecho con tanta fuerza que temo que acabe explotando. Su beso es suave, tierno y parece pedir permiso para continuar, así que, con manos temblorosas, me agarro a su camisa y me pongo de puntillas para que el roce de nuestros labios se convierta en un beso más firme.

Cuando quiero darme cuenta, sus manos están en mi cintura y me abraza contra él mientras yo enredo los dedos en su mata de cabello azabache. Puedo sentir su propio pulso al ritmo del mío a la par que nuestras lenguas juegan a buscarse, a enredarse. Ahogo un gemido en su boca al sentir que atrapa mi lengua entre sus labios y la sorbe con sensualidad, consiguiendo que, además, el hormigueo y el calor entre mis piernas sea mucho más intenso. Dios mío, creo que me voy a desmayar.

—¿Nos vemos la semana que viene? —Siento un vacío descomunal cuando sus labios se separan de los míos, pero la ternura con la que roza su nariz contra la mía me hace sonreír. Asiento mientras me muerdo el labio inferior, ahora inflamado por nuestros besos. ¿Cuánto tiempo hemos estado reconociendo nuestras bocas? ¿Unos segundos? ¿Quizá unas horas? Ahora mismo el tiempo es relativo, no importa, no existe en realidad. Eso sí, cuando nuestras gafas, sin querer, chocan entre sí al ir a darnos un beso de despedida, los dos estallamos en risas.

—Vale —consigo contestar. Él besa mi frente al final, con suavidad, antes de robarme un rápido beso en los labios y separarse de mí. Pese a la buena temperatura del ambiente, ahora mismo, en cuanto se separa de mí, siento frío, como si sus brazos fueran un abrigo y me lo arrebataran en medio de una tormenta de nieve—. ¿Te llamo para quedar? Aunque no quiero molestarte en el trabajo…

—Puedo contestar mensajes en mis ratos libres, no me obligan a guardarlo en el cajón de la maestra como en el instituto —bromea, entre risas, mientras me guiña el ojo. Yo me sonrojo una

vez más. Mira que soy tonta, si podemos hablar por *Snapchat* cuando nos apetezca. Incluso por Instagram. Durante la cena nos hemos estado buscando y le tengo agregado por todas partes.

—Sí, claro. Pero te llamaré para saber tus horarios.

—El domingo me darán la plantilla de la semana que viene, así que llámame por la noche y hablamos. —Me guiña el ojo y, tras soltar mi mano, la cual no me había dado cuenta de que sostenía, se aleja, caminando calle abajo hacia la zona del hospital, y yo abro la puerta del portal sintiendo que, de repente, venir a Los Ángeles ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida. *Tyche*, esta vez tengo que decirte que te has lucido. Recuérdame que te haga un pequeño altar en mi habitación, porque acaba de empezar en mi vida una etapa que pinta ser maravillosa.



NOTAS AL PIE

2. **UCLA:** Universidad de California, Los Ángeles.
3. **Tzaziki:** El tzatziki es una salsa característica de las cocinas griega y turca a base de yogurt.
4. **Moussaka:** Plato tradicional de los Balcanes y el Medio Oriente hecho a base de berenjenas. La versión griega, que es la más conocida internacionalmente, consiste de capas de carne picada de cordero, berenjena en rebanadas, y tomate, cubierto de una salsa bechamel y horneado.



Cuando por fin acabamos la grabación de hoy, son casi las cuatro de la madrugada y ya estoy que me muero de sueño. Vale, sí, la grabación de la serie me está gustando un montón, con mis compañeros hay un buen rollo impresionante y es muy interesante esto de rodar de noche. Pero eso no quita que cuando acabe tenga más sueño que un gato delante de una estufa. Hoy hemos rodado una escena de acción en la parte de fuera de los estudios, donde el equipo ha reproducido la fachada completa del *Orpheum Theatre*. Es bastante más pequeña que la real, por supuesto, y los materiales son muy livianos, pero la magia del retoque hace milagros. Cuando salí de maquillaje y vi la fachada, con los enormes carteles iluminados y ese aire retro que tiene, sentí, por un momento, que estaba en pleno Broadway.

—¡Buen trabajo, Take! —me giro al escuchar la voz de Shanya, que se acerca a mí con una sonrisa.

Debo decir que el primer día, el de la lectura del primer capítulo, la juzgué mal. Bueno, tampoco es que ella se portara demasiado bien con el director y los guionistas, pero supongo que al ser su primera vez también estaba algo nerviosa. Shanya, pese a no haber estudiado interpretación —aunque, por lo que me ha contado, ha empezado a ir a clases por las mañanas—, se mete con bastante facilidad en el papel, y aunque hay que ayudarla a veces a encontrar el punto exacto de emoción que quiere el director, está siendo más fluido de lo que pensaba.

Se detiene a mi lado mientras bebe de su botella de agua. En cuanto termina, la cierra y alza la mano, sonriente, para que choque la mía con ella, cosa que hago encantado, dedicándole una tranquila sonrisa.

—¡Lo mismo digo! Has estado genial en esa escena en la que hablabas con el espíritu.

—¡Calla, que me ha costado un montón! —exclama, echándose su melena morena hacia atrás, resoplando después—. No sabía hacia dónde mirar. Eso de actuar sin tener a nadie real delante es difícil.

—Y que lo digas, pero le pillarás el truco. —Poso la mano sobre su hombro, con suavidad, dándole un apretón suave a modo de ánimo—. Al principio es muy raro. Recuerdo la primera vez que tuve que hacerlo. Creo que repetimos la escena veinte veces porque cuando no sabía a dónde mirar, hablaba demasiado rápido y otras tantas cosas más. No te desesperes si no sale a la primera. Nadie va a molestarse por repetir.

—Gracias. —Me sonríe, entrecerrando los ojos al hacerlo. La verdad es que Shanya es muy guapa, y no me extraña que tenga tantísimos seguidores. Tiene una melena larguísima y rizada,

tan frondosa como la melena de un león, y una piel tostada natural que muchas personas intentan replicarla con rayos UVA sin conseguirlo. Sus ojos son grandes y almendrados, y destacan gracias al tono miel clarito que tienen. Por lo que me ha contado en algunas de nuestras charlas en maquillaje, su madre es chilena, de ahí le viene ese bonito tono de piel y el leve acento que se le marca más cuando se enfada—. Por cierto, ¿el sábado pasas a buscarme?

—¿El sábado? —Arqueo ambas cejas mientras la miro. ¿Tenemos grabación extra el sábado y no lo tengo apuntado? ¿Es que producción no le va a mandar el coche como siempre hacen?

—¡Claro, para la fiesta de tu amigo! —exclama, dándome un golpe en el brazo—. Me dijo tu agente que iríamos juntos. Ya sabes, por la prensa.

¡Oh! Me había olvidado de eso. Me rasco la nuca ligeramente mientras la miro, sin saber muy bien qué decir o, mejor dicho, cómo negarme sin que se sienta ofendida. En realidad quería ir por mi cuenta, justo para evitar que la prensa empiece con los rumores. Detesto estar en boca de todos por algo que no sea mi trabajo. Y también detesto el tono de reproche de mi madre cuando me llama y me pregunta a ver por qué se tiene que enterar de mi vida por la prensa. Sé lo que me dijo mi agente, y aunque en un principio acepté, llevo estos días posponiéndolo, porque cuanto más lo pienso, menos me gusta la idea de despertar habladurías. Y más aún cuando los rumores de mi supuesto romance con Isis siguen saliendo por las redes. Shanya me mira, entre curiosa y ansiosa, y con un brillo en sus ojos que no sé identificar. Supongo que serán nervios. Fijo que su agente también la está presionando.

—Será bueno para la imagen de la serie —insiste, dando un paso hacia mí.

—Ya… —Dejo escapar todo el aire que retenía y acabo por sonreír, asintiendo. Tampoco quiero que ella tenga que discutir con su agente por mi cabezonería—. Está bien, me pasaré a buscarte. Le diré al chofer de la empresa que pasemos antes por tu casa.

—¡Estupendo! —exclama, agarrándose a mi brazo. Se pega a mí tanto que por un momento soy muy consciente de que está apretando sus pechos contra mí y eso hace que me sonroje de manera automática—. Voy a llevar un vestido amarillo precioso de Dior y un bolso negro para ir a juego con tu traje de chaqueta, así que estaría bien que tu llevases una corbata amarilla y un pañuelo del mismo color en la solapa.

—No tengo ninguna corbata amarilla —le digo, parpadeando, porque además de que su cercanía me incomoda un poco, no entiendo en qué nos puede beneficiar ir conjuntados salvo para levantar más rumores. Una cosa es ir juntos, y otra muy diferente hacerlo como las parejas en las alfombras rojas—. No creo…

—¡Tranquilo! —me corta, poniéndose de puntillas y dándome un beso en el hombro antes de soltarme—. Yo me encargo. Así buscaré que tanto la corbata como el pañuelo sean del mismo tono de mi vestido. ¡Nos vemos el sábado!

Sin darme tiempo a reaccionar, Shanya me deja allí, en medio del set, en plena noche y mucho más espabilado de lo que estaba hace unas horas. Observo la estela que mi compañera deja a su paso y cómo el resto del equipo, que están terminando de recoger lo básico, se giran para mirarla y cuchichean a sus espaldas. Hay algo en todo esto que no me gusta y por un momento pienso en

la posibilidad de llamarla mañana y decirle que es mejor que vayamos por separado, pero entonces la voz de mi agente aparece alta y clara en mi cabeza. *«No lo fastidies»*. Y esa frase consigue que me trague mis dudas. Al fin y al cabo él sabe lo que es mejor para mi carrera, ¿no?



El timbre de la verja y los ladridos de Bast me sacan de mi placentero sueño. Alargo el brazo para coger el móvil y ver la hora. Son casi las dos de la tarde. Joder, esto de grabar de noche es un desbarajuste. Me levanto, me estiro y, aún en calzoncillos, salgo de la habitación hacia la entrada.

—¡Dile a tu peluche que se calle! —se queja Isis desde la habitación de al lado, con voz de súplica. Ayer, cuando llegué de grabar, estaba en la verja de mi casa, con la moto amarrada a una farola y sentada en la acera jugando con el móvil. Me sorprendió verla allí tan tarde, pero cuando vi sus ojos enrojecidos y su ceño fruncido, supe que si estaba aquí era porque necesitaba huir. ¿De qué? No lo sé, no ha querido decírmelo, pero supongo que ha vuelto a pasar algo dentro del grupo. Siempre dice que no quiere meterme en líos, que si sé lo que sucede en su vida, acabaré queriendo hacerme el héroe y será peor, así que hemos llegado a un acuerdo: ella no me cuenta nada, y viene aquí, a mi casa como refugio, cuando se siente superada por todo. Sí, es un acuerdo en una sola dirección, pero no me importa. A veces lo mejor que un amigo puede hacer por otro es estar. Y creo que ayer era uno de esos días en los que necesitaba no dormir sola en su apartamento.

—Lo siento, te cerraré la puerta.

El timbre vuelve a sonar cuando estoy llegando, y Bast ya está a dos patas, apoyado contra el ventanuco que hay al lado de la puerta, moviendo su cola feliz de un lado a otro. Reconozco el coche en cuanto lo veo, así que abro la verja sin contestar para que Jun entre y dejo que mi inseparable compañero vaya a su encuentro en cuanto ha aparcado. Mi hermano mayor suele venir de vez en cuando a comer conmigo, cuando los dos podemos, y se me había olvidado por completo que habíamos quedado hoy viernes cuando saliera de su guardia. ¿Os he dicho ya que trabajar de noche no me sienta bien?

—¡Hey, grandullón! —exclama mi hermano cuando Bast se le echa encima, poniéndose a dos patas contra su pecho e intentando larmerle la cara. Con cariño, le agarra del hocico y lo mueve hacia los lados, chinchándolo, mientras mi perro busca la manera de lamer sus manos sin dejar de menear la cola y soltar pequeños quejidos. Este peluche con vida es feliz en cuanto alguien le presta un mínimo de atención—. Va, deja que vaya a abrazar a Take y luego jugamos.

Como si le entendiese a la perfección, Bast se baja y viene corriendo hacia mí, quedándose a mi lado, sentado, mientras mi hermano se acerca para darme un fuerte abrazo que le devuelvo sin dudar. De los cuatro hermanos, Jun y yo somos los únicos que vivimos en la misma ciudad y desde hace relativamente poco. De hecho, nuestros padres viven en San Luis Ovispo, mi

hermana Krista está en Columbia como profesora adjunta de Literatura Comparada, y mi hermano Callum está trabajando en Beijing, a donde se mudó hace un par de años con su novio.

—¿Te he despertado? —pregunta mientras entramos en casa, cerrando la puerta a nuestra espalda. Bast nos sigue sin quitarle ojo de encima a mi hermano, y cuando, tras dejar la cazadora en una silla, se sienta en el sofá, a este no le falta tiempo para subirse a su lado y tumbarse, apoyando la cabeza sobre sus piernas en busca de todos los mimos que mi hermano no le ha dado desde la última vez que apareció por casa.

—Algo así. —Me rasco la cabeza, despeinándome un poco y sonriendo. Supongo que tengo aún cara de dormido. No me he podido ni tomar un café—. La verdad es que se me había olvidado que habíamos quedado, lo siento.

—¿Rodaste hasta muy tarde ayer?

—Hasta pasadas las tres y media, así que llegué a casa sobre las cinco. —Mi hermano silba al escucharme, sin dejar de acariciar el blanco pelaje de mi perro, que está en la gloria, con la vista fija en Jun por si se le ocurre dejar a medias su sesión de caricias—. Ya, me tienen el horario desajustado. Y encima, la semana que viene tengo la grabación del primer spot de la campaña de *Laksmí*, por la mañana, el único día que no tengo rodaje de la serie. Al menos ya hicimos las fotografías para la campaña el día de la prueba de vestuario.

—Un día de estos te vas a poner malo.

—Para eso tengo un hermano médico, para que me cuide si caigo enfermo. —Sonrío como un niño pequeño, enseñando los dientes, lo que hace que Jun ponga los ojos en blanco, aunque se le escapa una leve sonrisa.

—Soy cirujano de traumatología.

—¿Y? Para llegar allí estudiaste medicina, así que podrías cuidarme de todos modos.

—Ni se te ocurra. Take es un enfermo terrible. Cuidarlo es como vivir en una película de terror de las malas —Ambos nos giramos hacia la tercera voz que se alza desde lo alto de las escaleras. Isis, con la melena platinada revuelta y cara de sueño, desciende desde el piso superior. Se ha puesto una de mis viejas camisas, que le queda como un enorme vestido. De hecho, ni siquiera ha doblado las mangas y le sobra como la mitad de cada una—. Y cuando está de resaca no hace más que lloriquear.

—Mira quién lo dice, la que me pide que la lleve al hospital cada vez que se le atraviesan los gases —contesto a modo de venganza, sonriendo malicioso, lo que hace que ella me lance el primer cojín que encuentra por allí, el cual atrapo con la mano, antes de corretear tras el sofá y rodear el cuello de mi hermano, parapetándose allí.

—Jun, protégeme, tu hermano es muy malo —le dice, con una voz ligeramente aniñada que hace reír a mi hermano—. Huy, ¿has estado haciendo pesas? Estás más duro. —Su vergüenza no tiene fin, porque le palpa los hombros, los brazos y los pectorales sin pudor antes de soltarlo y dar la vuelta para abrazar a Bast, que ya se había sentado a la espera de su ración de mimos, hundiendo

la cabeza en su pelaje—. Hmmm huele a limpito.

—Hay que cuidarse. Y va por los dos, que sois tal para cual —contesta mi hermano, entre risas —. ¿Te has vuelto a decolorar el pelo? Está más blanco.

—Así es más fácil ponerme diferentes colores para los conciertos —asiente mientras se acomoda en el sofá, sin soltar a Bast, quien se mantiene sentado entre mi hermano y ella y se afana por lamerle la cara a Isis, la cual se deja mimar sin problemas. Cuando por las mañanas la despierta ladrando le fastidia un montón, pero luego no quiere separarse de él—. Pero tu hermano dice que si sigo haciéndolo me voy a quedar calva.

—¡Es que tu pelo es negro! Al final te lo vas a estropear. ¿No sería más fácil tirar de pelucas? —pregunto, cruzándome de brazos.

—Pffff no sé yo, sería gastar dinero en chorradas que me van a ocupar mogollón de sitio, que voy a usar dos veces, que seguro que no aguantan la tralla de los conciertos y que encima me priva de hacer chistes malos a la prensa. —Los dos la miramos, con las cejas arqueadas, consiguiendo que su sonrisa se vuelva gatuna—. Sí, ya sabéis, cuando me preguntan que si este es mi color de pelo natural , siempre les contesto «¡qué va! Rubia de bote, chocho morenote». ¡Si no me decoloro, no puedo decirlo!

Mi hermano estalla en carcajadas mientras yo siento cómo me pongo rojo como un tomate, aunque se me escapa una pequeña risa. En serio, lo de esta chica no tiene nombre. La observo mientras sigue abrazada a Bast como quien abraza un peluche. Tenerla en casa es como tener a Krista, solo que en una versión más alocada, menudita y dicharachera. En estos momentos es cuando me doy cuenta de lo solo y aburrido que estoy normalmente, y de que si no fuera por Bast, las horas en esta casa se me harían eternas. Acabo por levantarme y estirarme hasta que la espalda me cruje.

—Bueno, ¿pizza?, ¿chino?, ¿comida india?

—Pizza siempre —me contesta Isis, solemne, mientras mi hermano se encoge de hombros, aceptando la propuesta—. Por cierto, ¿se puede ir en uber mañana a la fiesta esa? Porque paso de ir con vestido y en moto.

—¿Vas a la fiesta de *Laksmí*? —pregunta mi hermano, curioso, mientras yo voy a buscar el teléfono, que lo dejé en la habitación.

—Ya ves. No sé qué pinto yo en una fiesta tan pija, pero el súper jefazo amigo de Take me ha invitado. Dice que como voy a ser la nueva imagen y blah, blah, que me vendrá bien conocer a algunos de los inversores. Con lo que odio hablar con señores viejos que llevan traje y un palo metido por el culo.

—¿Y por qué no vais juntos? —Escucho que pregunta mi hermano, alzando la voz para que pueda escucharlo—. Sois amigos, ¿no?

—¡Qué va! Take es cruel y me ha abandonado por otra más alta, más morena y más joven. Bueno, más joven no sé, pero sí con más tetas —se burla Isis, lo que hace que yo regrese a la

carrera con el teléfono en la mano y el ceño fruncido—. Ya sabes, con su tamaño y lo que calza entre las piernas deben de gustarle bien grandes. Pero poco naturales.

—¡Isis! —exclamo, mirándola mientras siento el calor subir a las mejillas una vez más. Ella me sonríe, maliciosa, y aunque sé que sus comentarios siempre son para burlarse de mí porque consigue ruborizarme, no logro acostumbrarme a ellos. Sin embargo, Jun me mira con curiosidad.

—¿Algo que deba saber, Take?

—No te montes una peli. Mi agente me ha pedido que lleve de acompañante a mi compañera de reparto. Y bueno, ayer me pidió que fuera a buscarla, así que… iremos juntos. —Por alguna razón, decirlo en voz alta me hace sentir un poco incómodo.

—Mira, mira.

Isis se ha sacado el móvil de a saber dónde —prefiero no saberlo, la verdad—, y le está enseñando algo a mi hermano, el cual suelta un silbido.

—Es un bellezón. Aunque yo me quedaría contigo, Isis —dice él, esbozando una sonrisa antes de mirarme mientras Isis hincha el pecho, orgullosa—. ¿De verdad solo es eso?

—Que sí, joder —contesto, dejándome caer en el sillón mientras juego con el móvil en la mano —. Es todo por la imagen de la serie.

—¿Y qué hay de tu imagen? —La pregunta de mi hermano hace que levante la mirada hacia él, extrañado—. La prensa lleva un año teorizando sobre tu supuesta relación con Isis. Si te ven llegar con esta chica, estando Isis también en la fiesta, ¿no será peor?

—Desde luego él sale perdiendo con el cambio —dice Isis, echándose la melena despeinada hacia atrás en un movimiento muy digno, manteniendo la sonrisa maliciosa en los labios.

—Yo nunca he dicho que saliéramos juntos —contesto al final, cruzándome de brazos—. Además, si eso hace que la serie vaya bien, no sé dónde está el problema.

Creo que mi hermano va a decir algo más, pero la mano de Isis se adelanta y se posa en su brazo, deteniéndole. Por un momento se miran, parecen comunicarse tan solo con eso —lo cual me molesta, yo no he tenido nunca esa conexión con Jun—, y mi hermano acaba suspirando, derrotado.

—Dejemos las cosas de la prensa y las redes para otro momento —dice Isis, reclinándose hacia adelante—. Ya puedes ir pidiendo las pizzas si no queréis ser vosotros mi comida. Y ya sabes, Take, que tengo un agujero negro por estómago.



Naisha y yo nos hemos pasado toda la tarde metidas aquí, en el *Hotel Plaza*, para asegurarnos de que todo está en su sitio. Bueno, Naisha se ha asegurado de ello, yo en verdad he ido detrás de ella como un perrito y he ayudado en todo lo que he podido. Se nota que no es la primera fiesta en la que ejerce de organizadora: ¡sabe a la perfección dónde y cómo tiene que estar cada cosa! Nos hemos asegurado de contar todas las bolsas de regalo tres veces, hemos repasado la lista de invitados otras tres, hemos repasado el catering y bueno, tantas cosas que estoy hasta un poco mareada. Y yo que pensaba que organizar el cumpleaños de mi sobrina con sus amiguitos era una odisea. ¡No pienso volver a quejarme de ello nunca más!

—Mimi, ¿has terminado? —pregunta Naisha desde fuera. Como teníamos que hacer todo el trabajo previo, hemos traído la ropa aquí, al Plaza, y estamos en una de las habitaciones vistiéndonos. Ha venido un maquillador de la compañía para arreglarnos y una peluquera amiga de Naisha, así que, cuando han acabado, me he pasado como media hora haciéndome fotos para enviarles a mis padres, a Chris y a Jun el resultado de todo lo que me han puesto. Creo que jamás me he visto tan bonita.

—¡Ya salgo! —Me levanto el vestido lo suficiente para poder calzarme los zapatos y me miro una última vez al espejo. Al final elegí un sencillo vestido largo, de tirantes, en color burdeos, con una sobrefalda semitransparente del mismo color, que deja ver mi pierna derecha gracias a la abertura que tiene la tela de debajo. Me han recogido el pelo en un moño en forma de flor, y han dejado algunos mechones por fuera, los cuales me han rizado, adornando todo con una fina cadena de cristalitos que lanzan destellos cada vez que muevo la cabeza. El maquillaje es sencillo, para atraer toda la atención sobre el peinado, pero el tono burdeos de mis labios conjunta con el del vestido. Sonrío y, tras darme el aprobado, salgo del baño.

—¡Te sienta de lujo! —exclama Naisha cuando me ve. Ella también está preciosa. Es más, como diría Nelly: parece una princesa. Ha elegido un vestido ajustado de color turquesa que se abre a la altura de las rodillas como una campana. Tiene dos capas: la de debajo, que simula ser un top de tirantes y la falda larga, y la de encima, que aúna todo el conjunto, hecha de encaje un tono más claro y que deja una franja transparente a la altura del estómago para que parezca que, en vez de un vestido, es un traje de dos piezas. No lleva gafas, lo cual se me hace raro, y el maquillaje potencia aún más su rostro moreno y sus ojos azules y almendrados. Le han recogido el cabello en una larga coleta alta que han decorado con unas finas cadenas con mariposas del mismo tono turquesa que el vestido. Para terminar el conjunto, lleva un colgante de oro y cristales que salpica su piel de pequeños destellos. Es que es la princesa Jasmine a punto de ir a un baile de gala.

—Mira quién fue a hablar —le digo, tomando sus manos en cuanto estoy a su lado—. Estás

preciosa, Naisha.

—Tú siempre me ves con buenos ojos —le resta importancia, apretando mis manos con suavidad —. ¿Nerviosa?

—Un poco, la verdad.

—Va a salir todo bien —asiente, con una sonrisa tranquila y segura que consigue aliviar un poco el peso que siento sobre los hombros—. En la puerta solo tienes que preguntar el nombre, buscarlo en el iPad, que está sincronizado con el mío, y una vez localizado confirmar su asistencia. De ese modo llevaremos el conteo de los invitados y nadie intentará colarse de nuevo para tener dos bolsas.

—¿Ha pasado eso alguna vez? —pregunto, arqueando ambas cejas.

—Hace un par de años, la acompañante de uno de los inversores salió a la calle para fumar, y cuando dejé solo a uno de los chicos del hotel, que se ofreció a ayudarme, la mujer en cuestión, aprovechó que no estaba yo en la puerta y le dijo que había llegado tarde y que quería su bolsa de regalo. Como en cada una hay diferentes productos, supongo que o no le gustaron los que le tocaron, o quería hacerse con más. —Se encoge de hombros, sonriendo—. Ha sido solo una vez, pero lo tomamos en cuenta para evitar que alguien más pueda hacerlo.

—Vaya… Me sorprende que pase algo así en una fiesta de este nivel.

—¡Ay, Mimi! No sabes lo avariciosos que pueden ser los ricos. Tener cuentas con muchos ceros a veces no les es suficiente. —Me da un abrazo, como si así intentase pasarme toda su fuerza—. Vamos, tenemos que estar abajo en diez minutos.

—Sí, deja que meta el móvil en el bolso.

Corro hacia la mesilla que hay al lado de la que será mi cama esta noche, donde he dejado el teléfono, y desbloqueo la pantalla cuando veo parpadear el aviso de que tengo mensajes sin leer en Snapchat. Abro la conversación que tengo con Jun, y sonrío mientras siento mis mejillas arder al leer su respuesta a mi foto. Un montón de caritas con corazones por ojos encabezan su mensaje.

JUN

«Madre mía, Mimi! Estás radiante! Te pondrás ese vestido

algún día para mí? :(».

La carita triste que ha puesto al final de la frase me hace soltar una risa, así que corro a contestarle.

MIMI

«No sé, no sé… Depende de lo bueno que seas».

Como está activo, enseguida veo los tres puntitos que me avisan de que está escribiendo y yo me pongo algo nerviosa, a la espera de su contestación.

JUN

«Yo siempre soy un ángel».

Voy a responder de nuevo, pero veo que sigue escribiendo, así que espero a ver su próximo mensaje.

JUN

«Ahora en serio, estás espectacular. Si estuviera allí,

contigo, no sé si podría dejarte salir de la habitación. Y no

quieras saber las cosas que querría hacerte ahora mismo».

El calor sube de golpe a mis mejillas, y debe ser más que evidente porque Naisha se acerca a mí, posando la mano en mi espalda y haciendo que dé un bote.

—¿Tu novio? —pregunta, con una sonrisa. Yo voy a contestar, pero… ¿Jun es mi novio? Hemos salido solo una vez, y vale, sí, nos besamos. Y puede que nos escribamos todos los días. Y que me haya insinuado a él un par de veces en nuestras conversaciones. ¿Pensará él que estamos saliendo? ¿O que solo somos amigos con derechos? Aunque esos derechos aún no hayan pasado.

—Algo así —respondo al final, sacudiendo la cabeza para quitarme todos esos pensamientos de la cabeza. No es momento de pensar en ello y mucho menos para contarle mi vida a la pobre Nai. Además, lo que tenga que ser, será, ¿no?

MIMI

«Calla, tonto. Te dejo, que falta poco para que empiece

esto. Luego hablamos».

JUN

«Pásalo bien. Si no estás muy cansada, llámame cuando

acabe la fiesta».

MIMI

«¡Eso será muy tarde! Aunque me suba antes de que acabe,

seguro que es pasada la madrugada».

JUN

«Tengo guardia esta noche. Me vendrá bien escuchar tu

voz».

Termina el mensaje con un beso y un icono de una mano despidiéndose. Cuando quiero darme cuenta, estoy sonriendo como una idiota mientras miro el teléfono. Pero al final sacudo la cabeza, lo guardo en el pequeño bolso y voy hacia la puerta, donde Naisha ya me espera con nuestros iPads en la mano. Empieza la fiesta.



Esto es una auténtica locura. En la puerta del hotel han montado una especie de alfombra roja con un photocall, y decenas de periodistas luchan por ver quién tiene la mejor foto de los invitados. Hay fans que esperan hacerse una foto con ellos o al menos verlos de cerca, mientras un buen número de agentes de seguridad trabajan para que todo funcione fuera sin altercados. Y dentro, nosotras no paramos de tachar nombres en la lista. Y que los iPads estén sincronizados nos ahorra un montón de quebraderos de cabeza. Nombre que tacha una, nombre que queda tachado en ambos. Naisha es todo sonrisas y encanto; incluso ha abrazado a más de un invitado

que estaba muy contento de volver a verla. Por no hablar de los que la han repasado con la mirada —puaj, de verdad—, como si fuera un trozo de carne. De hecho, a uno de los inversores solo le ha faltado babear delante de ella. Qué asco.

—¡*Mimi-san*! —Una cantarina y aguda voz se alza por encima del gentío y veo subir las escaleras de la entrada, casi a la carrera, a Hana Mizuno, la directora de la marca Sakura Kiss. Su estilo, siempre pomposo y con colores pastel, hacen que parezca totalmente fuera de contexto en una fiesta como esta y, sin embargo, es una de las estrellas más esperadas de la noche. Desde que trabajo en *Laksmí*, la he visto ya varias veces por el piso donde trabajamos, y siempre ha sido muy agradable conmigo, desde el primer día. Además, debo reconocer que su energía es contagiosa.

—Buenas noches, Hana. ¡Estás preciosa! —exclamo. Ella gira sobre sí misma, mostrando su llamativo vestido rosa pastel, con volantes blancos y detalles en cristal de color rosa, antes de lanzarse a darme un abrazo. Yo se lo devuelvo con cuidado de no golpearla con el iPad ni engancharme en uno de los tirabuzones que se ha hecho. Es como una dulce chiquilla saliendo de un enorme pastel.

—¡Hay mucha gente ahí fuera! —Parece emocionada, con los ojos negros brillantes de ilusión —. ¿Sabes? También es mi primera fiesta en Laksmí, ¡y estoy muy nerviosa! En la oficina es fácil estar entre tanta gente, y es muy divertido probar nuevos colores y nuevas fórmulas, buscar los diseños y los temas para las nuevas líneas y los empaques, ¡pero esto me viene grande! Tampoco se parece en nada a las fiestas de Influencers a las que he ido desde que mi nombre empezó a ser conocido por las redes.

—No te preocupes, si eres tú misma los vas a enamorar a todos —le digo, de corazón, posando las manos en sus hombros—. Naisha me ha dicho lo mismo a mí, y sabes que ella siempre tiene razón.

—¡Eso es verdad! Nai es muy lista. La más lista de toda la empresa. —Asiente con firmeza, saludando a la aludida cuando esta se gira hacia nosotras tras tachar otro nombre de la lista—. ¿Sabes lo que he oído? ¡Que va a venir Isis Jackson! ¡La vocalista de *Haunted Heart*! Ahhhh, siempre he querido que sea la imagen de mi marca. ¡Ojalá pueda hablar con ella!

Me parece adorable verla tan emocionada. Se le han puesto hasta las mejillas sonrosadas al pensar en esa cantante. No puedo evitar que se me escape una sonrisa de corazón. Cuando la oigo hablar de la marca y veo las fotos promocionales, en las que ella misma sale como modelo y rostro de la misma, parece mucho más madura y mayor de lo que es en realidad. Es cuando hablamos cara a cara cuando se nota que, pese a lo que ha aprendido como *influencer* estos años y con lo bien que se le dan los negocios, no sigue siendo más que una jovencita de veintitrés años que acaba de salir del cascarón.

—Pues creo que ya está dentro —le digo, echando un rápido vistazo a la lista, asintiendo al ver el nombre tachado—. Sí, ha debido de pasar con Naisha. —Hana suelta un grito y enseguida se recoge el vestido, dispuesta a salir corriendo.

—¡Te veo dentro luego, *Mimi-san*! —exclama, entrando a la carrera.

—¡Hana, la bolsa! —grito, a ver si me escucha, pero parece que no, que está a otra cosa. Bueno, luego la buscaré y se la daré yo misma. ¿Ves? Lo mismito que yo si me dijeran que Ryan Reynolds está en esa sala.

—¿Mimi?

Me quedo de piedra cuando escucho su voz. La he oído tantas veces a lo largo de estos años a través de la televisión que podría reconocerla entre un millón. Y suena igual que en mis recuerdos. Estaba esperando que viniera, claro, y quería sorprenderle, pero no me imaginaba que me iba a pillar con la guardia baja. Cuando consigo ser dueña de mi propio cuerpo, me giro con una sonrisa tímida, apretando el iPad con cuidado. Me ha reconocido… lo ha hecho hasta viéndome de espaldas.

—Mimi, ¿eres tú?

Parece que no se lo cree. Sus azules ojos están abiertos de par en par y tienen ese brillo aniñado y emocionado que recuerdo de cuando estábamos juntos cada minuto del día. Está guapísimo con el traje negro, que se amolda a la perfección a su musculado y fuerte cuerpo. Se ha afeitado por completo y lleva el pelo negro bien peinado hacia atrás, lo que le hace parecer más joven y, a la vez, mucho más distinguido. Tiene la boca entreabierta y, de repente, nada más existe, solo nosotros dos, este momento, este reencuentro. Si hace unos meses me llegan a decir que iba a reencontrarme con Take, no me lo habría creído. Antes nuestros mundos eran similares; ahora, son totalmente opuestos. El suyo está lleno de focos, fiestas, galas y dinero, mientras que el mío son mi sobrina y mi hermano, unas pizzas, libros y libros sobre mitología clásica y horas jugando a la *PlayStation2*.

—Me alegro mucho de verte, Take.

La sonrisa más luminosa del mundo se abre paso por sus labios y llega hasta sus ojos un segundo antes de subir el último escalón y abrazarme contra su pecho. Huele a after shave y a colonia, pero sigue teniendo ese ligero aroma a invierno, a castañas asadas y a tardes en Central Park. O puede que solo sea la nostalgia haciendo su aparición. Rodeo su enorme espalda con mis brazos y dejo que mi cabeza se apoye contra su pecho, ahora duro, firme, y eso me hace reír un poco. Tengo que hacer de tripas corazón para no empezar a llorar allí mismo, en el mismo lugar donde a los quince años me rompí tras susurrarle un *«adiós, Take»*. Él no me suelta, sino que me aprieta un poco más sin dejar de repetir mi nombre, como si fuese un sueño y temiese despertar en cualquier momento. Mierda, *Afrodita*, que seguro que esto es cosa tuya… ¿por qué me haces esto? ¿Por qué haces que el corazón vuelva a latirme tan fuerte? ¡Se va a dar cuenta! ¡Me va a tomar por una loca desesperada!

—Take, ¿se puede saber qué haces? Aquí fuera hace frío, quiero entrar.

Es la voz de otra mujer la que hace estallar en mil pedazos la burbuja, ese momento donde el recuerdo ha eclipsado las luces, la música de fondo y el jaleo de voces y cámaras de fotos. Takeshi se tensa un segundo antes de soltarme, con cuidado, y girarse hacia la chica que hay un par de escalones más abajo. Nos mira con el ceño ligeramente fruncido, no muy contenta de estar esperando. Oh, no sabía que tuviera nueva novia. Ni que fuera tan guapa.

—Lo siento, Shayna, es que Mimi y yo nos conocemos desde que éramos niños y hacía muchos años que no nos veíamos. —Vuelve a mirarme, con esa sonrisa ilusionada en los labios, y yo le contesto con una igual, asintiendo a sus palabras.

—Podéis hablar dentro —se queja ella, resoplando, antes de subir los escalones que la separan de Takeshi y agarrarse con fuerza a su brazo, lanzándome una mirada que no sé cómo interpretar, pero que me resulta amenazante e incómoda. Mierda, es preciosa, más alta que yo, delgada, con unas curvas de infarto y un precioso y espeso cabello negro y rizado. El vestido amarillo resalta su piel morena, y el rojo de sus labios los hace voluptuosos y muy sensuales. Guau, sí que ha elegido bien. Y no sé por qué en vez de alegrarme siento una punzada en el pecho. *Afrodita,* no me fastidies ahora tú, que *Tyche* está cumpliendo el pacto de no agresión conmigo—. Chica, tú, busca, Takeshi Bennet y Shayna Bell. —Mueve la mano, metiéndome prisa.

—Sí, claro. —Busco sus nombres en la lista y los tacho, haciéndome a un lado para que puedan pasar—. Ahí delante os darán vuestras bolsas de regalo de Laksmí, y en la puerta de la derecha está el guardarropa. Espero que paséis una feliz velada.

—Gracias —dice la chica, tirando de Takeshi hacia dentro, el cual parece haberse quedado clavado en el sitio—. Vamos, Take, tengo sed y quiero conocer al director de la empresa —lo apremia.

—¿Nos veremos dentro? —me pregunta, haciendo caso omiso a su acompañante. *«No seas tonto, tu preciosa novia está pidiendo que la sigas. ¡Vamos, entra antes de que me tiemblen más las piernas y me derrumbe delante de todo el mundo!»*.

—Sí, cuando acabe aquí fuera me uniré a la fiesta y podremos hablar —le digo, dándole un pequeño empujón—. ¡Vamos, que tu chica te reclama!

Veo duda en sus ojos, pero al final acaba asintiendo, me sonríe mostrando ese colmillo que le hace parecer más infantil de lo que en realidad es, y decide entrar junto con su acompañante, que sigue algo molesta por su comportamiento.

Es entonces cuando siento una mano en mi hombro que no sé si añade más peso a mi vergüenza o me ayuda a que el temblor de mis piernas se detenga de golpe. Me giro para poder mirar a Naisha, que me observa con una sonrisa maliciosa y una ceja arqueada.

—Tú tienes mucho que contarme —me dice, ampliando su sonrisa aún más—. Menos mal que esta noche compartimos habitación.



No me puedo creer que Mimi esté aquí. Cuando Jun me dijo que la había visto, pensé que había venido a ver a su hermano, no que se hubiera trasladado a vivir a Los Ángeles. Y mucho menos que estuviera trabajando con Levi. Recuerdo, entonces, el bolígrafo con el pompón, ese que me recordó de manera automática su sonrisa, su aroma y sus locuras. No me lo había imaginado, olía a ella, a Mimi. A pesar de tener a Shanya agarrada a mi brazo derecho, me llevo el izquierdo al pecho para cerciorarme de que de verdad el corazón me late tan deprisa como creo. Y así es: parece estar a punto de atravesarme el pecho para correr hacia el pasado, a las noches viendo películas de terror, hablando de ovnis, de dioses griegos y comiendo chucherías hasta que nos dolía la barriga. Hacía mucho que no me sentía tan nervioso y a la vez tan completo, y que tan solo la visión de Mimi y tenerla entre mis brazos unos segundos lo haya conseguido hace que sienta algo de miedo. ¿Puede que mis sentimientos solo se hubieran dormido? ¿Mi anterior relación fracasó, en parte, porque nunca me sentí tan entero como con Mimi? ¿La he estado buscando por todos lados a pesar de no haber hablado en todos estos años?

—¿Me estás escuchando? —Me giro hacia mi acompañante, que me mira con el ceño fruncido mientras se aprieta un poco más contra mi brazo.

—Lo siento, estaba pensando en otra cosa —confieso, bajando la mano que tengo sobre el pecho y esbozando una media sonrisa hacia ella—. ¿Qué me decías?

—Que por allí he visto a Hana Mizuno. Quiero ser imagen de su marca, me encanta que sea tan colorida, aunque sus sombras con *glitter* no me gustan nada. —Se encoge de hombros, tirando un poco de mí—. ¿Vamos a hablar con ella?

Miro hacia donde señala Shanya, localizando a Hana enseguida gracias a su atuendo tan colorido. No es que la conozca mucho, pero sí la he visto alguna que otra vez por las oficinas. A la que sí conozco, y mejor que bien, es a la chica que está a su lado, riendo a carcajadas mientras mantiene la mano de Hana bien agarrada. Con lo bajitas que son tanto Isis como Hana, y lo diferente y a la vez llamativo que visten, parecen las dos caras de una misma moneda. Isis va preciosa, con una falda de cuero larga, abierta por los dos lados y dejando ver las medias de rejilla que cubren sus piernas. Lo complementa con un bonito corset rojo con rosas negras que hace que su pelo platino resalte todavía más. Además, se lo ha recogido en una gruesa trenza y la ha adornado con un montón de pequeñas flores carmesí con brillantes.

—Sí, vamos, además así saludo a Isis.

Me suelto de ella, con cuidado de no ser muy brusco, y me adelanto mientras me recoloco el traje. En cuanto la mirada de Isis se posa en la mía, su sonrisa se hace más grande y, tras

disculparse con Hana, sale corriendo hacia mí, dándome un puñetazo en el estómago nada más verme. ¡Auch! Para lo pequeña que es, tiene muchísima fuerza.

—¡Llegas tarde, *Superman*! —me regaña, sin perder la sonrisa—. He tenido que aguantar las miradas de desaprobación del jefazo sin ti. Eso bien se merece unas pizzas.

—No hace falta que Levi te mire mal para que me saques unas pizzas cualquier día —contesto. Alzo la mano, a punto de posarla en su cabeza para despeinarla, pero me detengo a mitad de camino; no quiero destrozar su peinado. Así que acabo por redirigir la mano y apartarle un mechón del rostro, con cuidado—. ¿Todo bien?

—¡Sí! A ver, esto es muy pijo, pero… esa chica es maja. —Se gira hacia Hana, que nos mira parpadeando, curiosa. Alzo la mano para saludarla y hacerle una señal para que se acerque, cosa que hace enseguida, sonriendo.

—Hana es la directora de una de las líneas más juveniles de *Laksmí*. Es muy enérgica. —En cuanto la susodicha llega, me reclino para saludarla con dos besos—. Me alegro de verte, Hana.

—¡Y yo a ti, *Take-san*! —exclama, mirando luego a Isis y agarrándose al brazo de esta, emocionada—. ¡No sabía que Isis Jackson y tú erais amigos! Ya me la podías haber presentado antes.

—Lo siento, no sabía que eras su fan —contesto, entre risas, justo cuando escucho un carraspeo a mi espalda. Entonces recuerdo que no he venido solo, como de costumbre. Me giro y señalo hacia ella, lo que hace que su mohín se transforme en una amplia sonrisa—. Hana, Isis, ella es Shanya Bell, mi compañera de reparto. Shanya, ellas son Hana Mizuno, la creadora y directora de Sakura Kiss, e Isis Jackson, vocalista de *Haunted Heart*.

Durante un buen rato asistimos a una conversación —o más bien un monólogo de Shanya—, donde narra lo mucho que adora la marca de Hana, sobre todo sus sombras con glitter, lo que hace que arquee la cejas y mire hacia Isis, la cual parece estar aguantándose las ganas de abrazar a Hana y sacarla de allí. Durante la grabación y estos días de trabajo, Shanya me ha parecido una chica muy simpática, alegre y abierta, pero lo que estoy empezado a ver esta noche no me termina de gustar. Esas ansias por ir conjuntados, sus gestos posesivos al entrar, la cercanía en las fotos del *photocall*, unido a cómo me ha instado a que le presente a Hana y a que ha mentido delante de mis narices, me recuerda demasiado a mi última ex. Le pueden las apariencias.

Y al pensar en ella, mi vista se va directa a la entrada. Con la cantidad de gente que hay me es imposible ver a Mimi, pero sé que sigue allí, dando la bienvenida a los invitados. Estoy nervioso, y todo porque tengo ganas de apartarme un rato de Shanya para poder hablar a solas con Mimi, preguntarle cómo le ha ido todos estos años, si tiene novio, qué hace en Los Ángeles y… bueno, ver si podemos vernos algún día en un lugar menos abarrotado.

A las dos horas de estar aquí dentro, ya he hablado con la mayoría de los inversores de *Laksmí*, a los que ya conozco de otros eventos. A Levi le he visto ya en un par de ocasiones, y aunque todo el mundo reclama un poco de su atención, parece estar en su salsa. Yo, en su situación, estaría

deseando huir lo más lejos posible.

La sala principal está llena, los camareros no dejan de pasar por entre los invitados con copas de champán y alguna que otra bebida más específica que los propios invitados les han ido pidiendo, mientras que las mesas con los canapés están repletas de pequeños grupos que aprovechan para probar todo lo que Levi y su equipo han elegido para la fiesta, incluyendo algunos dulces de origen indio —que por cierto, están de lujo—, cortesía de Naisha. Desde que las fiestas de Laksmí las organiza Levi con la ayuda de Naisha, entre los platos de catering siempre hay una bonita fusión de sabores entre lo más recatado y habitual en estas fiestas, y la explosión de sabores de la comida india y la cocina vanguardista.

A Isis le perdí el rastro hace un rato, aunque supongo que estará o comiendo o charlando con cualquiera que se le haya acercado un poco. Lo bueno que tiene esta chica es que es capaz de darle conversación hasta a las piedras. Y fijo que no se ha separado de Hana. Desde que consiguió espantar a Shanya y rescatar a la pobre *influencer*, seguro que no ha querido dejarla sola.

—¿Una copa de champán?

Me giro, asustado y sorprendido, al escuchar la voz de Mimi a mi espalda. Menos mal que reacciona rápido y se aparta, porque he estado a punto de darle con el brazo y tirarle encima de su precioso vestido burdeos las dos copas. Mierda, me he fijado hasta en el color de su vestido. Y en el modo en el que la tela se abraza a sus curvas y las realza. Incluso en que el tono de sus labios va a conjunto.

—¡Lo siento! —exclamo, alargando las manos hacia ella, que ha extendido los brazos con las dos copas en las manos para evitar derramar el líquido. Tomo sus manos con cuidado, sintiendo al instante un chispazo que me recorre por completo. Con un carraspeo, le quito una de ellas, acercándome de nuevo cuando no hay peligro de desatar una catástrofe.

—No quería asustarte —me dice, con un ligero rubor en sus mejillas—. Te vi solo y me escapé para saludarte. Como antes no pude…

—Ah, no, tranquila, es que… estaba un poco distraído —contesto, aprovechando esta vez para observarla bien. Ha cambiado mucho desde hace quince años, es obvio, pero sigue teniendo ese brillo de ilusión en sus ojos verdes. Su cabello castaño luce con un montón de mechas rubias, dando la sensación de que el sol se derrama y se entrelaza con sus mechones. Y el vestido… buah, de verdad, le sienta de maravilla. Vuelvo a recorrer su figura con los ojos, sus perfectos pechos, el modo en el que el vestido resalta su escote, la forma redondeada de sus caderas…, cuando quiero darme cuenta, un calor intenso se ha instalado en mi vientre y consigue que me ponga nervioso. Ella no parece notarlo —y me alegro, porque menuda vergüenza—, esboza una sonrisa y alarga la mano libre para posarla en mi brazo, con suavidad.

—Estás estupendo, Take. No sabes lo que me alegra verte. —Trago saliva mientras la miro a los ojos. No recordaba que fuera tan bajita, o puede que los últimos estirones los diera cuando ya estábamos separados, porque antes su mano, cuando me ponía nervioso, siempre llegaba a acariciar mi mejilla. De repente es como volver atrás, a perderme en las praderas que se adivinan en sus iris, en el terciopelo de su piel. ¡Dios! ¿Pero qué me pasa? Me he quedado paralizado. Es

como si un gancho me hubiese atravesado el corazón y tirase de él hacia una época en la que todo era más sencillo, a un lugar que está a miles de kilómetros de aquí y a un cuerpo que ya no me pertenece—. Espero que Jun no te haya fastidiado la sorpresa. Le dije que no te contase que iba a estar en la fiesta.

—Jun… —susurro, volviendo en mí y esbozando una sonrisa mientras niego—. Me dijo hace unas semanas que te había visto en casa de tu hermano, pero nada más.

—¡Me alegro! Porque quería darte una sorpresa. Me sorprendí mucho cuando vi tu nombre en la lista de invitados. Y hasta me puse un *poquiiito* nerviosa. —El gesto que hace con los dedos, para dar más énfasis a sus palabras, hace que suelte una carcajada que consigue relajarme—. Pero no porque seas el bombón de Los Ángeles ni nada así, no creas.

—¡Eh! —exclamo ante su tono de burla, hinchando un poco el pecho—. Que sigo teniendo corazoncito en el pecho.

—¿En serio? ¿Ahora no eres solo músculo? —Me da un pequeño golpe en el pecho, justo donde mi corazón bombea, y este, como respuesta, vuelve a vibrar. Así que antes de que aparte la mano, la cojo con cuidado y la aprieto contra mí, lo cual parece sorprenderla. No sabe, de verdad, lo que me hace sentir ahora mismo al tenerla delante. Es como si de nuevo fuera yo, ese niño tímido y regordete, con un reducido círculo de amigos y la novia más tierna y encantadora del mundo. Sin cámaras, sin apariencias, sin aburridas galas y entrevistas interminables donde mis músculos y mi apariencia valen más que mi trabajo.

—Sigo siendo el mismo, Mimi. —Cuando veo el rubor en sus mejillas, me doy cuenta de que he sonado demasiado intenso, demasiado serio, y acabo por soltarla mientras río nervioso—. Aunque ahora sé interpretar mucho mejor. —Para intentar quitarle hierro al asunto, le guiño el ojo, consiguiendo que vuelva a sonreír.

—Eso no te lo voy a negar. Llevo siguiendo tu carrera desde que comenzaste. ¡En casa de mis padres tengo toda una colección de DVD’s tuyos!

—¿En serio?

—¡Claro! —Me sorprende escuchar eso. Pensé que, al perder el contacto, se habría olvidado de mí. Mimi no solo era y sigue siendo preciosa, sino que era una chica bastante popular. No era de las que se maquillaba y buscaba gustar a los chicos con su físico, sino que se ganaba a la gente con su amabilidad, su sonrisa y la pasión con la que hablaba de lo que le gustaba, así que… bueno, sí, pensé que me había olvidado—. Aunque creo que me faltan algunos de los videoclips en los que has participado. Bueno, y los anuncios, esos no los grababa, vaya tontería.

—Mimi… —No sé qué decir, así que tan solo brota su nombre de mis labios. ¿Cómo puedo poner en palabras lo que siento ahora mismo? Mimi fue mi salvación, la primera persona que me habló cuando llegué a Nueva York, al nuevo instituto, y que me puso al día con las lecciones. Fue la única que no se rio de mí por mi apariencia, a los doce años, ni por mi nombre japonés a pesar de ser claro descendiente de americanos. Me defendía de los acosadores del instituto y me enseñó a ser más fuerte. A valorarme. A verme a través de sus ojos. Fue una luz en la oscuridad de mi adolescencia, la que me enseñó que aceptarse a uno mismo es lo más importante, y que no

hay que avergonzarse de lo que deseamos. Me animó a seguir mi sueño de ser actor cuando apenas tenía trece años, incluso jugábamos a interpretar escenas de nuestras películas favoritas para acabar tirados por el suelo muertos de la risa por lo exagerada y mala que era ella al reproducir sus frases. Con ella descubrí que me apasionaba el espacio, los misterios, el terror y que hay que temer más a los vivos que a los muertos. Aprendí a amar la mitología, a disfrutar de los líos amorosos de Zeus, a emocionarme con la historia de amor de Perséfone y Hades. Ella fue mi mejor amiga, mi primer amor, y las brasas de aquella amistad, de todo lo que sentía, se han avivado con su presencia.

—¡Take, amor! —La voz de Shanya suena a mi espalda, y cuando me giro veo cómo se acerca meneando las caderas con más ímpetu de lo habitual. Ahora que me fijo, no sé cómo es capaz de caminar así sobre esos tacones de infarto que lleva y que la hacen parecer casi tan alta como yo. En cuanto llega, se engancha a mi brazo, tirando de él—. Ven, tengo que presentarte al director de *Walker Bros*. ¡No sabía que iba a venir a la fiesta! —exclama, con una radiante sonrisa, antes de girarse hacia Mimi—. Espero que no te importe que me lleve a Take, bonita.

—No… no, claro —contesta ella, esbozando una sonrisa mucho más tensa. Hasta en esos gestos sigue siendo igual. Es transparente como un vaso de agua lleno de peces de colores. Le molesta y mucho—. Ya nos veremos más tarde, Take.

Va a darse la vuelta y a alejarse antes de que pueda decir nada, así que me suelto de Shanya con un movimiento un poco más brusco de lo que me habría gustado, y la agarro con cuidado, deteniéndola antes de que se pierda entre la multitud.

—¡Espera! —Se gira hacia mí, con las cejas arqueadas—. Esta fiesta está llena de gente y… creo que no podremos hablar demasiado, así que… ¿te parece bien si nos damos los móviles? Me gustaría hablar contigo en un sitio más tranquilo, solos, otro día. Ahora que nos hemos encontrado, no quiero volver a perderte.

No sé por qué siento que mi voz suena más desesperada de lo que querría, y espero que a ella no le moleste o la asuste. Hasta yo debo reconocer que encontrarte con tu ex quince años después y que este parezca desesperado por verte tiene que acojonar. Sin embargo, la tensión que agarrota mi cuerpo desaparece cuando me sonríe y asiente, sacando su teléfono del bolso. Le doy mi número y ella rápidamente no solo lo guarda, sino que me manda un mensaje de texto para que sepa que es ella y pueda guardarlo después.

—Ahora vete, tu novia parece algo enfadada. —Y antes de que pueda sacarla de su error, me da un pequeño empujón para que vaya hacia Shanya, viendo cómo se aleja de mí, cómo se pierde entre la marea de invitados y me deja con la sensación de ser un niño en medio del desierto que ha perdido el único oasis que había cerca.

A pesar de haber llegado a casa bien tarde de la fiesta, son las diez de la mañana cuando regreso a casa de correr con Bast por las zonas verdes de Calabasas. Abro *Spotify*, busco la banda sonora de la trilogía de juegos *Mass Effect*, y con ella de fondo, tras enchufar el *speaker*, comienzo los ejercicios de musculación con los aparatos que tengo en casa. No es que tenga demasiados, pero al menos me valen para mantenerme en forma los días que no me apetece ir hasta el gimnasio.

Estoy en plenos ejercicios con las mancuernas cuando el teléfono de casa comienza a sonar. Me quito el sudor que cae por mi frente con la toalla y descuelgo, llevándome el teléfono a la oreja.

—¿Dígame?

—¡Takeshi, cómo me alegra oírte! ¿Estás presentable?

Arqueo ambas cejas cuando reconozco la voz de mi agente al otro lado del teléfono. ¿De verdad me está llamando un domingo antes de las once de la mañana? Sacudo un poco la cabeza mientras apago la música, volviendo a secarme con la toalla.

—Pues… estaba entrenando en casa, pero…

—¡Genial!

Me cuelga, de golpe, y un par de segundos más tarde suena el timbre de la puerta. ¡Cómo detesto que haga estas cosas! Sé que lo hace porque evito tener conversaciones con él más allá de lo meramente profesional, así que me monta este tipo de encerronas. Me despeino con una mano, resoplando, mientras voy a abrir la verja y la puerta. Ryan se acerca sonriente, embutido en un largo abrigo color caqui. Su cabello negro, ya salpicado con varias canas y con unas cantosas entradas, va perfectamente peinado hacia atrás. Se ha afeitado —siempre va impoluto—, y en una mano lleva una bandeja con dos vasos de Starbucks, mientras en la otra porta su maletín. Me da que va a ser una larga charla.

—¡Aquí está mi representado favorito! —exclama, acercándose a mí y dándome un par de palmadas en el brazo. Como voy en camiseta de tirantes y estoy sudado, se mira la mano al darse cuenta y se acaba limpiando en el abrigo, sin perder la sonrisa—. Ya veo que no descansas nunca.

—Bueno, hoy era mi día libre y quería aprovechar un poco. Siento el desorden y… bueno, el olor. —Supongo que tras haber sudado tanto, no debe ser agradable tenerme cerca—. Si me hubieras avisado…

—¡No te preocupes! —Pasa al interior, alejándose de Bast y levantando la bandeja con los cafés cuando este se aleja. No le apasionan los perros, así que siempre que viene tengo que mandar a Bast a la cocina. Cosa que hago, qué remedio, y que mi compañero acepta sin miramientos—. ¿Aún vive contigo?

—Y seguirá viviendo y viajando conmigo muchos años —contesto, de malas maneras, mientras voy hacia el sofá y me dejo caer en él. Ryan, sin embargo, deja sobre la mesita la bandeja con los cafés, se quita el abrigo, el cual deja sobre el respaldo del sillón, y toma asiento a mi lado—. ¿Y bien?

—Te he traído un café descafeinado. —Me acerca uno de los vasos antes de coger el suyo y darle un trago—. He venido a darte unas cuantas noticias muy buenas.

Doy un trago al café, recostándome un poco contra el respaldo del sofá mientras le miro. Tengo que admitir que al menos Ryan, aunque a veces sea un poco pesado con el tema de tener una relación más personal —sobre todo porque para él hasta el amor puede ser un negocio—, me conoce a la perfección. No solo en gustos, sino también en el tipo de papeles que me gustan. Por eso sigo con él a pesar de que a veces consiga molestarme y le guste demasiado hacer negocio de cada tontería. Como me limito a mirarle sin contestar, mi representante deja su vaso sobre la mesa y se recoloca los pantalones de pinza grises que lleva, carraspeando.

—Tu aparición ayer al lado de Shanya ha sido todo un bombazo. Desde anoche y, sobre todo, durante toda esta mañana, las redes sociales están que arden. Os sacaron muchas fotos en el *photocall* de la fiesta de *Laksmí*, y otras tantas al final de la fiesta cuando la acompañaste a su coche. ¡Bravo, Take!

—No fue nada del otro mundo, lo habría hecho por cualquiera.

—Ya, ya, pero la gente te ha visto hacerlo con tu compañera de reparto. Y de hecho… bueno, digamos que soy como un hado padrino y conseguí que un amigo hiciera una foto bastante interesante. —Su sonrisa zorruna hace que arquee ambas cejas y me recline hacia adelante. Él hace una pequeña pausa, un silencio que me pone de los nervios, antes de sacar el móvil y enseñarme dicha foto. En ella se me ve de espaldas, reclinado sobre Shanya, mientras ella entra en el coche. Solo que por la perspectiva de la foto parece que en verdad nos estamos besando.

—¡¿Es una broma?! ¡Ryan, te dije…!

—Oh, vamos, no te pongas así —me corta, dándome un par de palmadas en la pierna para que me calme—. Necesitas esta publicidad. Y Shanya y la serie también. De hecho, la popularidad de la serie en las redes ha subido un montón, habéis levantado mucha expectativa. ¿Sabes lo bueno que es eso para vosotros? ¡Podría confirmarse una segunda temporada antes de que se estrene la primera!

—Lo sé, pero no quiero…

—Vamos, solo son las especulaciones de los medios ligeramente adornadas. —Le quita importancia con la mano, dándole un nuevo trago a su café—. Aguanta unos meses, invitala a cenar de vez en cuando, que se vea que hay una buena relación entre vosotros. Recuerda que para que te den un papel protagonista no solo tienes que ser un buen actor y tener unos buenos músculos. La gente, el público debe adorarte. Tienen que soñar contigo, debes estar en boca de todos. ¿Y qué mejor publicidad que un bonito romance nacido en el set de rodaje? Haz que todas esas mujeres que sueñan contigo se imaginen lo que es tener un romance con el gran Takeshi Bennett.

—¿Y qué pasará cuando alguno de los dos se canse o encuentre una pareja de verdad? —No puedo evitarlo, pero Mimi ronda mi mente. Volver a verla ha despertado un sentimiento dormido, aquel con el que he comparado todas mis relaciones hasta el momento.

—¡No pasará nada! Hablaréis de que tan solo habéis sido muy buenos amigos, que seguís teniendo una relación estrecha y listo. Pero eso todavía no va a suceder. —Más que una suposición, parece una orden, y eso hace que un incómodo escalofrío recorra mi espalda—. Pero por si aún te quedan dudas, tengo varias cosas para ti.

Abre el maletín y saca una carpeta, la cual abre con tanta parsimonia que empieza a hacer que me ponga nervioso. Mira que le gusta ser teatrero. Saca, al final, dos libretos que me tiende con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estos son los guiones para dos películas. Me han llegado esta misma mañana. No han hecho aún las audiciones para los actores, pero ambas productoras quieren que seas el protagonista. —Cojo ambos libretos, mirándolos por encima y asintiendo. Por los títulos, una parece una romántica, una adaptación de una saga bastante popular, y la otra creo que es policíaca o de misterio, algo así—. Pero no es lo único. Me ha llamado el director de la plataforma *MaxSeries*, y quieren hablar contigo para la adaptación de *Adrax Monsters*.

—¿Quieren… quieren que trabaje en la serie de *Monstruo busca monstruo*[5]?

—Así es. —Su sonrisa se ensancha, posando la mano sobre mi hombro. Esta vez no parece importarle que aún esté pegajoso por el sudor—. Quieren que seas *Rayo Negro*.

—¡Joder! —se me escapa sin querer, pero es que no puedo contener la emoción. Desde que trajeron esos libros a Estados Unidos y los leí, no he dejado de soñar con una adaptación cinematográfica. ¡Y al final harán una serie! Además… ¡Quieren darme a *Rayo Negro*!—. Esto… esto es…

—¿Un sueño? —Suelta una risa que apenas me llega porque ahora mismo lo que más resuena en mi mente son los frenéticos latidos de mi corazón. *Rayo Negro*… Nunca, jamás habría pensado que pudieran hacerme un regalo como este—. Te dije que si me hacías caso, todo iría sobre ruedas, Take.

—Gracias, Ryan, de verdad. —Aunque no me gusten sus métodos, debo decir que esto es lo último que me esperaba. No pensé que un par de fotos en una gala pudieran llegar a darme algo como esto—. Yo…

—Tú solo no la cagues. Déjate ver un poco más con Shanya, id juntos a alguna gala, a alguna fiesta más, y cuando quieras darte cuenta, te suplicarán que participes en sus proyectos. Rayo Negro será tu papel para toda la saga. Y podrás ser quien tú quieras. Se acabaron los papeles secundarios, rogar para que te den el protagonista que quieres.

Sí, tiene razón: esto es como un sueño.



NOTAS AL PIE:

5. **Monstruo busca monstruo:** Novela escrita por Diana F. Dévora. Es el primer volúmen de una tetralogía de ciencia ficción.



Cuando abro los ojos estoy todavía agotada. A lo tonto, subí a la habitación de la fiesta pasadas las dos de la madrugada. Y cuando colgué a Jun, a eso de las tres, Naisha todavía no había subido. No tengo ni idea de a qué hora llegaría, porque tras desmaquillarme, quitarme el vestido y soltarme el pelo, me metí en la cama y caí rendida. No recuerdo ni siquiera haber apagado la luz de la mesilla, con eso lo digo todo. Estiro la mano para coger el móvil de la mesilla y miro la hora. ¡Son más de las doce del mediodía! Me levanto de golpe, mirando a mi alrededor. La habitación del hotel está en penumbra y en la cama de al lado Naisha sigue durmiendo. Dios, hacía demasiado tiempo que no dormía hasta tan tarde. Por suerte casi no pude beber nada —entre Naisha presentándome gente, y Hana y su nueva amiga, Isis, secuestrándome para salir al patio con ellas y respirar algo de aire, apenas cogí una copa—, por lo que no tengo que lamentar una resaca del quince. Gracias, chicas, porque eso me habría dejado para el arrastre.

Intentando no hacer demasiado ruido y sin encender la luz, cojo la ropa limpia que he traído y que, por suerte —gracias, Mimi del pasado—, se me ocurrió preparar anoche antes de acostarme, camino hacia el cuarto de baño, no sin tropezarme con mi propia cama porque soy así de torpe, y cuando llego por fin a mi destino, cierro la puerta y enciendo la luz. ¡Dios, cómo me duele el meñique! ¿Por qué siempre tengo que maltratarlo? ¡Ni que lo odiara!

Abro el grifo de la ducha para que se vaya calentando, aprovechando para quitarme el pijama, dejando que un escalofrío me recorra al sentir el contraste de temperatura. Quizá debería haber encendido el pequeño calefactor que hay en el rincón. En fin, mi cerebro está aún iniciando programas. Y mientras lo hace, me traiciona y me vienen a la cabeza recuerdos de la noche de ayer. O, mejor dicho, recuerdos de él, de Take y su perfectamente imperfecta sonrisa. ¡Es que está igual! Incluso mantiene ese brillo aniñado que le caracterizaba cuando le conocí, entre tímido y curioso, que queda encantador con su sonrisa.

Dejo escapar un suspiro, cerrando los ojos para perderme en el nítido recuerdo de su presencia. Joder, está aún más alto y más guapo que en televisión. Y ese cuerpo esculpido por el gimnasio... ¡Casi me da un infarto al tocar su torso, tan duro como el acero! Si no fuera porque en todo lo demás apenas parece haber cambiado, no me podría creer que ese adonis, que parece cincelado por los mejores escultores griegos, sea el mismo chico tímido, dulce y regordete que convirtió mi adolescencia en un cúmulo de experiencias inolvidables, de primeras veces y de risas bajo las estrellas. Sacudo la cabeza, intentando apartar esos pensamientos que han empezado a producirme un leve cosquilleo en mi bajo vientre. *«Mimi, no, ya para. Tiene novia, se lo veía muy feliz y tú solo eres alguien de su pasado. No empieces a montarte una película de las tuyas. Mimi mala. ¡Y tú estás empezando una relación! ¡Con su hermano mayor!»*. Cojo aire tras la reprimenda que me doy a mí misma y me meto en la bañera.

No tardo mucho en ducharme. Me encanta el olor a miel del champú y el gel de ducha que nos han dejado en la habitación, y lo bien que me han dejado tanto el pelo como la piel. El acondicionador del pelo huele a coco, sin ser muy empalagoso, ¡y hasta nos han dejado un aceite para el cuerpo de miel con partículas de oro! Cuando salgo hacia la habitación, ya con el pelo seco y ese olor tan rico envolviéndome, Naisha está sentada en la cama mirando el móvil y sonríe al verme.

—¡Miel y coco! Mis aromas favoritos —dice, alegre, mientras deja el teléfono a un lado y se levanta. Parece fresca como una lechuga. ¡Y eso que llegó mucho más tarde que yo! De mayor quiero ser como ella. Aunque solo me saque un par de años. En un par de años quiero ser como Nai—. ¿Has descansado bien?

—Muy bien —contesto súper agradecida—. Este hotel es todo un lujo. De no ser por la fiesta, jamás me habría podido permitir dormir aquí.

—Y porque no hemos bajado a desayunar, que habrías flipado con el buffet. Es una delicia. —Me gusta ver a Naisha así de relajada y feliz. Cuando fuimos de compras me di cuenta de que en el trabajo es más seria y parece estar ausente por la cantidad de tareas que realiza a lo largo de la semana, pero una vez acaba, todo ese peso desaparece y deja salir el lado menos profesional. Su verdadero yo. Y me gusta mucho—. Y ahora que hablo de comida, ¿tienes planes para comer? Porque tienes que contarme muchas cosas.

Su gesto pícaro junto con el movimiento de cejas hacen que me eche a reír, moviendo la mano para quitarle importancia. Sé lo que quiere que le cuente, y creo que se ha pensado lo que no es.

—He quedado a comer con Jun, pero puedes venirte si quieres. No creo que le importe —le digo mientras me siento en la cama, estirando las piernas para volver a desperezarme. Dios mío, es que sigo agotada. ¿No puedo echarme un ratito más y despertarme, no sé, la semana que viene?

—Puedo llamar a Hunter e ir los cuatro a comer juntos si no te importa. Así os conocéis. Le hablo tanto de mi nueva duendecilla que se piensa que eres fruto de mi imaginación. —Su broma me hace reír y asiento, escribiendo a Jun enseguida—. ¡De hecho podéis venir a casa! —exclama de repente, con una sonrisa—. Así no tenemos que buscar aparcamiento en medio de Los Ángeles, ni esperar una cola inmensa para la comida, que hoy estará todo hasta arriba.

—¿No será mucho lío para ti?

—¡Para nada! Podemos pedir comida a domicilio y listo. Cuando lleguemos, le mandas la ubicación a tu chico misterioso y así tenemos tiempo de hablar entre que Hunter y él quieren llegar.

Soy incapaz de negarme a nada que me pida Nai, así que borro el mensaje que estaba escribiendo, le cuento el nuevo plan para la comida, y tras recibir su respuesta, nos ponemos las dos en marcha.

❁❁❁

La casa de Naisha es preciosa. Es toda una explosión de colores, unido a un sutil aroma a sándalo que me transporta a un lugar muy lejano, idílico. El suelo de parqué del salón está cubierto por una gran alfombra de vivos colores y arabescos, resaltando sobre todo por el claro tono verde menta que recorre las paredes. El enorme sofá y los dos sillones, que rodean la mesa de madera y mármol, están plagados de coloridos cojines. Y coronando el sofá, en la pared, un enorme lienzo con el *Taj Mahal*. Desde luego es obvio que a Naisha le gusta la cultura de la que procede su madre, y no me extraña: esta explosión de color hace que todo el cansancio parezca una nimiedad, como si con solo verlos unidos a la mezcla de aromas, recuperase las energías.

—Siéntete como en casa —me dice ella, quitándose el abrigo para colgarlo en la enorme percha que hay al lado de la entrada, junto con el bolso. Al escuchar su voz, salgo de mi propia cabeza, donde estaba absorbiendo todo lo que me rodea, y corro a hacer lo mismo, sonriendo a mi compañera.

—Tu casa es preciosa.

—Hunter dice que es demasiado colorida —contesta ella, colocando los brazos en jarras—, pero estando cada día en una oficina tan pulcra y blanca como la nuestra, mi vida necesita un espacio algo más colorido o me volveré completamente loca.

—Te entiendo, me pasa lo mismo con los hospitales. Es todo tan blanco, tan monócromo, que al final… no sé, te acabas poniendo mustia, como las plantas. Cuando me operaron de apendicitis a los diecisiete y tuve que estar allí varios días por una pequeña complicación… uffff, casi me da algo.

—¡Exacto! —Su exclamación me hace reír y acabo siguiéndola hacia el sofá, donde nos sentamos tras recolocar los cojines—. A ver, así que conoces a Takeshi porque fuisteis novios en el instituto.

—Así es —contesto, arrugando la nariz. Ya algo le he contado viniendo hasta aquí, pero sé que su curiosidad no ha quedado del todo saciada.

—Pero ahora, quince años después, estás saliendo con su hermano mayor.

—Algo así. Solo hemos salido por ahí una vez. Aunque dicho así suena horrible —contesto, tapándome la cara con las manos—. ¡Dios! Es como si lo hubiera dejado para irme con su hermano.

—¡No, mujer! —Ríe, posando una mano sobre mi muslo y haciendo que alce el rostro hacia ella —. Solo que es muy curioso. La vida da muchas vueltas.

—Cuando llegué aquí no pensé que fuera a ver a Takeshi, la verdad. Ni sabía que iba a encontrarme con Jun. Ha sido… raro.

—¿Pero Jun te gusta?

¿Me gusta? Llevo haciéndome esa pregunta desde que nos besamos la otra noche. No dejo de darle vueltas. Hemos hablado mucho desde entonces, pero no hemos tocado el tema. Me gusta estar con Jun, salir con él fue divertido, me sentí muy agusto a su lado, y no voy a negar que me parece muy atractivo. Ese aire tranquilo e intelectual que me parecía aburrido cuando éramos más jóvenes, ahora me parece encantador, sobre todo porque al combinarlo con sus pequeñas bromas y sus sonrisas, hacen un combo irresistible. Sí, supongo que Jun me gusta, así que asiento a su pregunta.

—¿Y qué has sentido al ver a Takeshi?

—¡Naisha! ¡Que esto no es un culebrón! —Siento que me arden las mejillas, sobre todo porque ella se echa a reír, de manera sutil, al ver mi nerviosismo—. Durante unos años fue mi mejor amigo, no solo mi novio, la persona más importante de mi vida. Verlo ha sido viajar al pasado, pero nada más. —Eso es, nada más. Si me latía el corazón tan desbocado era por la emoción de volver a verlo. Al fin y al cabo, fuimos inseparables.

—Es el bombón de Los Ángeles. —Su tono pícaro hace que acabe arqueando las cejas de manera significativa, lo que provoca que vuelva a soltar una breve y cantarina risita—. Soy seria en el trabajo y tengo un novio al que quiero mucho, pero no soy ciega. Takeshi es el deseo y la fantasía de cualquier chica. ¿Has visto qué sonrisa? ¿Y lo encantador que es siempre?

—¡Para mí no! Es decir… Vale, sí, ha cambiado mucho desde que éramos adolescentes, y sí, está guapísimo, como un tren, pero… —Me acabo encogiendo de hombros. Eso es, solo es que se ha vuelto muy atractivo—, Take es más que eso. No lo veo de esa forma, quiero decir.

—Vale, vale, no insisto más —contesta al final, dejando de picarme—. Eso sí, como su hermano sea la mitad de guapo, eres una chica afortunada.

Me lo repite en cuanto Jun entra por la puerta. Con esa sonrisa perfecta y sus hoyuelos, no tarda ni un segundo en meterse en el bolsillo a Naisha, a la cual le agradece que cuide de mí justo antes de acercarse a saludarme con un breve e intenso beso en los labios que consigue que se me suban los colores. ¡Es que es tan mono! ¡Y está guapísimo! Y eso que apenas ha dormido cinco horas tras la guardia. No se ha afeitado, así que tiene un rastro de barba la mar de sexy, y lleva el pelo ligeramente despeinado, lo que le da aspecto de niño bueno al combinarlo con sus gafas. Es como si acabase de salir de un duro examen.

Hunter llama a la puerta apenas un minuto después, y cuando lo veo me sorprendo bastante. No es excesivamente alto. De hecho, con los tacones que lleva, Naisha le supera en altura. Tiene ese aire intelectual algo arrogante, una pobladísima barba castaña —que me hace pensar, por alguna razón, en Papá Noel de joven—, y el pelo algo largo y bien tirante hacia atrás, con las puntas ligeramente rizadas. Sus ojos castaños pasan de Naisha hacia nosotros y esboza una breve sonrisa a modo de saludo. Tras besar en la mejilla a su novia, se quita la chaqueta de tweed gris marengo que lleva, y la cuelga junto al abrigo de Naisha.

—Bien, ya estamos todos —dice ella, algo más relajada que antes, caminando hacia el comedor —. He pensado que podíamos pedir comida china.

—Hoy toca tailandés, Naisha —le recrimina Hunter con suavidad, posando la mano en la espalda de mi compañera—. El chino toca los martes para cenar.

—Hunter, cariño, pero a lo mejor a ellos no les gusta, y el chino…

—Seguro que les gusta —concluye él, mirándonos después a nosotros—. No os importa que pidamos tailandés, ¿verdad?

Jun y yo nos miramos un instante y luego volvemos a mirar a la pareja, negando a la vez. Así que con un «¿lo ves?» y un nuevo beso en la mejilla, es Hunter el que se encamina hacia la cocina, con el móvil en la mano, en busca de los vasos y los cubiertos.

—Es un poco maniático —le disculpa Naisha, sonriendo y negando con suavidad—. Le gusta mucho llevar horarios, y cada día de la semana tiene un plan de comidas específico que no se salta por nada del mundo. Pensé que a lo mejor teniendo invitados se volvía más flexible, pero…

—No te preocupes, Nai, no nos importa —respondo con una sonrisa—. Además, ¿qué más da? Seguro que tienen un montón de cosas para elegir y probar. Mientras no sea picante…

—¡Qué aburrida! El picante es lo mejor —dice Jun, burlándose de mí, lo que hace que le mire frunciendo el ceño. Aún me duele la lengua al pensar en aquellos dichosos macarrones.

—¿También eres fan del picante? —pregunta Naisha, con una sonrisa y un brillo de ilusión en los ojos, alzando la mano—. ¡Choca esos cinco!

Jun, entre risas, atiende a su petición, chocando la mano con mi compañera antes de que esta me mire, asintiendo como si me estuviera dando su aprobación.

—No lo dejes escapar, Mimi, este chico es de oro.

Al final la comida es muy agradable. Juzgué demasiado rápido a Hunter con la primera impresión que me dio, porque aunque es verdad que es un poco maniático para algunas cosas, es un tipo muy inteligente y muy interesante. Cuando habla de arquitectura, Naisha se queda embobada escuchándole, hasta le brillan los ojos de una manera que, desde luego, no he visto antes. Ambos, además, se interesaron mucho por el trabajo de Jun, e incluso Hunter le preguntó, no sin disculparse antes, por qué tenía un nombre tan poco americano si a primera vista se veía que si no era de aquí, era europeo. Jun, en vez de sentirse atacado, se echó a reír, posando una mano sobre mi muslo y provocando que un escalofrío la mar de agradable recorriese mi cuerpo.

—Mi padre trabaja en una empresa automovilística de fama internacional, así que, sobre todo los primeros años, como era de los pocos expertos de la marca que sabía sobre carreras de Fórmula 1 y la empresa acababa de adentrarse en las competiciones, lo trasladaron en muchas ocasiones a las distintas filiales —explica, sin apartar la mano de mi muslo, el cual acaricia con suavidad. Me

conozco esa historia, así que puedo recrearme en las agradables sensaciones que su mano provocan en mi cuerpo—. Durante los primeros años lo mandaron a Tokio, justo un año después de haberse casado con mi madre, así que mi hermano y yo nacimos allí. Y como mi padre es… bueno, así de especial, decidió ponernos nombres japoneses pensando que pasaríamos allí mucho tiempo. Pero pocos años después, lo trasladaron a Berlín, donde nació mi hermana Krista, y luego a Londres, donde nació Callum. Volvimos a Estados Unidos, a Nueva York, cuando yo tenía catorce años.

—Debes saber muchos idiomas —le dice Hunter, asintiendo, a lo que Jun ríe, rascándose la nuca casi avergonzado, mirando hacia un lado y a otro como un niño al que acaban de pillar en una pequeña mentira.

—Bueno, he perdido bastante práctica con el japonés y el alemán, pero algo me defiendo.

—No le hagáis caso —les digo, dándole un pequeño codazo que hace que se encoja, entre risas —, siempre se hace de menos. Que si él solo hace lo que puede en las operaciones, que si se defiende con los idiomas,...

—No entiendo por qué hacéis eso. —Hunter arquea ambas cejas, mirando hacia Jun tras haber lanzado una mirada a Naisha—. Nai hace lo mismo. Es muy buena en su trabajo, de hecho hace por la empresa más que su director, y nunca lo quiere reconocer.

—Se llama ser humilde, cariño, y tú no entiendes de eso. —La risita y las palmadas que le da Naisha en la mano a su pareja me recuerda mucho al modo en el que trata a Levi cuando este se exalta o se enfurruña, como si fuera un niño pequeño. ¿Quizá ha aprendido a llevar a su novio así gracias a los años de trabajo con Levi?

Cuando nos queremos dar cuenta, son pasadas las siete de la tarde, así que, muy a nuestro pesar, Jun y yo acabamos por coger las cosas y despedirnos de la pareja. Ha sido muy divertido volver a ver a Naisha en un ambiente más relajado, conocerla un poco más y, sobre todo, ver lo feliz que es con su novio. Me ha hablado más de una vez de Hunter, sí, pero siempre de manera casual, como si en el trabajo se contuviera al expresar las emociones, así que verla tan relajada, tan esporádica y feliz, me ha gustado mucho. Y con el cariño que le estoy cogiendo a Nai, más le vale a Hunter cuidar de ella o conocerá la ira de los Taylor.

Salimos del portal y una ráfaga de aire frío hace que me encoja un poco en mi chaqueta. Ayer hacía mucho mejor tiempo que hoy, desde luego.

—¿Has venido en coche? —le pregunto a Jun cuando siento su brazo alrededor de mis hombros. Él niega, arqueando ambas cejas.

—He venido en taxi. No sabía cómo estaba Lafayette para aparcar con el coche. —Se encoge de hombros, besando mi sien con suavidad—. ¿Y tú?

—Yo sí, porque hemos venido directamente desde el hotel, así que puedo acercarte a casa.

—No hace falta. No quiero que te desvíes mucho y…

—No seas bobo —le corto, dándole un pequeño puñetazo en el estómago que le hace encogerse y reír—. No me cuesta nada.

—Vale, vale —contesta, aún entre risas—. Menudo carácter se gasta mi chica.

—¿Tu chica? —Arqueo ambas cejas, mirándole, a lo que él se encoge de hombros.

—¿Prefieres novia? O, bueno, a lo mejor estoy…

No dejo que termine la frase. Escuchar esas palabras me ha emocionado. Llevo días dándole vueltas al asunto, porque, a ver, ¡hemos tenido una sola cita!, y eso puede ser un poco raro. Pero es verdad que nos conocemos desde hace muchos años. Antes de que pueda acabar de hablar, mis labios ya están pegados a los suyos y me agarro a su cazadora como si la vida me fuera en ello. Él tarda un par de segundos en reaccionar, pero cuando lo hace, me abraza contra su pecho y continúa el beso, haciéndolo más firme, más profundo, hasta que nos robamos el aliento el uno al otro.

—Me gusta ser tu chica —contesto cuando me aparto, tras recuperar un poco el aire, rozando mi nariz con la suya.

—Me gusta que lo seas.



Han pasado cuatro días desde la fiesta y todavía no he tenido tiempo de escribir a Mimi para poder quedar con ella. Estos últimos días han sido agotadores: entrevistas por las mañanas, grabación por las tardes y las noches,... Vamos, que si he conseguido dormir cuatro horas seguidas cada día habrá sido todo un milagro. Hoy, por fin, tengo la mañana y parte de la tarde libres, así que he podido dormir mis ocho horas con Bast a mis pies —¡no sabía lo mucho que lo necesitaba!—, y esta mañana, tras enfundarme en mis pantalones deportivos y tomarme un buen desayuno, he salido con él a correr por el barrio. Hacía ya unos cuantos días que no lo hacíamos, así que mi fiel compañero está más que contento de poder recuperar una de las actividades que hacemos juntos y descargar toda la energía que el pobre lleva acumulando estos días. Mientras yo corro, con la música de *System of a down* resonando en mis cascos, Bast trota a mi lado. Lo bueno de vivir en Calabasas, es que con la seguridad que hay para entrar en el complejo, correr o caminar por aquí normalmente suele ser muy seguro, así que no tengo que preocuparme por que puedan aparecer paparazzi tras cualquier esquina, o algún grupo de fans descontrolados. Dicho así puede sonar mal, e incluso desagradecido por mi parte, pero no sería la primera vez que me han tenido que sacar de un hotel rodeado por guardias para evitar que una marea de gente se me tirase encima. ¡Si hasta una vez me rompieron la camisa saliendo de un aeropuerto! Es una locura.

A pesar de que la música suena en mis auriculares, mi cabeza está en otro lado. Desde que se filtró la fotografía que mi agente falseó para la prensa, no han dejado de llegarme invitaciones para comer con directores y presidentes de distintas compañías. El papel de *Rayo Negro* está al alcance de mi mano siempre que mi nombre siga estando en lo alto. Sin embargo, Ryan no deja de advertirme de que hay otros nombres sobre la mesa, y que el más mínimo error, podría suponer perder la oportunidad de mi vida. El inicio de una carrera meteórica.

Mientras estoy regresando a casa, la música de mi móvil se detiene para dar paso al tono de llamada. Así que me detengo, bajo la interrogativa mirada de Bast, y saco el móvil del brazalete deportivo para ver quién es. Cuando veo el nombre de mi compañera de reparto en la pantalla, resoplo antes de contestar.

—¿Dónde estás? —pregunta sin darme tiempo ni a saludar—. Estoy en la puerta de tu casa y no me abres.

—¿Cómo que…? —Dejo escapar un suspiro mientras me masajeo el puente de la nariz con los dedos. ¿Cómo ha entrado si somos los dueños de las casas los que tenemos que dar previo permiso en la entrada para que dejen pasar a alguien?

—¿Take?

—He salido a correr —contesto al final, comenzando a caminar de vuelta a casa, haciéndole una señal a Bast para que venga conmigo—. ¿Ha pasado algo? No hay grabación hasta las seis de la tarde y son las diez de la mañana todavía. Y nadie me ha avisado por teléfono de nada.

—Venía a enseñarte una cosa. ¡Vamos, date prisa, que tengo frío aquí fuera!

Su voz pretende ser dulce e infantil, pero por alguna razón me irrita, así que me limito a colgar. Es cierto que comenzó cayéndome bien, y de hecho trabajar con ella es sencillo, es una chica que no para hasta que las cosas salen bien y que lucha por mejorar, es muy perfeccionista, pero… no sé, las confianzas que se toma conmigo en público, sobre todo desde que le propuse que fuéramos juntos a la fiesta de *Laksmí*, no me gustan mucho. No sé si es porque sigo siendo bastante tímido en lo que se refiere a mi entorno personal —que podría ser—, o porque no respeta mi espacio personal, pero me siento algo incómodo. Lo malo es que mi agente está encantado con la publicidad que ha dado nuestra presencia juntos en la fiesta y las fotografías que nos hicieron en la entrada, y no para de decirme que tenemos que salir más veces de forma pública para generar más rumores.

—No la fastidies, Bennet. —Es como si su voz se hubiese clavado en lo más hondo de mi cabeza.

Cuando llego a mi casa, Shanya está delante de la puerta, embutida en un grueso abrigo amarillo con los bordes plagados de pelo color azul eléctrico —anda que no es estrambótico el contraste —, y dando saltitos. Lleva una enorme bolsa de Versace en la mano, así que supongo que ahí estará lo que quiere enseñarme. Ha aparcado el coche al lado de la entrada, por lo que no se ha colado en la urbanización. ¿Puede que conozca a alguien que viva aquí? Es lo más probable. Al fin y al cabo, es una *influencer* muy conocida en los círculos de belleza y moda.

—¡Ya era hora! —exclama cuando me ve llegar, frunciendo ligeramente el ceño. Tiene las mejillas y la punta de la nariz rojas, así que supongo que sí, que para ella que haya menos de quince grados a estas horas es que haga mucho frío.

—Lo siento, me has pillado bastante lejos.

Saco las llaves del bolsillo, dirigiéndome a la puerta, mientras por el rabillo del ojo veo cómo Bast se acerca hacia ella para olisquearla, con el rabo en alto. Shanya se tensa un segundo, y por un momento pienso que va a alejarse de él, pero cuando ve que mi compañero lo único que quiere es que le dé unos cuantos mimos, Shanya se acaba acuclillando delante de él, tomándole del hocico con las manos y moviendo su enorme cabeza de un lado a otro.

—¿Y quién es este chicarrón tan grandote? ¡Eres como un oso polar de peluche!

—Se llama Bast —le digo, abriendo la puerta y pasando, manteniéndola para que tanto Bast como ella pasen a la entrada del pequeño complejo—. Como has visto, es más bueno que el pan.

—Me ha impresionado el tamaño, ¡pero tiene cara de no haber roto un plato en su vida! —Para mi sorpresa, le da un beso en la cabeza antes de levantarse y pasar, con Bast a su espalda—. No

quería molestar, pero como has estado tan ocupado estos últimos días y en el rodaje es imposible hablar con calma, he decidido presentarme en tu casa.

Arqueo ambas cejas tras abrir la puerta principal. Una oleada de calor brota de su interior —tengo puesta la calefacción por la mañana para que la casa se mantenga a unos veinte grados—, y Shanya enseguida suspira, quitándose el abrigo.

—No te preocupes, le pedí al director tu dirección, no es que te haya espiado —me dice, girándose hacia mí—. Además, tengo una buena amiga que vive también aquí, en Calabasas, así que tengo acceso.

—Ya veo. —Asiento y me acerco a la mesita que hay frente al sofá, dejando allí las llaves y el brazalete con el móvil y los cascos. Ahora mismo mataría por una ducha, porque estoy pegajoso y debo de oler a muerto, pero no puedo dejarla aquí sola—. ¿Quieres algo de beber?

—No, no, tranquilo. Si además voy a quitarte poco tiempo.

Deja la bolsa sobre el sofá y se sienta, cruzándose de piernas. Me está mirando con una amplia sonrisa que no sé cómo interpretar, porque como ya he dicho antes, hay algo en ella que me incomoda. Me rasco la nuca, nervioso, y señalo con la cabeza la bolsa, intentando que suelte ya lo que quiera decirme. Puede que suene impaciente, sí, pero… ¡me ha pillado todo por sorpresa!

—Me han invitado al evento benéfico de la Fundación *Game and Life*, la que crearon unos *youtubers* hace unos años, ya sabes. Todo comenzó como un *streaming* solidario en Navidad, y en pocos años se ha convertido en todo un evento.

He oído hablar de él, sí. No estoy dentro del círculo de *Youtube*, claro, y aunque en el último año han acudido al evento tanto cantantes como actores, nunca he sido invitado. Pero por la sonrisa que tiene Shanya en los labios y por cómo agarra la bolsa, creo que eso va a cambiar.

—He hablado con mi agente, y me ha dicho que ha podido conseguir que entres también como mi acompañante. Ya sabes, como agradecimiento por llevarme a la fiesta de Laksmí, y para seguir dando de qué hablar. Por la serie y eso. —Abre la bolsa y, con cuidado, saca de ella un vestido rojo y dorado, bastante corto, que casi parece un disfraz—. Este año han decidido darle un toque divertido —dice mientras se coloca el vestido por encima, con un brillo de ilusión en los ojos—, y hay que llevar trajes inspirados en personajes de videojuegos. ¡El mío lo ha hecho Jacob Miller!

—Yo… —Me ha pillado con la guardia baja, la verdad. No me esperaba algo así. Bueno, en general no me esperaba que apareciese en mi casa, pero mucho menos que lo hiciese para invitarme a un evento benéfico que se ha convertido en uno de los más conocidos a nivel de redes sociales y a influencia entre los jóvenes—. Tendré que pensar el traje, ver a quién se lo pido...

—¡No te preocupes! —exclama, guardando su vestido con sumo cuidado antes de acercarse a mí —. He hablado con Jacob, que nos conocemos hace mucho tiempo, y me ha dicho que hará el tuyo encantado. Tenemos poco tiempo, pero dice que lo conseguirá. Solo tienes que elegir un personaje que te guste y él hará su magia.

Se acerca a mí y toma mis manos mientras me observa con esos ojos tan grandes que tiene. Creo que es la primera vez que veo ese brillo de ilusión en lo que llevamos trabajando juntos, y ahora mismo siento que, quizá, mi propia forma de ser ha hecho que pase por alto lo bueno que puede aportarme esta chica a nivel personal. Aunque no entienda que mi espacio personal es mío, no creo que busque nada más allá que seguir subiendo escalones, con esfuerzo, hacia su meta.

—Gracias, Shanya, no sé cómo agradecértelo.

—Solo ven al evento —contesta, sonriendo aún más si es posible—. Bueno, e intenta que no haya tantos rumores de ti con esa chica, Isis Jackson, porque puede venir mal para nuestra serie. Ya sabes, si se te ve salir conmigo, y también con ella, van a pensar que juegas a dos bandas y eso mancharía tu imagen. Y ya sabes cómo son las redes con los chicos que se portan mal con sus novias.

Creo que me mareo y todo al escuchar sus palabras. ¿Novias? ¿En qué momento…? Su risa, por suerte, me devuelve a la tierra antes de que pueda empezar a pensar en tonterías a todo trapo.

—¡Hablo de los rumores, no de que lo seamos! —exclama, soltando mis manos y dándome un pequeño golpe en el pectoral, que acaba con una caricia—. Solo ten cuidado, ¿vale? Nuestros agentes han llegado a este acuerdo y creo que es lo mejor. No quiero que todo se vaya al traste porque la prensa te tome fotografías con tus amiguitas.

Hay algo en su tono que no termina de gustarme, pero el sonido de un mensaje en mi móvil hace que me aparte, provocando que su mano deje de acariciar mi pectoral, y vaya hacia la mesita para ver quién me ha escrito. Cuando veo el nombre de Mimi, esbozo una sonrisa y abro el mensaje de Snapchat sin importarme nada más.

MIMI

«¡Buenos días, dormilón! Seguro que hoy que lo tienes

libre te has tirado hasta las mil durmiendo. ¡Como hacías

los fines de semana! Siento no haberte escrito antes, pero

el jefe nos tiene hasta arriba de trabajo. Pensé que la cosa

se relajaría cuando pasase la fiesta, pero no. ¡Empieza la

campaña de Navidad!».

—Qué tonta es —susurro, comenzando a contestar al mensaje.

—¿Quién?

Por un segundo, me había olvidado de Shanya. Cierro la conversación, esperando no olvidarme de contestar a Mimi, y me giro hacia ella negando.

—Una amiga —contesto, guardándome el teléfono en el bolsillo del pantalón—. Oye, yo debería ducharme, ya sabes, y aún tengo cosas que hacer. ¿Te importa…?

—¡Ah! No, no, si ya te dije lo que quería. —Mueve la mano, quitándole importancia, antes de ir hacia su abrigo para ponérselo de nuevo—. Intenta decidir qué traje quieres para concertar una cita cuanto antes con Jacob, ¿vale? Me han avisado con muy poco tiempo esta vez.

—Sí, sí, lo miro en cuanto pueda. Y… gracias, Shanya. Es todo un detalle por tu parte.

—¡De nada! Ya sabes, tú me rascas la espalda, y yo te la rasco a ti. —Me guiña el ojo, acercándose a Bast para darle un beso en la cabeza, antes de coger su enorme bolsa, con tanto cuidado como si dentro guardase un montón de porcelana fina—. Te veo esta tarde en el estudio. ¡A darlo todo!

—Claro.

La acompaño hacia la puerta, abriéndola para ella. Shanya sale y, antes de bajar los dos escalones que separan la puerta de entrada del pequeño caminito que lleva hacia la verja, se gira, se pone de puntillas y, tomándome por sorpresa, me da un breve beso en los labios, dejándome de piedra y más descolocado que antes.

—¡Adiosito, guapo!



—¡Venga ya! ¿En serio? —Isis se ríe a carcajadas tras la pregunta, llevándose las manos al estómago mientras se revuelca en el sofá de su casa. Después de lo sucedido con Shanya esta mañana, me he duchado y he intentado seguir con mi vida normal, pero ese beso de despedida no deja de atormentarme. ¿Y si le he mandado señales confusas sin darme cuenta?

—Isis, no tiene gracia.

Al final, como no era capaz de ponerme a organizar mi agenda —ya me ocuparé mañana de cómo hacer tetris con los nuevos compromisos que me han surgido—, he llamado a Isis y me ha invitado a comer a su casa, en Pasadena. Necesitaba contarle esto a alguien, y con ella tengo mucha más confianza. Sí, podría hablar con Jun, o incluso con… no, con Mimi no.

—¡Claro que tiene gracia! Solo tú te agobiarías por un maldito pico de despedida —dice, volviendo a sentarse en el sofá y arrastrando el trasero hasta colocarse a mi lado. Siempre me sorprende lo pequeña y delicada que parece a mi lado, y la fuerza interior que tiene en comparación.

—¡No fue solo eso! También me acarició el pecho, y no la aparté, y no sé si eso…

—Mira, Take —me dice, posando la mano sobre mi brazo—. En primer lugar, tienes unos pectorales tan grandes que cada uno de ellos debe tener su propio carnet de identidad, así que es imposible no querer tocarlos. —Para ilustrar sus palabras, posa una de sus pequeñas manos en mis pectorales y me los aprieta—. Y dos, si esa chica de verdad se ha pensado que porque dejaras que te tocara el músculo ya estáis saliendo, huye, porque es una loca.

—No sé qué hacer. —Me llevo las manos a la cabeza, echándome hacia atrás el pelo.

—Take, yo te he dado un millón de picos, te he tocado el culo, ¡y míranos! Estoy en bragas y en camiseta de tirantes a tu lado, comiendo comida china, y no te veo agobiado por ello.

—Es distinto, Isis, tú y yo somos amigos, a Shanya apenas la conozco. Y todo ese tema de tener que dejarnos ver juntos, para que la prensa especule, cada vez me gusta menos.

—Niégate —contesta, tajante, mientras coje la cajita de cartón y se lleva una buena cantidad de tallarines a la boca—. Tú te ahogas en un vaso de agua, así que es mejor que no entres en ese juego o acabarás jodido.

—No es tan fácil…

—Yo lo he hecho. —Se encoge de hombros una vez traga la comida, apuntándome con los palillos casi de manera amenazadora—. ¿Crees que mi agente no me lo propuso cuando hiciste el videoclip con nosotros? Pero le dije: *«mira, tío, a ese musculitos me lo comía con chocolate de lo bueno que está, pero paso de fingir que me lo follo sin haberle tocado un pelo. Si alguien nos quiere escuchar, que sea por nuestra jodida música, no porque piensen que tengo un novio cañón»*.

—¿En serio? —Me giro hacia ella, arqueando ambas cejas, sorprendido, y ella se limita a asentir —. No lo sabía, nunca…

—¿Nunca te lo había dicho? —Sonríe, llevándose más comida a la boca y hablándome, esta vez, con ella llena—. Porque en cuanto te conocí vi que toda tu fuerza y masculinidad son pura fachada. Eres un bollito de canela gigante, Take, y cuando empezamos a ser colegas supuse que si te lo contaba te sentirías tan agobiado que una de dos: o acababas pasando de mí, o me proponías fingir la relación para ayudarme.

Me deja mudo. Lo peor es que tiene toda la razón. No me gusta fingir en mi vida real, y si he aceptado esta vez es porque todo este juego con la prensa se basa en especulaciones, pero es cierto que si en aquel momento Isis me lo hubiera contado, quizá le habría propuesto salir unas cuantas veces para que nos fotografiaran como si fuéramos una pareja. No ir juntos a los sitios, sino fingir de verdad que había algo. Por ella, por su música. Creo que ahora mismo la quiero un poco más que antes.

—Deja de mirarme así, me das grima.

Un cojín se estampa contra mi cara de repente, y las carcajadas de Isis vuelven a llenar toda la

habitación. Cuando cae sobre mis piernas, lo dejo a un lado y, antes de que pueda darse cuenta, me lanzo sobre ella para empezar a hacerle cosquillas. Isis grita, intentando no lanzar por los aires el contenedor de cartón con los tallarines que aún hay dentro, mientras con la mano libre busca la manera de apartarme de ella. Es pequeña y escurridiza, pero ya la conozco bien y sé cómo mantenerla atrapada.

—¡Para, para! ¡Jajajajaja! ¡Que al final me meo encima! —exclama, dándome pequeños puñetazos en el brazo, sin poder parar de reír.

—¡Es mi venganza por decirme que te doy grima! —Sigo con mi ataque, riendo con ella, y de repente la presión que sentía se ha evaporado. Creo que tener a alguien que se toma todo con tanta tranquilidad como Isis hace que mis miedos se hagan más pequeñitos, y es algo que no sé cómo agradecerle.

—¡Es que me miras como si fuese un ente extraordinario! —Me detengo al escucharla, sonriendo y apartándole el pelo de la cara con cuidado.

—Si pudieras verte con mis ojos, verías lo extraordinaria que eres —le digo, besando su frente antes de incorporarme.

—Si pudiera verme con tus ojos, me habría matado a pajas desde que nos cruzamos, precioso —me contesta, con su habitual mala lengua y una sonrisa maliciosa que hace que me ponga rojo como un tomate—. Eso antes de haberme empotrado contra la pared, obvio.

—Isis, sabes que…

—Ya, ya. —Se sienta de nuevo, dándome un pellizco en el costado que hace que me doble un poco—. No me ves de ese modo, quedó claro hace unos años cuando intenté que ese cuerpazo entrase entre mis piernas. Pero, ¿sabes? Esto es mejor. —Sube las piernas, colocándolas sobre las mías mientras se apoya contra el reposabrazos del sofá, comenzando a comer de nuevo—. Así te tengo de esclavo.

—Y yo de mentora espiritual.

—Y de madre. —Señala con los palillos hacia los recipientes de cartón que hay sobre la mesa—. Deja de hablar y come si no quieres que me zampe yo tu comida.

Asiento, cogiendo el que está lleno de cerdo agridulce y llevándome un trozo a la boca. ¡Dios, qué rico está! Es verdad que desde que me detectaron problemas de corazón, con diecisiete años, he estado cuidándome mucho —sobre todo después de la operación para colocarme una válvula aórtica—, pero de vez en cuando, y sobre todo ahora que mi cardiólogo me tiene bajo vigilancia, me doy estos caprichos. Bueno, me los doy más a menudo de lo que debería, la verdad. Mientras estoy saboreando el segundo trozo de cerdo agridulce, veo por el rabillo del ojo los rápidos palillos de Isis colarse en el recipiente para robarme un trozo que no tarda en llevarse a la boca.

—¡Oye! —exclamo, entre risas.

—Estate más atento —canturrea, moviendo los dedos de los pies para intentar agarrar mi

camiseta con ellos—. Oye, ¿y has hablado ya con esa chica? ¿La de la fiesta?

—¿Con Mimi? —Isis asiente, cogiendo otra de las cajitas de cartón para seguir comiendo—. Sí, hemos hablado hoy un poco por *Snapchat*, pero no mucho. Yo he estado hasta arriba estos días, y Levi les está dando mucho trabajo a Naisha y a ella.

—El jefazo debería relajarse un poco. Es demasiado estirado. —Suelto una carcajada, lo que hace que me mire con las cejas arqueadas—. ¿Qué? Es verdad, parece que lleve un palo de titanio metido por el culo.

—Cuando le conoces, la cosa cambia, te lo aseguro.

—Si se dejara conocer por mí, le sacaba ese palo para que él me metiera otro. —Alza las cejas varias veces, riendo traviesa, lo que hace que vuelva a ponerme como un tomate. Y antes de que pueda exclamar su nombre a modo de reprimenda, me da un golpe con el pie en el estómago—. ¿Y qué? Esa es la ex de la que me hablaste, ¿no? ¿Por qué no quedas con ella? A lo mejor resurge la llama.

—Bueno… tengo ganas de tomar algo con Mimi, no te voy a engañar, pero… Apenas saco tiempo, y cuando lo tengo y quiero salir, recuerdo las palabras de mi agente, que no debo cagarla y… se me quitan las ganas.

—Espera, espera, espera… ¿Cómo que la vas a cagar? ¿Qué cojones dices, Take?

—Ya sabes cómo es Ryan… —dejo escapar un suspiro largo, negando con suavidad—. Trabaja mucho para que me den buenos papeles, y un paso en falso…

—Vamos, ¡no me jodas, Superman! ¿Qué paso en falso ni qué hostias? —Me da con el dedo, acusador, contra el pecho, con el ceño fruncido—. Los agentes solo buscan su propio beneficio, no el tuyo. Nunca lo olvides. Y si pueden agarrarte de los cojones, exprimirlos y encima conseguir que eso se convierta en una extorsión para tenerte aún más pillado, lo harán. No lo olvides. Este mundo es una mierda.

—Pero Isis… Me han ofrecido un papelazo que siempre he querido. ¡*Rayo Negro*, de *Adrax Monsters*!

Me mira durante unos instantes, sin apartar su vista de mis ojos. Hay una tormenta desatándose en su cabeza, lo sé. Puedo verlo. Pero cuando eso pasa, nunca me cuenta nada. Se cierra aún más. Y esta vez no iba a ser diferente.

—¿Eso significa que no vas a salir de fiesta conmigo? ¿Quién va a sujetarme el pelo cuando vomite, o a quitarme de encima a los moscones? ¿Vas a faltar a nuestra tradición de empezar el Año Nuevo con un pico y un puñado de *M&M's*?

—Bueno, Shanya me habló sobre ti y eso de que la prensa nos viera juntos, pero… —Niego, soltando un resoplido al ver que me mira de manera inquisitiva. Incluso su habitual dejadez ha desaparecido y parece haberse tensado todavía más. Mejor no darle vueltas—. Son chorradas. Jamás me apartaría de ti. —Esbozo una sonrisa, intentando apartar la tensión que hay ahora

mismo en el ambiente—. ¿Así que solo me quieres para eso?

—¿Para qué más voy a quererte? —Sé que lo dice de broma, que por muy abierta que sea y por muchas burradas que suelte, a Isis le cuesta expresar lo más importante: sus sentimientos. Los camufla tras una ingente cantidad de bromas, y acaba de hacerlo de nuevo, porque a pesar de su sonrisa y su contestación, sigue tensa—. En serio, Take, piénsatelo bien. Ya no por mí, sino por ti. ¿Y si resulta que esa chica ha vuelto a tu vida por algo? ¿Qué vas a hacer? ¿Joderte y seguir con la pantomima esta de las especulaciones? En serio, a veces pareces tonto.

—Puede que lo sea un poco —le doy la razón, así que ella, ni corta ni perezosa, baja las piernas al suelo y me mete la mano en el bolsillo del pantalón para sacar mi móvil antes de que pueda darme cuenta, ofreciéndomelo.

—Llama a esa chica. La vida son dos días, y uno y medio lo pasamos durmiendo.

La miro en silencio, unos segundos, posando mi mirada en el móvil. Tiene razón. Joder, claro que la tiene. No va a pasar nada, podemos vernos, hablar, retomar al menos la amistad donde la dejamos. Asiento y cojo el teléfono de la mano de Isis, buscando el número de Mimi y marcándolo. Da el primer tono. Ya no hay marcha atrás.

—T*ake y Mimi, sentados bajo un árbol* —canturrea, poniéndome la mar de nervioso.

—¡Calla, Isis! —susurro mientras, al otro lado, se escucha descolgar el teléfono.

—¡Take, qué sorpresa! —exclama, alegre, y es escuchar su voz y mi corazón parece empezar a aletear de felicidad.

—Sí… hola, Mimi, esto… ¿qué tal?

—*Be, e, ese, a, ene, de, o, ese, e* —sigue canturreando Isis de fondo. Le doy un pellizco en la pierna para que se calle, y ella sonríe pícara, llevándose varios tallarines a la boca.

—Muy bien. Trabajando, ya sabes.

—La campaña de navidad, ¿no? —la oigo reír al otro lado y mi sonrisa se ensancha sin yo quererlo—. Oye, quería preguntarte algo…

—¡Claro! Dime.

—Pero… solo si no estás muy ocupada, claro. Si estás trabajando. O comiendo. O… —La escucho reír de nuevo de fondo.

—No te preocupes, puedo hablar, así que ¡dispara! —Su tono jovial me hace feliz. Joder, ¡es que es escucharla y ya ha hecho que mi día sea perfecto!

—*Primero viene el amor. ¡Después el casamiento!* —Isis vuelve a la carga con la cancioncilla, esta vez más alto.

—¡Isis! —exclamo avergonzado. Pero Mimi, al otro lado, ríe tan feliz—. Perdona, es que cuando

tiene el día tonto…

—No te preocupes. Me parece una pasada de tía, la verdad. Salúdala de mi parte ahora cuando cuelgues, ¿vale? —Vuelvo a sonreír—. Venga, pregunta antes de que empieces a disculparte hasta por respirar.

—¡Ah! Bueno… —carraspeo y me pongo recto. Isis ladea la cabeza, mirándome con curiosidad, con los palillos en la boca. Estará pensando que soy un idiota, seguro—. Quería… invitarte a comer a casa. Cuando puedas… Yo… bueno, tengo rodaje por las noches este fin de semana, pero comer…

—Me encantaría ir a comer a tu casa, Take.

—¿De verdad? Es decir… ¡Genial! —Sonrío e Isis, sin cambiar de expresión, levanta el pulgar en señal de aprobación—. Pues mándame tus datos por Snapchat para que los de seguridad los tengan y te dejen pasar a la urbanización cuando quieras, ¿vale?

—Perfecto. ¿El sábado te viene bien?

—Me viene genial. Te espero entonces, Mimi.

—Nos vemos el sábado, Take. Yo… —se queda unos segundos en silencio, dubitativa, pero al final suspira con una pequeña risa—. No me puedo creer que vaya a verte de nuevo, de verdad.

—Ni yo tampoco. Hasta el sábado.

Cuando cuelga, Isis da un grito de emoción y me da un puñetazo en el brazo, firme, antes de echarse a reír.

—¡Esa tía te gusta de verdad! Y tú retrasando la llamada, ¡serás idiota!

—No, a ver, que Mimi es que…

—Ya, ya, tú miéntete a ti mismo todo lo que quieras, pero yo te he visto la cara durante toda la conversación. Y parecías un niñato enamorado. ¡Si seguro que de escucharla hasta te has puesto cachondo!

—¡Isis, joder! —Mi represalia le da igual, porque se sigue riendo. Posa la mano en mi brazo, apretándolo con suavidad, relajando la expresión pero sin perder la sonrisa.

—En serio, Take. No seas idiota. No la pierdas esta vez.

MIMI

Estoy que me subo por las paredes. Golpeteo con los dedos sobre el volante al ritmo de *Back to black*, de Amy Winehouse, mientras espero a que el semáforo cambie de color. A pesar de que la temperatura ha pegado un bajón en estos últimos días de noviembre, sigue siendo un clima muy suave en comparación con el frío al que estoy acostumbrada. Ahora mismo fuera hay unos doce grados y todavía son las once de la mañana.

En cuanto el semáforo me permite el paso, arranco y sigo las indicaciones del GPS que me llevan hacia Calabasas. Tras hablar con Take, le mandé un mensaje con todos mis datos y los de mi coche para el portero de la urbanización. Llevo todos estos días imaginando cómo será la urbanización en cuestión. ¿Serán edificios altos con una piscina en medio? ¿Serán pequeños chalets, todos iguales y sin personalidad? Pero cuando llego al recinto, me quedo con la boca abierta. ¿Qué digo recinto? ¡Esto es una ciudad fortificada! ¡Si hay unas enormes puertas de metal blindado tan altas como un edificio de dos plantas! Detengo el coche al lado de la garita donde un señor, bastante corpulento y con cara de pocos amigos, se asoma. Siento un escalofrío de terror cuando frunce el ceño tras lanzar una mirada a mi modesto coche, soltando un pequeño gruñido antes de hablar.

—¿Qué quiere?

—Ah, eh… Vengo a ver a Takeshi Bennett, yo…

—Su identificación —me corta, seco, manteniendo el ceño fruncido. Yo tardo un par de segundos en reaccionar y, cuando me doy cuenta de que tamborilea molesto contra la mesita que tiene delante, yo me afano en alcanzar mi bolso.

—¡Ah! Sí, me dijo que… claro.

Rebusco en su interior, sacando de todo —incluso un par de tampones, ¡qué vergüenza!—, hasta que doy con mi cartera, que se había colado al fondo del todo. La mítica ley de Murphy. Saco mi carnet y se lo tiendo, con las mejillas azoradas por el bochorno. El enorme señor coge el carnet y, con parsimonia, mira mi foto, me mira a mí y después procede a buscar mi nombre —o eso parece— en el ordenador. Apenas pasan unos segundos mientras lo hace —que a mí me parecen interminables—, hasta que, de repente, su expresión cambia, parece relajarse y se gira hacia mí con una sonrisa amable —¡madre mía, cómo le cambia la cara!—, devolviéndome el carnet, el cual cojo enseguida.

—Lo siento, señorita Taylor, es mi obligación evitar que se cuele algún indeseable. —Aprieta un botón y las puertas de metal comienzan a abrirse lentamente—. Pase un buen día.

—I-igualmente —consigo responder antes de dejar caer el carnet dentro del bolso y arrancar en cuanto veo que el hueco de las puertas es suficiente para que entre mi coche.

Tardo casi quince minutos más en llegar a casa de Takeshi. Es alucinante la cantidad de mansiones enormes y terrenos por construir que hay en esta zona. Y aunque la casa de Takeshi, en comparación, es pequeña, me alucina ver hasta dónde ha conseguido llegar. ¡Pero si la casa entera de mi hermano debe de caber en una de las habitaciones de ese casoplón! Detengo el coche en la puerta y bajo la ventanilla para llamar al telefonillo.

—¿Sí?

—Soy Mimi.

—¡Ah, pasa, pasa! Te abro la verja para el coche. —Tras un sonido algo estridente, la verja frente a la que he aparcado empieza a moverse, dejando que meta el coche, por un caminito de asfalto, hacia el lugar donde está aparcado el que supongo que es el de Take. Aunque hay unas enormes puertas que deben dar a un aparcamiento, frente a estas hay una parcela de asfalto bastante grande para aparcar, al menos, cuatro coches de los grandes.

Cuando salgo, él ya está fuera, en vaqueros, con una camiseta de tirantes —dios mío, ¿de dónde ha sacado esos músculos de acero?—, y una sonrisa de oreja a oreja. Nada más cerrar la puerta del conductor, siento los brazos de Take a mi alrededor, y me alza como si fuese una pequeña muñeca, girando conmigo como solíamos hacer cuando éramos unos adolescentes. Pensar en eso me hace reír de pura felicidad.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclama, dejándome con cuidado en el suelo y liberando por fin mis brazos—. Espero que no te haya costado mucho llegar hasta aquí. Si no lo conoces puede ser un poco lioso.

—No te preocupes, con el GPS he llegado bien —contesto, sonriendo—. Aunque el señor de seguridad me ha dado un poco de mal rollo.

—Seguro que era Norman. —Su risa profunda es clara y pura, como la de un niño, y suena a casa, a nostalgia, y al viento moviendo los árboles de Central Park—. Entre el tamaño y la cara de mala leche que tiene, puede asustar un poco, pero es buen tío. Uno de los mejores guardas que tenemos aquí.

—Ya veo. Un poco más, y consigue que me vaya sin necesidad de decirme ni una sola palabra. —Hago como que tiemblo, lo que provoca que Takeshi ría aún más.

—Anda, vamos dentro, hay mucho de lo que hablar.

Nada más traspasar la puerta, me recibe no solo una oleada de calor, sino un enorme perro de pelaje blanco que busca mi mano para restregarse contra ella. Sin quitarme siquiera el abrigo, me acuclillo delante de él para saludarle y hablarle. Él me contesta con lametones, ladridos y pequeños quejidos que me hacen reír y me dan la sensación de que entiende todo aquello que le

digo.

—Ya veo que vives en buena compañía —le digo a Take mientras me incorporo, quitándome por fin el abrigo, que ya empiezo a tener calor, y colgándolo en la percha que tiene al lado de la puerta.

—Con Bast nunca me aburro en casa —contesta, dando un pequeño golpe con su mano sobre su muslo, lo que hace que el enorme perro corra a su lado y se siente, dejándose acariciar mimoso. ¡Es como un enorme peluche blanco!—. Siéntate, enseguida traigo la comida.

Asiento mientras me acerco hacia la mesa, que ya está preparada para los dos, sin llegar a sentarme. Aprovecho para mirar a mi alrededor, y no me sorprende ver que el espacio sea amplio y diáfano, que apenas haya decoración y que frente al sofá haya una enorme televisión con una consola recién recogida —porque el mando parece estar cargando—, con la que ha debido de estar jugando hasta que he llegado. ¿Seguirán dándole pesadillas los juegos de terror a pesar de que le encanta el género? Me acerco hacia una de las pocas estanterías que hay allí, donde guarda sus DVD's y sus videojuegos, para ver las fotografías que la decoran. Hay algunas de cuando él era pequeño, con sus padres, con sus hermanos, y unas cuantas de él, ya más adulto, con actores conocidos a los que siempre ha admirado. Ver así, de golpe, el cambio que ha pegado en los años en los que no hemos estado juntos, es impactante. Y sí, aunque le vi hace unos días, el traje ocultaba muy bien los músculos que tiene. Es decir, ¡madre mía!, ahora podría cogerme sin problemas con un solo brazo y ni se cansaría, seguro. Y eso que no soy delgada. Bueno, a lo mejor sí se cansa, pero… ¡guau!

—Espero que te gusten las berenjenas —dice saliendo de la cocina con la comida humeante. Enseguida me llega el aroma del tomate y el queso fundido y mi estómago gruñe—. He hecho unas milhojas de berenjena con tomate y mozzarella, pero también hay preparadas unas hamburguesas de pollo con queso por si te apetece. No sabía muy bien qué hacer y… bueno…

Deja el recipiente sobre el salvamanteles mientras tomo asiento, relamiéndome porque esas milhojas tienen una pinta estupenda. Alzo la mirada hacia él, riendo al ver que parece un poco nervioso y que se rasca la nuca. No ha cambiado un pelo.

—Siéntate y come. Me gustan las berenjenas. —Veo cómo relaja los hombros, niego poniendo los ojos en blanco y me adelanto a coger la paleta de servir antes de que pueda hacerlo él—. No sabía que se te daba tan bien la cocina. Cuando estábamos en el instituto, el menú cuando estábamos solos eran unas pizzas de *Johnny's*.

—Bueno, cuando me detectaron lo del corazón, tuve que empezar a comer más sano. —Me acerca el plato para que pueda servirle, cosa que hago mientras le escucho con atención—. Y al final, como tuve que mudarme a los dieciocho para venir a la academia aquí, en Los Ángeles, y vivía en un piso compartido, tras el diagnóstico y la operación tuve que aprender a cocinar si no quería morir de hambre, o que me diera un jamacuco.

—¡No sabía que tenías problemas de corazón, Take! —exclamo, sorprendida, dejando mi plato frente a mí.

—¿En serio? Creo que es de dominio público, ¿eh?

—¡Pues no tenía ni idea! ¿Estás bien? ¿Necesitas…?

—No te preocupes, Mimi, son cosas que pasan. —Le quita importancia, moviendo la mano antes de llevarse un poco de comida a la boca—. Me lo diagnosticaron a los pocos meses de mudarnos y todo fue muy deprisa. Por eso dejé de escribirte. No… bueno, no tenía fuerzas para decirte lo que me pasaba, y cuando todo se encarriló, pensé que había pasado demasiado tiempo y me mandarías al cuerno.

—Take… Nunca habría hecho eso…

—Ya, pero… Ya sabes, de adolescentes todos somos idiotas. —Me dedica una sonrisa tranquilizadora y yo siento el impulso de levantarme y darle un abrazo. Pero en vez de eso, me llevo la copa a los labios y le doy un sorbo.

—Al menos… todo salió bien, ¿no?

—Fue muy duro al principio, pero tuve claro desde el primer momento que haría lo posible por estar sano. Así que comencé con una dieta para bajar de peso, me operaron cuando llegué a un peso óptimo, y tras recuperarme comencé a hacer ejercicio para ganar fuerza, resistencia y musculatura. Ahora como de todo, aunque sin pasarme, y sigo entrenando a diario. Además, claro, de ir a mis revisiones periódicas. Me tienen muy controlado. Y si tengo cualquier problema, siempre puedo llamar a Jun.

—Es cierto, lo tienes cerca y además es médico. Aunque no sea su especialidad, al menos puede ayudarte en una urgencia.

—Tu hermano Chris trabaja con él, ¿verdad?

—Sí, es enfermero en traumatología, así que se ven casi a diario.

Durante un buen rato, nos ponemos al día sobre nuestras vidas. Él me habla de sus últimos proyectos, de las campañas publicitarias y la nueva serie que está rodando, mientras que yo le cuento cómo acabé viniendo a vivir a Pasadena con Chris y trabajando en *Laksmí*. Hablar con él es muy sencillo, es como si no hubiera pasado el tiempo y todavía fuésemos aquellos quinceañeros que reían y hacían manitas mientras hablaban del espacio exterior, de ovnis y de extraterrestres. Y cuanto más le oigo hablar, cuantas más cosas me cuenta, más segura estoy de que lo único que ha cambiado de Takeshi es su exterior, porque su interior sigue siendo el mismo: dulce, tímido, inseguro, bueno, cariñoso,...

La comida está deliciosa, y Take la acompaña con un postre que sabe que me vuelve loca: tarta de limón con virutas de chocolate blanco por encima. Cuando la ha sacado, he gritado de tal manera, que Bast —el cual estaba tumbado en el sofá, tan tranquilo— ha levantado las orejas y la cabeza, y a Takeshi le ha dado un ataque de risa tan fuerte que ha conseguido que me sonroje de la vergüenza. ¡Pero es que es tarta de limón! En casa de Chris nunca hay porque él la aborrece y a Nelly tampoco parece hacerle mucha gracia. Y claro, comprar una tarta entera solo para mí…

—Hay cosas que nunca cambian —me dice de repente, observándome con atención. Yo arqueo ambas cejas, con la cuchara aún en la boca, saboreando cada bocado como si fuese el primero y

el último de mi vida—. Siempre que comes tarta de limón, pones esa cara.

—¿Qué cara?

—La de haber descubierto vida extraterrestre. Como si esa tarta fuera tu mayor descubrimiento. Te brillan hasta los ojos.

Siento las mejillas arder de nuevo. Sus ojos azules me miran con tanta fijeza que mi cuerpo siente el escalofrío más intenso de mi vida. Su sonrisa, ladeada y dejando a la vista esos colmillos que le dan un aspecto pillo e infantil pese a la bondad que destilan sus rasgos, hace que mi corazón empiece a latir con tanta fuerza que pienso, por un momento, que se me va a salir del pecho y va a ir a estamparse contra esos pectorales. Y cuando quiero darme cuenta, estoy recorriendo con mi propia mirada su mandíbula cuadrada, adornada por un ligero rastro de barba, su cuello, sus fuertes y marcados hombros,... El calor enciende mi cuerpo y tengo que cerrar las piernas cuando siento que entre ellas mi sexo empieza a palpitar. Una mirada, sus músculos al aire, esa sonrisa y ha conseguido que me excite. ¿Pero qué demonios me pasa? En cuanto aprieto las piernas, siento una descarga de placer que provoca un leve gemido que ahogo, por suerte, en una nueva cucharada de tarta.

Trago saliva cuando veo que se levanta de su sitio, frente a mí, y rodea la mesa para colocarse a mi lado. Yo, como una idiota, me agarro a la cuchara porque no sé qué más hacer, y menos cuando su mirada se ha vuelto tan ardiente. ¿Desde cuándo Take es capaz de hacerme sentir como si me estuviera desnudando con la mirada? ¿Como si fuera un dulce caramelito que ansiara llevarse a los labios? Take fue mi primera vez, y no puedo decir que el sexo con él fuera malo, pero no dejaba de ser, por ambas partes, tímido, inexperto y torpe. Y aunque siempre me excitaba, nunca lo había conseguido sin ni siquiera tocarme; ni me había mirado de ese modo. Siento la boca seca, mis pezones ponerse duros y mi cabeza empieza a dar vueltas. Joder, es que ahora mismo me agarraría a su pelo, tiraría de él hacia mí y le besaría hasta quedarme sin aliento.

—Mimi… —Mi nombre en sus labios es pura poesía. Es excitante escucharlo con esa voz grave y sexy que la madurez le ha dado. ¿Es cosa mía o también está excitado? No me atrevo ni a apartar la mirada de sus ojos. Me retira parte del cabello del rostro, rozando mi mejilla con sus dedos al hacerlo mientras se reclina lentamente hacia mí. ¿O soy yo la que se está incorporando para buscar sus labios? No lo sé, es como un imán, como una fuerza imparable que me atrae hacia él sin remedio. Cierro los ojos, alzando una de mis manos para posarla en su mejilla y sentir bajo mis dedos cómo su incipiente barba araña mi piel. Creo que ya puedo sentir su respiración rozándome, llamándome como el canto de una sirena.

Rrriiinggg.

La burbuja se rompe. Y yo empiezo a sentirme más que culpable porque he estado a punto de besar al Bennett que no debería besar.



No soy consciente de lo que he estado a punto de hacer. No sé en qué momento me he levantado y me he acercado tanto a Mimi como para poder saborear la tarta de limón de su propio aliento. El primer timbrazo hace que abra los ojos como platos al sacarme del estado de embriaguez en el que me había sumido —¿podría decirse que me he embriagado de ella, de su voz, de su risa mientras hablábamos?—, y el segundo pone todo el mecanismo de mi cuerpo en marcha. Me incorporo de golpe, casi tropiezo con mis propios pies, para variar, y los ladridos de Bast frente a la puerta no hacen más que ponerme nervioso. Siento cada fibra de mi cuerpo arder, y de hecho, mientras camino hacia la puerta para descolgar el telefonillo y ver quién es, me cercioro de que no se note a través de mis pantalones que tengo la polla dura como el acero. Porque, ¡joder!, ahora mismo siento que podría atravesarlos. Ni nos hemos tocado, y ya siento que voy a explotar.

—¡Take, soy yo! —Me quedo de piedra cuando escucho la voz de Shanya al otro lado. ¿Qué hace aquí?—. Vamos, abre, ¡solo vengo a decirte una cosa!

—Voy.

Doy al botón del timbre y abro la puerta, dejando que Bast salga a la carrera a saludarla. Ella, como la vez anterior, no duda en agacharse frente a mi compañero, agarrándole del hocico con las manos para menearle la cabeza de un lado a otro y besando su oscura nariz antes de corretear, con él a su lado, hasta la puerta.

—¡Hola, guapo! Espero que no te moleste que haya venido, es que estaba por aquí, en casa de mi amiga y… —Se da cuenta, por fin, no solo de lo tenso que estoy, sino de que hay alguien más en casa. Me mira de arriba a abajo, y no sé si está molesta o decepcionada—. Vaya, no estás solo.

—No, ehm… He invitado a Mimi a comer a casa. —Me aparto hacia un lado, dejando que Shanya la vea por fin. Mimi saluda con la cuchara en la mano, una sonrisa tensa y las mejillas algo azoradas. ¿O es mi imaginación?

—Ah, es la chica de la fiesta. —Su tono tiene un deje de molestia que no me gusta ni un pelo, pero cuando sus ojos se posan en mí, su sonrisa radiante vuelve a iluminarla por completo—. Solo venía a preguntarte si has hablado ya con Jacob.

—Aún no. No he decidido nada… —Me rasco la nuca, suspirando. En verdad se me había olvidado por completo—. Si no lo decido hoy, te prometo que mañana, como muy tarde, le llamo, ¿de acuerdo?

—Pero date prisa —dice, acercándose un poco más a mí y jugando con sus dedos por mi

estómago, lo que provoca que un escalofrío me recorra de arriba a abajo y que mi polla de un respingo dentro de mis pantalones. ¡Joder! Ahora mismo estoy tan caliente que hasta ella, en quien no estoy pensando, consigue que mi cuerpo reaccione a sus estímulos—, tenemos poco tiempo y Jacob necesita unos cuantos días para hacer su magia. —Su voz, casi como un ronroneo, consigue que se me pongan de punta los pelos de la nuca. Así que acabo por carraspear y alejarme un poco.

—Sí, sí, yo… yo le llamo, de verdad. Siento haber tardado.

—No te preocupes —contesta, lanzando una última mirada hacia el interior antes de volver a mirarme—. Te veo mañana, bombón. —Luego se agacha, cogiendo a Bast de nuevo el hocico para darle un beso en la nariz mientras él intenta lamer su cara—. ¡Y a ti en cuanto pueda, cosita guapa!

Nada más soltarlo, se incorpora y, sin dedicarle ni siquiera unas palabras de despedida a Mimi, se gira, haciendo que su melena rizada ondee con el viento que se ha levantado, y camina directa hacia la verja de salida, la cual le abro, para meterse dentro de su coche. Al hacerlo, como lleva el pelo recogido, veo entre los mechones lo que parece la sombra de un tatuaje. Nunca me había fijado.

Acabo por dejar escapar un suspiro cuando Shanya abandona la finca y cierro la puerta, regresando a la mesa.

—Lo siento —me disculpo, tomando asiento de nuevo frente a Mimi. Ella se ha terminado su trozo de tarta, mientras que el mío está ya medio derretido y prácticamente entero. Joder, ha conseguido que el ambiente se vuelva raro entre los dos—. Shanya es…

—No te preocupes —me corta con una sonrisa, alzando las manos, como intentando dar énfasis así a sus palabras—. Supongo que a tu novia no le gustará mucho que traigas chicas que no conoce a casa.

Me quedo quieto, con los ojos abiertos como platos. ¿Mi novia? No, no es mi novia, por supuesto que no. Quiero decírselo, quitarle de la cabeza ese malentendido, pero no me sale la voz. De repente, la verdad me golpea en la cara como una ola enfurecida choca contra las rocas de un acantilado: me vio ir con ella a la fiesta, conjuntados; han salido un montón de fotos nuestras por todos lados; ahora ha aparecido en casa y con esas confianzas, con esa cercanía,... Supongo que es normal pensar que somos pareja, pero no es así. Si supiera que desde que he vuelto a verla yo...

—De hecho —continúa antes de que pueda volver a ser dueño de mis cuerdas vocales—, hay algo que debería haberte dicho antes, pero… no sabía cómo hacerlo. —Enreda las manos entre sí, jugando con la cuchara que aún no ha dejado sobre la mesa, mientras mira su plato. Parece triste, o quizá avergonzada. Yo empiezo a ponerme nervioso, y siento el palpitar de mi corazón en mis sienes a la vez que un nudo se me forma en el estómago. No me gusta nada lo que estoy sintiendo—. Estoy… empezando a salir con Jun.

Esas cinco palabras son como un puñetazo en la boca del estómago. De repente, el nudo que se me había formado me aprieta tanto que siento que voy a vomitar. Vale, me esperaba que tuviese

pareja, una chica como Mimi no estaría sola, por supuesto, es una mujer increíble. Pero que esté saliendo con mi hermano… Joder, ¡con mi maldito hermano mayor! Aprieto los puños con fuerza bajo la mesa. Sé que no tengo derecho a sentirme así, no nos vemos desde hace quince años, cortamos la relación, pero al verla de nuevo… sentí algo nacer en mi interior, o más bien reavivarse. ¿Cómo he sido tan idiota como para pensar que a ella le habría pasado lo mismo?

—¿Take?

Alzo la mirada al escuchar mi nombre, tembloroso, en sus labios. Me obligo a sonreír y niego con suavidad. No, no puedo hacer que se sienta mal, no tengo derecho. Que ella calase tanto en mí, que haya sido tan importante y vuelva a serlo, no significa que sea recíproco. Cada persona siente de un modo diferente, es algo que he ido aprendiendo a lo largo de los años.

—Perdón, es que me ha pillado por sorpresa —digo, con una calma que no siento—. Vaya, así que con Jun. Espero que te trate bien.

—Sí, ha sido… sorprendente —contesta, relajando un poco los hombros, aunque se nota que está más tensa. Aún soy capaz de reconocer sus estados de ánimo solo con verla—. Bueno, aún… no sé, no es algo muy formal, ni siquiera llevamos mucho tiempo, pero…

—No tienes que darme explicaciones, de verdad. —No quiero saberlo. Prefiero no hacerlo—. Con saber que estáis bien, yo… estaré feliz.



—¡Bennett! ¿Se puede saber qué demonios te pasa hoy? ¡Estás demasiado despistado!

Los gritos del director hacen que me gire hacia él. Llevo dos días durmiendo de pena, desde que comí con Mimi, y es cierto que no estoy igual de concentrado que el resto de las jornadas de grabación. No sé por qué la imagen de Mimi con Jun me hace tanto daño y me quita el sueño. ¡Joder, que han pasado quince años! ¡Quince malditos años! No debería sentirme así. ¡No debería importarme que esté con otro! Yo he tenido varias parejas desde que vivo en Los Ángeles, así que no soy quién para molestarme con ella. Y sin embargo…

—Amor, ¿estás bien?

Shanya se ha acercado hacia mí y el tacto de su mano en mi brazo me resulta hasta reconfortante. Me giro hacia ella y esbozo una sonrisa que, por su reacción, parece ser triste. Creo ver preocupación de verdad en sus ojos a pesar de la cantidad de maquillaje y sangre falsa que le han puesto. Al final niego, tomando su mano para apretarla un poco y llevármela a los labios para besarla como agradecimiento.

—Solo estoy cansado, no he pasado buena noche. Bebo un poco de agua fría y vuelvo.

Me disculpo con mis compañeros, que están sufriendo también mi torpeza, y me alejo para ir al camerino que me han preparado. Necesito concentrarme o al final la jornada de hoy habrá sido en vano, y no puedo permitir que mi vida personal interfiera con el trabajo. No es justo para nadie. Ni profesional. Así que en cuanto llego, cierro la puerta a mi espalda, abro la neverita que hay en una esquina de la estancia y saco, al final, una bebida energética. Vale, no es lo mejor para mi condición física, lo sé, pero necesito espabilarme. Me dejo caer sobre el sofá y me paso la lata por la frente y por el cuello, dejando que el frío de la nevera me recorra por completo, y que las pequeñas gotas de la condensación se deslicen por mi piel. Vale, esto hace que sienta un poco más de alivio.

—¿Amor?

Alzo la mirada hacia la puerta cuando esta se abre y asoma la cara de Shanya. Hoy le han recogido la melena en una gruesa trenza y le han puesto varios pendientes en una de sus orejas. Entre eso, el maquillaje y la sangre falsa no parece ella, y aun así está guapa. Su preocupación me enternece, quiero creer que es real, y, tras abrir la lata, hago una señal para que pase.

—Lo siento, de verdad, estáis todos perdiendo el tiempo por mi culpa. —Ella ni siquiera ha vuelto a abrir la boca, solo se ha acercado y se mantiene de pie frente a mí, con las manos en las caderas. Tarda unos segundos en hablar, dejando escapar un suspiro antes de nada.

—Takeshi, sé que no nos conocemos mucho, y que nuestros agentes nos han metido en una tesitura un poco incómoda, pero me pareces un buen tío, y sobre todo un profesional. Estoy aprendiendo mucho de ti en estas semanas, y no sé, verte así es muy raro. Y creo que no soy la única que está preocupada.

—Lo siento… —No sé decir más, pero es que es cierto, siento mucho ponerlos en esta situación.

—Amor, nadie está molesto. —Su apelativo cariñoso, por alguna razón, me empieza a sonar bien. ¿Será que la noticia de Mimi ha arrancado la costra de la herida que dejó, y Shanya pretende ser un bálsamo que reduzca su dolor? Vuelvo a dar un trago a la bebida, mirando a mi compañera. Sé que me ha causado muchas dudas desde que nos conocimos, es una chica de contrastes y eso me trastoca, porque he visto cómo es capaz de ponerse máscaras delante de la gente; cómo parece posesiva en algunos instantes, pero preocupada y cariñosa en otros; parece no entender que la gente necesita su espacio vital, pero ha demostrado que es tan cercana porque le nace solo. Quizá… ¿quizá debería darle una oportunidad y abrirme a ella? Isis también me desconcertó al principio, y ahora no me imagino mi vida sin ella.

—Mimi… Mimi no es cualquier persona —digo sin pensar, bajando la mirada al suelo, donde las puntas de nuestros pies se rozan—. Ella fue mi vida y mi salvación hace muchos años. Pensé que todo había quedado en una bonita anécdota, pero… —Me llevo la mano al pecho, allí donde duele.

—No es bueno quedarse en el pasado, amor. —Toma mi mano, esa que tengo sobre el pecho, y la alza hasta posarla sobre su mejilla, apretándola con cuidado—. El pasado nos hace ser como somos, pero el presente es lo que hay que vivir.

—Está saliendo con mi hermano mayor.

—*Shhhh* —susurra, reclinándose hacia mí para rozar sus labios con los míos al hablar—. Yo te ayudaré a olvidarla.

Me besa, con mucha suavidad, rozando mis labios con la punta de su lengua. Es un beso que, pese a su lentitud, es muy erótico. El olor del maquillaje y su perfume me rodea y la mano que tengo sobre su mejilla, la cual no me suelta, se tensa.

—Shanya, no… no me gustaría hacerte…

—No vas a hacerme nada, Takeshi. —Sin darme tiempo casi a reaccionar, Shanya se sienta a horcajadas sobre mis piernas antes de lanzarse a devorar mis labios. Este beso es más apasionado, hambriento, y nada tiene que ver con los que nos damos en el set de rodaje. Aquí su lengua, osada, se adentra en mi boca para tentarme, para despertar a la mía. El sabor de su chicle de fresa se entremezcla con el de la bebida energética, y sentir su cuerpo sobre el mío despierta una parte de mí que había dejado olvidada. Dejo el bote sobre la mesita auxiliar para poder atraerla contra mi cuerpo, devolviéndole el beso con la misma pasión. Siento su cuerpo, delgado, pegado al mío, bailando sobre él al son de nuestros labios, que luchan por ver cual puede atrapar al otro, qué lengua es capaz de ahondar más, de descubrir los secretos que guardamos. Suelta mi mano, la que aún se mantiene sobre su mejilla, para agarrarme el pelo y evitar así que me aparte de ella. Lo que no sabe es que, aunque no lo hiciera, ahora mismo soy incapaz de apartarme de sus labios; es como si cada beso que me da adormeciera mis sentidos, como si fueran una droga que me impide pensar en lo que me duele, en lo que me rompe. Ahora mismo mi maltrecho corazón no tiene cabida aquí.

Enseguida mi cuerpo reacciona a su danza y me excito. Bajo los pantalones, mi polla se endurece y siento más presión cada vez que ella se mueve, cada vez que se roza en busca de más contacto. Poso las manos en su culo para apretarla más contra mí, y creo que sentir lo duro que estoy le gusta, porque gime entre besos de una manera muy erótica. ¡Dios! Ahora mismo necesito quitarme los pantalones y enterrarme en su cuerpo. Me está volviendo completamente loco y no sé cómo parar. Ni siquiera sé si quiero hacerlo. Puede que esta no sea la solución, pero… Ah, joder, ahora mismo se siente demasiado bien. Muerde mi labio, tirando con furia de él, arrancándome un gemido de lo más hondo de mi garganta.

—Takeshi… Me estás poniendo muy cachonda —susurra sobre mis labios, jadeando, pegándose contra mi polla tanto que siento que va a explotar.

—Shanya, joder… —Beso sus labios con pasión de nuevo, subiendo una de mis manos por su cintura, colándola bajo la ropa en busca de sus pechos. Tengo que aguantarme las ganas de arrancarle la camiseta y lanzarme devorar sus preciosas tetas.

—¡Bennett, Bell, hay que continuar!

Tres golpes en la puerta y la voz de uno de nuestros compañeros consiguen que nos separemos. Shanya tiene las mejillas arreboladas y los labios hinchados. Por suerte no llevaba ningún pintalabios puesto, así que al menos no hemos hecho un destrozo. Alzo la mano para retirarle un pequeño mechón de los labios, que se le ha pegado allí, y sonrío mientras siento el corazón bombear no solo en mi pecho, sino entre mis piernas. Ahora mismo parece más tímida de lo normal, y respira de manera tan agitada que su pecho no deja de chocar contra el mío.

—Tenemos que salir —digo al final, echando la cabeza hacia atrás y resoplando, dejando que ella se ponga primero en marcha, levantándose de encima de mí y recolocándose la ropa—. Diles que salgo en dos minutos.

—¡Oh! —Es fácil que se dé cuenta de por qué no quiero salir. Los pantalones del traje que llevo puesto no dejan mucho a la imaginación. Suelta una pequeña risita y asiente, caminando hacia la puerta—. Les diré que necesito que me retoquen un poco el maquillaje para darte margen.

—Gracias.

Abre la puerta y, antes de salir, se gira hacia mí con una sonrisa entre tímida y pícara.

—Siento que me he pasado un poco, pero… no me arrepiento. Espero que esto no cambie nada entre nosotros.

—Tranquila, no lo hará.

Y con una sonrisa aún más amplia y un asentimiento, Shanya sale del camerino, cerrando a su espalda, y dejándome a mí excitado, algo atontado y mucho menos dolorido. No debí haberme dejado llevar, ella no merece esto, pero… ¡Yo qué sé! Ahora mismo no tengo tiempo de ponerme *en plan Takeshi*, como dice mi madre. Me bebo de golpe el resto de la bebida energética, me echo agua en la cara para despejarme, y cuando siento que no voy a ir dando la nota porque estoy más calmado, salgo de vuelta al set. Esta será la primera y la última vez que dejaré que mi vida personal afecte a mi trabajo.



—Lo siento, pero ya le he dicho que el señor Van der Bos no se encuentra ahora mismo en su despacho —repito, por tercera vez, al hombre que no deja de gritarme que tiene una propuesta muy importante para hacerle al director y que no puede esperar—. Si me da su teléfono yo le diré que se ponga en contacto cuando pueda.

—¡Es que de verdad! ¿Tan difícil es pasarme con él? ¡Vaya secretaria más inútil!

Me muerdo los labios para no soltarle una grosería. ¿Tan difícil le es a él comprender que no está disponible? El señor Van der Bos me dejó muy claro que las llamadas de trabajo siempre se las pasase al despacho, y que en el caso de no estar, le diera el recado más tarde. Yo ya no sé qué decirle a este ser —porque no tiene otro nombre—, para que deje de amargarme la mañana. Veo a Naisha asomarse por la puerta de su despacho y me mira, con las cejas arqueadas, mientras yo contesto por enésima vez.

—Lo siento, pero no puedo pasarle con él. O me deja su recado o…

Naisha se ha acercado a mí tan rápido que apenas me ha dado tiempo a verla venir. Me quita el auricular del teléfono y se apoya contra el mostrador, recolocándose las gafas.

—Oficina del señor Van der Bos, ¿en qué puedo ayudarle? —Alza la mano, para pedirme que no diga nada, porque estaba a punto de pedirle perdón por no saber lidiar con la situación—. El señor Van der Bos ahora mismo no está, ¿puede dejarme su nombre y su teléfono para que se ponga en contacto cuando tenga un hueco? —De nuevo se queda en silencio, arqueando ambas cejas sin apartar la vista de mí—. Bien, permítame decirle, de parte de la propia empresa *Laksmí*, que si no es capaz de comprender algo tan sencillo como que el director no está disponible, la empresa no tiene intención de hacer negocios con usted. Buenos días.

Y cuelga. Así, con una clase y una tranquilidad que me dejan alucinada. Para mi sorpresa, esboza una sonrisa mientras se apoya de manera más relajada sobre el mostrador, mirándome.

—Hay gente muy desagradable por ahí. A veces es mejor colgarles a aguantar sus monsergas y perder el tiempo. Seguro que Levi, con esa actitud, le habría mandado a tomar vientos tarde o temprano aunque su propuesta fuese revolucionaria. Cosa que dudo mucho.

—Ya no sabía cómo salir de esta —resoplo, agachando la cabeza ligeramente, lo que hace que Nai, con una sonrisa, alargue la mano y me dé un par de palmaditas en la cabeza.

—Llevas poco tiempo aquí, es normal que aún no sepas cómo lidiar con todo. A veces hasta a mí me cuesta, y eso que llevo años aguantando todo lo que tiene que ver con la empresa y con Levi.

—Gracias, Nai, de verdad.

Me sonríe, consiguiendo que me relaje un poco, antes de volver hacia su despacho al escuchar que suena su teléfono. La observo alejarse con paso rápido y me cuesta apartar la mirada del movimiento de sus caderas. Es como ver danzar el fuego, hipnótico, mágico. No solo es preciosa, sino que tiene una clase y una elegancia que más quisieran algunas de las invitadas a la fiesta, que la miraban como si fuera inferior solo por estar recibiendo a los invitados.

El resto de la mañana parece pasar tranquila hasta que, poco antes de mi hora de salir a comer, el ascensor se abre, dando paso a la misma chica que apareció en casa de Takeshi el sábado. «Su novia», me digo, aprovechando los segundos que tarda en acercarse al mostrador para verla mejor. Es toda una belleza: es alta —y mucho más con los tacones que lleva—, tiene cierta elegancia y parece muy sofisticada. Colgado del brazo lleva un carísimo bolso de Prada, el cual se bambolea con sus pasos. Es como una modelo de pasarela, delgada, con pocas curvas —al contrario que yo—, mucho pecho y mucho gusto. No sé cómo puede parecer que va arregladísima con tan solo unos vaqueros, un jersey, el abrigo y las enormes gafas de sol que cubren sus ojos.

En cuanto llega al mostrador donde estoy, se quita las gafas y yo me levanto, esbozando una sonrisa algo tímida porque la mirada que me dedica me intimida. Es como si con ella estuviera lanzándome dos cuchillos directos al corazón. ¿Le molestaría que fuese a comer con Takeshi el otro día?

—Pues no eres para tanto.

Su primera frase me deja helada. La manera en la que me observa hace que me sienta incómoda en mi propio cuerpo, inferior, una pequeña mosca al lado de un hermoso felino de ojos alargados y andares rítmicos. Chasquea la lengua, deja el bolso sobre el mostrador junto a las gafas, y se quita el abrigo.

—Lo siento, no… —Carraspeo, porque siento que me tiembla la voz—. No sé si esto es porque el otro día me viste en casa de Takeshi, pero quiero que sepas que no hay nada, de verdad. Solo somos viejos amigos.

—Lo sé —contesta, cortante, antes de clavar de nuevo su afilada mirada en mí—. Take me ha contado vuestra… —mueve la mano, como si buscase las palabras exactas—, vuestra conexión. Y creo que tu presencia le hace mal.

—¿Perdona?

—Tenerte revoloteando cerca le despista, se desconcentra, y puede ser malo para su imagen. —Se reclina un poco hacia adelante y, al hacerlo, no solo se pone a la altura de mis ojos, sino que puedo oler su caro perfume, que ahora mismo siento que me quema por dentro como un veneno mortal—. Bonita, no puedes aparecer aquí y desestabilizar el mundo de Takeshi, ¡no se lo merece!

—Yo… yo no quería…

—Ya, claro, por eso le sonreíste de esa manera tan inocente, de cordero degollado, cuando os visteis en la fiesta. O por eso estabas el otro día en su casa comiendo.

—Solo somos amigos. De verdad que no…

—¿Amigos? —Me corta, soltando una carcajada irónica que se me clava en el corazón—. Los ex no pueden ser amigos, bonita. —Me da un pequeño golpe en el pecho con una de sus perfectas uñas, como si así enfatizara más sus palabras—. Tu vuelta solo le ha traído dolor; no necesita que vengas a romperle el corazón.

Me quedo sin respiración. ¿Romperle el corazón? No, yo no quiero eso, tenía ganas de verlo, fue muy importante para mí y… ¿Puede que le doliese saber que he comenzado a salir con Jun? Abro poco a poco los ojos. Claro, tiene que ser eso, quizá piense que al salir con su hermano estoy traicionando lo que teníamos, los recuerdos de una relación que nos salvó a ambos.

—Así que ya lo ves —me dice, tomándome de la barbilla con más fuerza de la que habría imaginado para mirarme a los ojos. Su ceño fruncido y la fina línea que dibujan sus labios antes de continuar hablando me dejan claro que no va de farol—. No pienso dejar que te entrometas, mosquita muerta, ¿me oyes? La carrera de Takeshi ha despuntado y tiene que seguir subiendo, y yo pienso ayudarle, estar a su lado en cada paso. La prensa nos adora, así que más te vale mantenerte lejos de él. No salgas por ahí con él, no le llames. Si tantas ganas tienes de follarte a un Bennett, quédate con su hermano mayor, que por lo visto es el que ahora te calienta la cama.

Me suelta con desprecio en el mismo instante en el que la puerta del ascensor se vuelve a abrir, apareciendo por fin, después de toda la mañana fuera, el director. Shanya, que aún está algo reclinada sobre el mostrador, se incorpora y se gira hacia él, cambiando su expresión con una pasmosa facilidad antes de acercarse hacia él.

—¡Señor Van der Bos! ¿O debería decir Levi? —Ríe como una niña traviesa antes de darle dos besos a mi jefe, dejándolo completamente frío y clavado en el suelo. En este tiempo que llevo trabajando aquí, ya me he dado cuenta de que no es muy fan del contacto físico. Un apretón de manos ya es suficiente para él, así que ahora mismo debe estar más tenso que las mangas de las camisas de Henry Cavill.

—Señorita Bell —contesta al fin, dando un paso hacia atrás para poner distancia—. Ya me ha comentado su agente que quería hablar conmigo.

—¡Sí! Me gustaría tratar algunos negocios con usted si no es molestia.

—Por supuesto. —El director se adelanta, pasando de ella y solo deteniéndose un momento para mirarme—. Señorita Taylor, que nadie me moleste mientras la señorita Bell y yo hablamos. Salvo que sea una urgencia, no me pase ninguna llamada.

—Sí, señor —contesto, casi sin voz, antes de dejarme caer sobre mi silla. Shanya no duda en acercarse a recoger sus cosas, siguiendo a Levi hacia su despacho y lanzándome una última mirada de desprecio antes de cerrar la puerta a su espalda. Ojalá Naisha vuelva pronto de comer

y pueda marcharme, porque ahora mismo no sé si quiero llorar, vomitar o hincharme a comer hasta que el corazón deje de dolerme.

❁❁❁

Cuando llega la hora de salir, antes de recoger nada me acerco al despacho de Naisha. Siempre me gusta asegrarme de que me puedo ir sin dejarla sola con algún marrón de última hora. Llamo a la puerta y, con cuidado, la abro, asomándose un poco.

—Nai, me voy a ir, ¿estás…?

Me quedo callada cuando la veo. Está sentada tras su mesa con aire derrotado. Tiene los ojos enrojecidos, y aunque no hay rastro de lágrimas en sus mejillas, es obvio que ha estado llorando. Intenta esbozar una sonrisa tranquilizadora, supongo que al ver mi expresión asustada, pero no le sale más que una mueca.

Entro en el despacho y cierro a mi espalda, acercándome con paso rápido a ella y arrodillándome a su lado. Cojo su mano, con mucha suavidad, apretándola.

—Nai, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? Qué tontería, ¡claro que no estás bien!

Aprieta ligeramente los labios y coge aire, negando con un suave movimiento de cabeza. Tarda unos segundos en encontrar su voz y el modo de hablar.

—Hunter… Hoy… habíamos quedado para cenar. Es nuestro aniversario… —Se le escapa un pequeño hipido y yo aprieto un poco más su mano—. Lleva… toda esta semana quedándose en tutorías. No nos hemos visto desde que comimos con Juny contigo. Me prometió que hoy… Que hoy no iba a fallar…

—Pero no va a venir… ¿no?

Niega de nuevo, apretando mi mano y cerrando el puño de la otra. Llora de tristeza, pero también de rabia. Se muerde el labio inferior mientras dos lágrimas vuelven a brotar de sus ojos.

—Que tiene una tutoría muy importante, dice… Que no la puede dejar para mañana. —Coge un pañuelo de papel y se limpia las lágrimas con cuidado, sin soltar mi mano—. Yo… Creo que se ha aburrido de mí y… No sé…

Sería muy sencillo ahora mismo regalarle los oídos diciéndole que no, que solo es el trabajo, que la quiere… Pero no creo que sea lo que necesita. Esbozo una sonrisa con suavidad.

—Pues hoy no te vas a quedar sola, ¿sabes? Mi hermano está en casa, así que ahora mismo vamos a coger las cosas y nos vamos a ir a tomar unas copas y a poner a parir a los tíos. ¡A todos!

Nai suelta una pequeña risita, negando con suavidad.

—No hace falta…

—¡Claro que hace falta! Hoy la noche es nuestra.



Llevo casi dos semanas sin saber nada de Mimi. No hemos hablado ni por *Snapchat* ni por email, y me da la sensación de que hice algo malo sin querer durante la comida —¿quizá que me acercase dispuesto a besarla sin pedir permiso?—, o que… no lo sé. Le doy demasiadas vueltas al asunto. Además yo tampoco es que haya tenido mucho tiempo, la verdad: el rodaje va viento en popa, pero me quita muchas horas; el gimnasio por las mañanas no puede faltarme; las pruebas para el traje de la gala benéfica también me quitan tiempo,... No me quejo, son todo cosas buenas, pero no sé, siento un dolor en el pecho que hace que me replantee todo de manera constante. Espero que mañana, cuando vea a Isis en el rodaje del *spot* para *Laksmí*, ella sepa darme un buen consejo. A veces pienso que dependo demasiado de ella, que debería ser yo quien la cuidara, ¡es más joven que yo, coño!, y sin embargo, es ella la que siempre acaba tendiendome su mano y cargando con mi peso. Ojalá, y lo digo de verdad, pudiera haberme enamorado de ella. Creo que nos podríamos haber hecho felices el uno al otro. Pero uno no elige de quién se enamora, no es tan fácil.

Voy camino a casa de Levi. Hoy es mi noche libre y hace demasiado tiempo que no quedamos, así que voy con un par de pizzas, un pack de cervezas y Bast en la parte de atrás del coche. Esta tarde, y tras darme una buena ducha —hoy que tenía tiempo me he machacado bien en el gimnasio y luego he salido a correr un rato con Bast a pesar del mal tiempo que hace—, he ido a hacer la última prueba del traje de la gala benéfica antes de que Jacob se ponga a coser bien cada una de las partes. Debo decir que el tío es un genio y que tiene un buen equipo de trabajo a su alrededor. En una semana, desde que le dije que me gustaría ir de Rakan, un personaje del LOL —e ir así de pareja con Shanya, que va de Xayah—, el tío no solo ha hecho los patrones con mis medidas, sino que ya tiene casi todos los extras del traje preparados. ¡Incluso tengo hora para que ellos mismos me maquillen! Estoy bastante emocionado, si digo la verdad, porque aunque meterme en la piel de otros es mi trabajo habitual, creo que es la primera vez que voy a un evento como este, con un disfraz al completo —de alta calidad, eso sí, porque Jacob es uno de los diseñadores más famosos a día de hoy en Los Ángeles—, y me siento como un niño antes de Halloween. Le va a dar su toque a ambos trajes, por supuesto, será una versión suya de los personajes, porque la idea es que también sirva como publicidad para los diseñadores. Creo que va a ser la alfombra roja más extraña y divertida a la que he ido jamás.

—Take, vas a romper esa fiesta —me ha dicho en cuanto me ha visto con el traje, aún sin coser, ya ajustado a mi cuerpo—. Has elegido muy bien. ¡Vais a ser los reyes!

Lo cierto es que una parte de mí se alegró al escuchar sus palabras, pero otra… No sé, siento que hacer todo esto con Shanya, y más después de lo que sucedió en el camerino —y que no ha vuelto a suceder—, puede que le dé unas expectativas y unas esperanzas que no creo que sea capaz de cumplir. Aunque no hemos hablado del tema, ni ha empezado a comportarse de otro

modo conmigo, así que supongo que fue cosa del momento.

Cuando llego a la puerta de la enorme mansión de Levi, toco el claxon tres veces y pocos segundos después la verja se abre para que pueda meter el coche. La lluvia, que no ha cesado de caer en todo el día, hace que el camino brille gracias a las luces del coche, y a pesar de tener los cristales empapados, plagados de gotitas y empañados por el cambio de temperatura entre el interior y el exterior, Bast ya está a dos patas, con el hocico pegado al cristal, intentando ver a su querida amiga. Ya sabe que cuando salimos de noche y el coche huele a pizza, es porque vamos a casa de Levi.

Aparco en el garaje, el cual está abierto en cuanto llego, y salgo, abriendo la puerta para Bast, que no tarda en salir a la carrera y lanzarse a saludar a Levi, que baja las escaleras de acceso con expresión cansada. Mira que vengo veces a su casa y que llevamos años siendo amigos, pero se me hace muy raro verle en casa con pantalones de chandal, camisetas ajustadas y con el pelo totalmente despeinado. Impone un poco menos así, todo hay que decirlo, aunque su expresión siempre suele ser algo taciturna.

—Pareces cansado —le digo, sacando las pizzas y el pack de cervezas del coche antes de cerrar y caminar hacia él. Levi, que estaba acariciando la cabeza de Bast, alza su negra mirada hacia mí y asiente suavemente, irguiéndose.

—Las campañas de Navidad me consumen la vida —contesta, haciendo una señal para que le sigamos escaleras arriba hacia el interior de la mansión. Y sí, digo mansión porque vale, mi casa es enorme, pero la suya lo es tres veces más.

Levi es una persona solitaria y bastante hogareña en general, y sin embargo, si algo le gusta son los espacios abiertos y acristalados, que la luz del sol por la mañana lo bañe todo, y por la noche lo haga la tímida luna. Todo el salón, decorado con un estilo minimalista, en tonos negros y blancos y con una tele que casi parece media pantalla de cine, es un espacio gigante, con una mesa no muy grande para comer, dos camas para Maya, una enorme fuente para que beba —de la cual, por cierto, suele beber Bast también sin que a la gata le importe—, un rascador y zona de ocio para ella que, de igual modo, es tan grande que me asusta siempre que la veo. Y frente a la televisión, el sofá con la mesita auxiliar donde tienen lugar nuestras pequeñas reuniones. Recuerdo que la primera vez que vine aquí tenía hasta miedo de manchar sin querer alguno de los cojines, o de estropear el tapizado de piel del sofá con mis vaqueros.

—Si se estropea se tira y se compra otro. No veo el problema —me dijo, con su habitual cadencia, mientras se dejaba caer sobre el sofá como si llevase años sin haber tomado asiento.

Maya nos da la bienvenida —o más bien se la da a Bast—, apareciendo por allí con el rabo tieso y una maullido fino y encantador. Es blanca como la nieve y tiene una cantidad ingente y larga de pelo. De hecho, su cola parece un plumero. Bast no tarda en corretear hacia ella para darle un pequeño golpe con el hocico y un lametón antes de que ella, tras acariciarle de vuelta con al enorme cola, se ponga a dos patas para lamerle las mejillas como una madre que le quita los restos de chocolate a su hijo. En serio, no entiendo cómo se llevan tan bien sin convivir juntos a diario.

—¿Sabes quién vino a verme el otro día? —pregunta Levi mientras se deja caer en el sofá, como siempre hace, antes de señalar el pack de cervezas para que le dé una. Se lo acerco tras dejar las pizzas en la mesita auxiliar, y él coge uno de los botellines para abrirlo—. Tu compañera de reparto, Bell.

—¿Estuvo en *Laksmí*?

—Sí. —Tras abrir el botellín, le da un largo trago, suspirando de puro gusto. Yo me dejo caer a su lado, cogiendo otro y abriéndolo—. Tras ir a la fiesta contigo, su agente se puso en contacto con nosotros. Parece que está empeñada en ser imagen de *Sakura Kiss*.

—¿La marca de Hana? Sí, algo me dijo —respondo—. ¿Y has hablado con Hana?

—No ha hecho falta, porque ella ya ha elegido a la que será la imagen de *Sakura Kiss* a su lado el año que viene. Parece que no voy a poder librarme de tu extraña y ruidosa amiguita.

—Creo que me he perdido. Shanya no es…

—Hablo de la señorita Jackson —me corta, y aunque parece intentar aguantar, le nace una media sonrisa que no me pasa desapercibida—. Por lo visto, Hana y ella hicieron muy buenas migas en la fiesta.

—Es muy profesional, ya te lo dije.

—No digo lo contrario, pero… —Se lleva una de las manos a la frente, masajeandose las sienes con los dedos ligeramente—. No puedo con ella. Me pone muy nervioso y eso que la he visto dos veces solo. ¿Sabes que en la fiesta, cuando me acerqué a saludarla, me preguntó delante de los invitados que si había devuelto su tanga en el estudio o me lo había quedado de recuerdo?

Suelto una carcajada al escucharle. Sí, eso es muy típico de Isis, y más viendo la cara que se le quedó al pobre Levi el día de las pruebas de vestuario y las fotografías para la campaña. Creo que nunca le había visto tan bloqueado.

—Me da dolor de cabeza —añade, como si lo que ha dicho no fuera suficiente para dejar patente el nivel de nerviosismo que le provoca.

—Vamos, ya será para menos. Isis es muy peculiar, pero no vas a encontrar a una tía más sincera, auténtica y más trabajadora que ella.

—¿A ti también te acosaba?

—Levi, no seas exagerado. —Sé lo que le cuesta comprender a los demás y abrirse a ellos. Ha vivido en un mundo en el que todo aquel que se acercaba a él solo lo hacía por su apellido y por su dinero, lo que ha conseguido que aparte de ser bastante serio y metódico, se haya vuelto un desconfiado—. Isis solo te gastó una broma. Vale, un poco incómoda, pero una broma.

—Me dio su tanga. —Su voz, entre horrorizada y avergonzada, me hace reír.

—Y tú aún no has podido olvidarlo. Te recuerdo que fue hace poco más de un mes.

—Que te den, Bennett. —Da un trago furioso a su bebida, con el ceño fruncido, y yo vuelvo a reír. Ay, creo que Levi no es capaz de lidiar con una personalidad como la de Isis. Está más acostumbrado a las apariencias, a las galas elegantes donde todo es champán, sonrisas traicioneras y trajes de marca que a las personas que son capaces de ver más allá de su apariencia y su apellido. También le costó mucho abrirse conmigo.

Tras unos segundos en los que Levi se limita a encender la tele, sin cambiar el gesto, y a cambiar de aplicación para poner la película que él mismo ha elegido para ver, decido abrir una de las cajas de pizza y coger el primer trozo mientras le hablo.

—Oye, ¿y al final qué ha pasado con Shanya?

—¡Ah! —Eso parece distraerlo, porque relaja un poco la expresión y se gira hacia mí—. Le he hecho un par de propuestas: una para la línea principal de perfumes de Laksmí, salvo para la campaña de San Valentín, claro, y otra para la línea de maquillaje de Rosy Jager. Va dirigida a gente más sofisticada y creo que su imagen iría a la perfección. De hecho me comentó que está en su lista de Relaciones Públicas desde hace tiempo.

—¿Y qué ha contestado?

—Que hablará con su agente y valorarán las dos propuestas. Parece que le gustan ambas, así que cuando tenga una decisión, se pondrán en contacto con Naisha y ella los derivará al departamento correspondiente.

Durante el resto de la noche, Levi y yo vemos la película que ha elegido —una inglesa llamada *Hot Fuzz*[6] con la que nos hemos partido de la risa—, y hemos comido pizza hasta hartarnos. Tan solo algunos de los bordes que han sobrevivido a nuestro banquete han acabado siendo para Bast. Hemos estado hablando sobre el rodaje de la serie y la campaña benéfica que Laksmí lanzará durante las vacaciones de Navidad.

Cuando queremos darnos cuenta, son pasadas las doce. Menos mal que mañana es viernes, Levi descansa y mi rodaje con Isis no empieza hasta la tarde, porque si no íbamos a aparecer ambos con unas ojeras de campeonato. Y a mí todavía me las podrían disimular, pero él tendría que ir con ellas todo el día por la oficina, y otra cosa no, pero a Levi le encanta ir siempre perfecto a todas partes.

Tras despertar a Bast —que se había quedado dormido con Maya en su cama grande, los dos enredados como una sola bola de pelo blanco—, hemos salido hacia el garaje y puesto rumbo a casa. Me ha venido bien quedar con Levi y desconectar un poco de todo lo que ronda por mi mente, que no son pocas cosas. Aun así, en cuanto traspaso la verja de mi casa y apago el motor del coche, me quedo unos instantes allí dentro, mirando el techo mientras escucho cómo Bast se remueve en el asiento de atrás, medio dormido. Sé que no debería, que soy un idiota, pero… joder, tengo que escribirla.

Saco el móvil de mi bolsillo, abro la aplicación de Snapchat y empiezo a escribir. Escribo y borro, escribo y borro. Así unas cinco veces hasta que doy con un mensaje corto y que no parece nada desesperado. Parezco idiota, tantas vueltas para esto.

TAKESHI

«¡Hey, Mimi! ¿Cómo va todo? ¡Yo no he parado de trabajar!

Espero que Levi no te dé demasiado trabajo. Si lo hace,

dímelo y le daré una colleja. ¡Hablamos pronto!».

¡Dios, parezco un niño pequeño! Resoplo. No, este mensaje no puedo mandarlo, parece escrito por un quinceañero extremadamente feliz. Voy a darle a borrar y… ¡mierda! Lo envío. ¡Joder! Ahora pensará que soy un infantil y…

Acabo por dejar caer la cabeza adelante, apoyándola contra el volante. En fin, no puedo hacer nada. Y quizá el mensaje no sea tan horrible, ¿no? Puede que le esté dando demasiadas vueltas al asunto.

—Vamos, Bast, vamos a casa.

Al final niego, sacudiendo cada inseguridad de mi mente, y salgo del coche, sacando también a Bast, para entrar en casa e ir directo a ponerme el pijama y a la cama. Mañana será otro día. Será un día mejor.



NOTAS AL PIE

6. **Hot Fuzz**: *Arma fatal* en España. Película dirigida por Edgar Wright y protagonizada por Simon Pegg y Nick Frost.



Este sábado ha sido un día la mar de tranquilo. Fuera hace un día de perros —no ha parado de llover desde primera hora—, así que he aprovechado para limpiar la casa, con la inestimable ayuda de Nelly, mientras mi hermano está trabajando. Hoy es el día. Hoy hace dos años de la muerte de Ella y parece que el cielo llora con nosotros. A pesar de haber estado toda la mañana jugando con Nelly y por la tarde haciendo la limpieza, no he podido quitarme la opresión en el pecho. Siento esa misma nube negra, que hoy cubre Los Ángeles, oscureciendo mi corazón. Y a pesar de que esta mañana mi hermano se ha despertado con el mismo buen humor de siempre, ha bailoteado con nosotras al son de la música de *Spotify* que tenía puesta, y ha prometido que no llegaría muy tarde para poder cenar los tres juntos, siento que algo no va bien. Es un pálpito. Chris no está bien, no ha superado el duelo aunque diga que sí. Y lo peor es que al no darse cuenta, no puedo hacer nada por ayudarle. Ni yo, ni nadie. Tiene que darse cuenta él solo, salir de allí por voluntad propia —con nuestra ayuda, claro— y seguir adelante.

Nelly apenas se acuerda de su madre. Pregunta mucho por ella, claro, pero no la conoció lo suficiente como para desarrollar un vínculo. Para Nelly, Ella es un ángel que la envió para cuidar y querer a su papá, y ahora los vigila desde el cielo para que sean muy felices. Sí, a pesar de tener cinco años, sabe cómo vienen los niños al mundo —ni mi hermano ni yo pensamos que hablarle de la semillita, las cigüeñas y esas cosas sea adecuado, se acabaría haciendo un lío con el tiempo—, pero aun así sigue afirmando que su madre es un ángel.

Cuando salta en el reproductor una de las canciones de *Haunted Heart*, Nelly suelta un gritito y, tras quitarse las zapatillas, corre a subirse en el sofá para saltar y cantar al son de Isis Jackson. Desde que nos conocimos en la fiesta de *Laksmí*. empecé a escuchar su música —no es que el rock alternativo sea de mis géneros favoritos—, y por lo visto a Nelly le ha encantado, así que cada vez que la escucha, salta, baila y canturrea feliz. Al verla, yo me acerco hacia el sofá, dejando la fregona en el cubo, y cojo sus manos cuando me las tiende, bailoteando con ella y cantando a pleno pulmón a pesar de que nos confundimos de letra durante toda la canción. Y aunque el cielo llora, aquí dentro mi pequeño sol ríe.

❁❁❁

Son las once y media de la noche y Chris aún no ha llegado. Cada vez estoy más nerviosa porque la última vez que eso pasó, Jun acabó trayéndolo a casa borracho como una cuba. Hoy es un mal día, y no creo que lo haya olvidado. Le llamo al móvil casi cada diez minutos, pero no me

contesta. He llamado al hospital para preguntar por él, pero me han dicho que acabó el turno a las seis y que salió, tras despedirse de sus compañeros, pasadas las siete.

Nelly está profundamente dormida en el sofá. Después de cenar —tras decirle que al final su padre iba a llegar más tarde—, nos hemos quedado en el salón viendo Enredados, y la pobre ha caído rendida antes de que la película terminase a pesar de ser una de sus favoritas. Así que tras intentar dar con mi hermano de nuevo, sin respuesta, la cojo en brazos con cuidado y la llevo hacia su habitación, metiéndola en la cama y tapándola. Beso sus cabellos, con delicadeza, y salgo de allí tras ponerle la suave luz auxiliar por si se despierta en mitad de la noche.

No es hasta pasadas las doce cuando el móvil suena, despertándome. Me he quedado dormida en el sofá, envuelta en una manta y con la serie de You puesta de fondo. Me lanzo sobre el móvil y, cuando veo el nombre de mi hermano en la pantalla, frunzo el ceño y grito nada más contestar.

—¡¿Se puede saber dónde cojones estás?! ¡Son más de las doce, Chris!

—Ehm… Perdona… ¿Mimita? —La voz desconocida al otro lado me deja helada. Y más cuando dice, con tanta vergüenza, el apodo que usa Chris conmigo cuando quiere fastidiarme. Ahhhh, joder, Chris y su manía de avergonzarme.

—Sí… ehm… ¿quién eres y qué haces con el móvil de mi hermano?

—Verás, soy camarero en *Red Pearl*. El dueño del móvil, bueno, su hermano, está aquí y… no es que esté muy bien ahora mismo, ha bebido demasiado. Quería irse en coche, pero le he quitado las llaves para evitarlo y he buscado en su móvil a ver a quién podía llamar. Y como había tantas llamadas suyas, pues…

—¡Joder! —exclamo, poniéndome en pie de un salto y corriendo a ponerme las botas—. Sí, joder, muchas gracias. Yo… ¿Puedes mantenerlo ahí? Voy enseguida, en cuanto me vista y coja las llaves.

—Claro, y siento la molestia, ehm…

—Mimi. Por dios, llámame Mimi —resoplo—. Y no, en serio, más lo siento yo, que no tendrías que aguantar esto. Ahora voy. Gracias.

Cuelgo el teléfono y salgo a la carrera hacia el perchero para coger el abrigo. Miro el reloj. Es tardísimo, Nelly duerme y no puedo dejarla sola. Me da mucha vergüenza tener que pedir ayuda, pero… suspiro. Abro la puerta del rellano y me acerco a la puerta de enfrente, llamando unas cuantas veces. Joder, qué palo me da tener que despertar a esta pobre señora. Espero un par de minutos antes de volver a llamar una segunda vez. Y es entonces cuando oigo ruido al otro lado y, tras escuchar un «¡Santo dios!», la puerta se abre y me recibe la señora Thompson envuelta en su gruesa bata de pelo rosa, con los rulos y la redecilla para dormir cubriendo su cabello.

—¡Mimi, tesoro! ¿Ha pasado algo?

—Siento molestarla a estas horas, pero ha ocurrido una pequeña urgencia y tengo que ir a por Chris. Y Nelly…

—Ay, no me digas más —me dice, alargando la mano para coger las llaves del recipiente—. ¡¡Carl, voy a casa de los vecinos a cuidar del angelito!!

—¡¡Llévale las rosquillas, Annita!! —contesta su marido desde el fondo del piso.

—¡Ay, sí, que hice unas cuantas! —Antes de que pueda negarme, la señora Thompson entra a todo correr a su casa, meneando su orondo trasero. Apenas tarda en volver con un tupper lleno de rosquillas y una amplia sonrisa en los labios—. Aún están templadas, os las iba a dar mañana, pero ya que estoy, te las dejo en la cocina.

—No hacía falta, señora Thompson, de verdad.

—Nada, querida. Y llámame Annita, que te lo he dicho un montón de veces. —Cierra la puerta a su espalda, caminando hacia nuestra casa—. Tú ve a por ese pobre chico. Qué lástima, de verdad, qué mal lo pasa. Menos mal que tiene una hermana y unos padres caídos del cielo. —Posa una mano en mi mejilla a la vez que esboza una tranquila sonrisa. Desde que he venido, esta señora me ha tratado como si fuera su hija, y es de agradecer—. No te preocupes por la pequeña y por mí, que si se despierta le contaré historias de mi marido. Verás cómo se duerme del aburrimiento.

Tras agradecerle su ayuda de nuevo y despedirme de ella, bajo corriendo hasta la calle, poniéndome la capucha porque se me ha olvidado el paraguas, y llamando al primer taxi que veo acercarse por la calle.

Cuando llegamos, pago la carrera al taxista, con una buena propina porque al verme tan nerviosa ha ido algo más deprisa de lo debido, y entro corriendo al bar. A estas horas aún está atestado de gente, sobre todo hombres, los cuales se giran al escuchar la puerta abrirse. Siento las miradas de muchos de ellos sobre mí, las risas, y algunos silbidos que hacen que me sienta cohibida, expuesta. Me encojo dentro de mi abrigo, demasiado corto porque me llega hasta la cintura, y rezo por que el agua no me haya calado tanto como para tener todo el pantalón del pijama pegado a las piernas y al culo. Camino hacia el fondo, hacia la barra, donde veo a mi hermano recostado sobre la misma, sentado en uno de los taburetes.

—Hey, guapa, ¿quieres que te dé yo de beber? —me dice un tío barbudo y enorme que me agarra de la muñeca al pasar por su lado.

—Lo siento, pero yo…

—Vamos, chica, no me cortes el rollo. Te prometo que no vas a querer beber nada más en toda tu vida.

Se agarra la entrepierna con la mano libre mientras sus amigos gritan, ríen y le corean. Me acabo soltando por la fuerza, con el ceño fruncido, lo cual no le termina de gustar. Se acerca a mí, como una mole de músculos, carne, pelo y mala leche, y me agarra del abrigo para atraerme hacia él.

—Eres una *calientapollas*. ¿Y sabes lo que hago yo con las chicas como tú?

—¡Eh, gilipollas, como no sueltes a la señorita te echo del puto bar! —Creo reconocer esa voz. Cuando el tío enorme me suelta, siento una mano en mi espalda y, al girarme, veo a un chico joven, que debe rondar mi edad, con barba y el pelo pelirrojo totalmente despeinado. Tiene la cara salpicada de pecas, unos ojos azules que ahora mismo arden con rabia y una constitución que nada tiene que envidiar a la de mi hermano—. Si quieres beber hasta perder el sentido, de puta madre, pero aquí nada de acosar a las clientas.

—Joder, Armie, qué cortarollos eres —refunfuña mientras se aleja para volver con sus amigos.

—A él sí que le cortaba otra cosa, por capullo —me susurra mientras me guía hacia la barra, cambiando su expresión por una más amable—. Eres Mimi, ¿verdad?

—Sí. Siento todo esto.

—Nada, nada —niega, acercándose conmigo hacia mi hermano, que dormita sobre la barra, y dándome el móvil y las llaves del coche—. La verdad es que se ha quedado frito enseguida. Tan solo ha estado llamando en sueños a una tal Ella, supongo que la tía que le ha roto el corazón, pero nada más.

Claro que le ha roto el corazón, pero no porque ella quisiera. Me acerco hacia Chris y le muevo un poco, con cuidado, mientras Armie, el simpático camarero, vuelve a su puesto a atender la barra. Mi hermano se remueve, molesto, así que le meneo con más fuerza.

—Ayyy, quitaaaa —murmura, empujándome sin fuerza.

—Chris, vamos, que no puedes estar aquí, hay que ir a casa. —Intento levantarlo, pero yo sola no puedo con él. Miro hacia Armie y hacia el otro camarero que no paran de ir de un lado a otro atendiendo a los clientes, así que pedirles ayuda me parecería muy feo. Intento de nuevo echarme el peso de Chris sobre mis hombros, pero no solo me saca un montón de altura, sino que pesa mucho más que yo, así que desisto y saco mi móvil del bolso. La primera persona que se me viene a la cabeza a la que pedir ayuda es, por supuesto, Jun.

En cuanto doy con su teléfono, selecciono marcar y me llevo el aparato a la oreja mientras me muerdo la uña del pulgar. Tras un par de tonos me contesta, y aunque dice estar muy feliz de escucharme, tiene turno de guardia esta noche y me dice que no podemos hablar mucho, así que evito contarle que le he llamado porque necesito ayuda con Chris. Tras desearle una buena guardia y prometerle que mañana comeremos juntos, cuelgo. Miro mi teléfono y, mientras pienso en a quién puedo llamar, veo que tengo varias notificaciones en *Snapchat*. Así que abro la aplicación y con lo primero que me topo es con un mensaje de Takeshi.

TAKESHI

«¡Hey, Mimi! ¿Cómo va todo? ¡Yo no he parado de trabajar!

Espero que Levi no te dé demasiado trabajo. Si lo hace,

dímelo y le daré una colleja. ¡Hablamos pronto!».

¿Y si le pido ayuda a él? Seguro que no le importaría venir a echarme una mano. Me tienta mucho, sé que estaría aquí en dos minutos si le dijera lo que sucede, pero… *«Tu vuelta le hace mal; no necesita que vengas a romperle el corazón»*. Las palabras de su novia me golpean en todo el estómago y enseguida desisto. No, no puedo hacerle esto, no es justo. He intentado alejarme de él estos días, vi en sus ojos la traición que sintió cuando le dije que salía con su hermano, y no he querido dañarlo más. No es justo que ahora que me veo en un aprieto recurra a él como si estos quince años no hubieran pasado, como si por el hecho de habernos reencontrado y estar en la misma ciudad pudiese depender de él para todo.

—Mimi… —La voz cansada y nublada por el alcohol de mi hermano hace que me dé la vuelta. Tiene los ojos rojos, irritados, y un aspecto horrible. Tiene más ojeras de las que creía y su expresión de amargura y tristeza me rompe el alma. Sus ojos no tienen brillo, tan solo las lágrimas que amenazan con salir reflejan las luces del bar.

—Estoy aquí, Chris, contigo —le digo, dejando el móvil sobre la barra para poder acariciar sus mejillas con cuidado. La corta barba que lleva me acaricia los dedos, me araña mientras con los pulgares retiro las dos lágrimas que se han desbordado por el precipicio de sus ojos, dando rienda suelta al dolor.

—Mimi… la echo de menos.

Me rompe el alma escucharle. Me rompe el corazón sentir su enorme cuerpo buscar consuelo y abrigo en el mío, más pequeño, sobre mi pecho. Él siempre ha sido el que me protegía, el que quería ser un héroe y salvar a todos los que lo necesitaran. Siempre me ha cuidado él a mí y no al revés, y yo siempre lo he visto como el superhéroe, el hermano fuerte que estaría ahí siempre, al que admiraba, del que presumía delante de mis amigas. Y ahora mismo, a pesar de que en apariencia puede parecer un héroe, está destrozado, se ha roto en mil piezas de un cristal tan delicado que el más mínimo roce puede conseguir que se rompa en mil fragmentos más.

—Lo sé, cariño —susurro, besando su sien con mucha suavidad y acunándolo con cuidado. Tiembla entre mis brazos, y yo tengo que aguantarme para no romper a llorar.

—¿Por qué nos ha dejado, Mimi? ¿Por qué ella? ¿Qué hizo para merecerlo? Era buena… Ella era la mejor mujer del mundo.

—La vida es una mierda. Y no, no lo merecía. Y vosotros tampoco. —Vuelvo a besar sus cabellos mientras siento cómo me aprieta con más fuerza contra él. Ahora mismo es un niño desolado, perdido en una cueva oscura, húmeda, sin nada a lo que aferrarse y sin manera de escapar de ahí—. Pero saldremos adelante. Todos lo haremos. Te lo prometo.

Cuando Chris parece más calmado, intento levantarlo de nuevo del asiento, pero se siente tan mareado que le fallan las piernas y casi nos caemos los dos al suelo. Al final no me queda más

remedio que recurrir a la tercera persona que conozco en la ciudad y con la que tengo suficiente confianza como para meterla en este marrón: Naisha. En el momento en el que le cuento, por encima, lo que sucede, no duda en decirme que no nos movamos de aquí —no podríamos aunque quisiera—, que llegará en unos minutos. Así que nos toca esperar. Mientras Chris y yo estamos sentados en la barra, nos vemos rodeados de un montón de hombres ahogando sus penas en alcohol, derramando cerveza mientras cantan y ríen, y soltando comentarios asquerosos sobre las mujeres que salen en la televisión, donde se reproduce un videoclip tras otro. El hombretón que me detuvo al entrar ya se ha ido con sus amigos, y a pesar de las miradas que Armie, entre copa y copa que sirve, me lanza como preguntando si puede ayudar, yo no dejo de disculparme y de mirar hacia la puerta mientras me termino de beber mi segunda Coca-Cola.

Por fin, tras media hora esperando, la puerta del bar se abre, entrando Naisha como una exhalación. Nada más vernos, se acerca a darme un abrazo tan fuerte que casi me ahoga. Tras sus gafas, cuando se aparta de mí, puedo ver que está muy preocupada además de agotada —sin el maquillaje, puedo ver las profundas ojeras que adornan sus preciosos ojos—, y enseguida posa sus manos, frías y húmedas por la lluvia, sobre mis mejillas.

—¿Estáis bien?

—Sí, sí, solo… —Miro hacia mi hermano, que se ha vuelto a quedar medio dormido en la barra —. Siento meterte en esto.

—No digas tonterías —me regaña, dándome un nuevo abrazo antes de soltarme del todo y posar la mano sobre la espalda de Chris—. Dices que tu hermano tiene su coche, ¿no?

—Sí, tengo aquí las llaves.

—Sal a ver dónde está. Si está lejos, acércalo a la puerta; hay un par de sitios libres justo enfrente. Cuanto menos camino tengamos que recorrer con él, mejor.

Obedezco a Naisha sin rechistar. Y menos mal que lo hago. El coche de mi hermano está al final de la calle, así que llevar a Chris entre las dos hasta allí habría sido una odisea. Tal y como me ha dicho, me meto en el coche, doy la vuelta a la manzana y aparco frente a la puerta del bar. Salgo del mismo y, justo en cuanto cierro la puerta del conductor y estoy a punto de echar el seguro para entrar en el bar, Naisha sale y sostiene la puerta mientras dos de los hombretones que había dentro del bar cargan con mi hermano, sin problemas, hacia el coche.

—Mimi, abre la puerta de atrás para que estos señores tan amables puedan meter a Chris.

Alucinando, corro a abrir la puerta de atrás y ellos, con mucho más cuidado del que podríamos haber tenido nosotras dos, ayudan a meter a mi hermano en el coche, el cual se deja caer sobre el asiento mientras agradece a los chicos que hayan encontrado su taxi. En fin, está como una cuba.

—Vigilad que se ponga de costado si se tumba en el coche —nos dice uno de los chicos. O, mejor dicho, se lo dice a Naisha, que se acerca hacia nosotros con paso tranquilo—. Así, si vomita, no correrá el riesgo de ahogarse.

—Habéis sido muy amables. —El tono meloso de Naisha me recuerda mucho al que utiliza con

los repartidores cuando estos acceden a subir en varios viajes todos los paquetes hasta su despacho—. No sé qué habríamos hecho sin vosotros.

—Ha sido un placer. ¿Qué clase de hombres seríamos si no ayudásemos a dos señoritas tan guapas? —pregunta el otro chico, hinchando el pecho y guiñándonos el ojo.

—Qué aduladores. —Naisha ríe un poco, girándose para mirarme—. Vamos, Mimi, hay que llevar a Chris a casa. ¿Conduces tú?

—Sí, claro —respondo, volviendo hacia la puerta del conductor para abrirla de nuevo y sentarme al volante. En cuanto Naisha se sube a mi lado y se pone el cinturón, arranco el coche—. ¿Cómo has conseguido que te ayudaran?

—Pidiéndolo, Mimi —me contesta, ahora más seria e incluso con un leve rastro de tristeza en sus ojos cuando mira, a través del espejo retrovisor, a mi hermano tumbado en la parte de atrás —. Con su tamaño y casi a peso muerto, no habríamos podido con él las dos solas.

—Lo siento, no sabía a quién más llamar, y…

—No te preocupes, si ibas a necesitar ayuda de todos modos para subirlo a casa. —Deja escapar un suspiro, volviendo a mirarme a mí—. Espero que se espabile un poco o no sé cómo lo haremos.

Si soy sincera, yo tampoco sé cómo lo haremos. Lo único que tengo claro es que esto no puede volver a suceder, y que aunque Chris diga que está bien, no lo está. Tengo que hablar con él, hacerle entrar en razón y que empiece a cuidarse cuanto antes. Si sigue así, al final Nelly no solo va a crecer sin su madre, sino sin su padre también. Y eso jamás se lo perdonaría a mi hermano.

❁❁❁

Subir a Chris a casa es una odisea, pero por suerte tenemos ascensor. Juro que nunca antes lo había valorado tanto como ahora mismo. En el piso, la señora Thompson lee una revista sentada en el sofá, y en cuanto entramos, corre a ayudarnos a llevar a Chris a la habitación para dejarlo sobre la cama.

—Ay, mi pobre muchacho. Qué lástima, de verdad. Es que Ella era todo un ángel —se lamenta Annita mientras le voy quitando los zapatos a mi hermano para tumbarlo del todo en la cama.

—Lo sé… La vida a veces es así de dura —suspiro, incorporándome—. Nai, voy a…

—Sí, ve a acompañar a la señora Thompson, yo me quedo aquí mientras tanto.

—Gracias.

Haciéndole una señal, invito a nuestra vecina a que vaya hacia la puerta. Bastante la he entretenido ya esta noche como para que encima tenga que hacer de madre con Chris. No sé cómo agradecérselo. En cuanto llego a la puerta, la abrazo con fuerza, suspirando y ella palmea mi espalda con suavidad.

—No digas nada, que me enfado, ¿eh? —se adelanta antes de que pueda agradecérselo por enésima vez.

—Pero…

—Ni peros, ni peras, Mimi, cielo. —Besa mi mejilla con la intensidad y el amor de una madre y a mí están a punto de saltárseme las lágrimas—. Vosotros sois como nuestros hijos, y la pequeña angelita nuestra nieta. Y sabemos que es recíproco. ¡Si nos ayudáis y cuidáis más que el desagradecido de nuestro hijo! Así que nada de gracias.

—Está bien… —asiento al final, a regañadientes. Sé que eso le duele. Su hijo vive apenas a tres manzanas de aquí, y sin embargo no es capaz de venir a verlos a no ser que quiera algo. Cuando Chris y Ella se enteraron, al poco de empezar a vivir aquí, ellos fueron los que empezaron a preocuparse por el matrimonio, y ellos enseguida los acogieron como su fueran sus hijos. Y ahora han hecho lo mismo conmigo.

—Os he dejado un tupper de rosquillas en la cocina. No las guardes en la nevera, que se resecan, ¿vale?

—Muchas gracias, Annita.

—Y mañana me cuentas cómo se levanta tu hermano. Nelly está como un tronco. Se despertó a beber agua, me dio un abrazo y se volvió a la cama enseguida. Así que tranquila, y a dormir.

Tras un nuevo abrazo, Annita se va a casa y yo no cierro la puerta hasta que no veo que ha entrado y cerrado la suya.

La casa se queda en absoluto silencio. No se escucha nada, ni siquiera el tráfico de fuera. Hasta que escucho una pequeña risa, cantarina, que me sorprende. Viene de la habitación de Chris, así que, de puntillas, me acerco a la puerta, asomándome un poco. Naisha está sentada en el borde de la cama, riendo por lo bajo, tranquila, mientras Chris, arrodillado en la cama, la mira fascinado. Supongo que es cosa del alcohol, porque es como si estuviera viendo una aparición.

—¿De verdad… que no eres una diosa? ¿O una ninfa? —Sí, es todo cosa del alcohol.

—Te prometo que no. Solo soy una compañera de trabajo de tu hermana.

La paciencia y tranquilidad que mana de la voz y la expresión de Naisha es fascinante. No está molesta, de hecho parece divertida. Chris alarga la mano hacia ella y yo me tenso. Eso sí que puede ser violento. Pero Nai, en vez de apartarse, o enfadarse, cuando ve que mi hermano se detiene a mitad de camino, coge esa mano con las suyas y se la acerca a la mejilla.

—Eres… de verdad…

—Te lo he dicho.

—Pues eres… Eres preciosa. Increíble. Como una flor abriéndose en primavera… —Nai vuelve a reír, y creo que hasta se está sonrojando un poco.

—Venga, se acabó la escena del campesino que se encuentra a la princesa —bromeo, entrando a la habitación. Naisha suelta la mano de mi hermano y este, aún alucinando y con los ojos vidriosos por el alcohol, me mira a mí.

—Esta chica es de verdad, Mimi. Es real.

—Que sí, Chris, que lo es. Venga, deja a Naisha, que va a pensar que somos una familia de locos a este paso. —Nai suelta una carcajada, negando mientras se levanta de la cama.

—Naisha… Hasta el nombre lo tiene bonito… —susurra. Como se acuerde mañana de todo esto, va a querer meterse bajo una piedra y no salir jamás. Fijo.

—Venga, venga. ¡Si ya la conoces, hombre! Venga, voy a acompañar a Naisha a la puerta, que te veo espabilado. Cuando regrese, quiero que tengas ya el pijama puesto.

—No eres mi madreeeee —se queja.

—Ahora mismo como si lo fuera. Venga.

—Buenas noches, Chris —se despide Naisha, alzando la mano.

—Buenas noches, Naisha. Vuelve pronto a mis sueños…

—Por dios, qué pasteloso es mi hermano —resoplo, saliendo de la habitación con Nai detrás, que ríe por lo bajo.

—Es muy mono. Además, hacía mucho que nadie me decía cosas bonitas. Aunque lo haya hecho estando borracho.

Por un momento, al girarme, parece que por su mirada cruza un brillo de tristeza del que se repone muy rápido. ¿Qué estará pasando con Hunter? Si parecían estar muy bien.

Cuando llegamos a la puerta, me giro hacia ella para darle un fuerte abrazo de agradecimiento, cosa que ella corresponde. Hoy es el día de los abrazos por lo visto. Besa mi sien, dejando allí los labios unos segundos más de lo que dura el beso, antes de separarse.

—Gracias por todo, Nai.

—De nada, ya te he dicho que no me importaba ayudarte. Y menos con esto. Siento que tu hermano lo esté pasando tan mal.

—Ya… espero que pronto lo supere. Sobre todo por Nelly…

—Lo hará, ya lo verás. —Posa sus manos en mis hombros y los aprieta con mimo, sonriéndome

—. Venga, descansa, que ha sido una noche muy dura para ti también. Nos vemos el lunes, ¿vale?

—Nos vemos el lunes. Gracias de nuevo, Naisha.

Y tras un guiño de confianza, abre la puerta y sale de nuestro piso para volver a su casa. Cuanto más la conozco, más agradezco haber acabado en *Laksmí*.



Detengo el coche delante del lujoso complejo de apartamentos donde vive Shanya. Esta mañana recibí una llamada del jefe de casting de la serie de *Adrax Monsters*, y tras quedar en firme sobre cuándo tenía que ir para hablar con ellos del proyecto y lo que se espera de mí, decidí que quizá debería hacer algo más de caso a Ryan y quedar de vez en cuando con Shanya. Además… sigo sintiéndome algo culpable por haberme dejado llevar cuando me besó. No… no soy de esos tíos a los que les va ir con una y luego con otra, y eso, en este mundo, me ha dado algún que otro problema por rechazar algunas propuestas de actrices y modelos que, según ellas y mi agente, podrían haberme abierto puertas. Pero no quiero ser así, no quiero perder mis principios y creo que le debo una disculpa.

Llamo al telefonillo y, tras decirle que soy yo, me contesta con voz cantarina que enseguida baja, así que vuelvo al coche y me apoyo en él con las manos en los bolsillos de mis vaqueros. En los últimos días Shanya se ha mostrado muy comprensiva conmigo y me ha estado ayudando durante el rodaje. Parece que, de algún modo, la conversación que tuvimos durante mi bloqueo nos ha conectado y todo fluye de una manera más natural. Empiezo a estar seguro de que el problema lo he tenido yo, que he sido el idiota que puso unas barreras que no debía, que la prejuzgué y que quizá tendría que haber visto más allá, que no tendría que haber pensado tan mal como Levi. Al fin y al cabo, ella también es muy popular, y este pequeño engaño nos beneficia a ambos por igual, no solo a ella.

—¡Take, cariño! —exclama cuando sale del portal, correteando hasta donde estoy para darme un abrazo. Solo me da tiempo a sacar una de las manos de los bolsillos, así que mientras ella se abraza contra mi pecho, yo acaricio su espalda con la mano libre—. ¿Te hice esperar mucho?

—Para nada —contesto, regalándole una sonrisa cuando ella alza su mirada hacia mí, observándome a través de sus pestañas. Va muy guapa. Se ha puesto unos vaqueros rotos, ajustados a su figura, un jersey color mostaza que le sienta de lujo y apenas lleva maquillaje. Con la naturalidad que desprende ahora mismo me parece mucho más hermosa que cuando la maquillaron para la fiesta—. Espero que vengas con hambre, voy a llevarte a un buffet de comida oriental.

—¡Oh, dios mío! ¿En serio? —Se aparta de mí, poniendo cara de asco, lo cual me deja totalmente descolocado. Creo que hasta pongo cara de pánico. ¡No tengo otro plan!. Pero enseguida se echa a reír y me da un pequeño puñetazo en el pecho, caminando hacia el asiento del copiloto tras recolocarse el bolso—. ¡Es broma! Pienso hincharme a tallarines y a pato a la pekinesa.

—¿Te gusta de verdad?

—¿La comida oriental o los buffet? —Se mete en el coche, cosa que hago yo también. En cuanto cierro, me giro hacia ella, que me sonríe como siempre—. Ambas me gustan. Y mira que mi agente me repite que no debería comer comida basura, ni muy calórica, porque debería mantener la línea y blah. —Mueve la mano airada, haciendo que todas las pulseras plagadas de brillantes que lleva en la muñeca choquen entre sí—. Pero mira, un día es un día. Bueno, o dos, que ayer comí hamburguesa y me sentó de lujo.

—Eres una chica llena de sorpresas. —Consigue sacarme una risa que ella misma acompaña con una suya.

—Ya, me lo suelen decir. Se piensan que como soy influencer de moda y estoy muy delgada, como una ensalada mínima y me hincho a batidos probióticos de esos, pero pffff ni de coña. —Niega con un fuerte movimiento de cabeza que consigue que su cabello, recogido en una gruesa coleta, se mueva de un lado a otro como un pompón—. Prefiero matarme luego a hacer ejercicio que privarme de la buena comida.

—Dirás la mala comida.

—¡Si está rica no es mala! —se queja, antes de echarse a reír de nuevo—. ¿Tú eres de los míos o mantienes la línea a base de comida sana?

—Intento mantener una alimentación sana —contesto mientras arranco el coche, comenzando a conducir hacia el restaurante donde quiero llevarla. No quería ir a uno ostentoso, ni a zonas donde pudiéramos acabar rodeados de paparazzi y teniendo que salir por la puerta de atrás, así que el único sitio que se me ocurrió fue mi buffet favorito.

—¿Pero no lo consigues?

—Pero no lo consigo. —Vuelvo a reír con ella—. No creas, debería hacerlo, pero últimamente entre la grabación, los spots de publicidad y que Isis parece tener un agujero negro en el estómago, como peor de lo que debería.

—Pues no se te nota, ¿eh?

—También me machaco a hacer ejercicio para evitarlo.

—Pues si haciendo ejercicio estás la mitad de sexy que en las escenas de acción del rodaje, debería escaparme a verte algún día en primera línea. —Me guiña el ojo, entre risas, antes de mirar por la ventanilla, comenzando a tararear una cancioncilla que no tarda en pegarme.

La comida resulta ser muy divertida. Fuera de plató y lejos de las cámaras y el brillante mundo del famoseo, Shanya resulta ser una chica con las ideas muy claras, con ansias de aprender, mejorar y de llegar lejos. Me cuenta que toda la fama le llegó de repente y eso la hizo cometer muchas tonterías y acabar metida en muchos líos de los que la tuvo que sacar su familia, pero que en el último año ha enderezado su vida y ha decidido coger un nuevo rumbo. Ha entrado en una de las agencias más famosas del país que la ha conseguido meter en *Amethyst Records*, una

productora musical y cinematográfica que lleva unos años acogiendo a *Influencers* entre sus filas, y desde entonces no ha dejado de crecer en su carrera profesional. Hablamos, por supuesto, del beso que nos dimos en el camerino, y ella le resta importancia diciendo que, en primer lugar, fue ella la que se lanzó a besarme; y que en segundo lugar, no se arrepentía de nada, que se lo había tomado como algo que le nació en el momento y nada más, lo cual me tranquiliza mucho. Evito preguntarle por las veces que la he visto mentir con descaro delante de mí, sobre todo en la fiesta de *Laksmí*, porque por cómo habla, me da la sensación de que ella sí sigue los consejos de su representante al pie de la letra, no como yo.

—Es una pena que *Sakura Kiss* ya tenga otra cara para su imagen, porque me gustaría haber trabajado con Hana. —Se lleva a la boca un trozo de pollo al limón, soltando un leve resoplido —. Supongo que poco tenía que hacer frente a tu amiga.

—¿Isis? —Arqueo ambas cejas y ella asiente, metiéndose otro trozo en la boca—. Bueno, parece que Hana es muy fan de su música, así que supongo que es normal que quisiera trabajar con ella. —La miro unos instantes, porque ha vuelto a resoplar. Quizá sea el momento de escarbar un poquito más—. Pero, ¿no decías que no te gustaban sus…? No sé cómo lo llamaste…

—¿Sus *glitter*? —Me mira como si de repente se hubiese dado cuenta de que estoy aquí, tardando un par de segundos más en contestar tras mi asentimiento—. No es que no me gusten los suyos, es que en general no me gustan. Pero van a ser tendencia el año que viene y en mi mundo, o finges que te gusta lo que está de moda, o caes en el olvido.

—Por eso le dijiste a Hana que te encantaban.

—Así es. —Se mete un trozo de sushi en la boca, sin dejar de mirarme, de analizarme—. Adoro su línea de maquillaje, es preciosa, pero en concreto las sombras llenas de purpurina, *puaj*. ¿Tú nunca has mentido para conseguir un papel o una promo?

—Pues… no. Bueno, a ver, con esta serie. Ya sabes, nuestros agentes...

—Nuestros agentes parece que nos han metido en un buen marrón —me corta, soltando una pequeña risita mientras niega—. Aunque, si te soy sincera, a mí no me importa. Es decir, desde el primer día me pareciste muy simpático, y eres uno de los actores más guapos que conozco. Sé que mentir no está bien, pero yo qué sé, hay mucha competitividad y hay que hacer lo que sea para que hablen de ti. Sea bien, o sea mal. En estos años me he dado cuenta de que cuanto más resuene tu nombre en los medios de internet, más dinero entra en el bolsillo y más trabajo sale. Y en este caso, cuanto más se hable de nosotros, por más temporadas renovarán la serie.

Me quedo en silencio unos instantes, repitiendo en mi cabeza sus palabras mientras como de mi plato de tallarines. Es cierto que en el momento en el que empezaron a hablar de mí tras conseguir papeles más importantes, conseguí más entrevistas y el protagonista de mi trabajo actual. Y que en cuanto saltó el rumor de nuestro supuesto romance, empezaron a llegarme papeles que nunca habría soñado. Pero mentir de este modo…

—Eh, Take. —Su voz me saca de mi mente y vuelvo a alzar la mirada hacia ella. Al verme, no sé qué cara tendré, porque me sonríe y alarga la mano para posarla sobre la mía, con suavidad—. Si te sientes incómodo con esto, no lo hagamos. Creo que nos vendría bien a los dos, a nuestras

carreras, y ahora mismo ninguno tenemos pareja, no hacemos daño a nadie, ¿no?

—Ya, eso es verdad, pero…

—¿Sabes? —me corta, apretando un poco más mi mano—. Gracias a los rumores que hemos desatado por haber ido juntos a la fiesta de *Laksmí*, me ha contactado una importante marca de ropa para que salga como imagen de su línea de primavera. ¡Seré la primera *influencer* en ser su imagen! Y todo ha sido gracias a ti, Takeshi, a que me invitaste a ir contigo.

¿Y si tiene razón? Ahora mismo… ahora mismo no tengo a nadie. Mimi… ella es la única con la que querría probar a retomar lo nuestro, porque algo en mi corazón me dice que nadie más que ella va a poder llenar este vacío que siento. Es como si al verla me hubiera dado cuenta de que era la pieza que me faltaba; que he estado buscando su piel, su aroma y sus labios en cada beso, en cada abrazo y en cada noche de sexo. Pero no la voy a tener. Ahora está con Jun, y yo… yo no tengo ganas de pensar en ello. Giro la mano para tomar la de Shanya con cuidado y apretarla, dejando escapar un suspiro. Sí, quizá ahora mismo esto sea lo que necesito. Como dice, no hacemos daño a nadie, es un acuerdo, así que… ¿qué importa? Vivo en un mundo de mentiras y apariencias, y si ya tengo que mentir con que no me duele pensar en mi hermano besando al amor de mi vida, ¿por qué no mentir mostrando ante las cámaras que tengo una relación con Shanya? Sabemos lo que hay. No puede salir mal.

—Mostremos nuestra cara más feliz al mundo —contesto, alzando la mano de Shanya para llevármela a los labios.

—Quizá podamos pasar unos meses divertidos juntos. —Me guiña el ojo, pícara, lo que hace que me sonroje ligeramente—. ¿Sabes? Aparte del evento al que iremos, que habrá una fiesta en las salas contiguas al plató, me han invitado a la fiesta de fin de año de la discoteca Insomnia. ¡Es muy exclusiva! Habrá gente del mundo del cine, de la música, influencers y prensa. En esa fiesta se suelen mover muchos contactos, así que podríamos ir juntos también.

—Cuenta conmigo, Shanya. Hagamos que esta serie se estrene por todo lo alto.

Cuando quedamos satisfechos el buffet está casi vacío. Entre lo que comemos los dos —me ha sorprendido ver el estómago que tiene Shanya, no lo voy a negar—, y que nos hemos pasado toda la comida hablando sin parar, somos de los pocos rezagados que quedamos mientras los trabajadores del restaurante recogen para cerrar hasta la hora de la cena. Paga ella —ha insistido en que quería hacerlo y me ha dado un manotazo cuando he intentado sacar mi cartera—, y cuando salimos se agarra a mi brazo para ir hacia el coche. Al contrario que otras veces, me siento más relajado a su lado; creo que haber podido hablar de todo lo que implican nuestras vidas ahora mismo, hablar de la estrategia de nuestros agentes sin tenerlos de por medio y, sobre todo, habernos conocido mucho mejor, ha hecho que todas las cosas que me parecían extrañas de ella ahora tengan sentido.

Nada más llegar a la puerta del coche, sin soltarme, se gira y apoya la espalda contra la puerta del copiloto, sonriendo. Arqueo una ceja al ver su expresión y observo con atención cómo vocaliza *«paparazzi»* tras lanzar una mirada rápida hacia su izquierda. Así que, a pesar de haber venido

aquí, nos han pillado. Y nos han visto salir agarrados del brazo. La miro con atención, unos segundos, en absoluto silencio, mientras mi vista se desliza desde sus ojos hasta sus labios. Eso parece gustarle, porque pasa de sonreír a morderse el labio inferior en un gesto muy sensual. Por inercia, alzo la mano, tomándola de la barbilla con suavidad para levantar un poco más su rostro y tirar con el pulgar del labio para que lo suelte. Su mirada me quema, tiene algo que consigue que el calor se concentre en mi bajo vientre, y más cuando recuerdo el beso que nos dimos en el camerino. No puedo negarlo: Shanya es preciosa, me atrae, y recordar su cuerpo contra el mío consigue que me excite en apenas unos segundos.

Así que, sin pensar siquiera y sabiendo que los dos estamos de acuerdo en seguir adelante con esta pequeña manipulación de la prensa, me reclino hacia ella y beso sus labios. Ella me recibe encantada, poniéndose de puntillas para que su cuerpo roce el mío, entreabriendo los labios para jugar con su lengua dentro de mi boca, traviesa, tentándome para ser yo el que invada la suya.

Somos conscientes de que estas fotos van a montar un buen revuelo, pero como ha dicho Shanya: que hablen de nosotros. Es lo que queremos.



La puerta del ascensor se abre cuando el reloj de mi muñeca marca las nueve y media de la mañana. Hoy he venido un poco más tarde porque Chris no podía llevar a Nelly a la guardería y el tráfico de Los Ángeles puede llegar a ser una auténtica locura, así que Naisha me ha cubierto con la condición de que subiera café para las dos, cosa que hago encantada. Con la bandeja de cartón y los dos vasos en la mano, camino hacia mi puesto, dejándolo todo sobre el mostrador antes de quitarme el abrigo. En el hilo musical, como siempre, hay música clásica, y esta vez el aroma que flota en el aire es una mezcla de naranja y canela que me hace pensar de manera inmediata en galletas horneándose en una fría tarde de invierno.

—¿Eso crees, *Nai-san*?

—Claro que sí.

Las voces de Hana y de Naisha llegan a mí a través del pasillo, y enseguida las veo salir la una junto a la otra. Son tan diferentes que es hasta extraño verlas juntas: la una alta y elegante, con la piel tostada y brillante, con unos preciosos ojos claros que destacan gracias a sus oscuras pestañas y sus grandes gafas; la otra, mucho más menuda, con un aire infantil, la piel pálida como la porcelana salvo por el rubor natural de sus mejillas, sus ojos almendrados, castaños, y sus labios de fresa. Y sin embargo, me es más que normal verlas hablar, debatir de temas de la empresa e incluso de las impresiones que tienen sobre alguna película o serie que han estado viendo últimamente. En cuanto reparan en mi presencia, Hana sonríe y da un pequeño saltito.

—¡Preguntémosle a *Mimi-san*! Seguro que ella me da la razón.

Airada y enarbolando en lo alto una revista enrollada, Hana se acerca hacia mí, lanzándose a abrazarme de manera tan efusiva que casi tengo que dar un paso hacia atrás para evitar perder el equilibrio. ¡Vaya fuerza! Yo la rodeo con cuidado con mis brazos y beso su mejilla, encantada. Tampoco le saco mucha altura, si soy sincera, aunque con lo menuda que es parece mucho más pequeña y delicada. Madre mía, si es que entre mis caderas, mi culo y mis pechos, todo de tamaño grande, soy dos veces ella.

—Buenos días, *Mimi-san*.

—Buenos días, Hana, Naisha —saludo una vez suelto a la directora de Sakura Kiss, pasando mi mirada de ella a Nai, que se acerca a mí con una media sonrisa en los labios.

—Tenemos una pregunta. A ver quién crees que tiene razón —dice mi compañera, y esas palabras me dan mucho más miedo que las que suelta cada vez que tiene que darme una laboriosa y nueva tarea que sé que me llevará, mínimo, un día entero—. ¿Qué opinas sobre la

novia de Takeshi Bennett?

—¿Perdón? —Parpadeo, algo descolocada, justo antes de que Hana, de manera muy enérgica, desenrolle la revista que lleva en la mano y la abra por una de las páginas, dejándola sobre el mostrador, al lado de los cafés.

—Sí. Nai-san dice que parece una chica elegante y glamurosa, con buen gusto, pero a mí me parece que su estilo no tiene nada personal. Es decir, podría ser una de tantas de Los Ángeles, ¿sabes? —Escucho una risita de Nai a mi espalda, pero a Hana el tema parece importarle mucho —. Mírala, ¿tú qué dices?

Da un par de golpecitos con el dedo sobre la revista y yo me reclino a mirar la foto que señala. En ella Take sale guapísimo, con una gorra oscura, las gafas de sol, una cazadora y unos vaqueros que remarcan aún más su trabajado cuerpo; a su lado, Shanya Bell camina colgada de su brazo, con una coleta alta, un abrigo entre verde lima y amarillo chillón que me hace fruncir los labios al instante, y unos pantalones rosa chicle que hacen que parezca una especie de helado con patas. Pero es una foto, más pequeña y enmarcada por un enorme corazón, la que hace que el estómago me dé un vuelco: en ella, Takeshi la besa con tanta pasión que hasta siento que me acaloro y me mareo a partes iguales. Tengo náuseas y unos pinchazos en el pecho que no me gustan nada. Sin poder evitarlo, leo el pie de la foto, resaltado en negrita.

¡PILLADOS! LA PAREJA DE MODA DE LOS ÁNGELES COMIÉNDOSE A BESOS. ¡LO SIENTO, CHICAS, PARECE QUE EL BOMBÓN BENNETT ESTÁ FUERA DEL MERCADO!

De repente me viene a la cabeza el sábado que comí con Takeshi, la intensidad de su mirada, cómo esta me quemaba y me mantenía anclada a mi asiento. Recuerdo el modo en el que consiguió que mi boca se quedase seca y cada fibra de mi cuerpo reaccionase al tenerlo tan cerca de nuevo. Y recordarlo tras ver esa foto hace que sienta un dolor en el estómago que... ¿puede que esté celosa? No, jolín, claro que no. Estoy saliendo con Jun, claro que no son celos. Estoy… preocupada por él. Sí, no es la primera vez que me pasa cuando veo a Takeshi en las revistas con alguna de sus novias. No es agradable, pero sobre todo porque temo que le hagan daño. Bajo esos músculos y esa sonrisa arrebatadora hay un corazón sensible, un chico encantador que estaría dispuesto a bajar la luna del cielo por la chica que ama.

—¿*Mimi-san*?

—¿Qué? —Vuelvo en mí al escuchar la voz de Hana, que me mira extrañada—. ¡Ah, sí, la foto! —Carraspeo y la miro de nuevo, encogiéndome de hombros y obligándome a sonreír—. Yo… creo que es guapa y… singular. Aunque… es cierto que desde que vivo en Los Ángeles casi todas las veinteañeras visten así, con colores chillones.

—¡Te lo dije! —exclama entonces Hana, señalando a Naisha antes de esbozar una sonrisa triunfante—. Por eso prefiero a Isis para la campaña. ¡Ella sí tiene estilo propio! ¡Tiene chispa!

¡Tiene *glow*!

—Y la admiras desde su primer disco —añade Naisha, cruzando los brazos bajo el pecho tras recolocarse las gafas. Y esa afirmación consigue que Hana enrojezca hasta las orejas y aparte la mirada de ella.

—N-no es solo por eso. Ni porque me parezca bonita. —Solo le ha faltado hinchar los mofletes para tener un aire aún más adorable e infantil—. Creo que su aire macarra encaja con mi marca. ¡Podría tener su propia línea dentro de *Sakura Kiss*!

—Y lo hace —contesta Nai, cogiendo por fin el café que lleva su nombre y dándole un trago—. Pero sigo pensando que Shanya tiene mucho más estilo. Es más…

—Angelina —respondo sin pensarlo y ambas se giran a mirarme, con las cejas arqueadas. Siento que mis mejillas enrojecen y alzo las manos, buscando excusarme—. Lo siento, es que…

—No te disculpes, Mimi-san, tienes razón. —Hana me sonríe entonces, posando su mano en mi brazo—. Shanya Bell es demasiado angelina. Y yo, lo que busco, es que sea auténtica. No me vale una persona de tantas: me valen aquellas que brillan con luz propia.

—Como Isis —concede Naisha, con un asentimiento. Entonces, como si la misma idea se nos hubiera cruzado por la cabeza a Hana y a mí, las dos nos miramos y, al unísono, coreamos:

—Y como Nai.

Las dos nos echamos a reír, alegres, mientras que la interpelada, tras poner los ojos en blanco, se gira con su café en la mano y regresa con paso tranquilo hacia su despacho. Sé que Hana lo dice por la misma razón que yo: Naisha brilla con su propia luz, y no solo por su exótica belleza, sino porque tiene algo dentro, algo tan especial, que consigue tocarnos a todos y que a su lado queramos ser mucho mejores de lo que somos. Al menos yo, desde que estoy en *Laksmí*, he trabajado cada día con más ímpetu para poder mejorar y llegar a ser la mitad de eficiente y trabajadora que ella.

❁❁❁

—Mamá dice que llegan el día veintidós después de comer —le digo a mi hermano tras colgar el móvil—. Yo puedo ir a buscarlos al aeropuerto si tienes guardia.

—¿No te importa? —Alza la mirada del periódico para posarla en mí—. No salgo hasta las cuatro y no creo que me dé tiempo a venir, cambiarme e ir a buscarlos.

—No te preocupes, me han dado vacaciones desde el veintiuno hasta el dos de enero. —Me acerco hacia él tras ponerme los pendientes, posando una mano sobre su hombro—. Además, puedo ir con Nelly. Seguro que les hace ilusión que su nieta les reciba.

—A ella también le hará ilusión —contesta, cogiéndome la mano con una de las suyas, con suavidad—. Mimi, sé que no hemos hablado de esto, pero… por favor…

—No les voy a decir lo que pasó el otro día en el bar —le corto antes de que él pueda continuar —. No quiero que se preocupen más.

Suspiro, acuclillándome delante de él, bajando la mano de su hombro para apoyar ambas en sus brazos, soltándome de su agarre al hacerlo. Sé que está arrepentido, me ha pedido disculpas varias veces y hasta apareció ayer en la oficina con un ramo de flores para Naisha como agradecimiento y a la vez para pedirle perdón por su comportamiento inapropiado. Naisha no se lo tiene en cuenta, y menos sabiendo por lo que está pasando; aun así creo que Chris necesitaba pedirle perdón más por él que por ella. Eso sí, estuvieron en su despacho hablando durante un buen rato y Chris salió de allí de muy buen humor.

—Chris, solo están preocupados por ti, al igual que yo; te queremos. Si no se lo digo es por mamá y su corazón; sabes venirme aquí fue idea mía para cuidarte y para que ellos también consiguieran relajarse. Pero si sigues así, cariño, no voy a tener más remedio que hablar con ellos. Eres su hijo y te quieren. ¿No quieres tú lo mejor para Nelly? —Chris asiente, dejando el periódico sobre la mesa para cogerme las manos y apretarlas con fuerza.

—Lo siento…

—No, Chris, no lo sientas. —Me reclino a besar sus manos, con suavidad, con ternura. Sé lo mucho que necesita agarrarse a alguien, soltar lo que lleva dentro, pero creo que aún le aterra vocalizar lo que recorre su mente, le abruma recordarla. De hecho, solo le he oído hablar de Ella estando borracho o dormido—. Aún estás pasando el duelo, lo entiendo. Y sé que es difícil, que es un proceso por el que necesitas pasar solo, pero… Creo que a estas alturas necesitarías ayuda.

—Mimi, yo…

—Lo sé, sé que no te gusta la idea. Y no te voy a obligar a visitar a un profesional si no quieres. Pero lo necesitas. Cuando te duele la espalda, vas al médico; lo mismo pasa cuando nos duele el alma, cuando hay algo que no funciona en nuestra cabeza sea por lo que sea. Hay que tratarlo o empeorará. Y sé que si no fuera por el trabajo y por Nelly, no tendrías fuerzas ni para levantarte de la cama. —Su labio tiembla y sé que está haciendo un gran esfuerzo para no derrumbarse y echarse a llorar—. A Ella no le habría gustado verte así.

Suelta un quejido al escuchar su nombre y cierra los ojos, dejando que dos gruesas lágrimas recorran sus mejillas. El recuerdo de Ella le duele, su pérdida aún le martiriza. Y a mí me destroza no poder hacer nada por él, por mi hermano, por mi héroe sin capa.

—Sé que la echas de menos, y lo vas a hacer siempre. Pero tienes que aprender a vivir sin ella, Chris. Y yo no puedo ayudarte más de lo que ya lo hago. —Me incorporo, quitándole las lágrimas con los pulgares con cuidado antes de besar la punta de su nariz—. Por favor, busca ayuda, Chris.

—Lo… lo intentaré. —Su contestación entrecortada me parte el corazón, así que me reclino de nuevo, esta vez a besar su frente, antes de soltarlo del todo.

—Nelly está en casa de su amiga Amy. Tienes que ir a buscarla a las siete, ¿vale? —Chris asiente, siguiéndome con la mirada cuando voy a por el abrigo—. Yo no sé a qué hora volveré, así que echa la llave, pero no la dejes puesta. Así no tendré que despertarte. ¡Ah! Y…

—Mimi, vete tranquila a tu cita —me corta, sonriendo triste—. Estaremos bien.

—Lo sé —le digo, suspirando, mientras me pongo el abrigo.

—¡Vas a dejarlo boquiabierto! No sabe la suerte que tiene contigo.

—¡No me seas exagerado! —replico, entre risas, antes de coger el bolso y comprobar que lo llevo todo—. Cualquier cosa me llamas al móvil, ¿vale?

—¡Venga, vete! —Me hace una señal con las manos para que me vaya, como si me estuviera echando, así que pongo los ojos en blanco, le lanzo un beso y salgo de casa. Hace varios días que no puedo ver a Jun, así que hoy, que por fin ha tenido el día libre, hemos quedado para cenar juntos y, espero, pasar la noche en su casa.

La relación con Jun avanza bien, aunque un poco más lenta de lo que me esperaba. Bueno, mucho más lenta. Es decir, entiendo que entre mi trabajo y sus guardias, nuestras horas libres coinciden pocas veces, pero siempre que salimos parecemos más un par de amigos que una pareja. Y sé que por el momento no es nada serio, pero… ¡Joder! He soñado ya varias veces con sus manos recorriendo mi cuerpo, sus labios quemando mi piel, y creo que le he dado uso a mi consolador más veces en estas semanas que en los últimos dos años. Siempre me lanza insinuaciones, a veces más que explícitas, cuando me escribe por Snapchat, y en persona… nada. Sé que todo el mundo tiene su ritmo, pero cuando estaba en el instituto, Jun tenía fama de ser un casanova y un as en la cama. Me miro en el espejo del ascensor mientras este baja, ajustándome el abrigo para que se marquen mis curvas. ¿Será que no le gusto lo suficiente? ¿Puede que mi cuerpo, que en nada se parece al de las chicas de Los Ángeles, le desagrade? No soy una modelo, ni mucho menos, de hecho me sobran unos pocos kilitos —que mi hermano dice que me sientan de lujo, pero eso no cuenta—, y quizá… Sacudo la cabeza.

—No, Mimi, para de pensar en eso —me digo en voz alta, como si de ese modo mis palabras fuesen mucho más contundentes, como si así pudiera convencerme mejor de que mis pensamientos son mi peor enemigo.

Cuando salgo por el portal, Jun ya me está esperando abajo, como de costumbre. Esta vez ha venido en su coche, un Renault Clío de color burdeos, y está apoyado contra la puerta del mismo. Sonrío al verle, y él me devuelve el gesto encantado, acercándose a mí de dos pasos y reclinándose a besar mis labios mientras acaricia mi mejilla. Adoro este gesto tan tierno.

—¿Dónde me vas a llevar hoy? —pregunta en cuanto me suelta.

—Ya lo verás —contesto, quitándole las llaves del coche entre risas y tirando de él para comenzar a caminar. No, hoy no quiero llevarle a un restaurante y que nuestra cita sea una de tantas. Hoy quiero comer, beber y disfrutar de Pasadena.

Pasamos la noche comiendo comida callejera de todo tipo, bebiendo cerveza en los puestos en los que nos cruzamos —alguna malísima, por cierto, aunque por alguna razón a Jun le encanta ver mis caras de asco y se acaba partiendo de risa—, y sentándonos en las mesas que conseguimos pillar a tiempo en las terrazas. A pesar del frío que empieza a hacer ya en estos días de diciembre, tampoco es que se te congele hasta el alma. Y como las navidades están cerca y esta semana fue la encendida de luces, hay más ambiente por los alrededores.

Cuando el reloj da las ocho de la tarde, estamos de regreso en el portal de mi casa mientras nos terminamos uno de los mejores tacos de Los Ángeles. Pero lejos de haber terminado y bajo la atenta y desconcertada mirada de Jun, saco las llaves de su coche del bolso y abro la puerta del piloto, metiéndome en él tras limpiarme las manos. Una vez dentro y antes de cerrar la puerta, miro hacia mi pareja, arqueando ambas cejas.

—¿Te vas a quedar ahí? Porque si no entras me voy sola, que nos van a cerrar.

—¿Nos van a cerrar qué? ¿A dónde vamos, Mimi?

—Si te lo dijera no sería una sorpresa —contesto, sacándole la lengua y cerrando la puerta del coche. Él, tras negar con una sonrisa, rodea al vehículo y entra—. Prepárate, porque esta noche vamos a pasear por un bosque mágico.

A pesar de sus constantes preguntas durante el viaje, yo mantengo mi silencio. Solo abro la boca para canturrear al ritmo de la música que he puesto en la radio, o para negarme una y otra vez a fastidiar la sorpresa. No es hasta que no estamos llegando que Jun se da cuenta del lugar al que nos dirigimos.

—¿Me vas a llevar a *Descanso Gardens* a ver las luces?

—¡Exacto! —exclamo, con una sonrisa, mientras bailoteo moviendo el trasero y golpeando con los dedos el volante al son de la música de Christina Aguilera—. Es la primera vez que estoy en Los Ángeles, así que nunca las he visto. Quería ir a las del zoológico, pero vamos a llevar a mis padres y a Nelly cuando vengan por navidad.

—Vaya, no me esperaba… esto. —Su voz, algo decepcionada, hace que me gire hacia él un instante, arqueando las cejas, antes de volver la mirada hacia la carretera.

—¿No te gusta? —Aprieto un poco el volante, suspirando. Yo que pensaba que sería divertido, algo diferente en nuestra rutina de comer o cenar en un restaurante, pasear de vuelta a casa y darnos dos besos de despedida, y al final...—. Lo siento, es que nunca las he visto, y…

—¡No, no! No te preocupes, está bien. Será un bonito paseo.

Y a pesar de que lo es, creo que no lo disfruto como me hubiera gustado. *Descanso Gardens* es una auténtica maravilla. El recorrido, lleno de luces de todos los colores y con un entorno que

parece sacado de un cuento de hadas, lo hacemos en una hora. Me detengo de vez en cuando a ver algunas de las luces, a tocar las que tienen forma de flor y que crean una preciosa alfombra de colores en el suelo, e incluso cierro de vez en cuando los ojos para imaginarme que todos los destellos verdes y azulados que me rodean son la propia magia del jardín, de la naturaleza. Una especie de aurora boreal de la que se nos deja disfrutar a los residentes de Los Ángeles un par de meses al año.

Pero cada vez que abro los ojos, Jun no está. Se ha adelantado en el camino, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el cielo. A veces lo veo limpiándose las gafas, otras simplemente con la mirada perdida. Y empiezo a sentir que, quizá, no ha sido tan buena idea como pensaba traerlo aquí. Que, quizá, incluso mis miedos pueden hacerse realidad. ¿Y si al final esta relación no va a ninguna parte? ¿Y si los besos que me da al final son fruto del cariño y no de algo más profundo? ¿Y si no le gusto en absoluto y no sabe cómo decírmelo?

Me quedo allí plantada, enterrándome más y más en mis pensamientos. Me abrazo un poco a mí misma porque, de repente, me siento pequeña y perdida, porque yo sí que he empezado a sentir cosas por Jun, sonrío cada vez que me manda un mensaje o me llama; espero con ansias que tenga un hueco libre para poder verlo y caminar de su mano. Su voz susurrándome cosas al oído es la melodía que quiero escuchar cada día y el tacto de sus dedos en mi mejilla me lo he grabado a fuego en la mente. No es que esté enamorada, ni siento lo que he sentido por… Da igual. Me gusta y creo que podría salir algo bonito de todo esto. Pero sé que pasa algo; es como si fuera consciente de que esto no es más que una canción que está acercándose a su final. Veo entonces cómo se gira hacia mí y esboza esa sonrisa tranquila con la que parece decir que todo va bien.

—¿Vamos?

—Sí, claro.

Le respondo con una sonrisa y troto hasta colocarme a su lado, continuando el camino sin apenas pararme de nuevo, en auténtico silencio. Y cuanto menos hablamos, más me sumo en mis pensamientos y la ansiedad más terreno gana.

A la vuelta es Jun el que conduce. Vuelve a poner música en la radio, pero está algo taciturno. No le ha gustado el plan que he montado. Tenía ganas de comer comida callejera de Los Ángeles, ver las luces y pasar una noche entre risas y bromas, y sin embargo…

—¿Estás bien, Mimi?

Levanto la mirada de mi móvil, donde la tengo perdida, para posarla en Jun, que mantiene la vista fija en la carretera. Me esfuerzo en sonreír y asentir a su pregunta. No creo que sea el momento de hablar de esto. Además, puede que tan solo esté cansado o haya tenido una semana difícil en el trabajo. Seguro que le estoy dando más vueltas de las que debería.

—Sí, sí, estoy bien, no te preocupes —respondo, bloqueando la pantalla del móvil y guardándolo en mi bolso—. Oye, ¿van a venir tus hermanos en vacaciones?

—Callum no creo que venga. Está en Beijin y el viaje desde allí es una locura, así que supongo que se quedará con su novio a pasar las vacaciones allí, en su casa. Y Krista… supongo. No lo sé, no hablamos mucho, la verdad. Es la más independiente de los cuatro.

—No sabía que Callum se hubiera mudado a Beijin —respondo, arqueando ambas cejas.

—Sí, hace un par de años le ascendieron en su empresa y lo trasladaron a la central de allí. Así que su novio Kalvin y él cogieron las maletas y se mudaron. Es una lástima tenerlo tan lejos, pero por lo que me cuenta cuando hacemos videollamadas está muy feliz allí.

—Tus padres deben echarlo de menos.

—Mi madre sobre todo. Es el pequeño, así que es su ojito derecho —contesta, esbozando una media sonrisa que consigue tranquilizarme. Vale, parece estar de nuevo relajado, o al menos parece volver a ser él.

—Mis padres este año vienen a Los Ángeles a vernos a Chris, a Nelly y a mí. Mi padre está como loco con su nieta y le mata no poder verla muy a menudo. Creo que si los dos estuvieran jubilados, ya se habrían trasladado a Pasadena solo para estar con ella. —Me río, negando con suavidad al imaginarlo, porque estoy segura de que el día en que los dos se jubilen, si Chris sigue viviendo aquí, venderán la casa para comprarse una lo más cerca posible de su nieta.

—Supongo que los niños al final son la mayor alegría de unos abuelos, ¿no?

—Sí… supongo que sí.

Cuando por fin llegamos a mi calle, me quito el cinturón y me giro hacia él con una sonrisa. Él apaga el motor del coche para no gastar gasolina y hace lo mismo. Se ha retirado hacia un lado de la calle para dejar que los pocos coches que circulan ya a esas horas puedan pasar sin problemas mientras nos despedimos. Soy yo la que, al final, me acerco hacia él para besar sus labios. Sus manos enseguida suben a mi rostro mientras nuestras lenguas danzan, se enredan. Sus dedos suben a colarse entre mis cabellos y siento cómo se agarra a ellos, casi con desesperación. Empiezo a tener calor, mi cuerpo reacciona en cuanto su lengua se cuela en mi boca y la recorre con esa sensualidad que imprime siempre en sus movimientos. La intensidad de su beso, casi desesperado, me está volviendo loca. Una de sus grandes manos se desliza por mi nuca y desciende por mi espalda, así que yo, algo más osada, acaricio su muslo, sintiendo su calor. Él tiembla, lo noto, hasta deja escapar un suspiro entre besos que me envalentona más. Subo mi mano lentamente hacia su entrepierna, rozando su polla por encima de su pantalón. Y es ahí cuando la magia acaba. No ha sentido nada. Se aparta de mí, coge mi mano para levantarla y que deje de buscar su placer, y besa mi frente.

—No es el momento ni el lugar, Mimi. Deberías subir a casa.

Su rechazo me deja totalmente helada. A pesar de la delicadeza con la que me ha apartado, el momento ha sido cortado con tanta rapidez que he sentido como si alguien me apuñalara en el estómago. De repente, la excitación que sentía me resulta incómoda, vuelvo a temblar

ligeramente al sentirme tan pequeña, tan idiota, y tengo que hacer un gran esfuerzo para no romper a llorar. No, no voy a dejar que vea mis lágrimas. Y ahora, en caliente, no voy a hablar con él de esto porque soy capaz de montar una escena y quedar todavía peor. No, necesito pensar, plantearme bien lo que está pasando y actuar. Y entonces, sí, hablaré con él. Porque si solo me aprecia, si no me quiere o hay algo de mí que no le gusta, prefiero que me lo diga y dar un paso atrás en todo esto. Lo último que quiero es sufrir.

Me aparto de él y abro la puerta sin decir nada, saliendo del coche.

—Mimi…

—Buenas noches, Jun.

Intento que mi tono no sea cortante, pero lo es. Cierro la puerta del copiloto y, a pesar de sentir sus ojos posados en mí mientras camino hacia el portal, no me permito girarme para mirarle a la cara. No puedo porque al sentir el frío de la calle en mi rostro, las lágrimas de la impotencia y del dolor de su rechazo han acabado por rodar sobre mis mejillas. Y no quiero que sepa cuánto dolor me produce esta relación, ni lo que me va a costar sentarme a valorar si quiero seguir sintiéndome así al final de cada cita a pesar de que el resto de nuestra relación sea digna de recordar.



No podía imaginarme que esto se iba a convertir en una locura tan grande. Desde que la prensa *«nos pilló»* besándonos al salir del buffet al que llevé a Shanya, nuestros nombres y fotografías están en todas las redes y las revistas de cotilleos del país. Hay verdaderos reportajes de nuestras vidas, incluso hay más de una novelización de cómo está siendo nuestro romance, como si las cuatro fotos que estamos dejando que nos tomen en lugares públicos, galas y fiestas fueran suficiente material para comprender lo que hay detrás de la pareja de moda. Y en realidad no tienen ni idea.

Yo no termino de sentirme muy cómodo con tanta atención, pero Shanya me está ayudando a sobrellevarlo todo. Al fin y al cabo, dice, este es el principio del ascenso de mi carrera, y voy a tener que estar preparado para todo.

Y tiene razón: no dejan de llegar propuestas muy interesantes al despacho de mi agente, y algunas he tenido que rechazarlas porque se me pisaban con otros compromisos y proyectos. ¡Esto es una locura! Lo único malo de todo esto es que Isis parece decepcionada conmigo, y aunque no me lo ha dicho abiertamente en ningún momento, cuando saco el tema lo obvia o cambia rápidamente para no hablar de mi falsa relación con Shanya.

De hecho, he estado esperando la invitación a la fiesta de fin de año que organiza con su grupo y todavía no me ha llegado. Es decir, no tiene por qué invitarme, pero… joder, somos amigos y desde que nos conocemos he pasado cada final y comienzo de año con ella. ¿Se pensará que si voy llevaré a Shanya conmigo y no querrá verla? Aunque ella tiene una fiesta de fin de año en *Insomnia*. Me sigue insistiendo para que vaya con ella, pero yo sigo esperando a que Isis me diga algo.

Acabo de salir del despacho de la productora que va a llevar adelante la adaptación cinematográfica de *Monstruo busca monstruo*. Ryan y yo nos hemos reunido esta mañana primero con los directores de casting, y luego con la directora, el productor y la guionista del film. Todos están de acuerdo en que el papel de Rayo parece estar hecho para mí y en que les encantaría que aceptase el papel: físicamente nos parecemos mucho, creen que mi nivel interpretativo está a la altura de lo que necesitan, y que *mi constitución y mi pasión por hacer yo mismo las escenas de acción es el lacito que adorna el regalo que soy para ellos* —y sí, esas son las palabras que ha utilizado la guionista y que me han hecho reír—. También me ha comentado que están barajando el nombre de Selene Laurent para que interprete a Summer, la otra protagonista de la historia. Es una estrella emergente, que se aparta bastante de la prensa, pero que parece tener un don para interpretar.

—Vas a tener que llevar, en algunas escenas, un traje de neopreno y cuero que se ajustará a tu cuerpo —me dijo la directora, con una sonrisa—. Sé que ahora has perdido un poco de musculatura por tu papel en la nueva serie, pero no te preocupes, porque si es necesario podemos retocar digitalmente algunas escenas para que tu cuerpo parezca aún más musculoso.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Ryan, palmeando mi espalda—. Con tantos proyectos, Takeshi tiene menos tiempo para entrenar, así que es un alivio saber que eso no supone un problema

—Entrenaré —contesté entonces yo, sonriendo y reclinándome hacia adelante—. Quiero ser el Rayo Negro perfecto, así que entrenaré más si es necesario para tener el cuerpo perfecto para el papel. No quiero que me retoquen.

Ver las miradas que se lanzaron la directora y la guionista, y el asentimiento complacido del productor, hizo que me relajase y sonriese. Y es que lo dije de corazón: no quiero que me retoquen, quiero ser real incluso en la ficción.

La grabación del último spot para la campaña de *Laksmí* con Isis ha sido también una buena experiencia. Y aunque en las grabaciones Levi ya no ha estado presente —el cierre de año, por lo visto, es una locura en su empresa—, volver a trabajar con ella ha sido muy divertido, sobre todo porque el ambiente acaba siendo muy distendido. A pesar, por supuesto, de la cantidad de veces que me ha conseguido sacar los colores delante de todo el mundo. Y aun así… joder, sí, no debería dejar que se saliese con la suya y obligarla a que me diga qué diablos le pasa. Es mi mejor amiga, y siempre lo será.

Cuando quiero darme cuenta, es veintiuno de diciembre. Mañana es la gala benéfica de la fundación *Game and Life* y he ido, por fin, a recoger el disfraz con el que me presentaré en el photocall al lado de Shanya como una auténtica pareja. Ryan está como loco con la publicidad que estamos consiguiendo, así que ha dejado de meterme tanta presión con que piense en mi futuro para centrarse en todo el trabajo que le estoy dando.

—Takeshi, ¡eres una mina de oro! —me dijo ayer mientras teníamos una interminable charla en su despacho acerca del planning de trabajo para el año que viene.

Total, como hoy tengo el día libre —la grabación de la serie se ha parado por las vacaciones de Navidad, para que el equipo pueda pasarlas con su familia—, tras recoger el traje decido ir a hacerle una visita a Levi. Bueno, y para qué engañarnos, para ver a Mimi. Desde aquella comida en mi casa apenas hemos hablado por Snapchat, y aunque sé que Levi la debe de tener hasta arriba de trabajo y que tiene su vida, pensaba que, al menos, al tenerla cerca volveríamos a hablar y a vernos más. Pero no ha sido así. Y yo también tengo parte de culpa, claro. Este falso romance con Shanya me consume mucho tiempo. Y puede que se molestara cuando casi la besé en mi casa. No puedo quitarme de la cabeza ese momento, joder.

Cuando las puertas del ascensor se abren, mi mirada viaja directamente al mostrador tras el que se encuentra Mimi. Está tan enfrascada en su trabajo que ni se ha enterado de que ha llegado el

ascensor. Se ha recogido el pelo en un moño desordenado con… ¿un boli? —Sí, es un boli—, y hoy lleva unas gafas negras de pasta que le quedan mejor que bien. Trago saliva al ver cómo se retira un mechón de la cara y desliza sus dedos por su cuello, porque con ese solo gesto siento cómo todo mi cuerpo entra en combustión. Niego, suspirando: ahora es mi cuñada y no puedo pensar en algo así. Mi cuñada… Joder, es que es algo que aún no puedo asimilar.

—¿Levi te tiene atada a la mesa o qué?

Levanta el rostro de golpe cuando, tras acercarme, le hago la pregunta. Me mira sorprendida, con las gafas caídas por el puente de su nariz y sus ojos verdes abiertos de par en par. Sonrío, y estoy a punto de decirle lo guapa que está, cuando veo que bajo sus ojos hay unas llamativas y oscuras ojeras que se remarcan pese al maquillaje que lleva.

—Mimi, ¿estás bien?

—¿Eh? —Parece algo despistada, e incluso cansada diría yo. Aun así, esboza una sonrisa y asiente, rascándose la nuca—. Sí, sí, es que quiero dejar todo atado antes de mis vacaciones de Navidad. Naisha se queda y no quiero que se coma todo el marrón sola. El director puede ser…

—Sí —la corto, sonriendo—, Levi es muy maniático; quiere tenerlo todo perfecto una semana antes del plazo, lo sé.

—Y al final es Naisha la que más sufre sus manías.

Los dos nos miramos y acabamos soltando una risa, a la vez. Es como si no hubiese pasado el tiempo entre los dos, la misma sensación que el día de la comida. La misma sensación que cuando la tenía a mi lado. Y a pesar de su sonrisa, no puedo dejar de pensar que le pasa algo. Me reclino un poco sobre el mostrador, sonriendo, y con el dedo empujo sus gafas hasta colocárselas bien.

—¿Tienes tiempo para un café con tu ex y una pequeña charla? Te prometo que no te retendré más de cinco minutos. Bueno, quizás diez.

Ríe por lo bajo mientras ladea la cabeza. Un par de mechones de su moño caen con gracia hasta rozar su hombro cubierto por la blusa y mi sonrisa se hace mayor aún.

—Dame un momento —contesta mientras descuelga el teléfono, llevándose el auricular al oído mientras sus ojos siguen fijos en los míos—. ¿Nai? Oye, voy a bajar a tomar un café, ¿vale? … Sí, sí, te derivo las llamadas … Que sí, que será más de un minuto, palabrita.

Se despide con una risa y se levanta, quitándose el bolígrafo del pelo para que su melena caiga como una cascada, soltando todo el aroma de su perfume, el cual llega hasta mis fosas nasales. Tiemblo, porque de repente esto no es Laksmí, ni Los Ángeles, sino Central Park; y no huele a cítricos, sino a primavera. A la misma primavera que se enredaba entre sus cabellos mientras mirábamos al cielo, de noche, en busca de ovnis. Y ese olor se hace más intenso cuando entramos en el ascensor. A pesar de lo grande que es, siento que estamos demasiado cerca, que si mi pecho se hincha demasiado al respirar, rozaré los suyos y no podré controlarme. Joder, estos días con Shanya he pensado que estaba bien, que no la echaba tanto de menos, pero me mentía a

mí mismo. Si pudiera, ahora mismo paraba el ascensor y…

—Take, estás muy raro.

Doy un respingo al escucharla y me doy cuenta de que mis mejillas están ardiendo. Joder, estaba imaginando lo que no debía. Carraspeo y sonrío, alargando la mano para despeinarla ligeramente ahora que es más bajita que yo, intentando cortar la tensión.

—Estaba pensando en tonterías.

—¡Ay! ¿Por qué a todos os da por hacerme esto? ¡Ni que fuera un perro! —Se queja, haciendo un mohín, y yo no puedo evitar soltar una risita.

—Lo siento, es la costumbre con Isis.

—¿Isis Jackson? —pregunta, a lo que yo asiento. Entonces sonríe tanto que la luz le llega hasta sus ojos—. ¡Es súper simpática! La conocí en la fiesta y me lo pasé muy bien con Hana y con ella. Es una chica muy divertida. Cuando viene a la oficina es una fiesta total.

—Y muy bruta —añado, asintiendo, a lo que ella se carcajea—. Pero es mi mejor amiga desde que estoy aquí.

—Me sorprende que seáis amigos, la verdad.

Cuando las puertas del ascensor se abren en la planta del sótano, agradezco haber sacado el tema de Isis porque me he relajado bastante. Salgo con ella hacia la cafetería, que a esas horas está bastante vacía. Es enorme, elegante —como le gusta a Levi—, todo combinado en colores claros y con un aroma a café y a dulces que me hace la boca agua. Sigo a Mimi hacia el mostrador, con las manos en los bolsillos.

—¿Por qué te sorprende? —pregunto, curioso.

—No sé, porque siempre has sido muy tímido, y la broma verde más suave te hacía ponerte rojo hasta las orejas. Y sus burradas son, sin duda, cien veces peores que las cosas que te decía yo por molestarte. —Abro los ojos como platos y de nuevo siento que mis mejillas arden. No por su revelación, porque sí, tiene toda la razón, sino por la mención a algo tan nuestro, tan irrisorio para otros pero que para nosotros era algo importante: nuestras bromas—. ¿Ves? Ahí está de nuevo.

—Ya… Isis me dice lo mismo. Y por eso me machaca tanto.

—Lo imagino. —Se gira, entre risas, hacia el camarero que nos atiende—. Yo quiero un café mocca bien cargado y una napolitana de crema. ¿Y tú, Take?

—Yo un descafeinado y un cruasán.

—Marchando —nos dice el chico, comenzando a prepararlo todo. Yo echo mano de mi cartera, pero cuando quiero darme cuenta, Mimi me da un golpe con la cadera mientras alza la tarjeta que

lleva colgando de su cuello.

—Hoy invita el jefe.

En cuanto tenemos nuestro pedido, cojo la bandeja y nos sentamos en una mesa, apartados del mostrador para poder hablar tranquilos y sin el ensordecedor sonido de la máquina de café. Seguimos hablando de tonterías mientras desayunamos, como el día que comimos en mi casa, con la misma sensación de que no ha pasado el tiempo. Observo cada movimiento que hace como si fueran pasos de danza, como si quisiese grabármelos a fuego en la mente. Su voz es una canción que querría escuchar cada día y su risa el despertador que me anunciase una nueva mañana.

En un momento dado veo cómo, tras morder su napolitana, se mancha de crema y azúcar glass la comisura del labio, así que señalo con el dedo su rostro. Ella empieza a hacer verdaderas muecas, mientras saca la lengua, intentando dar con la mancha, lo que me hace reír a carcajadas. Al final, y para que deje de hacer el tonto y la gente que entra y sale de la cafetería no la mire como a un mono de feria, alargo la mano y, posándola en su mejilla, retiro con el pulgar la mancha. Al instante siento que su piel se calienta bajo mis dedos. ¿O son imaginaciones mías? Sus ojos verdes, a través de las gafas, me miran fijos, con la mueca de una sonrisa congelada en los labios. Dios, es que ahora mismo me reclinaría para besarla y saborear la mezcla de su café y la napolitana en sus labios. Mi dedo tiembla, y creo que toda mi mano lo hace también. El tiempo se ha detenido, es solo nuestro.

—Oye, ¿qué… qué tal con tu chica?

El hechizo se rompe. Shanya, claro. Ha debido de leer las noticias, o haber visto en redes la cantidad de historias que se dicen sobre nosotros. Y quizá sea mejor así, que piense que estamos juntos. Retiro la mano de su rostro y me llevo el dedo a los labios para saborear la crema y el azúcar que le he retirado, encogiéndome de hombros. Me toma un par de segundos volver a tener voz y poder contestar sin que se note que miento.

—Bien, es buena chica. —Si es que soy idiota. ¿Por qué no le digo la verdad? ¿Para que no me juzgue?

—Se ve. Además… es muy guapa. —Su sonrisa parece hasta triste y el ambiente, de repente, se ha enrarecido. Lanza un par de miradas hacia la puerta, como si necesitase salir de allí a toda prisa. ¿Qué pasa?

—¿Y tú con Jun? ¿Todo… todo bien? —Quizá si le pregunto sobre ellos deje de estar tan incómoda, ¿no? Joder, hablar de tus parejas con tu ex, y más cuando los sentimientos aún siguen ahí, al menos por mi parte, es muy incómodo. Y doloroso. Duele tanto que siento que el corazón se me va a romper de un momento a otro.

—Ah, bien. Ya sabes, trabaja mucho, así que…

—Sí, lo sé. Por eso le dejó Laureen hace unos meses. Nunca le había visto tan… —Cierro la boca al ver a Mimi encogerse mientras me mira, sorprendida. Mierda, ¿no le ha hablado de ella? Pero… joder, si estuvieron a punto de casarse y todo—. Lo siento, creo que he metido la pata —

contesto por lo bajo. Si es que soy un bocazas.

—No, no, tranquilo. —A pesar de que intenta recomponerse, el halo de tristeza a su alrededor se ha hecho más grande y hasta su piel y sus ojos parecen haberse apagado ligeramente—. Me ha hablado de ella.

—Ya… —miente. La conozco muy bien y está mintiendo. Enreda los dedos de sus manos entre sí y tiene la mirada fija en el café. Hasta se le han dilatado las fosas nasales. No ha cambiado nada. Y ese idiota de Jun, encima, no le ha contado lo de su ex. Solo espero que no esté usando a Mimi para olvidar a Laureen, porque si no… No sé lo que haría. Pero no es momento de pensar en Jun y en lo capullo que es, sino en Mimi y en que parece estar rompiéndose por dentro por algo que no logro entender, así que alargo la mano y, haciendo acopio de mis fuerzas, tomo la suya y sonrío.

—Jun es un poco capullo a veces, y está demasiado enfrascado en el trabajo. Pero estoy seguro de que si sale contigo es porque te quiere. Y si no, Bast y yo iremos a patearle el culo, ¿trato hecho?

—Trato hecho —contesta, esbozando una sonrisa que, por un momento, parece disipar ligeramente la niebla de su tristeza.

Nada más terminar de desayunar, volvemos al ascensor. Parece distraída, como si lo de Laureen hubiese sido una pieza que le faltaba en su puzle, o un golpe en la boca del estómago. No sé muy bien qué pensar ni cómo sentirme al respecto, la verdad, porque lo último que quiero es hacerle daño. Bueno, ni a ella ni a mi hermano, claro. Pero creo que, en esta historia, es ella la que sale peor parada.

En cuanto las puertas del ascensor se cierran, ella se apoya contra una de las paredes, al lado del teclado de los pisos, agachando la cabeza, así que me acerco hacia ella y, con cuidado, la tomo de la barbilla para levantarle el rostro y que me mire. Sus ojos brillan tanto que estoy seguro de que está a punto de llorar, y eso me mata por dentro porque sé que he sido, sin querer, el culpable de su dolor. Mierda, ¿quién me manda abrir la boca?

—Joder, Mimi, lo siento. Lo último que quería era…

—No es tu culpa —me contesta. Le tiembla el labio inferior y sé que está haciendo grandes esfuerzos para no romper a llorar—. Lo siento, hoy… no tengo un buen día.

—¿Por qué crees que he insistido en bajar a tomar un café? Hará quince años que no nos vemos, pero sigues siendo la misma.

—Take… —Mi nombre en sus labios parece desesperado. Y voy a dedicarle una sonrisa para intentar tranquilizarla cuando rompe a llorar. Alza las manos para agarrarse a mi ropa, como si necesitase algo a lo que aferrarse, así que yo, sin dudarlo, la aprieto contra mi cuerpo, dejando que descargue sobre él todo su dolor. Sus lágrimas empapan mi camiseta, puedo sentir cómo la traspasan, y por una vez agradezco haberme dejado la cazadora en el coche.

Como seguimos ascendiendo y nos acercamos peligrosamente a su piso, decido parar el ascensor. Con una sacudida, este se queda entre dos pisos y Mimi se aparta un poco de mí, mirándome confundida. Le limpio las lágrimas con una de mis manos, mientras la mantengo abrazada, dedicándole una suave sonrisa.

—Primero llora. Si Naisha te ve llegar así pensará que he sido malo contigo —bromeo, y eso la hace soltar una risa que se mezcla con un pequeño hipido—. Suelta todo lo que necesites, Mimi. Yo estoy aquí contigo, ¿vale?

—No sabía lo de su ex —confiesa, a lo que yo asiento, acariciando su cabello.

—Lo sé.

—Ahora… creo que ahora entiendo algunas cosas —susurra, apretándose más contra mi pecho y abrazando con más fuerza mi cintura. Apoya su frente en mi pecho, soltando un ligero gemido de dolor que a mí me mata un poco por dentro—. Soy una idiota…

—No lo eres, Mimi —contesto, deslizando la mano de nuevo hacia su barbilla para que me mire —. Quizá aún os cueste conectar. Tú acabas de llegar hace poco, él ha salido herido de una relación,... No te lo tomes tan a la tremenda y habladlo.

—Yo no… —Se muerde el labio mientras me mira a los ojos, dejando que dos gruesas lágrimas vuelvan a recorrer el camino que habían hecho las que acabo de retirar—. Creo que no le gusto, que no…

—No creo que sea eso, Mimi… —No sé si entiendo a lo que se refiere. ¿Cómo no le va a gustar? Ha decidido salir con ella, Mimi es guapa, inteligente, divertida y tiene unas curvas de infarto—. Eres espectacular… —suelto sin apenas darme cuenta.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —susurra, y su voz, tan pegada a mí, junto a su mirada suplicante, hacen que un escalofrío recorra mi espalda, mi cuerpo, cada fibra de mi ser.

—Porque te aprecio. —Ojalá pudiera decirle que es porque la quiero—. Porque siempre te has machacado demasiado y no eres capaz de ver la luz que hay en ti. No te das cuenta de todo lo bueno que desprendes y dejas a tu alrededor. De la huella que imprimes en cada persona con la que te cruzas.

De repente el ascensor se queda en silencio. Soy incapaz de apartar la mirada de ella, y ella tampoco la aparta de mí. Su cuerpo, ahora tan pequeño entre mis brazos y con esas curvas que me vuelven loco, está pegado al mío y soy más que consciente de todas las partes que se rozan. No es momento de pensar en ello, lo sé, pero sus labios, rojos e hinchados por habérselos mordido al llorar, me llaman. Quiero aliviarla a golpe de besos, quiero curar las heridas que tiene en su alma con mis caricias. Y no lo puedo evitar.

Me acabo reclinando sobre ella y la beso. Bebo de sus labios como si fueran un oasis en medio del desierto que es mi vida. Me aferro a ella mientras su boca se abre para mí, mientras su lengua, tímida, se adentra en la mía. Y ese momento es mágico y a la vez explosivo, porque mi cuerpo parece reconocer en ella los ecos del pasado, del amor que nos unió, y se enciende como

las brasas del infierno. Mimi parece desatarse cuando el fuego vuelve a arder. No se queda atrás y me besa con desesperación mientras sus manos buscan recorrer mi estómago, mi pecho, dibujando el contorno de mis músculos, y suben hasta mi cuello. Puedo sentir, cuando se aprieta contra mí, que su pecho sube y baja con tanta rapidez como el mío, y cuando quiero darme cuenta, la tengo cogida en brazos, con mi cuerpo entre sus piernas, sus brazos rodeando mi cuello y sus dedos enredados en mi cabello.

Mi polla palpita como nunca, tanto que me aprieta el pantalón horrores, y no deja de crecer, de encenderse, cuanto más me rozo con Mimi, cuanto más la siento contra mí. ¡Joder, esto es el paraíso! ¿Hace cuánto tiempo que no me siento así de bien? Creo que desde que la perdí.

Aprovecho que la tengo aprisionada contra la pared del ascensor para acariciar sus muslos, para apretarlos entre mis dedos. Al deslizarse hacia sus nalgas, siento el borde de la falda, que se le ha subido por completo, así que lucho contra ella para terminar de subirla hasta sus caderas y dejar así su piel más expuesta. Muerde mis labios con pasión cuando alcanzo sus nalgas con mis manos y las aprieto. Joder, es que son perfectas para mis manos.

Gime en mis labios, bebo de su placer cuando lo hace. Mueve la cadera para rozarse conmigo y eso me provoca un jadeo y que embista contra ella como respuesta. Cuelo una de las manos entre sus nalgas y enseguida siento el calor que brota de allí, incluso la humedad de su coño ya es palpable. Estoy perdiendo la puta cabeza. Me voy a correr como sigamos así.

No puedo parar. Deslizo mis labios por su barbilla y bajo hacia su cuello, donde me deshago en besos y mordiscos. Saboreo su piel como el manjar de dioses que es. Sigue siendo tan suave como antes, puedo embriagarme con su perfume al rozar la parte baja de su oreja con la nariz. Es una diosa.

—Mimi… —susurro en su oído cuando subo a mordisquear su lóbulo, aprovechando que susurro su nombre para embestir una vez más. Siento la humedad saliendo de la punta de polla, deseosa por adentrarse en ella.

—Take… Take, para, por favor.

Su voz, casi asustada, rompe el hechizo. Me aparto de ella y la miro a los ojos. Está sonrojada, tiene los labios más hinchados aún, esta vez por los besos, pero su mirada refleja el horror que siente ahora mismo. Mierda… ¡Mierda, mierda, mierda! La bajo enseguida, apurado, apartándome de ella y cogiendo tanto aire que hasta me hace daño en los pulmones.

—Lo siento… lo siento, Mimi, no quería…

—No, no, ha… yo no he parado y… —Se echa el pelo hacia atrás, nerviosa, antes de recolocarse bien la falda—. Joder, es que no es justo. Tú tienes una novia preciosa, yo estoy empezando algo con Jun y… No es justo para ellos, ni para nosotros. Lo siento, Takeshi.

Abro los labios para decirle que no, que no lo sienta, que no ha sido su culpa. Que he sido yo el que ha mentido con lo de Shanya, que yo soy al que estos sentimientos le matan y el que no debería haber aprovechado su dolor para saciar un hambre que me corroe por dentro. Pero no me sale la voz. Soy incapaz de poner en palabras todo el huracán de sentimientos que ahora mismo

arrampla con todo.

Mimi vuelve a poner en marcha el ascensor, y cuando llegamos a su planta, en silencio, se gira hacia mí, posando la mano en mi mejilla.

—Tu chica tiene mucha suerte de tenerte. Cuídala bien, ¿vale?

Y antes de que pueda contestar, sale del ascensor, pasa de largo de su mostrador y se pierde por el pasillo, dejándome a mí allí, roto, descolocado, sintiéndome culpable y con una erección tan grande que creo que voy a romper los pantalones. Quizá… sí, quizá no sea el mejor momento para ver a Levi. De hecho ahora mismo solo quiero irme a casa, meterme en la cama y retroceder en el tiempo para borrar esta jodida metedura de pata.

MIMI

¿Se puede ser más idiota? ¿Y más mala persona? En cuanto me encierro en el baño que hay en el pasillo y que comparto con Naisha, rompo a llorar, metida en el cubículo del retrete y apoyada contra la puerta. No quiero ni mirarme a la cara. Me da vergüenza hacerlo y ver los rastros de lo que he hecho. Shanya Bell tenía razón: no hago más que hacerle daño a Takeshi en cuanto nos cruzamos. Hemos despertado lo que ambos creíamos dormido, ahora estoy segura, y mucho más después de lo de hoy. Mierda, encima he dejado que mi dolor me llevase cometer la locura de besarlo. Y no solo eso, sino que he estado a punto de suplicarle que me hiciese el amor ahí mismo, en el ascensor de la empresa. ¡Es que soy horrible!

Pero no es lo único que me duele. Lo que me ha dicho Takeshi sobre Jun… ¿Por qué no me lo ha contado? ¿Por qué no me ha dicho que hasta hace unos meses estaba en una relación tan importante para él? ¿Es por eso por lo que no me toca más allá de besarnos? ¿Cada vez que estamos juntos se acuerda de ella? ¿Al llevarle el otro día a ver las luces abrí una de sus heridas sin querer? ¿Me compara con ella y por eso no siente nada conmigo?

—Lo mejor es que hables con él —me digo, en un susurro, para animarme a hacerlo. Sí, debería hacerlo. No le contaré lo de Takeshi, por supuesto, no quiero que haya un enfado entre los dos por mi culpa, por mi momento de debilidad. Pero sí, tenemos que hablar de todo esto, tiene que contarme lo de su ex, hablar de lo que pasa entre nosotros. Y si hemos llegado a un punto muerto… Bueno, en ese caso, mejor quedar como amigos, ¿no?

Tras calmarme un poco, salgo del cubículo para poder limpiarme la cara, quitándome las gafas y dejándolas a un lado. Dios, tengo unas ojeras terribles, y encima ahora tengo los ojos rojos e hinchados de llorar. Y, para colmo, me he dejado el maquillaje en casa. ¡Qué bien! Soy un desastre.

—Mimi, ¿estás bien? —Dos golpes en la puerta y la voz de Naisha al otro lado consiguen que cierre de una vez el grifo y me seque las manos y la cara.

—¡Sí, sí, ya salgo!

Me miro una última vez en el espejo —dios, sí que tengo mal aspecto, pero no puedo hacer nada más—, y salgo de allí. Nai me está esperando, tan impecable y preciosa como siempre, al otro lado de la puerta. Tiene los brazos en jarras y una sonrisa ligeramente pilla que borra nada más verme.

—¿Estás bien? Tienes muy mala cara.

—Sí, sí, he dormido mal y…

—¿Tu hermano ha vuelto a pasar una mala noche? —Me enternece su preocupación. ¿Cómo puede ser tan buena? Sus manos se posan en mis brazos y siento enseguida cómo me reconforta, como si fuese una hermana mayor. Niego a su pregunta con un suspiro cansado.

—No, no, tranquila, Chris está bien, por suerte. O bueno, todo lo bien que puede estar, ya sabes. Es… nada, una tontería, en serio.

—Es que tienes una cara horrible, como si el desayuno te hubiese dado una mala noticia y te hubiese echado, de propina, un litro de tabasco en los ojos.

—Ya, lo sé… Y lo peor es que no he traído nada de maquillaje. Se me ha olvidado el neceser en casa y eso que sé que aquí la imagen es importante. —Resoplo, pero ella, lejos de regañarme, se echa a reír.

—¿Dónde te crees que estamos, cariño? —Niega con suavidad, chasqueando la lengua—. Llamo a Hana, y en unos minutos la tienes aquí con todo un surtido de productos para la piel. —Sonríe y se acerca a besar mi mejilla, con suavidad—. El resto no puedo remediarlo de manera tan rápida, pero si te parece bien, podemos vernos el fin de semana y me cuentas qué se te pasa por esa cabecita.

—Gracias, Nai, de verdad. —No me la merezco como amiga. Porque sí, ya la considero una amiga. Desde que entré se ha portado muy bien conmigo y hemos congeniado enseguida. Encima, se porta como si de verdad tuviera que cuidarme, como si se hiciera responsable de mí. Creo que por eso el director y ella llevan tantos años trabajando juntos: porque le cuida y él necesita a alguien que lo haga.

En cuanto regreso a mi mesa, cojo el móvil y suspiro. Tengo que zanjar todo esto cuanto antes por mí y por Jun. No puedo alargarlo más, no puedo fingir que todo va bien cuando nos vemos si siento que no es así. Además, fingirlo solo hará que a la larga, si va a peor, todos estos sentimientos se enquisten y nos hagan daño a ambos. Así que abro Snapchat, me meto en la conversación que tenemos juntos, y le escribo.

MIMI

«Jun, tengo que hablar contigo. ¿Te viene bien que nos veamos en

tu casa esta noche?».

Me siento mucho mejor ahora que le he escrito y estoy decidida a hablar de ello. De lo que tengamos que hablar, pase lo que pase. Una vez hecho, cierro su ventana de chat y entro en la que tengo con Takeshi. Tardo unos segundos en decidirme, pero al final le escribo. Sé que ya le he pedido perdón, pero tengo la sensación de que sigue sintiéndose culpable. Le conozco. Y lo último que quiero es que se sienta mal por mi culpa y haga una tontería.

MIMI

«Take, de nuevo te pido perdón. No debí haberte besado,

ni haberme dejado llevar así. Tu novia es afortunada de

tenerte. Cuídala y que te cuide mucho. Gracias por haber

hablado conmigo hoy. Me debes un café».

Sé que lo dejaremos pasar, que después de este traspié lo más seguro es que tardemos meses en atrevernos a vernos una vez más, pero no quiero que sienta que hay algo raro entre nosotros, que nuestra relación se ha enrarecido por lo que ha pasado. Vale, sí, puede que lo haya hecho, y si le viese ahora mismo lo más seguro es que me sintiese muy incómoda, pero… Es Take, es importante para mí. Tanto que no he podido dejar de pensar en él durante todos estos años.

TAKESHI

«¡Y un cruasán! :P No tienes que disculparte, fui yo el que

empezó y se dejó llevar. Supongo que el pasado a veces

nos hace cometer locuras. ¡No trabajes mucho!».

Su contestación me hace reír y acabo negando. Este chico nunca va a cambiar, ¿verdad? Me llevo la mano al pecho, donde mi corazón ha vuelto a bombear con fuerza con tan solo leer su mensaje. Sí, puede que el pasado sea lo que nos haya hecho cometer esta pequeña locura, ¿verdad? Que sea el motivo por el que siempre que miro su chat y me escribe soy feliz, o por lo que aún siento que mi piel se eriza al recordar el beso en el ascensor. Recordarlo, hace que por un lado me sienta mal, pero por el otro bien. Demasiado bien. ¡Dios! Es que no recordaba que besara así. Ni que sus manos pudieran abarcar mis nalgas por completo —aunque es cierto que los últimos estirones, los más grandes, los dio tras separarnos—. Aunque creo que lo que más me sorprendió fue sentir su erección contra mí, entre mis piernas. ¡Jesús! ¿Take siempre ha sido tamaño XXL en todo? ¿O quizá es que ahora soy más consciente de ello que cuando éramos jóvenes? No lo sé, pero lo cierto es que su novia es muy afortunada. Ojalá…

Detengo en seco mis pensamientos. ¿Qué coño estoy pensando? *«Mimi, por dios, que estás saliendo con su hermano, él tiene novia y solo ha sido un desliz. ¡No empieces a montarte una peli porno en tu cabeza!»*, me reprendo mientras miro hacia el techo. Sí, esto seguro que son los efectos secundarios de haberme relajado y haber pensado en lo que ha pasado desde otra

perspectiva. Me recoloco bien en la silla justo cuando me entra una nueva notificación de *Snapchat*. Abro la aplicación, entro en el chat y leo la respuesta de Jun.

JUN

«Nos vemos esta tarde a las 7 en mi casa».

Bien, parece que tengo una nueva cita. Y esta vez espero regresar a casa más tranquila que la última vez y con muchas respuestas.

❁❁❁

Tal y como hemos quedado, a las siete estoy subiendo las escaleras para ir a casa de Jun. Hoy Chris tiene el día libre, así que quería pasarlo con Nelly y aprovechar para hacer una buena compra. Tras mucho pensar, me he puesto una falda de vuelo negra, con unas medias color carne y un jersey rosa de lana. Me he dejado el pelo suelto y, por si acaso, he venido con gafas en vez de con lentillas. Vale, no habría podido venir con lentillas porque perdí una del último par mensual que me quedaba y he tenido que pedir un nuevo par a la óptica porque lo había ido dejando, como siempre. ¡Pero aun así habría venido con gafas! «Dios, si suelto tanta tontería en mi cabeza es porque sí que estoy nerviosa», me digo, suspirando.

En cuanto termino de subir las escaleras, Jun ya me está esperando en la puerta. Se ha puesto unos sencillos vaqueros azul oscuro y lleva la camisa blanca arremangada. Del interior de la casa sale un ligero y delicioso aroma a especias y a carne que consigue que mi estómago gruña. ¡Dios, qué hambre de repente!

—Bienvenida —me dice, dándome un corto beso en los labios cuando llego hasta él—. Me ha sorprendido que quisieras quedar con tanta urgencia.

—Ya, bueno… quería hablar contigo.

Me quito el abrigo y lo cuelgo en el perchero que me indica junto con el bolso. Miro a mi alrededor, sorprendida. La casa no es muy grande, de hecho es más pequeña que la de mi hermano, y a pesar de vivir solo y pasar la mayor parte del tiempo fuera de casa, tiene todo muy bien cuidado: hay maceteros con plantas dispersados por ahí, figuras en las estanterías donde sus libros aparecen colocados de manera minuciosa, y hasta un bol de madera con popurrí. Todo huele a flores y, por alguna razón, no me pega nada con Jun. ¿Lo habrá dejado así todo tras cortar con Laureen?

—Es la primera vez que vienes, es verdad.

Me giro hacia él cuando escucho su voz y él me sonríe, nervioso, mientras se acaricia la nuca ligeramente. Asiento y le devuelvo la sonrisa, acercando la mano para acariciar su mejilla con suavidad. Se ha afeitado, así que su piel está suave y el olor del after shave llega hasta mí mezclado con el de las flores secas. Él ladea la cabeza y cierra sus ojos aguamarina, como si el tacto de mi mano fuese lo único que quisiera sentir. Y puede que sea así. O que me lo esté imaginando. Ya no me fío de mi percepción.

—Espero que te guste el lomo. He comprado una pieza y…

No le dejo terminar. A la mierda el plan. Me lanzo a sus brazos, a sus labios, y le beso con toda la desesperación que siento. Necesito saber que de verdad hay algo, que todos esos gestos, esas sonrisas, esos besos que me ha dado son algo más que el modo de curar sus propias heridas. No dejo que se separe de mí, le agarro con fuerza de la camisa a lo que él responde abrazándome y apretándome contra él. Su lengua no tarda en adentrarse en mi boca y enredarse con la mía con la misma pasión, con la misma necesidad. Sí, ahí está la conexión, la sensación de que voy a explotar entre sus brazos.

Sin soltarme de él, camino con cuidado hacia el interior de la casa. Por el rabillo del ojo he visto dónde está el sofá, así que, con su ayuda, nos dirigimos hacia allí sin que nuestros labios se separen ni un momento. Siento el calor recorriendo cada fibra de mi ser, cómo mi entrepierna empieza a humedecerse, deseosa por sentir, por fin, todo lo que lleva semanas necesitando. Dejo que Jun se siente para subirme a horcajadas sobre él. Le quito las gafas mientras nos miramos, intentando recuperar el aire que nos han robado nuestros besos, y me quito después las mías, dejándolas en la mesita que hay a mi espalda. Y entonces es él quien arremete contra mí y me besa con la misma pasión, apretándome contra su cuerpo. Gimo por la sorpresa, pero no me aparto. Al revés. Me aprieto más contra su pecho, enredo mis dedos entre sus cabellos y me balanceo sobre sus piernas en busca de un contacto más firme. Necesito sentirlo, que cada movimiento me haga ver que le excito tanto como él a mí.

Me aparto lo justo para quitarme el jersey y quedarme en sujetador. Tardo unos segundos más en volver a besarle, dejando que antes recorra mi piel con sus ojos aguamarina. El suspiro que suelta me dice, o al menos me hace entender, que le gusta lo que ve y que, a pesar de mis mejillas sonrojadas y mi inseguridad, no le desagrada que mi cuerpo no sea el de una modelo. Así que le beso de nuevo, con más pasión, mientras sus manos suben por mi cintura, por mis costados, hasta posarse en mis pechos. Los amasa con firmeza, los aprieta por encima de la ropa interior mientras su beso se empieza a hacer más desesperado. Yo vuelvo a balancearme, a rozarme contra su entrepierna, pero parece que su excitación tarda en llegar, y eso empieza a ponerme algo nerviosa, hace que sienta miedo. Igual que la última vez.

—¿Jun? —susurro, apartándome de sus labios cuando sus brazos caen a los lados de su cuerpo, sobre el sofá. Él echa la cabeza hacia atrás, suspirando agitado, mientras cierra los ojos. Sabe que me he dado cuenta, que no puede ocultarlo.

—Lo siento, Mimi.

No necesita decir más. Sé lo que esas tres palabras significan. Y me duelen más de lo que habría imaginado. Avergonzada, dolida y al borde de las lágrimas, me levanto de encima de él, recojo

mi jersey, el cual me pongo todo lo rápido que puedo, y camino hacia la puerta con paso apresurado y sintiéndome más que mal conmigo misma. Necesito salir de aquí ahora mismo. Necesito… Necesito aire.

—Mimi…

No quiero escuchar lo que tenga que decirme. Da igual si es mi cuerpo, si es su ex, o si es cualquier excusa que se haya inventado. Me da igual, porque esto estaba sentenciado desde el principio, porque ahora sé que sí, puede que me tenga cariño, que me aprecie, pero no me quiere, no le gusto. Se ha obligado a quererme por necesidad y ha sido tan cobarde de no hablarlo conmigo a pesar de ser consciente de ello en las últimas citas. ¿Y lo peor? Que una parte de mí siente alivio.

—Se acabó —le digo, con un nudo en la garganta, mientras me pongo el abrigo y cojo el bolso.

—¡Mimi, por favor, espera!

No le hago caso. Abro la puerta, cierro de un portazo y bajo las escaleras corriendo mientras dejo que por fin las lágrimas broten de mis ojos y empapen mis mejillas. He sido una idiota por muchas cosas, por demasiadas. Y lo peor es que todas las señales estaban ahí, a la vista, y no quise verlas. Sí, las citas estaban bien, sus besos me excitaban, pero nunca me tocaba, nunca pasaba de ahí. A pesar de sus insinuaciones a través de nuestros chats, pocas veces me ha halagado más allá de decirme lo bien que me sentaba algo, o lo guapa que iba cuando nos veíamos. No me seguía los juegos. Y yo solo pensaba que, quizá, yo era muy rápida. Que era posible que yo sintiese todo de una manera más intensa. Pero no era así.

Me meto en el coche, arranco y empiezo a conducir. Mierda, me he dejado las gafas en casa de Jun, pero paso de volver a por ellas. Que se las quede. Ya me pondré las de repuesto en casa. Pero no voy a casa. No, no puedo ir y lanzarle a Chris esta mierda encima con todo lo que tiene ya. Sé a dónde tengo que ir, y aunque no me guste molestar y todo esto no haga más que darle dolores de cabeza, sé a quién necesito. Necesito un pequeño refugio donde llorarlo todo, donde quedarme vacía de sentimientos y poder ver, cuando no pueda más, las opciones que tengo para reconstruirme. Sea sola o con su ayuda. Sí, hay una persona en Los Ángeles a la que puedo acudir en un caso como este.



@TakeBennett_ ¿Quién es esa y por qué está tan cerca? ¡Debería estar con ***@BellShanya*** !

@TakeBennet_ Nooooo, por favor, él no puede ser el tipo de tío que engaña a su novia. Xfa, Takeshi, dinos que no eres así T_T

@TakeBennet_ ¡Seguro que esa es una fresca! ¡Apártate de él, *#Bennell* es real!

El timbre de la puerta suena justo cuando estoy terminando de colocarme la chaqueta del traje. Jacob ha hecho un trabajo estupendo con el disfraz: cada parte de él se ajusta a la perfección a mi anatomía y no solo me queda como un guante, sino que me es muy cómodo. El equipo de maquillaje y peluquería de Jacob —que ha tenido la amabilidad de venir a casa a prepararme—, se han ido hace media hora, así que solo hay una persona que puede estar llamando a la puerta.

—¡Amor, estás guapísimo! —exclama Shanya, acercándose a mí en cuanto abro y dándome un sonoro beso en la mejilla. Ella está espectacular, con un corto vestido rojo con los rebordes en dorado y un escote, blanco, formando un corazón que llega hasta su pubis. Lleva unas medias blancas hasta la mitad de los muslos, muy sexys, y una preciosa capa roja y dorada a juego con el resto del traje. Viene helada porque ha debido de dejar el abrigo a posta en el coche solo para sorprenderme.

Sonrío, la tomo de la mano y la hago girar, cosa que hace, coqueta, mientras su risa cantarina se une a los ladridos de Bast. Wow, va a ser la sensación del *streaming*, estoy seguro. Hace unas horas que empezó, así que he estado viéndolo a ratos, y en seis horas ya han recaudado más de trescientos mil dólares. Shanya y yo vamos a ir un rato a que nos entrevisten y a jugar unas cuantas partidas con ellos, en directo, a pesar de lo malo que soy en los juegos cooperativos. Pero como la causa es buena, no me importa hacer el ridículo.

—Tú sí que estás radiante, Shanya.

—Lo sé —contesta, sonriente, antes de acercarse a darle a Bast por fin los mimos que le pide—. Vamos a ser la pareja más envidiada, ¿a que sí, bonito? —Agarra a Bast de las mejillas, apretándolas con mimo mientras él intenta darle un lametón—. No, no, que hoy voy maquillada. Pero otro día te doy ración doble de besos.

—Como le digas eso, la próxima vez no te dejará levantarte del sofá —bromeo, cogiendo abrigo —. ¿Nos vamos?

—¡Sí! —Se incorpora, sacudiéndose un poco la falda y caminando hasta ponerse a mi altura, agarrándose del brazo—. Oye, ¿has visto esa foto tuya que se ha filtrado con la chica de Laksmí?

Oh… Sí, cierto. Al parecer, el viernes alguien nos sacó una foto mientras estábamos en la cafetería, justo en el momento en el que a Mimi le retiraba la crema de los labios.Y en cuanto se filtró a las redes… bueno, hubo que hacer control de daños: Ryan se puso de los nervios y me llamó en mitad de mi entrenamiento para que pusiera algo en las redes, Shanya decidió no darle de comer a los trolls y simplemente decir que somos libres de tener amigos, que *«Bennell»*, como nos llaman, no es un ente, sino que somos dos personas libres y maduras, y hasta mi publicista tuvo que mover hilos y filtrar que de nuevo estaba trabajando con Laksmí para una nueva campaña publicitaria y que por eso estaba en las oficinas desayunando con una de sus empleadas. En fin, un caos. Menos mal que nadie sabe quién es Mimi, sus redes son privadas y su identidad parece estar a salvo. ¿Pero quién demonios nos habrá pillado, en una empresa como la de Levi, acostumbrada a tener a gente de renombre en sus oficinas, en un momento tan privado? Lo cierto es que en la foto parecía que estaba acariciándola y a punto de reclinarme sobre ella más que quitándole un poco de crema de la comisura.

—Sí, fui a ver a Levi, la vi decaída y desayunamos juntos. Supongo que ni siquiera la cafetería de *Laksmí* es segura —resoplo, caminando a su lado, tras cerrar la puerta, hacia el coche—. Tengo que ser más cuidadoso a partir de ahora, supongo.

—Me preocupa más lo que esa chica puede suponerte a nivel emocional —me dice, con un ronroneo que no sé cómo interpretar, antes de subirse a la parte de atrás de la limusina que ha alquilado para que nos lleven hasta allí—. Y eso que fui a hablar con ella para que no se acercara mucho a ti.

—¡Shanya, eso es problema mío! —exclamo, sorprendido, ante su revelación—. No tenías que haber ido a hablar con ella, es...

—Lo sé, lo sé —me corta, alzando las manos y girándose hacia mí con un puchero—. Pero me preocupó verte tan alicaído. ¡Hasta te estaba repercutiendo en el trabajo! Solo le dije que no te diera esperanzas que no iba a cumplir.

Resoplo tras ponerme el cinturón, llevándome las manos a la cabeza. Pero me detengo antes de llegar: llevo peluca, así que no puedo echarme el pelo hacia atrás como siempre. Joder. Al final acabo bajándolas hasta mis piernas y apretando las rodillas con fuerza.

—Amor, lo siento. Solo quería ayudar. —Su mano se posa sobre la mía, pero yo estoy más centrado en mis pensamientos. ¿Es por eso por lo que me escribía tan poco? ¿Por lo que, tras aquella comida, se enfrió un poco la relación?—. ¿Amor?

—Ya… —contesto, resoplando. No me queda otra que aceptarlo. Además, ahora yo mismo lo he empeorado con el beso. Quizá… quizá hasta fue bueno que Shanya hablara con ella. Durante este tiempo me ha demostrado que su preocupación es genuina, real, y ha estado cuidando de mí, así que no puedo culparla por haber intentado ser más sobreprotectora de lo que debía—. Está

bien, no pasa nada, aunque espero que sea la última vez. No somos pareja, Shanya, somos amigos, y no quiero que te metas tanto en mi vida personal. Es algo que me atañe solo a mí, ¿de acuerdo?

—Sí. De acuerdo, amor, no volveré a hacerlo.

Cuando llegamos a las puertas del estudio donde han preparado este año el *streaming*, nos recibe una gran marea de fans. El día antes siempre se revela la dirección del estudio donde se va a realizar para que aquellos que quieran ver a sus *influencers* y estrellas favoritos puedan acercarse a pedir un autógrafo o una foto. Aunque no podemos atender a todo el mundo, tanto Shanya como yo nos pasamos un buen rato allí, pasando por los cordones, saludando, dando besos, firmando desde libretas hasta camisetas y haciéndonos un montón de selfies. Y aunque estamos vigilados por un nutrido grupo de guardias de seguridad, por suerte en ningún momento tienen que acercarse porque alguno haya sobrepasado los límites. Y me alegro, porque esos momentos suelen ser bastante incómodos no solo para nosotros, sino para los fans que hay alrededor.

Una vez conseguimos llegar a la puerta, donde se ha colocado un enorme *photocall* con todas las marcas que a día de hoy colaboran con el evento, los dos nos pasamos unos cuantos minutos haciendo poses juntos y respondiendo a algunas preguntas de los medios digitales que se han personado allí. Algunos, incluso, nos dan unos cuantos regalos que agradecemos de corazón con un abrazo y un par de besos.

El *streaming* solidario de la asociación *Game and Life* es una auténtica pasada. El estudio por dentro es enorme —creo que es uno de los estudios donde se han grabado varias sitcoms—, con un montón de cámaras y varias zonas para ir grabando y emitiendo en directo a la vez. Nada más llegar, nos llevan a una sala para comenzar con la entrevista. Se acerca a nosotros una pareja muy jovencita, que no debe superar los veinte años, y nos saludan con efusividad. El chico, alto, de pelo rubio y un montón de tatuajes, se recoloca la gorra con el símbolo de *The Witcher* hacia atrás después de presentarse como Adrien; la muchacha, algo más baja, con el pelo platino y unos ojos tan claros que parecen de cristal, se presenta como Sakari. Yo no los conozco, pero Shanya enseguida les dice que ha visto muchos de sus vídeos y que hacen una *«pareja ideal»*. Juntos se ven muy graciosos, no lo voy a negar, porque él parece más pasota y ella, sin embargo, es delicada como una flor de cristal.

—La entrevista se va a emitir en directo a través de otro de los canales de Twitch afiliados al evento —nos explica Adrien tras dejarse caer en un puf negro con calaveras blancas—. Nada, será un ratito, una charla entre colegas, con algunas preguntas de los fans que nos están viendo y listo. ¿Os parece?

—Es perfecto —contesta Shanya mientras yo asiento.

—Estáis muy guapos —se adelanta entonces Sakari, entrecerrando sus claros ojos mientras nos mira tras tomar asiento en un puf azul con un montón de copos de nieve blancos—. ¿Podéis decir de quiénes váis para aquellos que no os reconozcan?

—Pues vamos de Rakan y Xhayah, dos personajes de *Leage of Legends*. Los trajes nos los han hecho Jacob Miller y su equipo—responde Shanya, emocionada.

A partir de aquí, la entrevista trata un poco de todo. Nos preguntan por nuestros videojuegos favoritos, sobre cuánto tiempo llevamos jugando, si tenemos una consola o plataforma preferidos, en qué mundo de videojuego nos gustaría vivir,... La entrevista acaba siendo muy divertida, y cuando termina tenemos muy buen sabor de boca. Adrien y Sakari son una pareja muy compenetrada, y a pesar de lo diferentes que parecen, cada vez que se miran, soy capaz de ver ese *«hilo rojo del destino»* que al parecer siempre dicen que les une. Tienen una conexión especial, y eso hace que piense en Mimi y el corazón me dé un pequeño pinchazo. Nos cuentan —como recordatorio al público— la asociación a la que va destinado el dinero, una asociación que se dedica a la investigación del cáncer infantil y a la mejora de las instalaciones médicas y hospitalarias para esos pequeños valientes.

El rato en el que me ponen a jugar unas partidas de un juego llamado *Overwatch* es bastante peor. Porque aparte de ser la primera vez que juego, me cuesta un poco pillarle el truco a pesar de ser algo parecido a un atrapa la bandera. Shanya, sin embargo, es mucho mejor de lo que imaginaba, aparte de muy competitiva. Cuando ha estado jugando al *LOL* —usando, por cierto, el personaje del que va disfrazada—, no solo se lo ha tomado muy en serio, sino que ha saltado de alegría y gritado cada vez que mataba a alguien o tiraban una torre.

Dos horas después de llegar, nos toca salir del directo, así que nos despedimos de la audiencia. Eso sí, en cuanto estamos fuera de las cámaras, le pido a Shanya que espere un momento. Entro en el directo a través de mi móvil y hago una sustanciosa donación. Quiero ayudar, me parece una causa importante y necesaria.

—¡Joder! ¡Bennet nos dona diez mil dólares! —exclama Adrien, mirando hacia donde estamos. Saludo con la mano, riendo—. ¡Ya podrías haberlo hecho estando aquí, joder! —Pero se le ve feliz. Esto ha sido de cara a ellos, claro, pero ahora que conozco la asociación con la que trabajan, pienso hacer una donación mayor.

—¿Has donado en el directo? —Shanya sonríe mientras me mira y yo asiento, encogiéndose de hombros.

—Es una gran causa. Creo que es lo mínimo que puedo hacer.

—¡Hey, es Bell! —Antes de que Shanya pueda contestarme, una voz nos llama la atención y nos giramos. Dos hombres trajeados, impecables, se acercan a nosotros con sendas sonrisas. Shanya suelta un gritito de emoción y se lanza a abrazar a uno de ellos, que la acoge entre sus brazos, levantándola del suelo—. ¡Pero qué perdida estás! Ya no vienes a visitarnos, ¿eh?

—Es que tengo mucho trabajo, amor. —El hombre hace una mueca y ella, coqueta, le da un beso corto en los labios—. Te prometo que me escaparé a veros un día. ¿Cómo voy a olvidarme de los que me abrieron las puertas a este mundo?

Me quedo en un discreto segundo plano mientras veo la escena, algo descolocado. *Vaaaale*, le ha dado un beso a ese hombre… ¿Quizá hayan tenido algo en un pasado? Cuando el hombre en cuestión suelta a Shanya, la manga de la chaqueta se le levanta lo justo para mostrar que tiene un tatuaje en el interior de la muñeca. Parece… ¿un tiburón? Sí, eso parece. Nunca dejará de sorprenderme que este tipo de hombres pueden llevar tatuajes, piercings y hasta escarificaciones. Por un momento, me imagino a Levi con tatuajes por los brazos y varios piercings y casi se me escapa una risa. ¡Estaría la mar de raro!

Shanya saluda al otro hombre con dos besos y la misma sonrisa y luego se gira hacia mí, así que me tenso un poco por inercia.

—Drake, Joseph, este es Takeshi Bennet, mi compañero de rodaje. Take, estos son Drake Grisham, director del departamento de nuevas estrellas emergentes de *Amethyst Records,* y Joseph Mason, uno de los directores de casting de la empresa. ¡Es de los que más estrellas trae a Amethyst!

—Así que tú eres el nuevo noviete de Shanya, ¿eh? —El tal Drake me estrecha la mano con firmeza. Asiento con suavidad, y mientras estoy saludando con otro apretón a Joseph, abraza a Shanya y le agarra el culo con firmeza—. Tienes una buena presa entre tus garras. Aprovéchala, que hay pocas como ella.

Su comentario y su actitud me dejan muy descolocado, pero como Shanya se ríe y le golpea el pecho con familiaridad, decido no hacerle mucho caso.

—Qué tonto eres cuando te pones, ¿eh? —Ríe, coqueta, dándole un golpe con la cadera—. ¡Ah, Sakari! —exclama cuando ve salir a la muchacha, que alza la mano al vernos.

—Perdón, tengo que ir a reponer las bebidas de la nevera. ¡Espero veros pronto! —Se aleja correteando y entonces veo algo que no me gusta absolutamente nada. Joseph, el hombre que no está abrazado a Shanya, se gira para mirarla, ladeando la cabeza y esbozando una sonrisa lobuna. Eso me descoloca más y miro a Shanya, que se despide con la mano de la muchacha. Es entonces cuando el susodicho vocaliza algo hacia Drake, este asiente como respuesta y Joseph, sin decir más, se gira y empieza a seguir el camino de la muchacha. Eso no me gusta, doy un paso, dispuesto a seguirle, pero Shanya alarga el brazo para cogerme de la muñeca, deteniendo mi avance.

—¿Vamos a por algo de beber y nos recogemos? Estoy molida. —La miro y ella me sonríe, tan encantadora como siempre. Miro hacia donde se ha ido ese tío, pero ya no lo veo, así que resoplo y asiento con suavidad.

—Está bien…

Nos despedimos de Drake, que me invita, como ha hecho Shanya, a la fiesta de fin de año en *Insomnia*, y tras agradecérselo y aún con una sensación extraña en la boca del estómago, nos alejamos en busca del cátering que nos dijeron que habría para beber algo antes de regresar.

Cuando por fin nos vamos, son pasadas las once de la noche, llevan casi doce horas de *streaming*, y la recaudación ya supera el medio millón de dólares. A pesar de ese pequeño evento que me hizo sentir incómodo, gracias a esta invitación —y a Shanya, por supuesto—, he podido conocer, en la zona del catering, a un montón de influencers que tienen números mucho más altos en redes que los míos, a chavales que en la pantalla parecen unos locos, pero que cuando se apartan son realmente personas con mucha visión comercial y a algunos de los publicistas y representantes de estudios de videojuegos que jamás pensé que conocería. Todos los influencers son sus propios jefes, y aunque tienen agencias de representantes y agencias de talentos detrás, ellos son los que eligen qué hacer y qué no hacer, lo que puede ser mejor para su carrera y su canal. Me han dejado alucinado, porque siendo más jóvenes que yo, comprenden mucho mejor cómo funciona este mundo. Yo, sin Ryan, su equipo y mis publicistas, estoy seguro de que no daría pie con bola.

Y Shanya, desde luego, ha sido un encanto todo el rato. Aunque hemos estado juntos siempre para mantener las apariencias, nunca ha forzado un beso o un acercamiento en cámara solo por el morbo, sino que ha sabido estar en su lugar en todo momento. Y sí, aunque en la entrevista en directo con todos los que nos estaban viendo ha salido la pregunta de la fotografía que me tomaron el viernes, ella misma ha contestado entre risas sin la necesidad de marcar un territorio que ambos sabemos que no es del otro.

En cuanto el coche se detiene delante de la puerta de mi casa, estoy agotado pero feliz. Me giro hacia Shanya, que parece seguir teniendo la adrenalina a tope, porque no para de moverse en su asiento mientras hace *stories* en su *Instagram*. Nos hemos sacado fotos juntos —de hecho ella misma ha hecho algunas, desde mi móvil para compartir también en mi propia cuenta—, ha hecho algunos vídeos en las *stories* tanto dentro como fuera del evento que ya tienen cientos de miles de visitas y ha contado nuestra experiencia en el *streaming* dando las gracias al equipo y *taggeando* a todos los organizadores.

—Shanya, muchas gracias por invitarme, de verdad —digo en cuanto me desabrocho el cinturón, girándome hacia ella—. Ha sido muy divertido.

—¿Verdad? —Su sonrisa es radiante, y a pesar del cansancio y las horas que han pasado, sigue tan guapa y tan arreglada como si acabase de salir de maquillaje y peluquería—. Sabía que te gustaría.

—No sé cómo agradecértelo.

—Yo sí —dice, guardando el móvil y acercándose peligrosamente a mí con una sonrisa pícara. Yo me pongo rojo y trago saliva, mirando hacia sus labios, maquillados de un precioso color cereza que no se ha movido en toda la tarde. Está preciosa, y para qué negarlo, cada vez que recuerdo nuestro beso en el camerino, me excito. Intento balbucear, decir algo, pero no me sale nada. Al final es ella la que ríe, dándome un beso en la mejilla—. Solo bromeaba, amor.

Pero yo no. Yo… quiero besarla. Sé que no está bien, porque lo que me impulsa es el deseo de quitarme el sabor de Mimi de los labios, y no suelo hacer estas cosas, pero… joder, creo que lo necesito. Tomo a Shanya con cuidado de la mejilla, para su sorpresa, y me acerco a besar sus labios. Como la otra vez, ella no tarda en abrir la boca para que nuestras lenguas se encuentren y

se entrelacen, para que comiencen un baile para el que parecen preparadas.

Shanya se quita el cinturón para poder acercarse más a mí y yo la atraigo, introduciendo la lengua más a fondo en su boca, bebiendo de cada uno de los gemidos que salen de ella, dejando que me recorran hasta que no existe nada más que ella. Y a pesar de que me falta algo, el olor de la primavera, la dulzura de una risa, esto es lo que quiero ahora.

—¿Quieres… quieres entrar? —pregunto, separándome de ella lo justo para que mis labios puedan pronunciar cada palabra.

—Pensé que nunca me lo pedirías.

Su respuesta viene acompañada de un beso más profundo y de su mano rozando mi pecho, arañándolo con cuidado en busca de los botones que poco a poco desabrocha. Con cuidado, abro la puerta del coche para salir, dejando que Shanya le diga al chofer que ya se puede marchar, que no hace falta que la lleve a casa, antes de salir detrás de mí. Sí, no creo que sea muy ético tener al pobre conductor esperando aquí fuera hasta que acabemos de echar un polvo. Además… joder, no, no soy de esos que en cuanto acaban mandan a la chica a su casa, y menos cuando esa chica es una amiga. O algo así.

Nada más entrar en casa, y pese a los ladridos de Bast reclamando nuestra atención, los dos nos enredamos en un nuevo y apasionado beso mientras, a tientas, la conduzco hacia el sofá, donde me dejo caer segundos antes de que ella se coloque sobre mí a horcajadas. Su risa me saca una sonrisa que no tarda en morir con un nuevo y pasional beso. Siento los labios hinchados, pero no tanto como mi polla. Dios, cada roce, cada movimiento que hace sobre mí, provoca que me endurezca un poco más, que vibre bajo mi ropa interior y que consiga que los pantalones parezcan demasiado pequeños. Y ella lo nota, porque no tarda en deslizar la mano entre nuestros cuerpos hasta encontrar el modo de desabrochar el pantalón sin separar nuestros labios. En el momento en el que siento sus dedos, suaves, rozar mi polla, suelto un gruñido a la vez que ella se separa, exclamando.

—¡Dios, Takeshi, eres una caja de sorpresas!

Yo me sonrojo ante su mirada felina y el modo en el que se relame los labios, pero no tengo tiempo de decir nada porque ella vuelve a devorarme con más ansia mientras libera del todo mi miembro de su prisión. Sus dedos recorren el tronco con tanta precisión que siento que me estoy volviendo loco, y cuando por fin libera mis labios, un gruñido de placer escapa de entre ellos a la par que cada fibra de mi cuerpo vibra de placer. Con la mano libre, Shanya empieza a desabrocharme la ropa, pasando sus labios por mi pecho, mordiéndome los pectorales y los abdominales mientras me mira a través de sus gruesas y largas pestañas. Su mirada consigue que mi polla de un bote entre sus dedos, que se humedezca con el líquido preseminal, ansiosa de lo que está por llegar, por que sus ojos me lo dicen todo. Joder, es que me está volviendo loco a pesar de ser otra la que… no, no, estoy con Shanya, tengo que pensar en ella.

En cuanto su boca atrapa mi polla, gimo a la vez que me agarro al sofá. Sus labios recorren todo el tronco de mi pene mientras sorbe de manera apasionada, provocando que el placer me maree, me envuelva y me haga perder la noción del tiempo. Cuanto más juega conmigo, cuanto más veo sus ojos a través de sus pestañas, con esa mirada morbosa que consigue ponerme más cachondo,

más ganas siento de agarrar su pelo y guiarla a mi ritmo. Pero no, no puedo hacer eso, más que nada porque tiene puesta la peluca y podría llegar a hacerle daño si tiro muy fuerte y se la arranco sin querer.

—Shanya, por dios —suplico al final, tomándola de las mejillas y haciendo que se incorpore para volver a besarla. Mis manos enseguida se cuelan bajo su falda, acariciando sus torneados muslos en busca de su ropa interior, de la cual tiro de manera tan lenta que puedo sentir cómo tiembla de impaciencia. Ella está de pie, frente a mí, con las braguitas ya en el suelo y sus labios sobre los míos. Entreabre las piernas cuando una de mis manos se cuela para buscar el secreto de su placer, para acariciar su coño y buscar ese pequeño botón que sé que la hará gritar de placer. Y no me equivoco, porque en cuanto mis dedos se cuelan en su humedad y dan con su clítoris, se aparta de mis labios para gemir, posando su frente sobre la mía. Me llama una y otra vez, y yo me hago de rogar, acaricio sus labios vaginales con los dedos, presiono su clítoris cuando la noto temblar pero en ningún momento llego a introducirme dentro. Es ella la que, con un gruñido de impaciencia, agarra mi mano y busca la manera de que mis dedos se entierren en su coño. Es ella la que se balancea, aun estando de pie, para que lleguen lo más hondo posible, para que lleguen a tocar esos puntos que la volverán loca. Y yo obedezco a su petición, sintiendo cómo las paredes de su sexo aprietan mis dedos, cómo busca más, cómo se deslizan sin problema. Está follándose con mis dedos, y me parece de lo más erótico. Y cuando parece estar a punto de desfallecer, los saco, provocando que me mire casi con odio, con rencor, lo que me hace reír.

—Takashi, eres…

—Shhhh, ahora viene lo mejor —le digo mientras vuelvo a atrapar sus labios entre los míos y la obligo a sentarse de nuevo sobre mí, a horcajadas. Nuestros sexos, entonces, se rozan, sin llegar a conectarse. Siento cómo mi polla se desliza sin problemas entre sus labios vaginales, cómo estos la empapan, la preparan para lo que ambos deseamos. Dios, estoy a punto de explotar, así que muerdo sus labios con suavidad, mirándola a los ojos.

—Los condones que llevo en el bolso creo que no te van a valer —me dice, entre risas, volviendo a balancearse sobre mí, gimiendo.

—Ahhh… Sí, espera. —Apenas soy capaz de pensar, pero acabo por estirar el brazo para abrir el cajón de la mesita auxiliar y sacar de allí una caja de preservativos que, por suerte, no están caducados. Muerdo el envoltorio de uno, sacándolo, pero antes de que pueda proceder a ponérmelo, ella me lo quita de las manos y, con una sensualidad que hace que vuelva a gruñir, envuelve mi polla con el condón antes de sentarse e introducirme en su interior.

Los dos gemimos a la vez. Soy capaz de sentir su calor incluso a través del condón, y me sorprende ver que mi miembro, a pesar de sus dimensiones, entre con tanta facilidad. Ella parece disfrutar, porque se queda quieta unos segundos, con los ojos cerrados y mordiéndose los labios en una escena de lo más sensual, antes de comenzar a moverse. Cabalga como una experta amazona, agarrándose a mi cuello y besándome con rabia mientras mis manos guían su movimiento, agarradas a sus preciosas nalgas. Embisto hacia arriba cuando el placer vuelve a tomar el control, buscando una mayor velocidad y contacto, buscando explotar por fin, dejar salir cada punzada de placer y todo el dolor que llevo escondiendo estas últimas semanas. Lo necesito, necesito sacarlo todo fuera.

Y cuando eso sucede, mientras que ella parece satisfecha y se deja caer contra mi pecho, yo me siento, de repente, totalmente vacío. Como si en mi interior hubiese, de repente, una sala totalmente blanca, sin nada en absoluto, solo conmigo en medio, perdido y sin saber por dónde empezar a decorarla. ¿Es así como siento mi vida, vacía? ¿Como me hace sentir el sexo?

—Ha sido increíble —dice Shanya cuando por fin recupera el aliento, mirándome y robándome un breve beso que me saca de mis pensamientos. Yo sonrío y asiento—. Espero que estés preparado para una segunda ronda, porque no pienso desaprovechar este cuerpo.

No puedo evitar soltar una pequeña risa y, con cuidado, me levanto con ella, saliendo de su interior, pero sin soltarla en ningún momento. Sí, ¿por qué no seguir disfrutando de la volatilidad del sexo y de aquello que ahora mismo me ofrece? El vacío que siento solo es un segundo, luego todo vuelve a aparecer y parece un sueño. O una pesadilla. No lo sé, pero no quiero pensar. Ahora mismo solo quiero enterrarme en el cuerpo de Shanya, beber de su placer, oírla gritar mi nombre con tanta desesperación como mi corazón grita el de Mimi. Porque es lo que necesito. Porque si me paro a pensarlo, estoy seguro de que acabaré más hundido en la mierda de lo que he estado nunca. Así que, con ella en brazos, subo a mi habitación y vuelvo a dejarme llevar por el torbellino de sexo salvaje y apasionado que Shanya me ofrece.



—¡Tita, tita, ahí están!

En cuanto mi sobrina ve salir a mis padres por las puertas con sus maletas, se suelta de mi mano para correr a los brazos de mi padre, que no duda en soltar la maleta para coger en brazos a su pequeña nieta y cubrirla de besos, lo que hace reír a Nelly. Mi madre, a su lado, le regaña por acaparador a la vez que aparta un poco las maletas para que no entorpezcan el paso de los demás viajeros que, como ellos, vienen para reunirse con su familia.

Aprovecho para tomarme unos segundos para mí y ver la estampa desde lejos. Sé que tengo mala cara a pesar del maquillaje que llevo, y es obvio que mi madre, en cuanto me vea, me va a preguntar. Al final me pasé la noche del viernes y gran parte del sábado en casa de Naisha regodeándome en mi propia mierda. Aparecí en su casa, llorando como una descosida, con el maquillaje corrido y casi sin poder hablar, cerca de las diez de la noche. Estuve dando vueltas por Los Ángeles durante casi dos horas hasta que al fin me decidí a poner rumbo a Lafayette y contarle a Naisha lo sucedido. Creo que aunque no lo diga, sabe de sobra por lo que estoy pasando y lo veía venir desde hace tiempo. Y sin embargo, allí estuvo ella, paciente, sin juzgarme, escuchando todo lo que tenía que soltar y acunándome contra su pecho cada vez que me derrumbaba. No quería echarle todo esto encima a Chris con lo que está pasando y ella ha sido todo un apoyo.

—¿Qué pasa? ¿Que nuestra hija no va a venir a saludarnos?

La grave y potente voz de mi padre me hace salir de mis pensamientos y me acerco con una sonrisa, refugiándome entre sus fuertes brazos en cuanto llego. Chris ha salido a él, desde luego, al menos en tamaño. Aunque mi padre ahora tiene más de fofo que de fibrado, y su cabello castaño casi está blanco, incluído su poblado bigote. Como siempre, huele a hierbabuena y a tabaco, y aunque no es que me guste, es un olor que, mezclado, hace que me sienta protegida.

—Estaba dejando que disfrutáseis primero de vuestra princesa —respondo, poniéndome de puntillas para besar su mejilla—. Estáis estupendos, ¿no? ¡Mejor que yo!

—¡La tita me ha regalado un bolígrafo que tiene luces! —cuenta Nelly, que está ahora en brazos de mi madre.

—¿Todavía sigues con tus bolígrafos con luces, Mimi? —Chasquea la lengua mientras niega. Ella es más bajita; desde luego, he salido a ella. Aunque mi madre es más rubia y tiene el pelo lacio, tiene los ojos grandes y verdes y la cara redondita. De hecho, vistas de cerca, Nelly también se parece mucho a ella, solo que tiene los ojos grandes y almendrados como su madre.

—Y los de pompones. A ver si piensas que después de treinta años voy a cambiar, mamá. —Beso su mejilla y me adelanto a coger una de las maletas, ya que mi padre ha cogido la grande y la bolsa de flores que siempre acompaña a mi madre—. Vamos, que el parking del aeropuerto es carísimo y tenemos un rato hasta que lleguemos a Pasadena.

La cena con mis padres, una vez llega Chris, es muy entretenida. Tener a John y a Marian Taylor en casa es ser testigos de un montón de pequeñas discusiones que nunca llevan a nada, un montón de gritos de mi madre porque mi padre le hace cosquillas cuando menos se lo espera o la dulce música de las carcajadas de Nelly porque mi padre está tirado por el suelo haciendo el tonto con ella. Sí, mi padre, que ha sido guarda de seguridad toda su vida, y que ahora dirige una pequeña empresa privada en Nueva York de lo mismo, tirado por el suelo y rodando como una croqueta de casi dos metros. Además, como no habíamos decorado la casa aún, los dos se han pasado la tarde con Nelly poniendo el árbol, colgando espumillón por todos lados y cantando villancicos sin parar. Tenerlos en casa es un regalo; han conseguido hasta que casi olvide todo el tema de Jun y de Takeshi.

—No te creas que no he visto esas ojeras que llevas —dice mi madre mientras estamos fregando los cacharros. Hoy han cocinado mi padre y Chris, así que nos toca a nosotras limpiar—. ¿El trabajo bien? ¿O es por otra cosa?

Mi madre siempre tan perspicaz.

—El trabajo muy bien, ya te dije que me encantaba la oficina. Es un trabajo tranquilo, me pagan muy, muy bien, y mi compañera es encantadora.

—Así que tiene que ver con Jun, ¿eh? —Creo que me pongo roja hasta las orejas porque mi madre suelta una pequeña risa—. Ya. Eres tan fácil de leer como siempre.

—Ni que llevara años fuera de Nueva York, mamá —me quejo y al final resoplo, negando—. Eso… eso ha terminado.

—¿Y estás bien?

—No, pero… se me pasará. —Me acerco a besar su mejilla, con suavidad, antes de que ella me abrace contra su pecho, llenándome el pelo y la ropa de lavaplatos—. ¡Mamá!

—No me seas quejica. Ahora te duchas y se quita —me dice, besando mi frente.

—Mañana por la mañana me gustaría ir a agradecerle a Naisha cómo se ha portado conmigo estos días. ¿Os importa si…?

—Ve —me corta, volviendo a enjabonar los platos con la misma energía de siempre—. Tu padre y yo estamos cansados, así que preferimos pasar la mañana tranquilos en casa e ir a comprar todo lo de Navidad por la tarde con Nelly.

—Gracias, mamá.

Ella no contesta, solo esboza una media sonrisa y niega con un suave movimiento de cabeza. No sabía cuánto había echado de menos tenerla cerca hasta ahora que han venido. Antes, en Nueva York, los veía varias veces a la semana y, como mínimo, comía con ellos los sábados y podía contarles todo. Ahora… ahora los tengo lejos y los echo mucho de menos.

❁❁❁

Al final he venido a la oficina con Nelly. En cuanto esta mañana, tras desayunar, le he dicho que iba a ver a Naisha para llevarle unos dulces, me ha mirado con esos grandes ojillos que tiene, me ha dicho que quería volver a ver a *«la princesa Jasmine»*, y no he podido negarme. Así que he pedido un pase de invitada para ella y las dos pasamos por los tornos para ir hacia el ascensor.

Cuando me quiero dar cuenta, Nelly se ha convertido en la sensación de la entrada. Con sus dos coletitas, sus grandes ojos, su abrigo rosa chicle y la piruleta en forma de corazón que lleva en la mano, no para de despertar sonrisas, miradas y saludos por todos lados. Hasta los guardas de seguridad se han acuclillado para darle la bienvenida. ¡Menudo éxito tiene! Aunque con esa sonrisa tímida y esos ojazos, lo raro es que no consiga de nosotros todo lo que se propone.

—¡Nai! —Para variar, Nelly se escapa de mi mano para correr hacia Naisha en cuanto entramos por la puerta del despacho. Naisha, sorprendida, gira la silla para poder coger a mi sobrina y sentarla sobre sus piernas, con una gran sonrisa. Mientras, aprovecho para colgar su abrigo y el mío en la percha que hay al lado de la puerta.

—¡Pero menuda sorpresa! ¿A qué se debe esta visita?

—La tita quería traerte dulces y yo quería verte. —Tras meterse la piruleta en la boca, Nelly apoya la cabeza sobre el pecho de Naisha y esta besa su cabeza con ternura.

—Espero que no te interrumpamos. Iba a venir sola, pero bueno… Soy incapaz de negarle nada a esta bribona.

—No, no —contesta ella, alzando la mirada y dedicándome una de sus tranquilas sonrisas—, hoy tenemos poco trabajo. Estamos ultimando algunas cosas para las líneas de primavera, pero nada más. Así que me viene de lujo que hayáis venido a hacerme la mañana un poco más amena.

—Dice la tita que aquí tenéis muchas cosas de colores bonitos. —Nai y yo nos echamos a reír, y ella no tarda en levantarse, con mi sobrina en brazos, para ir hacia uno de los armarios.

—Sí, y mira, tenemos también colonias de las princesas *Disney*, y de *Ladybug*. ¿te gustan?

En cuanto Nai la deja en el suelo y abre el armario, mi sobrina suelta un gritito de emoción y se acerca a ver todos los frascos que tiene allí expuestos, algunos en sus cajas sin abrir incluso. Acerca su manita, con mucho cuidado, como si tuviera miedo de que desaparecieran o se rompieran al rozarlos. Nai la observa con una sonrisa, así que yo aprovecho para acercarme a ella

y tenderle la bolsa de regalo que llevo en las manos.

—Quería agradecerte lo del otro día —le digo, dejando que ella coja la bolsa, sorprendida—. Fuiste muy amable no solo al abrirme las puertas a esa hora, sino al dejarme pasar allí tanto tiempo.

—Mimi… —Niega, con suavidad, antes de acercarse a darme un abrazo de los suyos, dulce y reconfortante, con ese aroma a sándalo que ya solo relaciono con ella—. No iba a dejarte allí tirada en ese estado. Hace pocos meses que nos conocemos, pero ya te tengo mucho cariño. Me rompe el corazón verte mal.

—Nai… —Tengo que aguantarme las lágrimas, porque escuchar esas palabras me ponen muy sensible. O bueno, puede que esté muy sensible estos días—. De verdad, no sabes lo que…

—¡¡Tú, capullo, abre la puerta!! —Varios golpes en la puerta del despacho de Levi y unos potentes gritos cortan la conversación y consiguen que las tres miremos hacia la puerta—. ¡¡Sé que estás ahí!! ¡¡No me jodas y abre!!

Las tres, incluída mi sobrina, salimos a la carrera por el pasillo hasta la entrada principal del piso. Nai y yo soltamos un grito de sorpresa cuando vemos allí mismo, golpeando la puerta de Levi con rabia, a Isis Jackson. Su cabello platino, largo como el de Rapunzel, lo lleva recogido en una coleta alta y voluminosa de la que sobresalen varias mechas de colores, lo que destaca sobre sus pantalones negros llenos de cadenas y su camiseta de media manga, del mismo color y con varios rotos que dejan ver parte de su piel. Además, gracias a esto, pueden verse los tatuajes que lleva por ambos brazos. Ha dejado la cazadora sobre el mostrador donde trabajo, y a pesar de su poca altura, ahora mismo da más miedo que los guardias de seguridad de la entrada.

—¡Ah! ¡Es Isis Jackson! —grita de repente mi sobrina, agarrada a mi pierna y con los ojos brillantes de emoción. Es gracias a ella que Isis, por fin, se da cuenta de que no está sola. Nos mira, con cara de pocos amigos, con una ira que no había conocido antes, pero su expresión se relaja enseguida al reconocernos.

—¡Anda! Pensaba que estabais de vacaciones —dice, señalando hacia la puerta—. ¿Está el gilipollas del jefe?

Las tres mantenemos el silencio, más por la impresión que otra cosa. Aunque bueno, a Nelly la noto temblar y creo que es porque no se esperaba, ni de lejos, ver a la sensación del momento para ella. Y como las tres estamos en silencio, Isis repara en mi sobrina, así que sonríe, se acerca, se acuclilla y le tiende una mano llena de anillos, pulseras y un par de tatuajes.

—¡Hola, lindura! Soy Isis, ¿y tú?

—N-Nelly —contesta, tímida, mientras se abraza más a mi pierna, vergonzosa, mirándola con los ojos muy abiertos.

—Vamos, Nelly, saluda a Isis. ¿No te gusta su música? —Intervengo yo, dándole un pequeño golpecito en la cabeza. Ella me mira, asiente, vuelve a mirar a Isis y, al final, se acerca para agarrar su mano, con suavidad.

—¡Así que te gusta mi música! —exclama Isis, emocionada—. ¡Hala, qué bien! Pues me hace muy feliz saberlo, Nelly. ¿Y te sabes las canciones?

Mi sobrina asiente, aún alucinada, justo cuando se escucha el seguro de la puerta del despacho de Levi y cómo esta acaba abriéndose, apareciendo él con cara de pocos amigos. Creo que nunca hasta ahora le he visto enfadado, y mejor, porque el fuego que reflejan sus ojos negros no me gusta nada.

—¿Se puede saber a qué venía ese alboroto? —Pese a su voz tranquila y su tono, como siempre, bajo y grave, hay frío en cada una de sus palabras. Un frío que consigue que Isis sonría más aún.

—Tápate los oídos, Nelly, que esto va a ser cosa de mayores.

Tras decir eso, Isis se levanta y, airosa, camina como un huracán hacia Levi sin importarle que estemos delante. Yo, precavida, hago caso a Isis y le tapo los oídos a mi sobrina. Y menos mal que lo hago, porque lo que se viene a continuación es, desde luego, un verdadero tsunami.

—¡Tú, capullo! ¡¿Qué clase de amigo de mierda eres?! —De nuevo esos gritos, como una tormenta, que consiguen hacerme temblar. Nai, al igual que yo, está anclada al suelo. No sabemos qué pasa, no deberíamos estar aquí, pero somos incapaces de movernos. Aunque creo que con estos gritos acabaríamos enterándonos de todo.

—¿A qué viene eso? —El señor Van der Boss, desde luego, parece descolocado, aunque no menos enfadado.

—¿De verdad no tienes ni puta idea? —Isis saca su móvil y, tras rebuscar en él, le enseña algo, una foto—. ¡Está con ella! ¡En su cama! ¡No me jodas, tú!

—No me llamo “tú”, sino Levi —replica nuestro jefe, cogiendo el móvil de Isis para ver mejor lo que le enseña. Y su ceño fruncido no me gusta mucho—. Bell…

—¡Sí, Bell! ¡Lleva desde ayer subiendo fotos con él como si fueran una puta pareja de verdad!

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Un momento… Bell… ¿Se refiere a Takeshi y a su chica? ¿Le está… le está engañando? Parpadeo, miro hacia Naisha, que tiene la misma cara de estupefacción que yo, y tras mirarnos, ambas volvemos a mirar hacia Levi e Isis, la cual arremete contra él dándole varios golpes en el pecho con el dedo. Es mucho más bajita que nuestro jefe, le llega a la altura del pecho, y aun así me da mucho más miedo que Levi ahora mismo.

—¡Tiene que ver que eres su puto amigo, joder! ¡O eso se supone! ¿No ves que esto le va a salir mal? Takeshi es un cacho de pan ¡y esa zorra es parte de Amethyst Records! —Abro los ojos como platos.

—Ha sido su decisión. Si él quiere…

—No, no quiere —le corta ella, resoplando—. Cuando hablamos en mi casa, no estaba seguro de

mentir a la prensa, de hacer que se levantaran rumores sin fingir que son pareja. Pero esto es diferente. Fingen. Se ha metido en su casa. ¡Joder, que le ha hecho una foto casi en bolas sobando y ahora mismo todo dios piensa que viven juntos!

—Yo no puedo hacer nada, Isis. Si él ha accedido, tenemos que aceptarlo.

—Le va a hacer daño. Todo esto le va a explotar en la cara, Levi —insiste Isis. Y de repente, parece derrotada, parece tan pequeña como es. Y hasta cuando le mira a él, cuando desvía incluso la mirada hacia nosotras, parece suplicante.

—No lo sabes.

—Lo sé. Va a acabar muy mal —responde, apretando los puños—. Esta industria hace lo que quiere contigo, juega con tu vida y te reduce a ser un puto producto.

—Isis, solo fingen salir, no sé qué…

—Da igual. —Le arrebata el móvil de la mano antes de alargar la otra—. Dame tu teléfono.

—¿Cómo? —Nuestro jefe parpadea, incrédulo.

—¡Que me des tu puto teléfono, hostia!

Ay, menos mal que le he tapado los oídos a mi sobrina, porque madre mía la de perlas que suelta esta muchacha por la boca. Pero… joder, si lo que dice es verdad… ¿Takeshi no está con esa chica? ¿Es solo un montaje? ¿Y… puede acabar mal para él? Ahora sí que empiezo a preocuparme, y creo que Naisha lo nota, porque posa la mano sobre mi espalda, con suavidad. Levi, tras un titubeo y varios golpes por parte de Isis en el pecho, le acaba dando su móvil a regañadientes. Ella, tras trastear un poco, parece apuntarle algo. Su teléfono, porque enseguida se hace una llamada perdida.

—Ahora te tengo fichado. Y si alguna vez te llamo, sea la hora que sea, y estés haciendo lo que estés haciendo, más te vale cogerlo y hacerme caso, porque Takeshi nos va a necesitar.

Le tiende el teléfono, casi con rabia, antes de girarse, dejando a nuestro jefe clavado delante de la puerta de su despacho, y acercarse a nosotras con una sonrisa, como si su estado de ánimo fuese tan volátil como los colibríes que van de una flor a otra. Se acuclilla frente a mi sobrina, a la cual le destapo los oídos, y le tiende de nuevo la mano, la cual mi sobrina coge sin pensar, con una sonrisa tímida.

—¿Qué? ¿Nos bajamos las cuatro a beber una Coca-cola y a que esta belleza me diga lo que más le gusta de mi música?



@LosAngelesPost ¡Noticia bomba! Parece que la pareja de moda ha dado el siguiente paso. ¡Las fotos privadas de Bennett y Bell! ¡Haz click en el link para verlas!

@ClubDeFansBennett @LosAngelesPost @TakeBennett_ @BellShanya ¡OMG! ¡No nos lo podemos creer! *#Bennell* es más real que nunca!

@BellissimasCF @ClubDeFansBennett @LosAngelesPost @TakeBennett_ @BellShanya Y ella *#bellissima* como siempre hasta sin maquillaje! *#Nofilter #ShanyaReina*

@SusyLauQueen @ClubDeFansBennett @LosAngelesPost ¡Joder! ¿Pero habéis visto esos brazos? ¡Yo dejaba que me empotrase contra la pared! *#AdiósBragas*

@ToniTatoo82__ @ClubDeFansBennett @LosAngelesPost Ufff, yo le daba a Shanya. Esas tetas son gloriosas!

@BellissimasCF @ToniTatoo82__ @LosAngelesPost Qué asco. Shanya es más que un cuerpo!

Las últimas *stories* de Shanya han sido una locura mediática. El domingo, mientras yo dormía, hizo varias fotos y varias stories en la cama donde se me veía de refilón —cosa que no me gustó, pero cuando me di cuenta ya era tarde—, y enseguida saltaron las alarmas. Mi publicista y Ryan me llamaron para decirme que las redes se habían vuelto locas, que ni se me ocurriera desmentirlo porque esta publicidad nos venía muy bien a los dos, que le escribiera algunos tweets y que compartiera las stories de Shanya en las mías..., En fin, una auténtica locura. Cuando por fin terminé de contestar a todos y de hacer caso, como siempre, a mi equipo, me di una ducha rápida al ver que Shanya no estaba en la cama y bajé, algo más espabilado, al piso de abajo. Y fue allí donde me la encontré: Shanya seguía en casa, con una de mis camisas puesta a

modo de vestido, y haciendo tostadas francesas mientras canturreaba canciones de Taylor Swift. Al final terminamos por desayunar y comer juntos en casa, y se fue pasadas las cinco porque tenía que preparar varias cosas de cara a las navidades.

—¿Vendrás entonces conmigo a la fiesta de Insomnia en Nochevieja? —me preguntó en la puerta, embutida en su abrigo y con el disfraz del día anterior puesto debajo. Fuera, su uber ya la estaba esperando.

—Claro. Supongo que ahora tendremos que hacer más apariciones juntos, ¿no?

—¡Genial! Pasaré a buscarte, amor. ¡Feliz Navidad! —Me dio un rápido beso en los labios y salió corriendo hacia su uber, despidiéndose con la mano una vez estuvo dentro.

Hoy por fin es Nochebuena y, como mis otros hermanos y mis padres han decidido pasarla por su cuenta, he invitado a Jun a cenar a casa porque, al contrario de lo que pensaba, me dijo que pasaría la noche solo. He preparado de picoteo unos nachos con guacamole casero y un Hummus con pimentón picante porque sé lo que Jun lo adora; de primero me he decantado por una ensalada variada y he traído varias salsas para que él pueda elegir la que le gusta —yo adoro la salsa César, es un vicio para mí—; y de plato principal solomillo de cerdo al horno con salsa de cerveza, miel y castañas. No sé cómo saldrá esto último, pero tenía buena pinta cuando lo busqué en Youtube.

Me dejo caer en el sofá, esperando a que Jun llegue, para poder mirar mis notificaciones en las redes y en Snapchat. Felicito la navidad a mis seguidores, y tras titubear un poco, soy yo quien acaba escribiendo un tweet para Shanya felicitándole la Navidad y diciéndole lo mucho que la echo de menos. Enseguida vuelan los likes y los retweets, y tengo que entrar en el perfil de Shanya para ver si me responde o comparte mi felicitación. Y sí, un par de minutos después, cita mi felicitación con un pequeño texto encima:

«Tengo o no tengo el mejor novio? <3 ¡Feliz Navidad, amor! ¡Te echo de menos!»

Lo que le gusta a la gente todo esto. Cuanto más interaccionamos en las redes, más seguidores tenemos, más fans se atreven a escribirnos y más expectación levantamos. Ryan tenía razón: hacerle caso está haciendo que mi popularidad suba como la espuma.

Es justo, mientras pienso en esto, cuando entra un mensaje de Snapchat de Isis. Llevamos varios días sin hablar, así que me alegra ver que no está enfadada. O a lo mejor lo está y quiere hablar de ello. Estará que echa humo con las últimas fotos que tengo con Shanya y con los mensajes que le mando en las redes. Y puedo entenderlo: sé que se preocupa por mí y que cree que todo esto lo único que hace es ponerme una máscara, hacerme ser quien no soy. Pero… joder, no sé, todo esto me ayuda a no pensar en Mimi, en Jun y en el beso en el ascensor, porque cada vez que lo hago, me siento una auténtica mierda.

ISIS

«Hey, Take, cómo va? Te vienes a casa en Nochevieja, ¿no?

Ya sabes: birras, pizza, música en directo y buenos colegas.

¡Oh! Y, por supuesto, un puñado de M&M's»

Siento, de repente, un pinchazo en el pecho que me hace agachar la cabeza. Mierda, siempre me invita antes de que llegue Navidad y pensé que estaría cabreada y… dios, me duele tener que decirle que no, pero ya me he comprometido con Shanya, ha confirmado nuestra asistencia y, por lo visto, dice que en la entrada habrá algo de prensa porque es también un evento bastante importante, así que… no puedo dejarla tirada ahora. Si no voy con ella, saltarán las alarmas por todas partes y más tras lo de estos últimos días.

Me echo el pelo hacia atrás, algo agobiado. Ahora mismo… ahora mismo me siento mal teniendo que dejar a Isis, algo real, una amiga de verdad, por mantener una mentira. Pero bueno, Shanya… se ha vuelto también una amiga en estas últimas semanas, así que…

—Mierda… —resoplo. ¿Por qué es esto tan complicado? Sé que Isis nunca se enfadaría por no poder quedar con ella, aunque rompamos una tradición, entonces… ¿por qué me siento como una mierda? ¿Por qué siento que estoy traicionando a mi mejor amiga?

TAKESHI

«Lo siento, Isis, tengo un compromiso. Nos vemos otro

día?»

Miro el móvil, impaciente, a la espera de su respuesta. Justo entonces entra un nuevo mensaje en Snapchat, pero esta vez de alguien que no me esperaba: Mimi.

MIMI

«¡Feliz Navidad, Take! Espero que hayas sido bueno y que

Santa te traiga muchos regalos. ¡Un beso de la familia

Taylor!»

Junto al mensaje hay una foto adjunta donde Mimi sale con su hermano —dios, sí que está cambiado, no lo recordaba así—, sus padres, a los cuales recuerdo con cariño, y una pequeña con un gorro de Santa, a juego con el de Mimi, que sonríe a la cámara muy feliz. Miro la hora, porque de repente tengo muchas ganas de coger el coche y refugiarme en esa casa, pero Jun está a punto de llegar. Además, si Jun no ha ido a pasarla con ellos siendo el novio de Mimi… yo no soy quién para aparecer de repente. Y menos después de...

—No, no, Take, no vuelvas a pensar en eso —me reprendo, en voz alta, a ver si así me hago un poco más de caso por una sola vez. Decido estirarme un momento y contestar a Mimi.

TAKESHI

«Feliz Navidad! Vaya fiesta tenéis montada! Yo he sido

muy bueno, así que espero que aparezcas esta noche en mi

casa con un lazo en la cabeza :P»

Me arrepiento nada más enviarlo. ¿Pero qué coño le pasa a mi cabeza? ¿Es que no puedo pensar bien las cosas antes de hacerlas? Nunca me había pasado esto nunca había metido la pata tantas veces y a tantos niveles a la vez. Lo peor es que el simple hecho de imaginar a Mimi, con sus curvas, envuelta tan solo con una cinta roja que acaba en un enorme lazo en su pecho me pone malísimo. ¡Pero que ahora es mi cuñada, joder! ¡Y hace apenas unos días me acosté con Shanya! ¿En qué clase de lío me he acabado metiendo?

La melodía de *Hurricane* de *Thirty Seconds to Mars* hace que dé un salto en el sofá y el móvil casi se me caiga de las manos. Veo, en la pantalla, la foto de Mimi que tengo puesta para cuando me llama, así que me quedo pillado unos segundos. Joder, ¿le habrá molestado lo que le he dicho? ¡Si es que soy idiota! Al final descuelgo, llevándome el móvil a la oreja casi con miedo.

—¿Sí?

—Hollywood te está pervirtiendo. —Escuchar su voz, burlona, al otro lado de la línea, hace que me relaje y me deje caer contra el respaldo del sofá—. ¿Qué es eso de que aparezca con un lazo en tu casa?

—A ver si la que se ha pervertido sola eres tú, Mimi —respondo con una sonrisa. De fondo puedo escuchar las risas de su sobrina, a su madre gritando a John y a este riendo a carcajadas por alguna cosa que ha hecho. Su casa siempre era cálida y sus padres siempre me recibieron con los brazos abiertos. Me encantaba ir a casa de los Taylor—. Yo decía que te pusieras un lazo en la coleta, como el de los regalos.

—Ah, bueno, entonces tendré que perdonarte esa insinuación. —No puedo evitar reír con ella—. Oye, ¿todo bien?

—Sí, claro, todo perfecto —contesto. ¿Habrá visto las noticias? Sí, claro que sí, qué tonto soy al pensar que no lo ha hecho—. ¿Y tú? ¿Todo bien? —Dios, qué conversación para besugos.

—Sí, ya lo has visto. Tenemos la casa a tope —contesta con una nueva risa—. Estoy durmiendo en el sofá porque mis padres duermen en la cama de Chris, y Chris en la mía. Pero es cómodo, así que no puedo quejarme.

—¡Take, chaval, a ver si vienes que no te veo desde que eras más bajito que mi hija! —grita de fondo John, lo que me hace reír aún más.

—¡Ay, papá, no me grites en el oído!

—Eres tan exagerada como tu madre, hija —se queja él, con esa voz potente y autoritaria que recuerdo que me impresionó y asustó la primera vez que fui a su casa—. ¡Cuidado, princesa, que aquí llega el dragón!

—¡Ahhhhh, noooo, papiiiii!

—Perdón, esto es el pan de cada día ahora. —Pese al suspiro de Mimi, se nota que está feliz, y yo siento un poco de envidia por esa felicidad, por esos momentos tan reales y genuinos, tan simples y a la vez tan importantes en la vida—. ¿Tienes plan para esta noche?

—Sí, Jun viene a cenar.

—Oh… claro. —Hay un ligero cambio en su voz que me descoloca, pero antes de que pueda preguntar, ella continúa—. Espero que lo paséis bien. Y bueno, si un día puedes y quieres pasarte por casa, mis padres se quedan hasta el diez de enero y ya ves que les encantaría verte.

—Será un placer acercarme. —Y sí, lo digo de corazón. Joder, echo de menos la familia que habíamos creado juntos aunque solo fuéramos unos críos—. Feliz Navidad, Mimi.

—Feliz Navidad, Take.

Cuando cuelga, todo parece quedarse más silencioso de lo que estaba antes, como si al hacerlo, se hubiese llevado todas las risas y la alegría de la navidad. O quizá es que aquí ya no tienen cabida y tan solo se me permite atisbar todos esos sentimientos, no sentirlos. Vuelvo a mirar la pantalla del móvil, percatándome de que tengo una nueva notificación de Snapchat. Abro corriendo la aplicación y leo, con tristeza, la respuesta de Isis.

ISIS

«Ok. Nos vemos el año que viene :)»

Jun llega pasadas las diez y media de la noche. Sé que hoy trabajaba de turno de tarde, así que ya me dijo que entre que se cambiaba y venía hasta aquí llegaría un poco tarde, pero no es como si me importase, la verdad. Estoy acostumbrado a que mis horarios no hagan más que cambiar. Nada más aparcar y entrar en casa, me da un abrazo y deja el abrigo sobre el sillón, disculpándose, de nuevo, por haber llegado tan tarde. Lo veo… raro, algo apagado incluso.

—¿Ha sido dura la guardia? —le pregunto tras señalar la mesa para que se siente. Él lo hace, abriendo una cerveza fresquita que coge del cubo con hielos que hay sobre la mesa mientras yo voy a la cocina a por los entrantes.

—Como siempre, ya sabes. Parece que ahora con las pistas de patinaje sobre hielo hay más roturas de huesos que de costumbre.

—Mira quién fue a hablar: el que se partió el brazo por hacer el idiota en Central Park. —Puedo escuchar su risa desde aquí.

—Touché —contesta—. ¿Y tú? Bien por lo que veo en twitter. Anda que enterarme de tu romance por las redes en vez de por ti mismo…

Siento que enrojezco mientras salgo de la cocina, dejando delante de él los dos platos con los nachos y el guacamole por un lado, y el hummus y los colines por otro. Jun tarda un segundo tan solo en lanzarse a probar el hummus, dándome su aprobación al instante. Vuelvo hacia la cocina para ir a por la ensalada, tomándome ese tiempo para pensar una respuesta.

—Bueno, bien, pero… A ver, no te creas todo lo que dicen las redes. —Mi madre tiene razón cuando me dice que a veces parezco tonto.

—O sea, que esas fotos de tu novia, recién levantada, donde se te ve durmiendo detrás son mentira, ¿no? —Arquea las cejas cuando me mira, así que dejo la ensalada sobre la mesa y me dejo caer en mi silla.

—Algo así. —Sus cejas se levantan más aún—. Es decir, a ver, sí, soy yo y estábamos juntos en la cama, pero no es mi novia. Es… una estrategia de márketing que se nos ha ido un poco de las manos, nada más.

—Ya…

—No me mires así —gruño, de mal humor, al ver su mirada condescendiente. Quiero a mi hermano mayor, pero odio cuando me mira como si él lo supiera todo, como si fuese mejor que yo en cualquier cosa. Como si yo siguiese siendo un niño de doce años que tiene miedo hasta de salir a la calle.

—¿Así cómo?

—¡Como si fuera idiota! —exclamo, resoplando después—. Mira, yo sé lo que me hago, ¿vale? Y esto es bueno para mi carrera. Gracias a esto he conseguido dos papeles que hace un año ni siquiera podría haber soñado.

—Si es tu decisión…

Prefiero no contestar. Cuando se pone así es insoportable. Quizá debería haberle llamado, haber cancelado la cena y haberme ido a casa de Mimi. De verdad, es que cuando estamos solos, al final todo son discusiones por tonterías. O bueno, mejor dicho, por esa maldita manía que tiene que creerse por encima de los demás por ser el hermano mayor.

Nos pasamos unos cuantos minutos en silencio, cada uno concentrado en su propio plato, hasta que él vuelve a iniciar la conversación. Me cuenta que ha estado hablando por videollamada con Kris, y que le ha prometido venir a Los Ángeles en cuanto pasen los exámenes de la Universidad. También me habla de Callum, aunque de él ya sé todo lo que me cuenta: nos llamamos de manera muy continuada, quizá porque al ser el pequeño se sintió mucho más desapegado de Jun desde siempre y se formó un vínculo algo más fuerte entre los dos.

Cuando llega el plato principal, no ha nombrado a Mimi en ningún momento, y eso me escama un poco. Las otras veces que hablamos por teléfono, siempre me contaba alguna cosa que había hecho con ella, o incluso me preguntaba dónde podría gustarle que la llevase a cenar, pero hoy, sin embargo, ni la ha nombrado. Y ahora que me paro a pensarlo, tampoco la última vez que hablamos por teléfono. Así que, al final, soy yo el que decido hablar del tema. ¿Le habrá contado lo del beso y por eso mismo no me habla de ella?

—¿Cómo está Mimi?

Se tensa. Se lleva un trozo de carne a la boca y lo mastica con tanta calma que me entran ganas de agarrarle de la camisa y zarandearlo para que deje de hacer el capullo. Al final, en cuanto traga, deja escapar un suspiro derrotado.

—Me ha dejado.

Esas tres palabras me golpean como una bofetada. ¿Que le ha dejado? Pero… Mierda, ¿sería por algo de lo que le dije? ¿O quizá…? Ay, joder, es que todo lo que toco tengo que joderlo. Mierda, mierda, ¡mierda!

—Tío yo… lo siento.

—Ha sido mi culpa —continúa, sin hacerme mucho caso. Está tenso, pero sigue cortando la carne como si no hubiera pasado nada, como si lo que estuviese contando no fuese con él—. Yo no supe darle lo que quería, lo que necesitaba, y… creo que le hice daño.

—Jun, joder, te dije…

—Ya, ya, que no hiciera daño a Mimi. Y que si se lo hacía me partías la cara —resopla, apretando con fuerza los puños—. Te juro que me gusta, que quiero estar con ella, y joder, me dolió que me dejase, pero mi cuerpo… No responde.

«No, joder, no me hables de lo que haces con Mimi», pienso, apretando los dientes con fuerza. Si ya me es difícil pensar en Mimi al lado de mi hermano, pensar en cómo ellos… Dios, me empieza a doler el estómago y siento ganas de vomitar.

—Desde que Laureen me dejó, no he sido el mismo. No le he hablado nunca de ella a Mimi, pero creo que sabía que pasaba algo. Joder, la última vez me llevó a Descanso Gardens a ver las luces y…

—Laureen siempre te llevaba allí a ver las luces. —Él asiente y se echa el pelo hacia atrás después de limpiarse las gafas. Aprieto los puños y frunzo el ceño—. Jun… ¿has estado usando a Mimi para olvidar a Laureen?

—¿Qué? —Me mira, con los ojos muy abiertos—. ¡No! ¿Cómo puedes pensar que haría eso?

—No lo sé, ¿quizá porque solo hace cinco meses que te dejó? ¿Porque se comprometió contigo y a los pocos meses se fue de casa? ¿O quizá porque no le hablaste a Mimi de ella?

—¿Cómo sabes…? —Frunce el ceño ahora él, dejando los cubiertos sobre la mesa—. Hablaste con Mimi. Por eso estaba tan rara. ¡Joder, Take!

—¿Cómo que *«joder, Take»*? —exclamo, levantándome de la mesa—. ¡Estaba mal, solo le dije que tuviera paciencia contigo porque lo de Laureen estaba muy reciente! ¿Yo qué sabía que eras un cobarde que no le habías hablado de ella?

—Siempre tienes que joderla.

—¿Disculpa? —Aprieto más los puños. Siento la rabia recorrer mi cuerpo y tengo que hacer grandes esfuerzos para no acercarme a partirle la cara a mi hermano—. Eres tú el que ha empezado a salir con mi exnovia para olvidarte de la tuya. Eres tú el que se ha callado como un cobarde toda la historia de Laureen. Y eres tú el que le ha hecho daño a Mimi. ¿Cómo la he podido joder yo? ¿Consolando a una amiga?

—Aún la quieres. —Su tono, de rabia, hace que yo aún me sienta más cabreado. Hincho el pecho, porque no pienso echarme hacia atrás.

—Sí. Y he sido tan gilipollas de apoyarte con ella a pesar de todo. Me he apartado y hasta le he dicho que Shanya era mi novia solo para no meterme en medio. Por ti y por ella.

Jun se levanta y se acerca hacia mí, así que me levanto también. Le saco unos pocos centímetros de altura y algo más de cuerpo, pero su seriedad impone bastante, desde siempre. No me acojono, no doy un paso atrás, sino que mantengo mi vista fija en la suya.

—Así que tú también le has mentido. —Parece estar regodeándose ahora mismo. Sí, he mentido, claro, pero por ella. Por mí—. Me da igual que la sigas queriendo, Take, porque pienso recuperarla. Sé que ella puede borrar el rastro de Laureen de mi vida, darme lo que necesito para tener una vida plena. Y no pienso dejar que tú vengas con tus historias de niño friki y recuerdos del pasado a robármela. Quédate con tu novia de mentira, fóllatela cuanto quieras, que yo, mientras tanto, le daré a Mimi la vida que tú jamás podrás darle.

No puedo evitarlo. Cuando quiero darme cuenta, Jun está sangrando por la nariz y a mí me duele horrores la mano. Me he estado aguantando todo lo que he podido, pero no, no puedo soportar que hable así delante de mí. No puedo soportar, después de lo que ha dicho, después de ver que

solo la quiere para olvidar a su ex, que quiera recuperar a Mimi y volver a hacerle daño. No, joder, él no vio sus ojos tristes, ni las ojeras bajo ellos. No vio cómo su piel parecía más apagada y cómo se encogía sobre sí misma, como si le hubiera robado toda su luz. Le agarro de la camisa y tiro de ella para encararme con Jun. Me da igual que sea mi hermano, me da igual que esto rompa la relación tan frágil que llevamos años manteniendo. Me da igual, porque no soporto que nadie, ni siquiera mi hermano, dañe a quien quiero.

—Como vuelvas a hacerle daño a Mimi, como la vea llorar por tu puta culpa, te juro que no volveré a considerarte mi hermano.

Él esboza una media sonrisa, apartándose de mí antes de limpiarse la sangre de la cara con la manga de la camisa. Camina hacia su abrigo, el cual coge para ponérselo de camino a la puerta. Una vez allí, y tras abrirla, se gira para mirarme.

—¿No te has dado cuenta de lo niño que eres? Mimi, Isis, Shanya,... las quieres a todas y no tienes a ninguna. Estoy seguro de que eres tú el que más daño haces a los que te rodean, y aun así te haces el héroe y alzas el puño al cielo jurando y perjurando que las protegerás. Si tanto las quieres, si tanto las proteges,... ¿por qué siempre estás tan solo? —Da un par de pasos hacia fuera y, antes de cerrar la puerta, me dice—: Feliz Navidad, Takeshi.

Y con esas palabras, mi hermano se va, casi tocando las doce en el reloj, y dejándome como regalo lo que más daño podía hacerme: la verdad.



La mañana de Navidad ha sido, como siempre, una locura de risas y regalos. Ver la cara de ilusión de Nelly nada más levantarse, es el mayor regalo que la Navidad podría hacernos a todos. Como es costumbre, nos hemos sentado todos en el suelo a abrir juntos nuestros respectivos paquetes y a mí me han caído un pijama calentito —de color azul celeste y lleno de alpacas—, un par de petos vaqueros de los que me encanta usar en casa, un gorro y una bufanda con pompones y un enorme paquete lleno de maquillaje de *Sakura Kiss* que, por lo visto, Naisha le dio a mi hermano de su parte y de parte de Hana. Cuando vuelva al trabajo es que les voy a echar a las dos una bronca gigante después de habérmelas comido a besos.

Mis padres se han pasado toda la mañana montando con Nelly una cocinita que se había pedido porque dice que quiere ayudarnos en casa, y una enorme comisaría de policía de Lego. Casi le da un pasmo de alegría al abrir la enorme caja y verla. Hasta nuestra vecina ha pasado a traernos algo que llaman *Roscón de Reyes*, típico, por lo visto, de España, y le ha dado un regalo a Nelly.

—Mira, angelito, Carl y yo le pedimos a Santa algo para ti, y has sido tan buena que te lo han dejado debajo de nuestro árbol.

—¡Unos patines verdes! —exclamó mi sobrina al abrir el regalo, corriendo a abrazar a nuestra vecina como si le fuese la vida en ello—. ¡Gracias, tata Annita! ¿Puedo ir a ver al tato Carl para darle las gracias? —Nos miró tanto a ella como a nosotros, con los ojos brillantes.

—¡Claro, angelito! Ve, que el muy vago está sentado en el sillón, a ver si así hace algo de ejercicio y le baja esa tripa cervecera que ha echado.

Ha tenido tantas emociones hoy, que nada más terminar de comer ha caído rendida y está echándose una siesta de campeonato. Nosotros, después de recoger —y tras recordarles a mi padre y a mi hermano que les toca a ellos fregar hoy los platos—, estamos sentados en la mesa, tomando un café y disfrutando del postre que nos ha traído la vecina. Madre mía, no sé qué lleva, pero podría estar comiendo esto toda la vida. Y en ello estamos, disfrutando de la sobremesa, cuando llaman a la puerta.

—Voy yo —dice mi hermano, levantándose de un salto y limpiándose con la lengua los restos de nata que se le han quedado sobre el labio—. Como sea la señora Thompson, pienso darle un abrazo de campeonato.

—¡Dímelo y salgo a darle otro! —exclamo, entre risas, a la vez que alzo el segundo trozo de roscón que pienso meterme entre pecho y espalda. Mira que estoy llena con la comida, pero dios,

siempre se puede hacer un hueco más para esta delicia.

—¡Jun, feliz navidad, tío! —Casi me atraganto cuando escucho la exclamación de mi hermano. Empiezo a toser, dándome golpecitos en el pecho y todo. Espero no haber escupido nata por todos lados. ¿Qué demonios hace aquí?—. Pasa, pasa, que te pongo un café y te doy a probar el mejor dulce del mundo.

—Igualmente, Chris. No quiero ser molestia, solo…

—Que sí, que sí, que vendrás a ver a mi hermana porque hace mucho que no os veis, pero tendrás diez minutos para tu amigo, ¿no? Oye, ¿con quién te has pegado? ¡Vaya cara traes!

—Una tontería, ya sabes. Urgencias a veces puede ser una jungla.

Me muerdo los labios por dentro ante la atenta mirada de mi madre. No, no le conté nada a Chris sobre que había roto con Jun, y por la cara que debo tener, mi madre ha atado cabos muy deprisa. Palmea mi pierna con cuidado por debajo de la mesa antes de levantarse al ver a mi hermano entrar con Jun a su lado, el cual se quita la bufanda y el abrigo.

—¡Jun, muchacho! ¡Cuánto tiempo sin verte! —exclama mi padre, levantándose de su sitio y acercándose a estrechar su mano.

—Señor Taylor, me alegro de verle —contesta él, tan educado y sonriente como siempre, antes de girarse hacia mi madre y darle dos besos—. Señora Taylor, los años no pasan por usted, ¿eh?

—Ay, Jun, cielo, tan adulador como cuando eras adolescente. —Con una risa coqueta, mi madre le da un abrazo,invitándole a tomar asiento—. Ya nos había dicho Chris que trabajáis juntos.

—Sí, últimamente además está siempre conmigo en el ala de traumatología, así que tener a un enfermero como él trabajando mano a mano conmigo es un placer.

Apenas me mira, y cuando lo hace soy yo la que retira la vista y la centro en cualquier cosa que hay en la mesa como si fuera lo más interesante del mundo. Creo que he perdido la mirada en la nata del roscón como seis veces en casi un cuarto de hora que lleva aquí hablando con mis padres y mi hermano. Me siento muy incómoda ahora mismo, y no porque vaya desarreglada, con el pelo recogido en un desastroso moño, las gafas nuevas, que son enormes y me dan un aspecto juvenil, y el peto vaquero sobre una de las enormes sudaderas viejas de mi hermano, sino porque él está aquí. Porque ha vuelto y no sé por qué. Sí, es amigo de mi hermano, pero no ha venido por él. Y eso, en cierto modo, me molesta después de todo.

—Mimi —dice por fin, haciendo que dé un bote en la silla y alce la mirada hacia él. Ya no me libro—, ¿podemos hablar?

—Sí, claro. —Me levanto de mi asiento y le hago una señal para que me siga, pero él tan solo se levanta y señala hacia la puerta—. Ah… vale, sí, fuera.

—Gracias.

Esboza una sonrisa de las suyas, aunque algo más triste, y ahora mismo no sé si lanzarme a darle un abrazo para que no se sienta tan mal, o darle un bofetón por usar esa arma contra mí. Resoplo por lo bajo y voy directa hacia el perchero de la entrada para coger mi abrigo y las llaves, sintiendo las miradas de mis padres y mi hermano en la nuca. Jun, educado como siempre, se despide de ellos y sale detrás de mí, bajando las escaleras en un silencio tan incómodo que empiezo a hacer más ruido con cada paso que doy solo para poder escuchar algo más que los engranajes de mi cabeza girando.

En cuanto llegamos a la calle y a pesar del frío que hace, me apoyo contra su coche, que está milagrosamente aparcado frente al portal, y me cruzo de brazos mientras me encojo un poco más en mi abrigo. Él se detiene a varios pasos de mí, se acaricia la nuca algo nervioso —un gesto idéntico al de Takeshi… ¿por qué demonios pienso ahora en él?—, y tras palparse la chaqueta, acaba sacando algo del bolsillo: mis gafas.

—El otro día te las dejaste en casa —dice por fin, acercándomelas. Bueno, al menos ahora tengo un par de reserva, con mi graduación, por si acaso. Las otras resultaron ser de cuando mi vista era un poco mejor que la actual y tuve que hacerme las nuevas. Las cojo con cuidado y me las guardo en el bolsillo, asintiendo.

—Gracias. —Creo que mi respuesta ha sonado más cortante de lo que debería. Me estoy comportando como una idiota, lo sé. Al fin y al cabo la que cortó con él fui yo, la que se fue de su casa sin hablar fui yo, y sin embargo… No sé, quizá quiero que me odie por haber sido tan mala como he sido.

—Mimi…

—No, espera —le corto, alzando las manos y dejando escapar un suspiro—. Jun, creo que lo nuestro no iba a funcionar. Me gustas mucho, de verdad, pero cuanto más tiempo pasábamos juntos, más tenía la sensación de que me veías como una amiga, que no despertaba en ti nada más que un cariño que confundías con la chispa del amor.

—Mimi, no es verdad. Mi hermano seguro que te contó cualquier tontería y…

—Takeshi solo me dijo que tuviera paciencia contigo porque habías pasado por una mala ruptura, nada más. Él no me hizo ver que en las últimas citas te perdía cada poco, ni que en cuanto me acercaba a ti un poco más, te apartabas para besar mi frente y darme las buenas noches. Él no me hizo darme cuenta de que me pediste disculpas porque no consigo excitarte. Takeshi no tiene nada que ver en esto. —Solo que sí tiene que ver, y aunque quiera negarlo, en el fondo lo sé. Mierda.

—Mimi, te juro que eso puede cambiar. —Toma mis manos, casi con desesperación, como si estuviera buscando un ancla a la que agarrarse antes de caer al fondo del mar—. Solo necesito algo de tiempo, me gustas mucho, de verdad, y creo que eres perfecta para mí:eres paciente, me haces reír, puedo hablar contigo de multitud de temas,... Necesito estar contigo.

—Ese es el problema, Jun, que lo necesitas. El cuerpo no puede mentir. Y no quiero pasarme los días pensando en si no te excito porque tengo unos kilos de más, o porque estás pensando en otra persona, o porque no me quieres. Quiero sentirme deseada por mi pareja.

—Yo te deseo, Mimi, de verdad. —Su voz desesperada empieza a romperme el corazón y a irritarme a partes iguales.

—No lo haces. Quieres desearme, pero no me deseas. Y yo necesito ese subidón, necesito sentirme como… —Me quedo callada. Necesito sentirme como cuando Takeshi me besó en el ascensor, sentir que no hay nada ni nadie más, que desea besar, tocar y memorizar cada fibra de mi cuerpo y yo del suyo.

—Como con Take.

Agacho la cabeza, avergonzada, mientras vuelvo a morderme los labios por dentro. Creo que desde que he llegado he intentado poner una barrera muy grande también entre los dos, y aunque Jun de verdad me gusta, creo que volver a ver a Take, volver a tenerlo cerca y, sobre todo volver a besarlo, ha hecho que todo lo que guardaba desde mi juventud haya explotado dentro de mí. ¿Se puede querer de diferentes maneras a dos personas? Porque yo, ahora mismo, creo que lo hago, que hay una pequeña llamita que empezó a crecer con Jun, y unas brasas que ahora se han avivado y que de repente parecen querer consumirlo todo.

—Lo siento…

—¿Sabes? De pequeño envidiaba mucho la conexión que teníais. Erais dos personas, pero parecía que fuerais un solo ente —me dice al final, apoyándose contra su coche, a mi lado, sacando un cigarrillo electrónico del bolsillo y dándole una calada tras encenderlo—. Y cuando volvió a hablar de ti, fue como viajar al pasado, veía la misma luz y… dios, me cabreaba mucho.

—No sabía que fumabas. —Le miro, sorprendida, mientras él suelta el humo y deja escapar una pequeña risa amarga. De repente a nuestro alrededor empieza a oler a piña, un olor dulzón y hasta agradable.

—Solo lo hago cuando no puedo más —contesta, mirando hacia el suelo—. Laureen fue… íbamos a casarnos, ¿sabes? Pero se cansó de mis guardias interminables, de que el trabajo fuera tanto para mí, de mi pasividad, por lo visto y… me dejó unos meses antes de la boda.

—Lo siento —respondo, volviendo a mirar hacia el suelo mientras él vuelve a darle una calada a su cigarro electrónico—. No lo sabía…

—Me pasé todo el verano enfrascado en el trabajo para no pensar, y a pesar de eso sentía que no iba a poder salir del hoyo, ¿sabes? Pero entonces, este otoño, te vi y no sé, sentí algo, fue agradable ver una cara conocida, y lo pasamos tan bien en la cena que pensé que quizá…

—Que quizá yo podía hacerte olvidar, ¿no?

—Sí… Y te juro que cuando te besaba lo hacía porque lo sentía, Mimi, de verdad. —Al final acabo por alargar la mano y acariciar su brazo con suavidad. En el fondo le entiendo y creo que no puedo enfadarme con él. A su manera está roto, como Chris, y necesitaba encontrar la manera de armar su puzle de nuevo—. El día que fuimos a ver las luces me recordó lo mucho que le gustaban a ella, la conexión que habíamos conseguido con los años.Y cuando viniste a casa… No sé, sentí que estaba traicionándola y…

—Jun, no pasa nada, de verdad. Creo que te entiendo. —Se gira hacia mí, observándome a través de sus gafas con sus ojos tristes—. Yo tampoco he sido sincera conmigo misma y… no sé, creo que hemos metido la pata los dos. Yo, el otro día…

—No hace falta que me digas nada —me corta ahora él, negando y girándose hacia mí tras dejar escapar de sus labios el humo con olor a piña—. Creo que en el fondo siempre lo he sabido, y Take me lo confirmó anoche.

Cuando se señala el rostro, hacia el moratón que se ha abierto en su mejilla como una flor, abro los ojos como platos.

—¿Te lo ha hecho Take?

—Sí, anoche —asiente, volviendo a darle una calada a su cigarrillo—. Peleas de hermanos, ya sabes. Él te quiere mucho, Mimi, y esta es la muestra. Y no sabes lo que me jode que sea así, porque yo no luché por Laureen con tanto ímpetu, y él se puso como una fiera al pensar que te había hecho daño.

—Jun…

—Escucha, creo que él te necesita. También me pasé con él anoche y ahora no querrá hablarme. —Se acaricia la nuca con la mano libre, suspirando—. Creo que se está metiendo en la boca del lobo y luego no va a poder salir de ella.

—¿Lo dices por…? —Recuerdo entonces la pelea de Isis con Levi en la oficina, cómo ella le advertía de lo mismo, de que Takeshi se estaba metiendo en algo muy gordo—. Creo que lo de Shanya Bell es falso, o eso me pareció entender el otro día. ¿Crees que…?

—No lo sé, pero está actuando muy raro. Llamaría a su amiga Isis, pero no tengo su teléfono.

—Isis lo sabe. El otro día le montó un pollo enorme a mi jefe por Takeshi. Pero tú eres su hermano, Jun. Si de verdad crees que se está metiendo en algo turbio, o en una situación que le va a hacer mal, deberías advertirle.

—¿Y crees que me escuchará? —Suelta una pequeña risa amarga, negando—. No es solo que esté enfadado conmigo, es que nunca me ha hecho caso. Mimi, por favor, intenta… no sé, hablar con él. Quizá a ti te haga caso. —Suelta, de repente, una nueva risa y niega, suspirando—. Joder, venía con la intención de buscar una segunda oportunidad contigo, y al final, con esta charla, no solo me he dado cuenta de que no es justo que te arrastre conmigo, sino que te estoy usando para que cuides de mi hermano pequeño.

—Creo que, de algún modo, todos estamos algo rotos, Jun, y buscamos la manera de reconstruirnos. Algunos, como mi hermano, buscan la solución o la calma en el fondo de un vaso; nosotros hemos intentado construir algo sobre los escombros de lo que no funcionó sin haber limpiado antes,... —Tomo su mano con cuidado, apretándola y alzándome para darle un breve beso en la mejilla, muy suave—. No, no puedo volver contigo, no sería justo para ninguno de los dos, pero me alegra tenerte cerca de nuevo.

—Eres demasiado buena, Mimi.

—No, qué va —niego, arrugando la nariz mientras me sonrojo—. El otro día Take me besó, estando aún contigo y no le aparté, no… Bueno, sí, acabé apartándolo de mí, pero… —Suelto un resoplido—. No soy una buena persona, ni mucho menos, la cago como la que más. Pero has cuidado de mi hermano cuando yo no estaba, y has cuidado de mí también estos meses. Quizá lo nuestro no funcionara y los dos la hayamos cagado, pero… no sé, me gusta tenerte en mi vida, ¿sabes?

—Por favor, no me digas que me quieres tener como a un hermano mayor, o me pego un tiro —bromea, aunque creo que veo algo de súplica en sus ojos. No ha dicho nada sobre lo del beso, así que… sí, supongo que algo se olía ya. Quizá no eso, pero…

—No, tranquilo. Me gusta tenerte como un amigo. Un buen amigo.

—Lo mismo digo, Mimi. —Se reclina hacia mí, besando mi frente con suavidad, antes de suspirar—. Creo que debería irme y dejar que disfrutes del resto de la Navidad con tu familia. Despídete de ellos por mí, ¿vale?

—Claro. —Asiento, apartándome del coche unos pasos antes de girarme hacia él justo cuando Jun abre la puerta del piloto—. Y Jun, por favor, habla con Take, ¿vale? Aunque esté enfadado, aunque sea un cabezón, sois hermanos. Si de verdad se está metiendo en algo, creo que nos va a necesitar a todos.

—Llámale tú también, Mimi. Ahora mismo creo que la única persona que podría hacerle entrar en razón, eres tú.



Nunca me habría imaginado que en Nochevieja hubiera tantos *paparazzi* en la puerta de una discoteca solo para fotografiar a todos los que, en vez de pasarlo con la familia y amigos, decidimos celebrar el nuevo año en una exclusiva fiesta. Tras cenar en casa, me puse unos vaqueros rotos, una camisa color crema y un jersey marrón chocolate que fijo que me quitaré en cuanto pase por la puerta. Tal y como pedí, el uber estaba en la puerta de mi casa a las diez de la noche, así que tras dejar todo listo para que Bast pase la noche solo, salí con la cazadora puesta y me fui a buscar a Shanya para ir juntos, como siempre hacemos, a *Insomnia*.

Y es al llegar cuando he visto no solo esta marea de fotógrafos, sino la cantidad de gente anónima que hace cola a la espera de poder ser uno de los pocos que puedan tener acceso a la parte de abajo de la discoteca tras haber pagado un verdadero pastizal.

Gritos, *flashes*, nuestros nombres brotando de las bocas de fotógrafos y fans,... De repente todo es una marea de la que no soy muy consciente porque no me la esperaba, pero aun, así alzo la mano para saludar y poso al lado de Shanya cuando esta me tira del brazo para que nos detengamos.

—Amor, pareces un poco distraído, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes. —Beso sus labios brevemente, lo que desata una ingente cantidad de gritos y un montón de flashes más que nos ciegan a ambos.

Pero no estoy bien.

Las palabras de mi hermano llevan golpeándome el estómago, la cabeza y el pecho desde que me las dijo. Y lo peor es que tiene razón, ahora mismo soy un vendaval que no hace más que joder a los que están a mi alrededor. ¿En qué momento he conseguido apartar a Isis de mí? ¿Cuándo me he sentido con derecho a besar a Mimi aun estando con mi hermano? Joder, es que hasta le he pegado un puñetazo. Estos días no he hecho más que entrenar, salir a correr con Bast y encerrarme en casa. Llevo toda una semana sin contestar al móvil salvo cuando me ha llamado Ryan —para recordarme, por supuesto, lo importante que es el evento de esta noche—, y para poder quedar con Shanya para recogerla. Nada más. No he contestado ni las numerosas llamadas de Jun, ni las de Mimi. Ni los mensajes de Snapchat. Ni siquiera le he cogido el teléfono a Levi esta mañana. No me siento con fuerza para fingir que estoy bien, así que hoy, pese a que no debo, voy a cogerme un pedo monumental y a empezar 2020 vomitando todo lo que guarde mi estómago. Quizá así eche toda la mierda que estoy acumulando en mi vida y pueda mejorar algo. O no sé, quizá me haga olvidar y sentirme mejor conmigo mismo, porque ahora me doy mucho asco.

Una vez conseguimos entrar en la discoteca, un par de chicas jóvenes y vestidas de manera muy escueta —lo cual me hace sentir muy incómodo— nos guían escaleras arriba. La parte de abajo no tiene nada de especial salvo que está vacía. Es una gran sala de baile, con algunas mesas altas distribuídas a su alrededor, una barra con algunos taburetes y poco más. La música está bastante alta y las luces de colores iluminan la pista mientras que el resto parece estar sumido en una íntima penumbra. Esa parte debe ser la reservada para los pocos que puedan acceder esta noche a la fiesta de fin de año en Insomnia. Y tampoco creo que vaya a distar mucho de las fiestas de fin de año de otras discotecas. ¿Esa gente va a pagar trescientos dólares por entrar a una discoteca y poder decir que han podido pasar el fin de año en la misma sala de fiestas que un grupo de famosos de Los Ángeles? Me parece demencial, la verdad. ¿Pero quién soy yo para hablar de las tonterías que hacen los demás? Soy el primer idiota que la caga.

—Bienvenidos a *Insomnia* —nos dicen las chicas, a coro, con una amplia sonrisa, antes de abrir las enormes puertas del primer piso, custodiadas por dos gorilas tan grandes como yo. Al hacerlo, nos adentramos en una sala mucho más grande que la de abajo y recibiéndonos un intenso aroma a alcohol y tabaco, la música mezclada con las innumerables conversaciones que ya se están llevando a cabo allí y una enorme cantidad de gente. La sala tiene, nada más entrar, una enorme pista de baile donde ya hay varias personas bailando al son de Bad Bunny, todas con sus copas en las manos y muchos restregándose ya entre sí; pasando la pista, hay una zona de mesas con sillones y sofás que parecen muy cómodos, donde parecen llevarse a cabo la mayoría de las conversaciones. Aquí no hay barra, sino que un montón de chicas, vestidas como las dos que nos han guiado hasta aquí, van y vienen con sus bandejas, mesa por mesa, trayendo a los clientes lo que han pedido. Y toda la sala tiene una enorme cristalera que da directamente a la parte de abajo; quizá por eso hay tanta gente deseando entrar, para observar cómo celebramos nuestro nuevo año, como si fuéramos monos en una jaula.

Dos chicas se acercan a nosotros entonces: una con una bandeja y dos copas, y la otra sin nada, solo con una sonrisa en los labios.

—El señor Raid os envía personalmente estas dos primeras copas de champán. —Me tiende una a mí, con una sonrisa, y luego le da la otra a Shanya.

—A las doce menos cinco pararemos la música y se encenderá la pantalla grande —nos explica la otra muchacha mientras coge el abrigo de Shanya y me mira, como esperando el mío. Yo asiento, me lo quito junto con el jersey, y se lo tiendo, dándole las gracias—. Una vez toquen las doce, sacaremos copas de champán, cortesía de Insomnia y Alec Raid, quien saldrá a dar un discurso de Año Nuevo.

—Te dije que esta fiesta es lo más —me dice Shanya, agarrándose a mi brazo, feliz, y tirando de mí hacia los sillones, dejando a la otra chica con la palabra en la boca. Así que Raid está aquí. Shanya me había dicho que la fiesta la organizaba *Amethyst Records*, pero no me imaginaba que el magnate de la industria del entretenimiento estuviera aquí en persona—. Esta es la zona principal del privado, pero al fondo hay unas escaleras que suben a las plantas de arriba, donde hay salas privadas, por si en algún momento nos apetece escaparnos. —Su sonrisa pícara y el modo en el que pega sus pechos a mi brazo, me deja muy claro a lo que se refiere, y yo me sonrojo porque ni estoy en mi ambiente, ni eso es algo que suela hacer. Le doy un trago a mi copa, intentando apartar la vergüenza de mí. Ya nos hemos acostado antes, no debería sentirme

así.

—¡Nunca pensé que vería aquí a Takeshi Bennett! —exclama de repente una voz chillona que consigue que me gire de golpe. Con una sonrisa zorruna, se acerca hasta mí una de las presentadoras de moda en el mundo de los cotilleos. Es tan artificial que ya no sé si su pelo es suyo o lleva una peluca, ni si esa sonrisa que nos muestra es natural o se le ha quedado así después de tantas infiltraciones. Aun así, esbozo una sonrisa y le doy dos besos en cuanto se acerca—. Chico, eres más guapo en persona. ¡Buena caza, Shanya, cariño!

—Me alegro de verte, tía Helen.

—¿Es… es tu tía? —pregunto, algo anonadado, lo que hace que las dos mujeres se echen a reír a carcajadas.

—Ay, querido, ¿sales con mi sobrina y no sabes que somos familia? —Niega suavemente, mirando hacia Shanya—. Espero que sea porque no le dejas salir de la cama.

—¡Ay, Helen, no digas eso, por favor! —A pesar de su leve regañina, Shanya parece encantada con tanta atención y, de hecho, puedo ver que está en su propia salsa. mucho más cómoda que en la fiesta de *Laksmí* o en el evento de *Game & Life*. Este es su elemento y no sé si eso termina de gustarme.

—Vamos, chica, si yo tuviera un novio así, aprovechaba todo lo que pudiera.

—Tu segundo marido fue uno de los hombres más guapos de la televisión, tía Helen, no digas eso.

—Y ya ves lo que pasó: tres años después me puso los cuernos con nuestro jardinero. Aunque no puedo enfadarme con él, porque en esa época yo ya me acostaba con su representante. —Se echa a reír a carcajadas, mirándonos a los dos—. Venid, venid, quiero presentaros a unos amigos.

Durante más de una hora, Shanya y yo hablamos con un montón de gente importante del mundo de la televisión, del mundo de las redes y de la música. No solo hay cantantes de renombre por aquí, sino todo tipo de caras conocidas: presentadores, magnates de las empresas del entretenimiento, *influencers* de diferentes plataformas,... Y esto es todo un huracán de alcohol, tabaco, drogas y magreos sin tabúes, sin miedos. A medida que la música de la pista se ha ido haciendo algo más explícita y las parejas —e incluso grupos—, han pasado a enredarse entre ellos de tal forma que siento que estoy viendo algo que no debería, la cristalera que nos separa del piso de abajo se ha vuelto opaca, de modo que así, supongo, se mantiene la intimidad de los invitados. Mientras escuchaba todo tipo de cotilleos, a los que Shanya atendía y en los que colaboraba sin reparo, yo he estado bebiendo una copa tras otra. Bueno, a ver, he bebido dos en una hora, tampoco tengo que ser exagerado, pero para mí no es lo normal.

—Ven, amor, bailemos un poco.

Siento la lengua algo pesada y quiero decirle a Shanya que no soy de bailar, que se me da muy

mal, pero ella, copa en mano, se levanta y tira de mí para ir a la pista, comenzando a bailar al ritmo de… ¿Maluma? No lo sé, no es el tipo de música que suelo escuchar. Sin embargo, a medida que Shanya baila y se roza contra mi cuerpo, empiezo a sentirme más suelto y a seguir sus movimientos. Mientras con una mano agarro la tercera copa de la noche, que me ha traído una de las camareras, con la otra acaricio su espalda, descendiendo por ella a medida que sus movimientos se hacen más osados. Lleva unos tacones de infarto y un escueto vestido que le queda de lujo, así que no solo es casi tan alta como yo, sino que al bajar la mano hasta sus nalgas, soy capaz de rozar el borde de su vestido con los dedos. Me voy animando con la música, con las luces y con el ritmo de Shanya guiando mi cuerpo. Doy un nuevo trago a mi copa antes de que ella se lance a besarme. Saboreo en nuestros labios la mezcla de su bebida y la mía, y eso, por alguna razón, me pone más cachondo. Aprieto a Shanya contra mí y por un momento agradezco tener vaqueros y haberme colocado todo bien antes de salir, porque el calor que siento y el modo en el que empieza mi polla a endurecerse podría llegar a ser un escándalo si lo ven. O quizá no, ya no me importa.

La música se para de repente y Shanya, sonrojada y riendo por lo bajo, se aparta de mí después de haberme dado un mordisco en el labio. Me siento algo aturdido, incluso mareado, pero supongo que es por el calor, el alcohol y la excitación, así que esbozo una media sonrisa, apuro mi copa y me giro hacia la pantalla cuando esta se ilumina. Aún no hay sonido, pero todos podemos ver las imágenes en directo de *Grand Park*, la sede central del fin de año en Los Ángeles. Y, de repente, todo el mundo prorrumpe en aplausos y gritos de alegría mientras se giran hacia el pequeño escenario que hay bajo la pantalla. Allí, alzando las manos para saludar y con una enorme sonrisa en los labios, está Alec Raid, quien a sus cincuenta y seis años es uno de los nombres más importantes de todo Estados Unidos. Lleva el pelo entrecano peinado hacia atrás, el rostro totalmente afeitado y unas finas gafas de montura dorada sobre su aguileña nariz. Él ha descubierto a grandes artistas, grupos de música que estuvieron años en lo más alto, cantantes que a día de hoy están siempre en las listas de los más vendidos. Es un empresario de éxito, productor musical deseado por todos, el impulsor de los nuevos *Influencers* y además ahora está empezando a hacer sus pinitos en la industria del cine. El tío, desde luego, es un maldito genio.

—¡Buenas noches! —exclama, lo que provoca una nueva ola de gritos y aplausos—. Os voy a quitar nada, unos segundos. Primero, gracias por entrar conmigo en este 2020. Me siento muy afortunado. Tantos amigos, conocidos y grandes artistas aquí reunidos… ¡Nunca lo habría imaginado! Y segundo,... ¡Que no pare la fiesta!

Todos vuelven a gritar, a aplaudir, incluyendo Shanya, que no para de saltar, emocionada. Raid enseguida se cuela en la marea de gente, aprovechando muchos para acercarse a saludarle mientras por los altavoces comienza a escucharse la voz de los presentadores que retransmiten la entrada del nuevo año. En cuanto empieza la cuenta atrás, todos, emocionados, contamos junto a los presentadores, estallando en aplausos, gritos y besos en cuanto la sala se llena de un unánime *«¡Feliz año nuevo!»*. Me giro hacia Shanya, la cual me mira con esos grandes ojos castaños, y me reclino hacia adelante para besarla, para empezar este 2020 con ella a pesar de que los ojos que deseo ver son tan verdes como la hierba, como la primavera de Central Park… Siento un pinchazo en el pecho que consigue que me aparte de ella, suspirando.

—Amor, estás muy raro esta noche.

—Solo… solo quiero otra copa —le digo, mirando alrededor. Empiezo a tener demasiado calor aquí abajo, hay demasiada gente, necesito respirar. Me siento un poco mareado y a la vez como si flotara.

—Mira, vamos a uno de los reservados de arriba, ¿vale? Allí estaremos frescos, solos y podrás pedir todo lo que te apetezca, ¿te parece? —Su sonrisa pilla se acentúa cuando se acerca a mí y me susurra al oído—. Hoy sí que he traído condones extra grandes, amor.

Tiemblo y siento cómo mi miembro salta dentro de mis pantalones. Sí, eso me vendrá bien, estoy seguro. Suelto una pequeña risa a pesar del agobio que siento y le doy un pequeño azote en la nalga a Shanya, asintiendo a su plan.

—Sí, vayamos a un lugar más íntimo.

No sé si subimos uno o dos pisos, ni si entramos en la primera o en la quinta sala frente a la que pasamos. Solo sé que, una vez dentro, todo está tenue, el hilo de música suave invita a hacer todo tipo de perversiones, y no hay sillones, sino un par de sofás negros bien anchos donde hasta un hombre de mi tamaño es capaz de tumbarse totalmente estirado. Me dejo caer sobre uno de ellos y echo hacia atrás la cabeza. Aquí hace algo más de fresco y me siento más aliviado que rodeado de tanta gente. Sí, el ambiente de abajo no me gusta nada. Pero aquí… aquí estoy bien.

—¿Queréis algo de beber? —pregunta una chica que no sé de dónde ha salido. Esta no es como las demás, viste con una cortísima falda tableada, una blusa y una corbata y parece… mucho más joven.

—Yo quiero un cóctel corazonada y a él tráele un cóctel prisionero —pide Shanya mientras se acerca hacia mí. Antes de que la chica pueda irse, ya tengo a mi compañera encima de mí, a horcajadas y con el vestido tan levantado que soy capaz de ver el liguero que sujeta sus medias —. Aquí estaremos mejor.

Su susurro es como el canto de una sirena en el que quiero perderme. Sí, quiero divertirme, tengo mucho calor, tengo ganas de sentirme dentro de ella, de soltar la adrenalina que ahora mismo ha empezado a recorrer mi cuerpo. ¿Será fruto del alcohol? Puede ser. La agarro de manera posesiva y beso sus labios con ardor, pegando mi entrepierna a la suya y bebiendo del gemido que consigo arrancarle. Sí, ahora mismo es esto lo que necesito, sus labios con sabor a fresa, su cuerpo contra el mío, su calor provocando que me vuelva loco. Una nueva embestida y soy capaz de hacerla jadear a pesar de que la ropa nos separa todavía.

—D-disculpen, aquí les traigo las bebidas.

Me aparto de Shanya cuando la voz de la joven camarera se alza por encima del hilo musical. La pobre chica parece sonrojada y… joder, sí que es joven. Parpadeo, intentando fijar la vista, mirándola un poco más, pero un bote de Shanya sobre mi polla hace que vuelva a mirarla a ella, quien no aparta la mirada de mí.

—Déjalos ahí, cielo, y vete. Estamos muy ocupados.

Segundos después, vuelvo a tener la lengua de Shanya entre mis labios y sus manos buscan la manera de desabrocharme los pantalones. Dios, su simple roce en mis vaqueros me hace sentir que voy a explotar. Pero, de nuevo, hay algo que nos detiene. Alguien que, en la puerta de la sala, carraspea. Cuando me separo de ella, casi se me para el corazón al ver en la puerta a Alec Raid. Lleva una copa en la mano y una sonrisa de oreja a oreja mientras pasa su mirada de uno a otro.

—A ti te estaba buscando yo, Bennett —dice, haciendo un gesto para que Shanya se baje de encima de mí. Y para mi sorpresa, ella lo hace como un cachorrito, sin oponer resistencia ni quejarse.

Una vez ella se aparta, yo me levanto, me recoloco la camisa, que está ya medio abierta —¿cuándo demonios me ha desabrochado los botones?—, y estiro la mano para estrechar la que Alec me tiende, con firmeza.

—Señor Raid, es un placer.

—Oh, por favor, llámame Alec. ¿Puedo llamarte Takeshi? —Yo asiento, algo nervioso, y una vez nos soltamos las manos, Alec hace un gesto para que tome asiento antes de mirar a Shanya —. Gracias, pequeña mía, ya podemos apañarnos solos.

—Pero…

—Ah, y llévate tu copa, por favor, esta va a ser una reunión privada.

Ni siquiera la mira; tiene su vista puesta en mi. Yo sí que lo hago y ella titubea un instante antes de coger su copa y marcharse, cerrando la puerta a su espalda. Joder, ¿y ahora qué hago yo con la erección que tengo bajo mis pantalones? ¿Y con el mareo que siento? No puedo estar así de borracho delante de alguien tan importante, pero… Agarro el cóctel que me ha pedido, y lo apuro casi de un trago bajo la atenta mirada y la sonrisa de Alec. Quizá el frescor del cóctel me espabile un poco.

—Creo que os he interrumpido, ¿verdad?

—No —contesto rápidamente, aunque el modo en el que ensancha la sonrisa me hace suspirar algo apurado—. Bueno, sí, pero… no pasa nada.

—Que el nuevo año nos pille follando, ¿eh? —Se carcajea, palmeando mi espalda con más fuerza de la que habría imaginado, y yo acabo relajándome un poco—. Tranquilo, chico, tampoco te saco tantos años. Llevo tiempo siguiendo tu carrera y me parece que eres un diamante en bruto.

—Gracias, seño… gracias, Alec. —Asiente, complacido, al escucharme rectificar. La luz sigue siendo tenue, la música de fondo hace que no sea capaz de concentrarme solo en su voz y la nube de alcohol me tiene demasiado excitado e impaciente. Pero, joder, es el jodido Alec Raid.

—Hollywood es un mundo complicado, y creo que sabes mejor que nadie que aquí solo hay dos tipos de personas: amigos y enemigos. —Su sonrisa se hace aún mayor. ¿Eso es posible o es fruto del alcohol? Yo me limito a asentir, intentando seguir el hilo de su conversación. ¿De verdad hay amigos y enemigos? ¿No remamos todos para mantener la industria?—. Cuanto más alto llegas, más amigos tienes que hacer, y ahora mismo tu carrera está en un punto álgido, pero puede llegar más arriba.

—Yo trabajo mucho para eso, Alec, de verdad. —¿Desde cuándo hablo tan mal? ¿Desde cuándo parezco un niño de cinco años intentando complacer a su padre? ¿Conseguir su aprobación de manera desesperada?

—Lo sé, hijo, lo sé. —Sus palmadas, sus palabras y su sonrisa me hacen sentir reconfortado. Ahhh, ojalá mi padre me dijera eso más a menudo—. Y por eso me gustaría que llegásemos a buen puerto, ¿sabes? Que seamos… amigos.

Abro los ojos como platos. Joder, ¿de verdad? Dios, es que hacer negocios y trabajar con Raid significa tener el éxito asegurado. Hay cientos de artistas que quieren estar entre sus filas, que suplicarían por tomar una copa con él como yo mismo estoy haciendo y sin embargo, aquí estoy yo, que no era prácticamente nadie hace un par de años, tratando directamente con él porque quería conocerme. ¡Al final todo esto está sirviendo para algo! Quizá mi vida no sea una mierda, ¿no? Quizá al fin…

—¿Querrías que lo fuéramos, Takeshi?

—¡Sí! Claro que sí, es… sería un honor poder trabajar a tu lado, es… joder, es como un sueño. —Me noto balbucear. Esto no es propio de mí.

Su risa, grave y cantarina, me hace relajarme aún más. Vuelve a palmearme la espalda.

—Puedes relajarte, hijo. ¿Y sabes? Como soy tu amigo, voy a compensarte por esa terrible interrupción. Voy a hacerte un regalo que te va a encantar. Pero… no puedes decir nada, ¿de acuerdo? Que este regalo quede entre tú y yo. Es… un adelanto de todo lo que puedes conseguir.

Veo cómo se levanta. La música sigue recordándome el cuerpo de Shanya sobre el mío, sus labios devorándome y joder, ahora mismo solo quiero que vuelva para poder enterrarme en su cuerpo. Ahora mismo hasta me acostaría con Isis a pesar de que siempre me he negado porque no quiero joder nuestra amistad. Joder, es que un polvo con ella debe de ser mortal. Seguro que folla como una diosa. Frunzo un poco el ceño… ¿qué demonios…?

—Takeshi, te presento a Adhara y a Leah. —Dos chicas entran en la sala por una puerta lateral. Joder, una de ellas es la misma que nos ha traído los cócteles y ambas, de hecho, visten igual. Parecen dos colegialas ahora que las veo mejor. Me quedo de piedra, sentado en el sofá, mientras Alec cierra la puerta y empuja a las dos chicas hacia mí—. Vamos, chicas, Takeshi es nuestro invitado, ¿recordáis? Y a los invitados hay que tratarlos como se merecen.

—Sí, señor Raid —dicen las dos, de manera tímida, antes de acercarse a mí. Sus manos finas y delicadas se posan en mi cuerpo, temblorosas, cuando se colocan cada una a un lado del sofá. No sé cuándo han llegado hasta mí, ni cuándo sus manos se han colado en mi camisa. Tiemblan, sus

besos son tímidos e incluso parecen inexpertos. Una mano se consigue colar en mis pantalones y oigo una exclamación. Joder, siento cómo mi polla salta en su pequeña mano, cómo necesito ese contacto como un sediento necesita el agua para sobrevivir. Y yo ahora mismo no tengo fuerzas para resistirme a lo que Raid me regala, solo quiero explotar, que todo esto salga de mí. Ahhhh, creo que puedo rozar el cielo con la punta de los dedos.



No me lo puedo creer. Me cago en mi puta vida, es que me lo olía y no quise verlo. Tengo la casa llena de colegas que han venido a pasar aquí el fin de año, y yo solo puedo mirar la *timeline* de mi *Twitter* y sentir que la rabia me invade cuando veo a Take entrar en la jodida *Insomnia* con esa Shanya colgada del brazo. Mira que me temía que se estaba metiendo en la boca del lobo, pero no me esperaba que al final fuese a tirarse de cabeza a la boca del puto tiburón blanco de Raid. Mierda, esto es muy grave. Camino con paso furioso hacia la puerta tras coger mi cazadora de cuero y percatarme de que llevo el móvil, las llaves y la cartera en la mochila.

—¡Isis, *tronca*, ¿dónde vas?! ¡Que no son ni las once! —me grita Ariel desde el sofá. Tiene a una chica rodeada con cada brazo y un botellín de cerveza en la mano. Que le cunda mucho.

—Me piro —respondo mientras abro la puerta y me pongo la cazadora.

—¡Pero si es tu casa! —exclama Jules.

—Pues ya sabéis que el que rompe, paga. Y como esté todo hecho un asco a mi vuelta, os corto los huevos.

Cierro la puerta a mi espalda antes de bajar casi a la carrera las escaleras, buscando en mi teléfono el número del jefazo. No puedo ir allí sola con la moto, me será imposible llevar a Take a cualquier lado si llego demasiado tarde, así que solo puedo recurrir a él.

—¿Isis? —Puedo escuchar de fondo música clásica y casi siento náuseas. ¿De verdad está en plena Nochevieja en una fiesta de esas? Dios, qué aburrido es.

—Te mando mi ubicación. Ven cagando leches a por mí.

—Es Nochevieja, Los Ángeles va a estar hasta arriba de tráfico, y…

—¡Que vengas, joder! O vamos a por Take o no sé qué será de él.

Se queda en silencio unos segundos, supongo que asimilando lo que le estoy diciendo o intentando comprender cómo coño sé que está metiéndose en algo tan jodido. Le advertí de que si le llamaba por algo relacionado con Take tendría que venir sin preguntar. Porque no pienso contarle por qué sé todo lo que sé. Ni a él, ni a nadie. Al menos todavía. Los pocos segundos que tarda en contestar, se me hacen eternos.

—Cojo el coche. Espérame en la puerta de tu casa.

Y me cuelga. Así que yo, obediente y a pesar del frío que hace a estas horas, le mando la ubicación y me apoyo en la pared, al lado del portal, sacando mi cigarrillo electrónico y echando

en él un líquido con sabor a tarta de chocolate. Dios, ahora mismo me comería una tarta entera, pero mi agente me lo tiene prohibido porque tenemos una sesión en una semana y no puedo coger peso. Gilipollas.

Tarda casi una hora en llegar hasta mi casa y en el reloj dan las once y media. Cuando un Rolls-Royce negro se detiene junto a la acera frente a mi portal, sé que es él. Lo que no me espero, desde luego, es ver su cara asomarse cuando baja la ventanilla del copiloto: ha venido él conduciendo. Me acerco tras dar la última calada a mi cigarrillo electrónico y veo que se queda con la boca entreabierta, como si fuese a decirme algo pero se le hubiese olvidado. Y no sé si es porque me ha visto fumando, porque es un poco tonto o porque le ponen los pantalones de cuero que llevo, que no solo se ajustan a mis piernas y me hacen un culo increíble, sino que van abiertos a ambos lados de mis piernas, mostrando mucha carne —en mi defensa diré que no pensaba salir de mi puta casa a congelarme aquí fuera—, y con unas finas cuerdas a modo de decoración uniendo los extremos del mismo, como si fuera un corsé.

—¿Te ha comido la lengua el gato, jefazo? —pregunto, reclinándome hacia adelante cuando llego a la ventanilla.

—Te he dicho…

—Sí, sí, que te llame Levi. —Pongo los ojos en blanco, abro la puerta del copiloto y me meto dentro, poniéndome el cinturón y dejando la mochila a los pies—. A la discoteca *Insomnia*.

—¿Cómo sabes que está ahí? —Se incorpora de nuevo a la calzada, comenzando a salir de Old Pasadena para girar de vuelta a Los Ángeles.

—¿Es que no ves las redes? —Arqueo ambas cejas, mirándole—. Sus fotos con Shanya han salido en todo internet. —Alzo la mano cuando veo que va a preguntar algo—. No preguntes por qué lo sé, pero sé que ese sitio es una jodida trampa. Así que date prisa.

Por una vez no me replica ni me pone mala cara, sino que acelera, saltándose el límite de velocidad siempre que puede para acortar camino. Lo malo es que a medida que nos vamos introduciendo más y más en el centro de Los Ángeles, el tráfico empeora y las retenciones empiezan a sacarme de quicio. ¡Joder, la gente debería estar en su puta casa celebrando el maldito Año Nuevo! Muevo las piernas, nerviosa, mirando de vez en cuando de reojo a Levi. Tiene un perfil bonito, no voy a negarlo. Bueno, qué coño, está como un queso, además hoy no va tan repeinado hacia atrás y el pelo, algo despeinado, le hace algunos bucles que le quedan muy bien. Y no lleva traje, que es otro punto a su favor. Está tenso, puedo verlo por cómo tiene la mandíbula de apretada, la cual está más remarcada gracias a que va totalmente afeitado. Se gira de repente a mirarme, arqueando una de sus cejas y fijando sus negros ojos en mí. Son como dos pozos insondables, y bajo esa expresión algo dura y agria, me parece atisbar una pizca de melancolía que yo misma he sentido en otro tiempo.

—Llegaremos a tiempo —me dice antes de mirar a la carretera y volver a poner en marcha el coche cuando el semáforo cambia a verde. Joder, eso espero, porque van a dar las doce, y una vez den, es cuando empieza la *«verdadera fiesta de Raid»*.

Al final tenemos que dejar el coche a un par de calles de Insomnia porque entre los fotógrafos que aún están en la puerta y la cantidad de gente que ha aparcado por aquí, es imposible dejarlo más cerca. Y ni hablemos de meterlo a un parking, que el más cercano con plazas libres está como a cuatro manzanas. Una mierda. Levi y yo caminamos con paso rápido, en silencio. Estoy de los nervios, siento que el corazón se me va a salir por la boca y que voy a perder el control de mí misma en cualquier momento. De repente, siento una mano agarrar la mía y me giro de golpe hacia Levi. No me mira, sino que sigue mirando al frente, con el ceño fruncido, pero me ha agarrado la mano. Él. El señor sieso. Creo que empieza a caerme un poco bien.

—¡Es Isis Jackson! —grita alguien cuando nos acercamos hacia *Insomnia*. Los fotógrafos, que parecían aburridos, enseguida se levantan y empiezan a hacer un montón de fotos, así que suelto la mano de Levi antes de que puedan pillarnos agarrados: lo que le faltaba ya, que hubiera rumores por ahí circulando sobre nosotros. Me cogería más rabia—. ¡Y va con Levi Van der Boss!

—¡Isis, aquí, una sonrisa!

—¡Ya han dado las doce, te has perdido la entrada del año!

—¡Isis, una foto!

Yo me dedico a alzar la mano, pero paso como una exhalación hacia la puerta. Uno de los guardas, extrañado, se adelanta con la lista de invitados en la mano, deteniéndonos.

—Lo siento, pero no hay más nombres en la lista.

—Ya, verás, es que un amigo mío, Takeshi Bennett, que sí está en la lista, está un poco malo, y…

—Si no estás en la lista, a la cola. —Su tono me resulta insultante. Aprieto los puños y estoy a punto de saltar cuando otro tiarrón se asoma por la puerta, arqueando ambas cejas. Ahhhh, a ese sí lo conozco. ¿Era Nate? ¿O Clark? Da igual, le conozco, así que alzo la mano.

—¡Jackson, cuánto tiempo! —exclama al verme, acercándose y posando la mano sobre el hombro del otro tío—. Déjales pasar, Jackson es de confianza.

Tras lanzarme una nueva mirada de arriba a abajo, el tiarrón borde acaba asintiendo, abriendo el cordón y dejando que Levi y yo pasemos al interior.

—Gracias, guapo.

—No has crecido mucho, ¿eh? Sigues pareciendo una colegiala —bromea, a lo que yo le saco el dedo corazón.

—Pues las cosas que hago ya no son de ser una colegiala —contesto, señalando las escaleras—. Arriba, ¿verdad?

—Como siempre.

Vale, por suerte hemos podido superar la primera barrera. Subo las escaleras casi a la carrera, con Levi a mi espalda en completo silencio. A medida que subo, empiezan a venirme a la cabeza un montón de recuerdos desagradables: el olor a alcohol, las risas, los besos indiscriminados, luces que marean, promesas vacías, drogas por todos lados, trampas, chantajes... Y me tengo que agarrar a la pared para no salir corriendo y volver a mi casa.

—¿Estás bien?

—Sí… sí —respondo, enderezándome—. Vamos.

Lógicamente, en cuanto llegamos a la puerta que separa la sala común de las zonas VIP, hay otros dos gorilas protegiendo la entrada de extraños. Y mierda, no conozco a ninguno, así que me va a tocar hacer el paripé con sonrisas. Me abro la cazadora —porque además aquí hace un calor de mil demonios—, y dejo a la vista mi top de media manga de rejilla, bajo el cual se puede apreciar el sujetador negro de encaje que me hace unas tetas de infarto. Mira, seré pequeña, pero el culo y las tetas los tengo de lujo. Sonrío, lanzándole la cazadora a Levi, y me planto delante de los dos.

—Solo…

—Ya, ya, solo invitados —corto al que estaba a punto de hablar, colocando los brazos en jarras —. A ver, os lo voy a poner fácil. Soy Isis Jackson, y si no me conocéis, tenéis muy mal gusto musical. Ahí dentro está mi amigo Bennett, el cual no se encuentra muy bien, y hemos venido a buscarle, así que…

—Si tan mal está, esperadlo abajo y que salga —me responde uno de ellos.

—Está muy perjudicado —añado, cogiendo aire para no empezar a gritar como una loca—. Va a necesitar nuestra ayuda para salir de ahí.

—Que le ayuden los de dentro.

Dios, es que ahora mismo les pateaba los huevos a estos dos capullos. Y creo que Levi es capaz de leerme la mente, o los gestos, no lo sé, porque posa una mano sobre mi baja espalda, se adelanta y se coloca frente a ellos mientras saca la cartera de su americana. Se queda unos segundos en silencio hasta que saca unos cuantos billetes —no soy capaz de ver bien de cuánto son, pero joder, este tío es como el tío Gilito, pero con billetes—, y les tiene el fajo.

—Creo que esto confirma que no somos del montón.

Los dos gorilas se miran durante unos segundos, como si fueran capaces de comunicarse entre ellos por telepatía, y al final uno de ellos coge los billetes mientras el otro abre la puerta, dejándonos pasar.

—No tardaremos mucho y no comprometeremos vuestros puestos —dice Levi antes de pasar, volviendo a coger mi mano para tirar de mí hacia el interior de la sala.

Y una vez se cierran las puertas a nuestras espaldas, nos quedamos quietos. Siento las piernas ahora mismo temblar porque todo está igual que hace diez años. Algunas caras han cambiado, otras parecen más viejas, otras están —muy mal— operadas, pero sigue siendo la misma mierda, el mismo tipo de música para engatusar, la luz tenue para invitar a la gente a desinhibirse, las luces de colores, siempre girando, para que no seamos conscientes del espacio. Sin ventanas, salvo aquella que da hacia la sala de abajo. Siento un apretón en la mano y me giro, recuperando mi postura, porque ya estaba casi hecha un ovillo.

—¿Todo lo arreglas a golpe de billetes? —bromeo, intentando parecer menos atacada de lo que estoy.

—¿Y tú enseñando carne?

—Es lo que se me da bien.

—Lo mismo digo.

Por primera vez esboza una sonrisa y, sin querer, se la devuelvo, al igual que el apretón de la mano. Sin soltarlo, tiro con cuidado de él para meternos en medio del gentío. Aún quedan muchos invitados por aquí, así que, con suerte, podremos dar con Takeshi antes de que sea tarde.

—Búscalo aquí, yo voy al piso de arriba. Si lo ves, por favor, llámame y salgamos cagando leches.

Me separo de su mano a regañadientes y subo las escaleras de dos en dos. Joder, es que hasta el olor del alcohol y el tabaco que hay por toda la zona es el mismo y me da mucho asco. Rezo a todo lo que conozco, a pesar de no ser creyente, para que Takeshi no esté aquí arriba, o que si está aquí, esté con esa Shanya y no con cualquiera de los tiburones. Ya han pasado las doce hace un rato, así que varias de las salas privadas ya están ocupadas: algunas cerradas, otras con las puertas entreabiertas. Me acerco primero a las dos que están entreabiertas, asomándome a la primera para ver a una conocida youtuber comiéndole la boca a una cantante que ha salido, hace muy poco, anunciando su compromiso con un conocido futbolista. Madre mía, este mundo sigue siendo la misma mierda retrógrada y machista de siempre. Paso a la siguiente, pero los gemidos que salen de dentro me dejan claro que no, que ahí no está Takeshi, porque las voces, desde luego, no corresponden ni a él ni a Bell. Mierda, me va a tocar abrir las que están cerradas.

Me dirijo a la puerta cerrada más cercana y, antes de abrir, apoyo la oreja en la fría puerta para ver si soy capaz de escuchar alguna cosa. Y se me hiela la sangre al escuchar un *«sí, señor Raid»* a la vez. Joder, joder, está ahí dentro. Ese tiburón está con alguien y… dios, no, por favor, que no sea Takeshi.

Cuando quiero darme cuenta, estoy abriendo la puerta de golpe, dándome de lleno con una escena que no solo me hace volar años atrás, sino que me da tanto asco que siento que voy a vomitar aquí mismo. Sentado en uno de los sofás, Raid, con una copa en la mano y su postura relajada, me mira con las cejas arqueadas, como si no acabase de pillarlo haciendo una de las

suyas. Y lo peor, en otro de los sofás, Takeshi está sonriente pero medio ido, con una chica desabrochándole la camisa y mirándome asustada, mientras la otra, que está entre sus piernas, me mira con pavor y la mano dentro de los calzoncillos de Take. Joder, las ha vestido como malditas colegialas. ¿Y qué pueden tener, quince años?, ¿dieciséis? Las ganas de vomitar desaparecen y todo se vuelve rojo por la ira que crece en mi interior. Reconozco el pavor de los ojos de ambas, el rosado de sus mejillas y el temblor que intentan ocultar. Las miro con dureza, obviando, por completo, a Raid.

—Vosotras dos. Fuera. —Ambas se miran un instante antes de lanzar una mirada hacia Raid. Creo que se mantiene quieto, sin hacer nada, porque vuelven a mirarme—. ¡Ahora!

Las chicas, asustadas, se levantan corriendo y se van, dejando que me acerque por fin a mi amigo. Takeshi, que desde luego está más que bebido y drogado, me mira con los ojos vidriosos, como si no fuese capaz de reconocerme. Pero lo hace. Lo hace porque sonríe y me agarra de las caderas.

—¡Isis, has venido! —exclama, tirando de mí con tanta fuerza que acabo cayendo sobre él. Me busca, y joder ojalá lo hubiera hecho hace unos años, cuando nos conocimos, porque habría matado por probar lo que guarda entre las piernas. Pero no, ahora no lo quiero. No lo quiero porque su deseo sé que es fruto de lo que le han puesto, porque sé que se arrepentiría si se enterase y perdería lo que más valoro: su amistad. Así que cuando busca besarme, le tapo la boca con la mano mientras con la otra, como puedo, busco recolocarle los pantalones. Se queja, mirándome con sus vidriosos ojos azules.

—Take, vamos a guardarte la manguera y a casa. Mierda, no puedo con una sola mano.

—¿No ves que no quiere? —Se me pone la piel de gallina cuando escucho su voz y la rabia vuelve a calentarme por dentro—. Tú siempre tan rebelde, Ada. —Dios, quiero partirle la cara—. Oh, es verdad, ahora usas tu verdadero nombre, ¿no, Isis?.

—No tengo nada que tratar contigo, imbécil —contesto, bajándome de encima de Takeshi después de destaparle la boca para poder ponerle bien el pantalón. Necesito a Levi. Necesito que suba ya.

—Oh, Ada, Ada,... sabes que nunca vas a poder librarte de mí.

Me incorporo y me acerco hacia él. Raid mantiene su pose despreocupada, como si esta interrupción no le supusiera un problema. Es posible que sí, que le acabe de joder el negocio de su vida, tener a una estrella como Takeshi enredada entre sus hilos. Pero no lo muestra. Porque es un jodido depredador, y si no nos enreda como quiere, nos asfixia hasta matarnos.

—Te dije que no te acercaras a nadie de mi entorno o te arrepentirías. —Aprieto los dientes tanto que creo que me los voy a partir. Él, encima, tarda en contestarme. Bebe un trago de su copa, manteniendo su mirada fija en mí y, tras paladearla, por fin contesta.

—Y yo te dije que no me buscaras las cosquillas. Y estás quitándome un buen negocio.

—Me importa una mierda que intentes hundir mi carrera. Si he resurgido una vez, puedo hacerlo

otra más. —Me giro para coger la mano de Takeshi y tirar de él. Joder lo que pesa.

—¿Isis? ¡Takeshi! —La voz de Levi es como una luz esperanzadora. Cuando quiero darme cuenta es él quien me está ayudando a levantarlo—. ¿Qué le ha pasado?

—Ha bebido demasiado y… —Niego. Mejor le digo en el coche—. Hay que bajarlo al coche. Ahora.

Levi asiente y es él quien se hace cargo de llevar a Take hacia la puerta. Él, cuando reconoce a su amigo, suelta una exclamación de alegría.

—¡Levi! ¿Es que a Isis ahora le gustan los tríos? Es una caaaaaja de sorpresas.

Levi no contesta, y yo voy justo detrás cuando siento una mano agarrar con fuerza mi muñeca y detenerme. Me giro, tirando con fuerza porque su tacto me quema, me repugna, hace que me sienta sucia. Me mira esta vez con una sonrisa sádica que consigue asustarme, ponerme los pelos de punta.

—Yo no me preocuparía de tu carrera, Ada. —La manera en que remarca mi antiguo nombre artístico me da mucho asco. Miro hacia la puerta de reojo, a la espera de que Levi no haya escuchado nada—. Parece que de momento sigues calladita, y más te vale.

—Suéltame. Si tú no tocas a Takeshi, ni a mis compañeros, yo cumpliré mi parte del trato.

—Muy bien —responde al final, soltándome con más fuerza de la necesaria—. Sería una pena que tu carrera acabase con una desgracia como la de Kylie, ¿verdad? —Estoy a punto de retomar el camino, pero escuchar el nombre de mi excompañera consigue que me quede clavada en el suelo—. Tu marcha hizo que el grupo se rompiera y no levantó cabeza. Una lástima que se suicidara siendo tan joven. O quizá tan solo se pasó con las drogas y el alcohol una noche de fiesta. Ahhh, las adolescentes no controlan nunca lo que toman.

Me giro de golpe y le agarro de la chaqueta del traje con fuerza. Al hacerlo, puedo ver el tatuaje que le ha dado su sobrenombre, su marca: el tiburón blanco. Verlo me repele aún más y hace que el hombro me duela. Maldito bastardo… Él y su puto imperio.

—Un día toda esta mierda te estallará y yo mearé sobre tu puta tumba, cabrón. —Le suelto de un empujón y él, mientras se recoloca la ropa entre risas, me mira.

—Cuidado no sea yo el que lo haga sobre la tuya, Ada.

Cuando salgo del privado, aún con la sensación de tener sus dedos alrededor de mi muñeca, Levi está con Takeshi a pocos pasos, esperándome. Mientras el primero me mira serio, Take tiene cada vez peor cara y se nota que el jefazo está haciendo verdaderos esfuerzos por mantenerlo en pie. Así que me acerco a la carrera y, como puedo, me paso su otro brazo por el cuello, caminando hacia las escaleras. No sé qué cara debo de tener, porque lo primero que me pregunta Levi al verme es:

—¿Todo bien?

Yo me limito a asentir. Ahora mismo solo quiero salir de este puto antro de mierda, respirar aire fresco y gritar. Gritar hasta quedarme vacía por dentro. Me arden las lágrimas en los ojos y un sinfín de imágenes del pasado pasan por mi cabeza como un huracán que busca arrastrarme al fondo del pozo.

Cuando llegamos a la puerta de la calle y la abrimos, nos recibe la misma oleada de fotógrafos y gente que, alucinados, nos miran sacar a Takeshi en camisa, desarreglado y totalmente doblado. Ahora que le veo a la luz de las farolas, tiene muy mala cara, y la euforia que parecía sentir, está evaporándose por momentos. Sé que Raid le ha echado algo en las bebidas, siempre lo hace, y ahora mismo quiero matarlo con mis manos. No solo ha drogado a un amigo, no solo le han emborrachado, sino que, joder, tiene problemas de corazón y esto puede ser muy peligroso. ¡Y es una noticia de dominio público!

—Voy a por el coche. No creo que podamos llevarlo andando hasta allí —me dice Levi. Los flashes nos ciegan, y estoy a punto de saltar, así que le tiendo la mano, frunciendo el ceño.

—Voy yo. Tú puedes aguantar mejor su peso. Y como me quede, la lío aquí delante de todos, porque esos buitres me están poniendo de muy mala hostia.

Levi duda unos segundos. Mira hacia Takeshi, el cual no deja de murmurar que se encuentra muy mal y que va a vomitar, y luego hacia mí. Al final resopla y saca las llaves, tendiéndomelas, antes de agarrar mejor a nuestro amigo, sin decir nada, y apartarse hacia un lugar algo menos concurrido donde poder apoyarse. Y aun así, a pesar de estar apartándose, los fotógrafos no hacen más que intentar tomar más y más capturas de Takeshi, por primera vez en su vida, totalmente borracho.

Tardo diez minutos en dar con el coche, conseguir arrancar esta cosa y salir disparada hacia Insomnia. Tengo que dar toda la vuelta a la manzana para poder llegar a la puerta, así que entre eso y que este coche, aunque es una pasada, no es mío, pues me cuesta un poco llegar hasta allí. En cuanto aparco, dejando el motor encendido, Levi se acerca con Takeshi para poder meterlo en el coche cuanto antes. Tiene parte del bajo del pantalón vomitado, pero no parece importarle mucho. Bien, un punto más para el jefazo. Me bajo del asiento del piloto y le ayudo a meter, con cuidado, a nuestro amigo en la parte de atrás.

—Ponlo de lado, así, si vomita, no se ahogará.

—¡Take, amor! —Por encima del jolgorio, escucho una voz que se me clava como un millón de agujas. La que faltaba.

—Quédate aquí —le digo a Levi. Mira, con ella sí me apetece hablar. Me apetece decirle unas cuantas cositas, porque me tiene hasta el coño con lo lapa que es y con la mierda en la que ha metido a «su amor». Así que me acerco a ella, cortándole el paso no muy lejos de la zona en la que están los fotógrafos. Y por una vez hasta me gusta que estén, a ver cómo soluciona luego ella solita toda esta mierda—. Takeshi se viene con nosotros.

—¡Ha venido conmigo! No tienes…

—Mira —la corto, acercándome un paso más a ella. A pesar de llevar tacones, ella no solo es más alta que yo, sino que lleva tacones aún más altos, así que sigo pareciendo un hobbit al lado de una elfa. Pero me la sopla—, me importa una mierda que haya venido a esta puta fiesta de mierda contigo. Nos llevamos a Takeshi.

—¿Y si no, qué? No es de tu propiedad, si estás enamorada de él, te jodes, porque…

Ufff, no puedo más. Le doy un puñetazo en la boca del estómago que consigue que se doble y, en el momento en el que lo hace, la agarro del pelo, descubriendo, al hacerlo, el tatuaje de un tiburón blanco en su nuca. Joder… mira que pensaba que solo era tonta y caprichosa, pero es que es de su grupo. Es uno de sus putos cebos. Y me da igual que empezara como esas pobre chicas, como yo, o que entrase directamente como gancho de los altos cargos. Si tiene el tatuaje, sabe lo que hay y lo acepta. Ha llevado a Take hasta él aposta. Grita, se queja y me llama de todo bajo la atenta mirada de los objetivos. Yo no suelto su pelo, sino que tiro con más fuerza para acercarme su cara a la mía.

—Como te vuelvas a acercar a Takeshi, te hundo la puta carrera. No vas a trabajar para Lakshmí porque el jefazo va a saber que estabas en el ajo y que su mejor amigo está hecho un trapo por tu culpa. Y me da igual que Raid esté detrás de ella. Me da igual que caiga la mía. No le llames, trabaja con él y punto, o vas a saber quién es Isis Jackson.

La suelto, dejándola blanca como la porcelana y temblando de rabia. O quizá de miedo, no lo sé. Miro hacia las cámaras, les hago un corte de mangas y vuelvo a lanzarle una última mirada a Shanya.

—¿Y sabes qué? Toda esta mierda se la vas a explicar tú a los medios. Vas a decirles que habéis cortado, a limpiar la imagen de Takeshi y, de paso, la mía. Porque es tu culpa, y solo tuya, que todo esto haya pasado. Nada de historias de celos y putas mierdas de Hollywood. —Me acerco de nuevo. Ella tiembla y se encoge, pero a mí me da igual. Esta vez, hablo más bajo—. Y espero que no seas un tiburón de verdad, como ellos, porque si te tienen en la red, se puede salir, pero si ya entras en su juego del todo, morirás bajo su sello.

Dejándola más blanca aún y clavada en el suelo, me giro y camino de vuelta al coche. Estoy helada por fuera, lo sé, pero creo que la rabia me ha conseguido calentar por dentro y ahora mismo ni siquiera siento que me falte la cazadora. Me meto en el asiento del copiloto y me pongo el cinturón, resoplando. Me deshincho como un globo, y agradezco, de verdad, que los cristales estén tintados.

—Deberíamos llevar a Takeshi a mi clínica privada —me dice Levi mientras se pone en marcha —. Son de confianza, no preguntarán ni dejarán que la prensa entre a cotillear. Una vez llegue, llamaré a su hermano.Me acaba de decir que le duele el pecho y… ya sabes.

—Gracias —respondo, volviendo a quedarme en absoluto silencio.

Al parar en uno de los semáforos, se gira hacia mí, apartando una de las manos del volante para dejarla sobre el cambio de marchas, muy cerca de mi pierna. Yo le miro al sentir sus ojos

posados en mí y arqueo ambas cejas.

—¿Estás bien?

No, no lo estoy, pero no quiero que lo sepa. Así que le agarro de la corbata, tiro de él hacia mí y le beso con furia en los labios. Levi se queda quieto, tenso unos segundos, pero parece que no le ha molestado mi arrebato y me devuelve el beso con la misma intensidad. Sus manos no se mueven en ningún momento, no invade mi espacio.

En cuanto le suelto, él abre los ojos y, volviendo a su posición, me mira, en absoluto silencio y con las cejas arqueadas.

—No pienses nada raro, solo estaba agradeciéndote tu ayuda —espeto de mal humor. Y sé que no debería pagar estas mierdas con él. Me ha ayudado más que nadie esta noche y agradezco tenerle cerca para no caer en el pozo—. No me mires así y vamos a esa súper clínica exclusiva para gente con palos metidos por el culo.

Por el rabillo del ojo veo que esboza una media sonrisa antes de volver a ponerse en marcha y, por alguna razón, eso me relaja. Take estará bien. Con nosotros nadie podrá volver a tocarle.



La espera es lo que peor llevo. Las manillas del reloj parecen ir hacia atrás en vez de hacia adelante. Takeshi entró a la una y media de la madrugada por las puertas de urgencias; son las tres y aún no sabemos nada. Estoy sentado en uno de los sillones de la sala de espera, con las manos juntas y la mirada puesta en el suelo. Tendría que haber insistido. Debería haber ido a su casa cuando no me devolvió las llamadas. Vivimos cerca, no me habría costado nada. Si hubiera hecho más caso a Jackson…

Al pensar en ella alzo la mirada. No ha dejado de pasear de un lado a otro desde que llegamos. Es como una leona enjaulada, con sus pasos firmes y furiosos, su cabellera platinada volando a su alrededor, el fuego de sus ojos. Hay… algo detrás de esa imagen de tipa loca y macarra tatuada hasta las cejas. Hay una herida y tiene que ver con *Amethyst Records*, estoy seguro. Todo lo que ha sucedido esta noche, cómo Raid la llamaba por otro nombre totalmente diferente, la rabia contenida en sus ojos negros, mezclada con el dolor… Sí, Jackson es más de lo que pensaba.

Gira de nuevo y aprovecho para fijarme bien en ella. Es pequeña, o mejor dicho, es bajita, como la señorita Mizuno. Tampoco es muy corpulenta, pero tiene unas curvas bien definidas que… aunque no sea correcto pensarlo, son increíbles. Formas redondeadas, un cuerpo perfecto de guitarra, con un pecho generoso y unas nalgas que… Carraspeo y suspiro. No, es una persona, no debo pensar en ella como en un objeto de placer. Pero el conjunto que lleva… Es negro como la noche, se ajusta a ella como una segunda piel, y hace resaltar lo pálida que es. Las líneas tribales de sus tatuajes le sientan bien, le dan un aire diferente, y el tintineo de sus pendientes y cadenas al caminar son como el anuncio de una guerra. Y es guapa. Muy guapa. Debo reconocer que elegirla para la campaña de San Valentín del año que viene —perdón, de este año—, ha sido un acierto. Su piel blanca con el vestido que eligieron y sus labios rojos quedan impresionantes en pantalla.

Sus labios… Al pensar en ellos me viene a la cabeza el beso. Me ha besado… Sin consentimiento. Pero tampoco la he detenido. Creo que se lo he devuelto. Y, aunque no lo voy a reconocer, me ha hecho sentir fuego por dentro. Pero ha sido la situación, la adrenalina, estoy seguro. Siempre he salido con mujeres sofisticadas, de mi círculo. Esas con las que se espera que salga. Jackson es… ella es un alma libre.

Las puertas de urgencias se abren pasadas las tres y media, y yo me levanto del sillón como un resorte. Uno de los médicos de la plantilla se acerca a nosotros con una expresión tranquilizadora, pero antes de que pueda preguntarle, Jackson se ha puesto delante y le ha cogido de la mano.

—¿Está bien? Dígame que no le ha pasado nada o voy y prendo fuego a esa discoteca. ¡Vamos que si lo hago!

—No se preocupe, el señor Bennett está bien. —Le dedica una sonrisa tranquilizadora que hace que Isis, que parecía muy entera, se deje caer al suelo de rodillas, sin soltarle la mano—. Le hemos tenido que hacer un lavado de estómago para retirar todo el alcohol y los restos de droga antes de que su organismo terminara de asimilarlo todo.

—¿Y el dolor en el pecho? Tiene antecedentes cardíacos y…

—Por suerte eran simples taquicardias —me corta, tranquilizador—. Eso, unido al malestar que le han provocado las sustancias que ha ingerido le han hecho sentir peor de lo que estaba. De todos modos, le hemos administrado medicación para paliar los efectos y suero para evitar la deshidratación. Enseguida podrán pasar a verle.

—Gracias, doctor. —Me siento aliviado, llevándome la mano al pecho. Qué susto me ha dado el condenado, por dios.

Isis se levanta del suelo y, contra todo pronóstico, se abraza al doctor con fuerza, hundiendo la cabeza en su pecho ante la sorpresa de este. El hombre no tarda en suspirar y acariciar su espalda, con suavidad.

—Gracias… gracias… gracias… —repite una y otra vez, sin soltar al pobre doctor, que no deja de acariciar su espalda.

Al final soy yo el que se acerca para coger a Jackson, con cuidado, y abrazarla contra mí. No tarda en hacerlo, en pasar sus finos brazos alrededor de mi cintura y apoyar la cabeza contra mi pecho. Está temblando. Incluso me parece escucharla sollozar. Ha tenido que pasarlo peor que yo. Acaricio su espalda, dejando que suelte todo lo que necesita soltar, mientras el doctor inclina la cabeza.

—En cuanto esté en la habitación les avisaré para que pasen a verlo. Aunque con la hora que es…

—No… No se preocupe. Estaremos aquí. Queremos verlo en cuanto sea posible.

—Les avisaré entonces.

Sin decir más, el doctor desaparece a través de las puertas batientes, dejándonos a nosotros allí, abrazados en silencio. No me muevo. Debería sentirme incómodo, no me gusta mucho el contacto físico con personas de fuera de mi entorno, pero ahora mismo… No quiero estar en ningún otro lado ni de ningún otro modo. La abrazo un poco más contra mí y echo hacia atrás la cabeza. Maldito Takeshi. Cuando estés bien pienso darte una buena colleja, maldita sea.

—No te pienses nada raro. —La voz de Jackson, amortiguada por mi propio pecho, me hace bajar la cabeza con las cejas arqueadas para mirarla. O bueno, mirar su coronilla.

—¿A qué te refieres?

—A esto. Me… me habría abrazado hasta a un puto cactus. —Esbozo una media sonrisa sin casi darme cuenta y asiento con suavidad.

—Lo sé. Al menos yo no pincho.

—Al menos no pinchas, sí…

Y tras esa conversación corta y tan ridícula, volvemos a quedarnos en un silencio cómodo, abrazados, que no sé ni cuánto dura.

No es hasta cerca de las cinco de la madrugada que nos avisan de que, por fin, Takeshi está en una habitación y podemos pasar a verlo. Jackson se ha quedado dormida en uno de los sillones y yo no he dejado de darle vueltas a todo lo que podría haber hecho o no. He llamado a su hermano Jun que, tras tranquilizarlo diciéndole que estaba bien, me ha asegurado que en cuanto salga de su guardia vendrá a verlo, y le he mandado un mensaje a Naisha para que cancele mis compromisos de los próximos días. Mientras Take esté aquí, me quedaré a su lado.

—Ya pueden pasar a ver al señor Bennett —dice un enfermero en cuanto sale por las puertas batientes—. Les acompaño.

—Gracias. —Me levanto de mi asiento y me acerco a isis, moviéndola ligeramente—. Jackson… Ya podemos entrar —susurro, intentando no asustarla. Aun así, abre los ojos de golpe, mira alrededor asustada, como si no supiera dónde está, hasta que posa sus ojos negros en los míos. Es entonces cuando se relaja y asiente, incorporándose cuando me alejo un poco.

—Ah… gracias, sí… ¿Está… despierto?

—Aún no. Lo hemos dejado sedado para evitar que haga alguna tontería. Aunque está medicado, aún tiene restos de varias sustancias rondando por su cuerpo. Es por su seguridad. Pero les aseguro que está bien.

—Pues si es tan amable de guiarnos…

El enfermero asiente y, sosteniendo una de las piernas, nos invita a pasar al interior. La zona de urgencias, que es donde estamos, parece bastante tranquila. Apenas hay cuatro personas en la sala de espera y no parecen graves. Giramos antes de llegar a los boxes, entrando en uno de los pasillos donde hay dos enormes ascensores, hechos para que pueda entrar una camilla y se pueda maniobrar con ella. En silencio, entramos en uno de ellos y subimos hasta la tercera planta, una de las alas de habitaciones privadas para los pacientes. Allí todo está en silencio, y prácticamente a oscuras salvo unas suaves luces a la altura del suelo y la luz que sale de la sala de enfermería a mitad del camino. Las puertas de las habitaciones están todas cerradas; a esas horas los pacientes aún duermen.

Al final, el enfermero se detiene frente a una de las puertas y la abre con cuidado, haciéndonos una señal para que entremos.

—En un par de horas le quitaremos la sedación para que se vaya despertando. Está monitorizado por los antecedentes cardíacos que tiene, para tenerlo vigilado, pero ya les habrá comentado el doctor que está bien.

—Sí, nos lo dijo antes —contesta Isis, mirando hacia el interior. En cuanto lo ve, se adelanta, pasando antes de que pueda decir nada. Suspiro y miro hacia el enfermero.

—Gracias por todo.

—No hay de qué. Si necesitan algo, hay un botón en la cama. Yo estaré en el puesto de enfermería. Y aunque no sea la mejor de las situaciones… Feliz año.

—Feliz año —respondo, cerrando la puerta en cuanto se va y pasando al interior de la habitación en penumbra.

En cuanto doy unos cuantos pasos, veo la cama en la que Takeshi reposa, rolo iluminada por las titilantes luces de los monitores de control. Parece dormido, relajado, aunque su piel sigue estando muy pálida. ¿O puede que sea solo porque apenas hay luz? Le han puesto uno de esos horribles pijamas de hospital y una vía en la mano izquierda con varias bolsas conectadas. Jackson ya se ha colocado a su lado y tiene cogida su mano derecha mientras le mira en silencio, como si esperase que de un momento a otro fuera a despertar.

—Aún no…

—Lo sé —me corta, sin mirarme—, pero quiero que sienta que estamos aquí. Que no le hemos abandonado. Que no está solo y… nunca lo estará. No lo estará…

Dejo escapar un suspiro y cojo una de las sillas que han dejado para nosotros, acercándosela y obligándola a que tome asiento en vez de seguir acuclillada al lado de la cama. Después, cojo la otra y me siento a su lado, mirando a Takeshi. Lo dicho, cuando esté bien le va a caer una buena reprimenda y una colleja. Como poco.

En eso estoy, pensando en la reprimenda, cuando siento una mano en mi rodilla, suave. Jackson no se ha movido, pero sin soltar la mano de Take, ha posado una de las suyas en mi rodilla y la aprieta con suavidad.

—Está bien… ya está bien…

Dejo escapar un suspiro y se me escapa, de nuevo, una leve sonrisa. Asiento y, tras titubear unos instantes, poso mi mano sobre la de ella. Es tan pequeña y parece tan delicada…

—Sí, ya está bien… Gracias a ti, hemos llegado a tiempo.

—No iba a dejar que me lo arrebataran. No… no pienso dejar que gane de nuevo. Nunca más.

Y tras decir eso, en la misma postura en la que está, se queda en silencio. Y es un silencio tan cómodo y acogedor que no quiero romperlo. No sé cuál es su cruzada, pero ahora mismo me tiene de su parte. Han tocado a mi familia, y nadie toca a un miembro de mi familia —sea de

sangre o elegida, como es él— sin consecuencias.



Cuando abro los ojos me recibe una luz blanca tan cegadora que hasta me hace daño. Vuelvo a cerrarlos y me remuevo ligeramente. Dios, me encuentro fatal, me duele la cabeza, me arden la garganta y el estómago y ahora mismo siento que si me levanto me voy a marear. Con cuidado y un leve quejido, vuelvo a abrir los ojos, moviendo un poco la mano, con la que rozo algo de pelo. ¿Eh? ¿Dónde diablos…? Giro la cabeza, con los ojos entrecerrados, hacia donde he notado la mata de pelo. ¿Qué hace Isis dormida así sobre el colchón? Me llevo la otra mano a la frente y resoplo. Es entonces cuando veo que tengo una vía y unos cuantos tubitos enganchados a ella. ¿Estoy en el hospital? Joder, no me acuerdo de nada.

—Bienvenido, bello durmiente. —Miro hacia el lado contrario al que está Isis, encontrándome con mi hermano Jun entrando por la puerta. Tiene unas ojeras terribles, el pelo despeinado y lleva en una mano un café y un bote de Monster en la otra.

—Jun… —Me duele incluso hablar. Siento la boca pastosa y cada palabra me rasga la garganta. Carraspeo un poco, a ver si me sale mejor la voz, y eso es aún peor—. ¿Qué ha…?

—¿Qué ha pasado? —Deja las bebidas en una mesita auxiliar y se acerca a darle a un botón, dejando escapar un suspiro—. Por lo visto anoche te corriste una buena juerga. Levi e Isis te trajeron aquí inconsciente. Vaya manera de comenzar el año.

No me acuerdo de nada. Solo recuerdo la discoteca, a Shanya bailando conmigo, sus labios contra los míos, una mano dentro de mis pantalones,... Me llevo la mano a la frente, resoplando, y cierro los ojos. Recuerdo a Isis, sí. ¿Creo que intenté besarla? No, joder, nunca le haría eso. ¡Es mi mejor amiga!

—No recuerdo nada… —respondo al final, abriendo los ojos para volver a mirar a mi hermano. Él suspira y asiente, posando la mano sobre mi hombro con cuidado.

—Lo sé. No te preocupes, ahora estás en buenas manos, ¿vale?

Apenas termina de hablar, un par de enfermeras entran en la habitación y comienzan a hacerme todo tipo de preguntas: cómo me encuentro, si me siento mareado, si veo doble, si me duele el pecho,... Respondo como puedo, porque aún me siento algo aturdido, y al final solo soy capaz de entender que me van a dar un poco de agua y a llamar al médico para que me haga unas pruebas.

—Joder, aquí no hay quien duerma.

Me giro hacia Isis al escuchar su voz, y creo que nunca he sentido tanta felicidad al verla. Tiene el maquillaje corrido, el pelo largo despeinado y un mohín infantil en su rostro. Incluso suelta un

quejido cuando alzo la mano que tengo a su lado para acariciar su mejilla. Parece feliz de verme despierto, pero al momento me aparta la mano de un manotazo.

—Quita, que te voy a llenar la mano de babas sin querer.

Suelto una pequeña risa que acaba en un ataque de tos. Dios, ¿por qué me arde tanto la garganta? Mi hermano se acerca entonces a mí con una botella de agua, recién abierta, y me la acerca para que dé un pequeño trago y me enjuague la boca.

—¿Qué tal tu primera resaca, Take? —pregunta Isis de manera burlona. No sé qué cara debo poner, porque ella se echa a reír—. Alguna vez tenía que ser yo la que te sacara borracho de algún sitio, ¿no?

—¿Tanto bebí? —pregunto. Entonces la expresión de Isis se congela y mira a mi hermano, en silencio, así que me giro hacia él. Jun suspira y se encoge de hombros. ¿Qué demonios no me están contando?

—Take… —La voz de Isis hace que de nuevo la mire, frunciendo un poco el ceño. Dios, mover la cabeza de un lado a otro también consigue marearme. Su voz ha cambiado de tono, está más seria, casi triste podría decir—. No bebiste tanto, pero… a ver, en esa fiesta te dieron más que alcohol.

—¿Cómo?

—Te dije que no aceptaras lo de Shanya, que no era tu estilo. No quería ser conspiranoica, pero no me gustaba desde el principio. —La veo negar con suavidad. ¿Shanya me drogó?—. Ya te lo contaré todo con calma, pero más te vale alejarte de ella y de la gente que la rodea. No son trigo limpio.

—¿Ha sido ella? ¿Me drogó?

—Ella, Raid, las camareras,... No lo sé —responde, encogiéndose de hombros—, y no me preguntes por qué lo sé, porque no voy a contestarte ahora. Solo aléjate, Take, hazme caso. Me sacas cinco años, pero de esta mierda sé mucho más que tú.

Creo que no entiendo bien lo que me dice. Mi cerebro va demasiado lento ahora mismo. La miro a los ojos, buscando las palabras que decir, pero no tengo ni idea de qué quiero preguntar o por dónde quiero empezar. Joder, no pienso volver beber en toda mi vida.

Mi segundo día en el hospital estoy mucho mejor. Durante todo el día de ayer y esta mañana me han hecho varias pruebas para comprobar que todo está bien: bioquímica, un electrocardiograma, un ecocardiograma y no sé qué otras cosas más. Y aunque por el momento todo parece estar

bien, me tienen monitorizado por si acaso mi corazón sufre alguna consecuencia tardía. Yo, salvo por las molestias en la garganta tras el lavado de estómago que, por lo visto, me tuvieron que hacer y la vergüenza, me encuentro bastante mejor.

—¿De verdad te puedes comer eso? Tiene una pinta horrible —me dice Isis cuando me dejan la bandeja de la comida en la mesa. A ver, no tiene mala pinta: una crema de verduras, pescado al horno con patatas cocidas de guarnición y un flan de postre. Todo sin sal y sin azúcar, claro.

Debo decir que Isis no se ha separado de mí en estos dos días. Tan solo ha desaparecido esta mañana un par de horas para ducharse y cambiarse de ropa. Hasta se quedó a dormir en el sofá cama, enviando a mi hermano y a Levi a sus casas a descansar. No quiere separarse de mi lado y no sé muy bien por qué. Esbozo una sonrisa ante su pregunta, llevándome una cucharada de crema de verduras a la boca, lo que hace que ponga cara de asco.

—Está un poco sosa, pero no está mal.

—Qué asco, tienes el estómago de acero y el gusto en el culo, macho.

—¿Qué sabrás tú de gusto? —bromeo, volviendo a meterme algo de comida en la boca—. ¿Y Jun? Me dijo que vendría hoy, o eso me pareció entender. Anoche estaba medio dormido ya.

—Vendrá en un rato, que tenía guardia de mañana. Y Levi, ni idea, supongo que cuando pueda despegar su culo del asiento del despacho. Ha intentado cancelar toda su agenda, pero hoy tenía «reuniones ineludibles», o eso le ha dicho Nai. Aunque antes pasará a sacar a Bast, que anoche se lo llevó a su casa para que no estuviera solo. Dijo que estaría con una tal Maya o algo así.

—Parece que os lleváis bien —le digo, arqueando ambas cejas, y ella vuelve a poner cara de asco.

—Creo que me llevaría mejor con el palo que tiene metido por el culo. ¿Has visto lo estirado que es? Puaj. —Vuelvo a reír al escucharla. Sé que lo dice a posta, que siempre exagera solo para parecer más pasota de lo que es. A veces me sorprende que tenga solo veinticinco años—. Anda, cómete esa cosa antes de que me levante y lo tire por el retrete, que solo de olerlo me estoy poniendo mala yo.

Tal y como dijo Isis, a las tres de la tarde Jun aparece por la puerta, pocos minutos después de que ella se haya marchado a comer al restaurante. Tiene mejor cara que ayer, aunque no deja de parecer cansado. Alzo la mano y él, con una sonrisa, se quita el abrigo, dejándolo sobre una de las sillas, y se acerca a chocar la suya con la mía, con cuidado.

—Te traigo una sorpresa —me dice, girándose luego hacia la puerta y señalándola con la cabeza. Curioso, miro hacia allí y me encuentro, de repente, a un montón de gente entrando: la primera que lo hace es Mimi, que corre, aún con el abrigo puesto, hacia mi cama para abrazarme con cuidado de no tirar de ningún cable.

—¿Mimi?

—Dios, cuando tu hermano me ha dicho que estabas aquí casi me da algo —responde, apartándose de mí tan solo para cogerme las mejillas con cuidado y mirarme con esos enormes ojos verdes que me encantan. Hoy lleva puestas las gafas, y aunque cree que le quedan mal, a mí me parece que está preciosa con ellas—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien, si me dejaran me iba ya para casa.

—Y yo que esperaba verte en casa para hacerte un buen puchero, hijo. —Me aparto un poco para ver a Mariah y a John, los padres de Mimi, quitarse los abrigos antes de acercarse a nosotros—. Hijo mío, sí que has crecido estos años. ¡No pareces tan grandote en la televisión! —exclama Mariah mientras se acerca a mí, apartando a su hija para cogerme las mejillas, del mismo modo, y sonreír—. Tienes buena cara, pero seguro que aquí te dan mal de comer. ¿Quieres que baje a por algo?

—Mariah, mujer, no seas pesada y deja de atosigar al chico —la regaña su marido, acercándose para estrecharme la mano cuando consigue apartarla—. Tú ni caso, que ya sabes que aunque estés lleno siempre te ofrecerá comida.

—Señores Taylor, me alegro de verles —respondo al fin, sonriendo—. Y siento que sea en esta circunstancia.

—¡Ay, hijo, no digas eso! Mejor en esta que en ninguna.

—¿Quién es ese? Parece Jun en grande. —Una voz desconocida hace que arquee ambas cejas, asomándome para ver a una pequeña rubita, vestida de rosa y con pompones a juego en las dos coletas, mirándome mientras se agarra a la pierna de Mimi. Debe ser su sobrina.

—Es el hermano de Jun. Se llama Takeshi —le explica Mimi, acuclillándose a su lado—. ¿Vas a decirle hola? Que está malito.

La niña asiente, agarrando con mucha fuerza una enorme piruleta roja de plástico con forma de corazón, acercándose a mí y alzándola hasta la cama. Me dedica una sonrisa tímida a la vez que sus mejillas se ponen tan rojas como la piruleta.

—¿Es para mí? —pregunto. Ella asiente, haciendo que las coletitas se muevan, así que sonrío y cojo el enorme regalo, dejándolo a un lado para acariciar su cabeza con suavidad—. Soy Takeshi. ¿Tú cómo te llamas?

—Nelly.

—Qué nombre tan bonito. ¿Sabes que tu nombre significa «luz que brilla»? —Sus ojos se abren de golpe, mirándome alucinada. Yo asiento, reforzando lo que le digo, así que ella sonríe y se gira hacia Mimi y sus padres, feliz.

—¡Ahora me gusta más mi nombre!

La llegada de Isis a la habitación es una revolución, sobre todo por la sobrina de Mimi. La niña parece emocionada con tenerla cerca —por lo visto, ya se conocían; creo que me estoy perdiendo muchas cosas—, y al final lo que debería ser una habitación aburrida de hospital, se convierte en una fiesta. El padre de Mimi no deja de hacer bromas con el tamaño de Isis y el mío, y tras enterarse de que no somos pareja, sino amigos, me dice que mejor, que una chica tan enérgica necesita alguien que le siga el ritmo. Y ahí le doy toda la razón. Yo soy incapaz de seguirle el ritmo en cualquier cosa. Hasta trabajando tiene energías para parar trenes a mansalva.

Isis enseguida se sienta en el sofá donde duerme, con Nelly sobre sus piernas. La pequeña la mira con una ilusión que hasta me hace gracia. Le cuenta lo bien que se lo ha pasado en Navidad, todo lo que le han regalado sus abuelos y que ha comido muchísimos dulces de una tal Annita. Isis le cuenta que a ella *«le flipan»* los dulces y que los *M&M's* son sus favoritos, lo que provoca que Nelly suelte un grito ya firme que también son los suyos. Después de tantos y tantos días con charlas sobre trabajo, estrategias de márketing y toda esta historia de fin de año, escuchar esta conversación me da la vida.

—Isis, ¿nos cantas algo?

—¿Aquí? ¡Si no tengo guitarra ni nada! Además, estamos en un hospital.

La niña aprieta los labios un momento, mira a su alrededor hasta que sus ojos se fijan en mí, sonríe, y se gira de nuevo hacia Isis.

—Pero es para Takeshi. El pobrecito está malito.

Todos rompemos a reír a carcajadas. La niña más lista no puede ser. Ni más dulce tampoco, tengo que reconocerlo. Al final, Isis asiente, besando su cabeza y, tras acomodarla, comienza a cantar para darnos un concierto vocal espectacular.

Relax

There is an answer to the darkest times

It's clear we don't understand it

But the last thing on my mind

Is to leave you

I believe that we're in this together

Don't scream, there are so many roads left.

Justo está interpretando para nosotros una versión a capella y lenta de *Relax* de *Mika*, preciosa, cuando Levi entra por la puerta. Al principio se queda totalmente quieto, sorprendido al ver la

cantidad de gente que hay, pero no tardo en ver cómo su mirada viaja directa a Isis, que está enfrascada cantando para Nelly y haciendo gala de su destreza vocal. Nos tiene a todos embobados, pero creo que al que acaba de hechizar, sin darse cuenta, es a mi amigo Levi. ¿Quién lo iba a decir?

En cuanto termina la canción, todos aplaudimos y ella sonríe, dándole un beso en la mejilla a Nelly justo cuando Levi carraspea.

—Creo que la habitación está un poco llena y el enfermo debería descansar. —Ya ha venido a cortarnos el rollo. Levi y su gusto por acatar las normas. Aun así, creo que tiene razón. Y no por mí, sino porque es posible que estemos molestando a los demás pacientes.

—¿Y si bajamos a tomar algo a la cafetería? —propone Isis, sonriendo—. Tienen unos dulces que te… —Se calla, mirando hacia Nelly antes de continuar—. Para chuparse los dedos, ya verás. ¿Quieres uno?

—¡Sí, sí! ¿Abus, bajamos? —pregunta, mirando hacia los padres de Mimi, los cuales asienten.

—Id vosotros, yo bajo enseguida. —Mimi, que no ha hablado en todo este tiempo, dejando el protagonismo absoluto a su sobrina, se levanta y se acerca al sillón que hay al lado de mi cama, el cual deja Jun libre cuando se levanta. Se miran y veo que, al pasar por su lado, ella le toca el brazo y él se reclina para besar su sien, como hace con nuestra hermana, antes de hacer un gesto para que le sigan.

Los pocos segundos que tardan en dejarnos solos se me hacen eternos. Ahora mismo agradezco no tener enganchado el electro al pecho, porque se habría disparado de mala manera. Es tener a Mimi cerca, y mi corazón responde al instante. La puerta se cierra, las voces se alejan y ella, sentada a mi lado, se acerca un poco más al borde del sillón para agarrar mi mano, la que no tiene la vía, entre las suyas. Su tacto sigue siendo tan suave como siempre, tan cercano y tan maravilloso como la primera vez.

—Take, ¿recuerdas lo que te pedí cuando me dijiste que te tenías que mudar?

Arqueo ambas cejas. No sé muy bien a qué viene esto, pero soy incapaz de olvidar ese momento. Se me rompió el corazón cuando supe que teníamos que volver a mudarnos de Nueva York, esta vez a la otra punta del país, y casi creí morir cuando la vi llorar entre mis brazos porque eso significaba que lo nuestro se acabaría, que solo teníamos unos meses, hasta el final del curso, para disfrutar el uno del otro.

—Quédate conmigo —respondo. Porque soy capaz de escuchar su voz aún en mi cabeza, tan rota y desesperada como la mía. Ella asiente, apretando mi mano entre las suyas un poco más.

—Pues esta vez, aunque tú no me lo pidas, soy yo la que va a quedarse contigo, Take. Siempre.

Aunque hemos hablado de otras cosas, las palabras de Mimi se me han clavado en la mente y soy incapaz de borrarlas. Escucho su voz, veo la expresión de seguridad que había en su rostro y… Joder… ¡la quiero! ¿Cómo no voy a hacerlo?

Hace unos minutos que se han llevado la cena e Isis, que no quiere irse a descansar a casa ni con agua hirviendo, ha bajado a ver si puede coger algo para cenar. Cierro los ojos, relajado, justo cuando un par de golpes suenan en la puerta de la habitación, así que me incorporo un poco y abro los ojos.

—¿Se puede? —En la puerta, Jun me sonríe con la tranquilidad de siempre. ¿No se había ido a descansar a casa?

—Claro, adelante.

—Vengo a despedirme y a… bueno, a hablar de una cosa contigo. —Se acerca hacia mí. Parece ligeramente derrotado, el moratón de su ojo se ha puesto ya amarillento y apenas es perceptible. Le hago una señal para que se siente en la cama, a mi lado, mientras levanto el cabecero para estar más cómodo.

—Pues tú me dirás…

Toma asiento, al final, en el sillón donde se suele sentar Isis. Apoya los codos en las rodillas y, tras echarse el pelo hacia atrás con un suspiro, me mira.

—Takeshi, siento todo lo que te dije. No… joder, no pienso eso, y sabes que no es verdad. Solo tienes que ver la de gente que se ha preocupado por ti. Solo… estaba muy dolido…

—Jun, ya basta —niego, alargando la mano hacia él, palmeando su brazo—. Sé que estabas enfadado y… yo tampoco tenía que haberme comportado así, como un neandertal.

—Aún me duele el ojo, ¿eh? Vaya derechazo —Sonríe de medio lado y a mí se me escapa una risita suave—. Me lo merecía.

—No, no es verdad. Yo también he estado comportándome como un idiota todo este tiempo y… Joder, lo siento, de verdad. —Jun empieza a reír, así que arqueo ambas cejas y le miro—. ¿Y ahora qué he dicho?

—Nada, pero seguro que te has estado disculpando con todo el mundo a pesar de haber sido una víctima en todo esto. —Posa la mano en mi pierna, negando—. Takeshi, ya está, te han enredado. Este mundo es una mierda, ya está. Lo importante es que estamos bien, que nos hemos perdonado y que tú has salido de ese embrollo antes de que te liaran una peor.

—Gracias, Jun. —Esbozo una sonrisa, algo más tranquilo, posando la mano sobre la de él. Cojo aire entonces para hablar de lo que quiero, de lo que necesito—. En cuanto a Mimi…

—Eso se acabó, Takeshi. —Niega, suspirando largamente—. Es un imposible y… Tenías razón.

No me estaba dando cuenta, pero quería usarla como un parche para sanar mis propias heridas. Y no es justo para nadie.

—Lo siento…

—No, no lo sientas. Takeshi… —Aprieta mi pierna y me mira serio, lo que me asusta un poco —. Lucha por ella. Te quiere, y tú la quieres. Es obvio que estáis destinados a estar juntos. No seas idiota como yo con Laureen y lucha por ella.



¡Rompe la pareja de moda! Nuestro bombón Bennett vuelve a estar libre, pero con el corazón roto.

Este 2020 empieza muy mal para nuestro querido Takeshi. Fuentes cercanas a la pareja aseguran que durante la famosa fiesta de Insomnia, a la que acudieron juntos, Takeshi pilló a su querida novia… ¡con otro! Ahora entendemos esa terrible salida y la pelea de Isis Jackson con Shanya a las puertas del famosísimo local.

Volver a trabajar después de las vacaciones es mortal. Son las doce de la mañana y ni el café cargado que me he subido de la cafetería de la empresa me ha despertado. Me pican los ojos de las lentillas, me duele la espalda de dormir en el sofá,... Estoy hecha un guiñapo, la verdad. Menos mal que es viernes y voy a tener el fin de semana para descansar.

También es verdad que al final ayer, después de salir de la clínica tras tomar algo con mis padres, Isis y el señor Van der Bos, acabamos yendo de paseo por el centro de Los Ángeles porque a mi padre se le puso entre ceja y ceja comprarse una chaqueta de Los Ángeles Lakers, aunque al final no solo cayó eso, sino que acabó gastando más dinero en Nelly que en él. Total, que llegamos más tarde que mi hermano a casa y acabamos pidiendo pizza por abrumante mayoría. Y para acabar, comenzamos a hablar de nuestra adolescencia en Nueva York, y acabé acostándome a las dos de la mañana. ¡Así normal que tenga sueño!

—Buenos días, señorita Taylor.

Me levanto de golpe de mi asiento cuando el señor Van der Boss sale del ascensor. Le dedico una leve sonrisa y una inclinación de cabeza. Él, cosa insólita, se detiene delante de mi puesto y se gira a mirarme, con esos ojos negros e insondables. Pocas veces lo he tenido tan cerca, y con esa seriedad y su altura —es casi tan alto como Takeshi, así que debe rondar el metro noventa—, impresiona bastante. Yo me tenso un poco, nerviosa.

—Esta tarde le dan el alta a Takeshi.

La noticia me hace sonreír sin poder evitarlo. Hasta suelto una exclamación de júbilo, aunque al momento me disculpo porque no debería haberlo hecho. Aun así, creo atisbar una breve sonrisa en sus labios, muy tenue, antes de volver a hablar.

—Iré a buscarle yo mismo, pero convendría que la casa estuviera templada a su llegada. Como Bast ha estado en mi casa, la calefacción ha estado apagada y estos días ha hecho mucho frío. —

Saca del bolsillo unas llaves y me las deja sobre el mostrador—. Hoy sale a las tres, así que ¿podría hacerme el favor de ir a su casa y encender la calefacción para que a su llegada esté todo a buena temperatura?

—¡Claro! —Miro las llaves, luego a mi jefe y de nuevo a las llaves, las cuales acabo cogiendo—. Será un placer.

Mi jefe se limita a asentir y, tras girarse de nuevo, va hacia su despacho, en el cual se encierra, como siempre, a trabajar. Yo no puedo evitar mirar las llaves, en mis manos, con una sonrisa. Quizá… sí, puede que tenga tiempo de hacer algo para él. Nada muy elaborado, pero… puede que algo que le haga olvidar, por un rato, todo este mal trago.

Cuando llegan las tres y termina mi jornada, me levanto del asiento y me estiro hasta que mi espalda cruje. Mis padres ya saben que no voy a ir a casa, así que van a hacer planes ellos dos solos con Nelly. Tras coger la chaqueta y ponérmela por encima del traje, voy directa al despacho de Naisha para despedirme de ella. Llamo un par de veces a la puerta y ella alza la mano, porque está al teléfono, pidiéndome un segundo.

—Ya… No, no, vale… Sí, ya nos vemos mañana, si no hay más remedio… Hasta mañana.

Cuelga con un suspiro, quedándose un par de segundos mirando el teléfono, antes de alzar la mirada, recolocándose las gafas, y dedicarme una sonrisa.

—¿Ya te vas?

—Sí, ya he terminado por hoy. Oye, Nai… ¿todo bien?

—Sí, sí, es solo que Hunter me ha plantado, para variar. —Se encoge de hombros, suspirando. ¿Pero qué le pasa a ese hombre? ¿No sabe la suerte que tiene de estar con Nai que la trata tan mal?—. Pero empieza la época de exámenes en la Universidad, así que supongo que estará también hasta arriba de trabajo.

—¿Necesitas…?

—¡No, no! —Me corta, sonriendo—. Todo está bien, de verdad. Por cierto… —Mira de repente hacia la puerta que conecta su despacho con el de nuestro jefe, volviendo a mirarme a mí—, ¿no ves a Levi un poco raro? —susurra, reclinándose hacia adelante—. Hoy le he visto sonreír a su teléfono. Dos veces. En un día.

Eso me hace reír a carcajadas, porque no me puedo imaginar a nuestro serio y estirado jefe sonriéndole a un teléfono.

—No sé, quizá haya encontrado a alguien especial.

—No creo —responde, moviendo la mano—. Puede que le pillase mirando fotos antiguas de Maya. Su gata sí que es el amor de su vida. —Pone los ojos en blanco, riendo después—. ¿Nos

vemos el lunes?

—Nos vemos el lunes —respondo, asintiendo—. A no ser que me necesites, entonces nos vemos cuando quieras.

❁❁❁

Cuando la puerta de la casa de Takeshi se abre, Bast es el primero que entra corriendo y se lanza contra mí. Ni siquiera me da tiempo a levantarme del sofá, donde estaba leyendo uno de los libros que Takeshi tiene en la estantería. Lo vi tan desgastado, que pensé que sería uno de sus favoritos, ¡y bingo, acerté! Lo tiene lleno de post-it y apuntes por todos lados. ¿Lo mejor? Que entiendo por qué le gusta tanto. ¿Personas con poderes extraordinarios, que se consideran monstruos, ilustraciones alucinantes, y una ciudad con aire postapocalíptico? Creo que le voy a pedir que me lo deje. El libro cae a mi lado mientras Bast se afana en lamerme la cara, subiéndose encima de mí mientras mueve el rabo súper emocionado. Yo no puedo parar de reír, porque me hace cosquillas, y además me parece tan mono que podría estar horas abrazando su blanco cuerpecito.

—¿Mimi? ¿Qué haces aquí?

La voz sorprendida de Take me hace sonreír aún más mientras intento quitarme de encima a Bast. Cuando lo consigo, este se baja del sofá para ir corriendo a la cocina, donde le he puesto un suculento —puaj— plato de pienso, y yo me levanto por fin, acercándome hacia él. Tiene mejor aspecto todavía que ayer, aunque aún parece algo cansado y sus ojos azules están más apagados que de costumbre. A pesar de eso, en cuanto me acerco me sonríe, enseñándome esos bonitos colmillos y esa dentadura tan blanca. Dios, ¿cómo he podido estar negándome lo mucho que me gusta tenerlo cerca?

—Ya ves, preparando la casa un poco para cuando llegaras. —Mi sonrisa se hace algo más amplia al escucharle reír por lo bajo—. El señor Van der Boss me dio las llaves para que viniera a templarla, así que he aprovechado para traer algo de comida para ti y para Bats y algo más.

—Qué raro se me hace que llames a Levi *«señor Van der Boss»*.

—¡Es mi jefe! No tengo tanta confianza con él como para llamarlo por su nombre de pila —me quejo y él, tras reír, se reclina a besar mi frente con suavidad—. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor. —Deja una bolsa, con ropa sucia supongo, a un lado, antes de quitarse el jersey y quedarse en manga corta. Por favor, ¡qué brazos tiene!—. Mi corazón está bien, mi cuerpo ha eliminado todo el alcohol que había asimilado y bueno, parece que lo que me echaran en las bebidas ya ha dejado de hacer efecto y los restos que puedan quedar ya no son peligrosos para mi salud. El médico me ha dicho que aún daré positivo por drogas en los análisis durante unos días, pero nada grave. me van a tener vigilado por si acaso.

—Siento todo esto, de verdad.

—No es tu culpa, Mimi —me dice, tomando mis mejillas entre sus manos, con mucha ternura—. De hecho ha sido todo culpa mía. No quise hacer caso a nadie, me dejé llevar por Shanya, mi publicista, mi representante y… —Suspira largamente, negando—. Os he acabado haciendo daño a todos.

—Te has hecho daño tú mismo, no a nosotros. Y no lo digo por las fotos, ni por el escándalo que se montó, o el noviazgo falso, sino por ti, porque te conozco. Y si has llegado tan lejos en esta espiral es porque querías borrar algo de tu mente. ¿Me equivoco?

Duda. Su mirada de repente parece más intensa, me acalora, y creo que me estoy sonrojando. Al final suspira y niega, con mucha suavidad.

—No te equivocas.

Sus pulgares rozan mis mejillas con mucha suavidad, provocando una corriente eléctrica que hace que tiemble de la cabeza a los pies. Alzo mis manos para posarlas sobre las suyas, para que no las aparte, dejando que nuestras miradas hablen. Creo que ahora entiendo un poco más lo que hablé con Jun; al final, ambos fuimos una medicina para el otro, o al menos intentamos serlo, porque no puedo negar que desde que vi a Takeshi todo lo que sentía por él ha renacido con fuerza. No comprendía por qué todos los hombres con los que estaba parecían ensombrecidos por algo. Ahora sé que la luz de Takeshi lo había oscurecido todo. Que él, y solo él era la persona que iluminaba mi vida y me hacía sentir completa.

Al final carraspea y se aparta de mí, mirando hacia las escaleras antes de volver a posar su mirada en mí.

—Si no te importa, voy a ducharme. Aunque estos días me he duchado allí en el hospital, no es lo mismo y me siento pegajoso. —Arruga la nariz, como un niño, y eso me hace reír.

—Bien, ve, así me da tiempo a preparar algo para comer. —Veo que va a quejarse, así que le doy un pequeño empujón—. ¡Venga, cochino, a la ducha!

Media hora después, Takeshi baja las escaleras con el pelo ligeramente húmedo, unos vaqueros y una camiseta negra bien ceñida que deja poco a la imaginación. Parece más relajado, y hasta tiene mejor color de cara, así que antes de que pueda decir nada, me acerco a él y le tiendo un pañuelo negro.

—Póntelo en los ojos.

—¿Cómo? —Me mira, confundido, mientras yo le pongo el pañuelo en la mano. No llegaría a ponérselo yo con lo alto que es, así que prefiero que lo haga solito.

—Hazme caso. Te prometo que te va a gustar. —Veo que empieza a ponerse rojo, así que automáticamente me pongo roja también, dándole un pequeño puñetazo en el pecho—. ¡No

pienses cosas raras, cochino! Tú solo ponte eso.

Al final, por suerte, me hace caso, así que se pone el grueso pañuelo negro sobre los ojos y, en cuanto me aseguro de que no ve nada, tomo sus manos y tiro de él, con cuidado, hacia el jardín. Hace un buen rato que ha anochecido y la temperatura ha empezado a bajar, pero aún se está bien, es casi como estar en primavera. Bast está correteando por el jardín, revolcándose feliz por la hierba, mientras yo guío, con cuidado, a Takeshi hasta el lugar donde lo he preparado todo.

—Confía en mí, ¿vale? Ahora siéntate en el suelo. Yo te ayudo.

—No sé yo si fiarme de ti tras taparme los ojos, ¿eh? —bromea, lo que hace que me eche a reír. No necesita mi ayuda para sentarse, sino que lo hace totalmente confiado. Ver que confía ciegamente en mí, aunque sea con esta tontería, hace que mi corazón de un pequeño brinco de alegría. Me coloco detrás de él, y me acuclillo para desatarle con cuidado el pañuelo.

—Sé que no es Central Park ni su mismo cielo —susurro mientras lo hago—, pero espero que al menos estemos tan cómodos como entonces.

Dejo que vea, por fin, lo que he montado. He encendido las luces del jardín, que iluminan todo a nuestro alrededor. Aunque debo decir que antes, sin querer, encendí los aspersores y casi consigo que Bast se pegue una ducha nocturna. En el centro he desplegado un mantel de tela que compré de camino y sobre él he dejado un montón de cosas para picar: nachos con queso, unos cuantos tacos con carne desmechada que he hecho mientras él se duchaba, patatas, unas cuantas salsas y varios botes de refresco. He puesto, como música suave de fondo, *My Chemical Romance*, uno de mis grupos favoritos de la época y que a él no le gustaba nada. Me siento a su lado, enredando el pañuelo entre mis dedos nerviosa, mirando hacia mis manos.

—Espero… espero que te guste, es…

Su mano se posa en mi barbilla y me obliga a que le mire, dejando mi frase a medias. Sus ojos brillan de ilusión a pesar de lo mucho que sé que detesta la música que nos rodea —por eso la puse, porque cuando salíamos siempre le chinchaba poniéndola en nuestras citas—, y cuando quiero darme cuenta sus labios atrapan los míos en un beso que, esta vez, los dos deseamos y podemos darnos. Su beso es lento, cálido y sus dedos no dejan de sujetar con suavidad mi barbilla, como si tuviera miedo de que me escapara. Así que alzo una de mis manos, apoyando el peso de mi cuerpo en la otra al girarme hacia él, para acariciar su mejilla, recién afeitada, mientras mis labios se abren para recibir su lengua. Ambas se enredan, reconociéndose, dejando que, de nuevo, esa sensación tan placentera y tan familiar como es el calor que solo él me provoca recorra por completo mi cuerpo.

Cuando se separa de mí, besa la punta de mi nariz y sonríe.Y esa sonrisa ilumina mucho más que las luces del jardín. Siento que mis mejillas están rojas como dos tomates maduros, ardiendo, pero sin embargo las de él no lo están. Es como si, de repente, esto fuera lo normal, el día a día, y eso me gusta.

—Me encanta, Mimi —contesta, deslizando la mano hacia mi mejilla y de ahí, con cuidado, hacia mi pelo—. Es… es lo mejor que me ha pasado últimamente. Aunque esa música…

—Exagerado —contesto, riendo y agachando un poco la cabeza por la vergüenza, pero enseguida le miro, frunciendo el ceño—. ¡Eh!, My Chemical Romance es genial.

—Qué mal gusto tienes —bromea.

—¿Cómo que mal gusto? ¡Son geniales! —Le saco la lengua y él se echa a reír, cogiendo un poco de crema de queso con el dedo y manchándome la nariz—. ¡Oye! Además si tan mal gusto tengo desde entonces… —bromeo, traviesa, mientras me limpio la nariz.

—Eso por darme la razón. ¡Que yo te gustaba!

—¡Y me sigues gustando, bobo!

De repente los dos nos quedamos en silencio y esta vez sí que enrojece. Aun así, nos sonreímos y miramos hacia la comida, comenzando a picotear. Bast no deja de corretear, pero no tarda en acercarse en cuanto abro el tupper donde había dejado los tacos para que no se enfriaran. Es tan bueno, que a pesar de estar deseando probar la carne desmechada de la que los he rellenado, se limita a mirarnos, sentado frente a nosotros y relamiéndose, soltando leves gemidos de lástima. Emite un ladrido muy suave, como súplica, cuando Take saca un trozo del suyo y se lo enseña. Y hasta que no le da permiso, Bast no se acerca a degustarlo.

Al final acabamos los tres tumbados en el jardín. Bast se ha quedado a nuestros pies, sobre la hierba, y nosotros tras apartar los restos de la cena y apilarlos a un lado, nos hemos dejado caer sobre el mantel con la vista fija en el cielo. De hecho, antes de hacerlo, Takeshi ha apagado las luces del jardín para que podamos ver mucho mejor las estrellas, dejando solo encendidas las del porche para poder ver a la vuelta. El cielo está despejado, la luna aún está creciente y a su alrededor las estrellas titilan al son de su propia melodía. Hace tiempo que las notas de My Chemical Romance han desaparecido para dejar paso a la voz de Bruno Mars y su *When I was your man*. En silencio, dejamos que su voz nos envuelva, del mismo modo que, de repente, la mano de Takeshi envuelve la mía, apretándola con mucha suavidad.

—¿Crees que es verdad que los militares han avistado ovnis? —me pregunta de repente, sin dejar de mirar al cielo.

—Hmmmm… yo creo que sí, pero que los llamen ovnis no significa que sean naves extraterrestres.

—Lo sé. Qué pena.

Los dos nos echamos a reír.

—¿Te imaginas el revuelo que habría si de repente se descubriera que es verdad que en el Area51 han tenido extraterrestres encerrados durante tantos años? —Soy yo la que pregunta ahora, alzando la mano, como si con ella pudiera alcanzar el cielo.

—Sería inhumano —responde—. Sería apartar a alguien de su hogar, y encima para

experimentar, para sacarle todo lo que pueda aportarnos y luego… Desecharlo.

Giro el rostro hacia él, porque de repente siento que no está hablando de lo mismo. Aprieto un poco más su mano y me muevo para que nuestros brazos entren en contacto, para sentirlo cerca y que pueda sentirme él también.

—¿Te sientes así, Take? —susurro, muy bajito.

—A veces. —Deja caer el rostro hacia mi lado para poder observarnos en la oscuridad. No soy capaz de atisbar el color de sus ojos, pero sí el modo en el que las luces del porche, aunque lejanas, se reflejan en ellos—. Y ahora, después de lo que ha pasado, siento que solo quieren exprimirme, sacar lo que les interesa y… —Niega con suavidad, cerrando los ojos.

—Y luego deshacerse de ti.

Asiente, con tanta lentitud que hasta me duele. Poso la mano libre sobre su mejilla, delineando con mis dedos su mandíbula, ahora cuadrada y prominente. Los deslizo de arriba a abajo y vuelta hacia su cabello para enredarlos allí. Su respiración es tranquila, y por un segundo me da la sensación de que ha caído rendido. Pero no es así, porque vuelve a abrir los ojos para mirarme.

—No sé qué hacer, Mimi. Tengo miedo de encender el móvil porque sé que tendré un montón de llamadas de Ryan y de mi publicista. Tengo miedo de que otra de sus ideas vuelva a llevarme por un camino del que no sé si seré capaz de salir. Empiezo a… no sé, a desconfiar de todo este mundo.

—Tienes todo muy reciente, Take, es normal —susurro. No tengo ni idea de cómo es su mundo, y de hecho ni Isis, ni mi jefe quisieron entrar en detalles sobre lo sucedido, pero es obvio que hay algo turbio en todo lo que le ha pasado—. Yo… dejaría que pasen unos días más antes de tomar cualquier decisión, pero creo que si no puedes confiar en tu agente, quizá deberías plantearte buscar otro.

—Todos son iguales —responde, volviendo a cerrar los ojos.

—Seguro que habrá alguno bueno. Habla con el señor Van der Bos, es tu amigo, y seguro que conoce a mucha gente. Él no te dejaría en malas manos.

—Ojalá pudiera estar en tus manos. —Gira el rostro para besar la palma de mi mano, que había vuelto a su mejilla, y siento cómo ese gesto acelera por completo mi corazón.

—Ojalá con ellas pudiera protegerte siempre, Take.

Cuando vuelve a abrir los ojos y me sonríe, siento que exploto por dentro. Me giro por completo para quedar de costado a la vez que él hace lo mismo, juntando nuestros cuerpos. A pesar de que sigue en media manga tiene los brazos calientes, y curiosamente, a pesar de ir con la blusa del trabajo, no siento frío. Posa ahora él su otra mano en mi mejilla y la desliza dibujando su contorno, bajándola por mi cuello, mi costado y mi cintura hasta mi cadera, donde la deja reposar. Acerca su nariz a la mía y la roza, provocando que nuestros alientos se enreden de nuevo y que el deseo de un nuevo beso nos invada. Soy capaz de sentir, tan solo con el roce de

su piel, las ganas que nos tenemos, cómo nuestros corazones se buscan después de tanto tiempo. Y es entonces cuando soy yo la que decide lanzarse a besarle, a abordar sus labios con mi lengua.

Pasamos así un buen rato, tan solo besándonos y acariciando nuestros cuerpos por encima de la ropa. Su cuerpo me es extraño, porque sus brazos tienen otra forma. Ahora son duros y con ellos sé que es capaz de levantarme en brazos si quiere; su pecho y su estómago son voluminosos por el ejercicio que hace, por los músculos que se le remarcan, y yo disfruto de cómo mis dedos reconocen este nuevo terreno. No necesito nada más. Ahora mismo no. Solo sus labios, sus caricias y saber que está bien.

Cuando se separa de mis labios, casi me duele, pero lo hace para volver a rozar su nariz con la mía. Cierro los ojos, dejando que la ternura de su gesto me envuelva y me haga sentir más tranquila. Adoro esta sensación, es como el mecer de las olas en una mañana de verano.

—¿Te quedarás conmigo, Mimi? —susurra sobre mis labios.

—Para siempre y mucho más si hace falta, Take. —Y tras mi respuesta, es él quien acaba robándome un beso con sabor a nuevo comienzo.



Han pasado varios días desde el incidente de *Insomnia* y estoy recuperado al cien por cien. He vuelto a mis entrenamientos mañaneros y a mis carreras por el barrio con Bast. Lo malo es que con todo el escándalo de Shanya —y no solo sus declaraciones, sino un montón de cosas que han estado saliendo en las redes y medios de comunicación desde entonces y que la han dejado por los suelos—, se ha parado la producción de la serie de manera indefinida, y aunque nos han pagado por todo lo que hemos rodado, no sabemos si el proyecto se lanzará de nuevo tras encontrar a una buena sustituta para Shanya, o si ha quedado tan manchado que es insalvable. Es algo que, por lo visto, tendrá que analizar estos meses todo el equipo de producción.Y me da mucha pena, porque el proyecto me estaba encantando.

Shanya, por su parte, tras la reunión en la que nos han anunciado que se suspendía el proyecto, salió por patas sin despedirse de nadie y sin dedicarme ni una sola mirada. Supongo que con todo lo que ha pasado, o está avergonzada, o tiene miedo de que Isis aparezca detrás de mí. Y no me extraña, porque he visto el vídeo de su pelea en Youtube varias veces y hay que reconocer que Isis, para lo pequeñaja que parece, tiene una fuerza y una habilidad de alucinar. Y no sé qué le diría al oído, pero cuando la soltó Shanya estaba blanca.

Mi agente, por otro lado, me llamó para asegurarse de que estaba recuperado y recordarme que la siguiente entrevista para la adaptación cinematográfica de *Monstruo busca monstruo* es dentro de dos días y que, a pesar de tener todas las papeletas para conseguir el coprotagonista, tengo que estar al doscientos por cien si quiero hacerme con él de verdad. No ha mencionado el escándalo de *Insomnia*, ni las declaraciones de Shanya y todo el revuelo que ello ha provocado. Y aunque es verdad que la imagen que se ha visto más dañada es la de Shanya, soy consciente de que hay una parte del público que piensa que en verdad todo esto es por mi supuesta relación con Isis. Pero ni Ryan ni mi publicista han hablado de ello, y no sé cómo sentirme al respecto. Bueno, sí sé cómo hacerlo, pero me da un poco de vértigo dar el paso adelante y más teniendo al alcance de mis manos uno de los papeles que he soñado desde que los libros de Diana F. Dévora cayeron en mis manos. Así que, aunque estoy seguro de que o me mata o se ríe de mí, aparco el coche en Old Pasadena, por suerte en la misma calle en la que vive Isis, y me acerco a su portal mientras llevo en una de las manos una bolsa con una lasaña casera de atún —que sé que el atún le encanta—, una bolsa de sus patatas favoritas y un par de botellas de refresco de cola.

Cuando llego al portal, dispuesto a llamar al telefonillo, una señora mayor con un carro abre desde dentro para salir, así que la ayudo sujetando la puerta —la señora, tras sonreírme, me ha dado las gracias por ser *«tan buen mozo»*—, y una vez me despido de la señora subo las escaleras, de dos en dos, hasta el primer piso. Poco después de llamar al timbre, escucho unos

rápidos pasitos que se acercan y al momento la puerta se abre, recibiéndome una Isis adormilada, con la larga melena recogida en un moño medio deshecho y, para variar, en bragas y con una camiseta de Batman que le viene enorme.

—Joder, Take, ¿por qué vienes tan pronto? —pregunta, dejándome pasar mientras bosteza de manera exagerada.

—¿Tan pronto? ¿Sabes que es la una del mediodía? —Sonrío, caminando directo a la mesita, donde dejo la bolsa. Segundos después, la cabeza de Isis ya está dentro de la bolsa cotilleando a ver qué he traído. Hasta suelta un gemido de gusto cuando reconoce el olor de la lasaña a pesar de seguir metida en su táper.

—¿Y tú sabes que ayer tuve un concierto y que acabamos, entre la fiesta y todo, a las cinco de la madrugada? —pregunta, cogiendo la bolsa de patatas y tirándose en el sofá para abrirla y comenzar a comer—. Buah, tío, gracias por traerme patatas. Mi arsenal está bajo mínimos.

—¿Saliste de fiesta anoche tras el concierto? —Arqueo ambas cejas, mirándola mientras ella parece distraída, disfrutando de su particular manjar—. ¿Cómo es que no viniste después a dormir a casa?

Si hay algo que Isis suele hacer el noventa por ciento de las veces que sale de fiesta, es acabar borracha en la puerta de mi casa pidiéndome refugio. Algunas veces se ha ido con alguno de sus compañeros o con algún tío que ha conocido por ahí, pero de normal —y aún no sé por qué—, acaba refugiándose en mi casa. Isis abre los ojos, mirándome con la boca llena de patatas y sus ojos negros fijos en mí. Parece que su cabeza está buscando algo, ¿una excusa? No lo sé, pero de repente siento que algo ha podido romperse entre nosotros y me da miedo. Me da miedo porque Isis se ha convertido en un apoyo tan grande que no me imagino ya mi vida sin ella.

—Estaba más cerca de la mía. Yo qué sé, a la próxima si quieres voy con la guitarra, borracha perdida, a cantarte bajo la ventana —se burla, señalando la cocina con el pie—. Anda, trae los platos y eso para comer, que esa lasaña me está haciendo ojitos.

Esbozo una leve sonrisa y asiento. Sé que se guarda algo, y no sé si es que, como temo, de verdad se ha roto una parte de nuestra relación, o es que está comenzando una de sus tortuosas relaciones. Porque es cierto que la última vez que empezó a salir con un bombero que había conocido en un bar, se iba con él después de cada concierto. Hasta que cortaron y volvió a refugiarse en mi casa. En fin, supongo que poco a poco me iré enterando. Isis es un caleidoscopio de colores, tan complejo que la cara que te muestra es solo una de las muchas se guarda en su interior.

Tras una comida como las de siempre, recojo los platos mientras ella se estira de manera perezosa en el sofá, emitiendo unos quejidos de perrete amodorrado que me recuerdan a Bast cuando era tan solo un cachorro.

—Isis. —Ahora que estoy de espaldas a ella, lavando los platos en la pila a pesar de que es algo que nunca hago cuando como en su casa, me siento más valiente. Ella contesta con un leve

«¿hmm?» que me invita a continuar—. Quería… quería perdirte perdón. Sé que a tu manera me dijiste que no me metiera en esto y yo no te hice caso. Me metí de lleno, me alejé de ti y encima falté a algo que siempre ha sido importante para los dos. ¡He sido todo un idiota! Además, de no ser por ti… Joder...

Siento, de repente, un azote tan fuerte en el culo que me giro de golpe, con los ojos abiertos como platos y las manos llenas de jabón, para ver a Isis agitando la mano con cara de enfado. ¡Joder, me ha hecho más daño que cuando mi madre me azotaba de pequeño!

—¡Me cago en la hostia, qué culo más duro tienes, coño! —gruñe antes de alzar la pierna y, con el pie descalzo sobre mi trasero de nuevo, empujarme hacia adelante, hacia la pila—. ¿Puedes dejar de hacerte la puta víctima?

—Yo qué sé, Isis, fuiste a buscarme después de todo, estuviste en la clínica conmigo,...

—¿Tú sabes lo que significa la palabra *«amigo»*? Porque chico, ya tienes muchos pelos en los huevos como para no saberlo.

—Lo siento, Isis. —Me giro hacia ella y, antes de que pueda apartarse, tomo sus manos entre las mías, apretándolas con cuidado—. De verdad, no sé cómo agradecerte todo lo que has hecho.

—Bah, tú me has aguantado más borracheras.

—Sabes que no es por eso. —La veo poner los ojos en blanco antes de chasquear la lengua y negar, aunque puedo percibir que sus manos se han tensado al hablar del tema.

—Mira, ¿sabes lo que de verdad me jode de todo esto? Que me quedé sin mi pico de Año Nuevo, y eso sí que no te lo perdono. —Ya está con sus bromas, con sus cosas, pero sé interpretar cuándo Isis no quiere hablar de algo, así que esbozo una sonrisa y me reclino hacia ella.

—Puedo dártelo ahora.

—¡Nop! —exclama, alejándose un poco de mí, pero esbozando una maliciosa sonrisa—. No hay *M&M's* y ya han pasado como veinte días de Año Nuevo, así que te toca esperar hasta el año que viene para probar mis labios, morenazo. Además, ya me lo cobré, por lo que si lo quieres, pídeselo al jefazo. —Abro los ojos como platos cuando la escucho, pero no me deja ni un segundo para responder—. Y sé que no has venido aquí por eso. Va, pilla la caja de pasteles que hay en la nevera y vamos al sofá.

—¿Cómo sabes que he venido por otra cosa?

—Porque te conozco como si te hubiera parido, joder, y sé que algo te ronda la cabeza. —Se suelta de mis manos y camina hacia el sofá de nuevo. Aunque unos pasos antes de llegar, se gira hacia mí, con una expresión algo entristecida a pesar de la leve sonrisa que esboza—. Y porque yo pasé por lo mismo una vez. Solo que yo decidí rendirme y tú debes continuar, *Superman*.

Me deja allí parado, más desconcertado aún, siguiendo con la mirada sus pasos al volver al sofá y dejarse caer como si nada, retomando esa pose despreocupada y haciéndome un gesto con la

mano para que me dé prisa en llevarle los dulces. Y sí, quiero hablar de lo que me ronda la cabeza, pero también quiero hablar de ella. Dejo la caja en la mesa y me siento a su lado, tranquilamente.

—Isis… Sé que no has querido contarle nada a nadie, pero… ¿cómo sabías que estaba en peligro? Y… no me refiero a Shanya…

Se tensa, con una patata a medio camino entre la bolsa y su boca. Es como un pozo sin fin, come como cuarenta y aún no sé dónde le entra. Carraspea y se lleva la patata a la boca, dándome con el pie en el brazo.

—No hay que ser muy tonta para saberlo.

—Isis… Hablo en serio…

—*Buuuuuh*, eso es aburrido. —Sube el pie para intentar darme en la mejilla, pero yo se lo detengo antes de que lo haga—. ¿Pasapalabra?

—¡Joder, Isis! ¡Que somos amigos!

—¡¡Me *abuuuuurrooooooo*!!

La miro con severidad. No me gusta que me tome el pelo cuando hablamos de cosas serias. Al final resopla y se recoloca, sentándose a lo indio, echándose hacia atrás los mechones que caen de su moño a medio deshacer. Está incómoda, pero…, quiero saberlo. Si ella sabe algo de eso…

—Mira… Solo te voy a decir que lo sé. Sé muy bien cómo funciona este mundo, y más aún Raid. Aún… aún no me siento lista para hablar de esto. Pero lo haré. Y cuando esté preparada, serás el primero al que se lo contaré.

Está seria, mucho, y creo que jamás la he visto así. Tan madura. Tan rota por dentro. Y eso me desconcierta: Isis, el huracán, el terremoto, tiene más heridas y grietas en su interior que todos nosotros.

—Y ahora, grandullón, empieza a contarme lo que te ronda por la cabeza.

La charla con Isis ha despejado todas mis dudas y salí de su casa mucho más convencido de lo que debía hacer, así que he despedido a mi agente y, por ende, a su equipo y a mi publicista. Vale, va a ser un follón con la cantidad de propuestas que están llegando, porque ahora mismo figuro como parte de la cartera de su agencia y porque todo va a seguir llegando allí durante un tiempo, pero necesito apartarme de él. Cuando más necesité su apoyo, y su comprensión, más me metió en el fango por ver más hinchada su cartera. Sin embargo, y no sé si es porque se siente en parte culpable por todo lo sucedido, ha prometido seguir pasándome todas las propuestas que le lleguen para mí hasta que dé con un nuevo agente. De hecho, volvió a disculparse en cuanto, tras estrechar su mano, me dirigí hacia la puerta de su despacho.

—Takeshi, una vez más lamento todo esto. Nunca imaginé que Bell y su agente frecuentaran ambientes tan poco saludables. De haberlo sabido…

—Ryan, da igual —le corté, alzando la mano. No sé si lo sabía o no, o si sabe más que yo de todo lo que pasó en esa fiesta, pero no quise saberlo. Ni siquiera sé si todo el tema del abuso de drogas del que se la ha acusado es real o no. No quiero más excusas. Tan solo… tan solo quiero un cambio—. Gracias por estos años, pero de verdad creo que necesito otra cosa, otra política de trabajo, y aunque sé que en tu agencia hacéis lo posible por aumentar la imagen pública de vuestros representados, no me gustan estos métodos.

—Ya te he dicho…

—Lo sé, Ryan, pero ya no puedo fiarme, lo siento. —Ryan suspiró, mirándome desde detrás de su mesa, asintiendo.

—Que te vaya todo muy bien, Takeshi. Te lo digo de corazón.

—Lo mismo digo, Ryan. Hasta pronto.

Así que ahora, en la mesa del salón, tengo un montón de propuestas que leer, además del número de dos agencias de representación que Levi me ha recomendado. Una de ellas, de hecho, es la misma agencia que ha estado llevando la carrera pública de Hana durante estos años, así que parece tener parte de su confianza. ¿Cómo voy a conseguir acomodar todo esto y seguir grabando? No lo sé, pero creo que he tomado la decisión correcta, porque sé que ahora cualquier nueva propuesta, ya fuera de Ryan o de mi publicista, me habría hecho dudar un montón sobre si sería lo mejor no solo para mi carrera, sino para mí. Necesito buscar y trabajar con gente transparente, a la que pueda darle toda mi confianza, y ese trabajo va a ser muy duro.

Cuando llego a casa después de la fase final del casting de *Monstruo busca monstruo*, y con la confirmación de que el papel de *Rayo Negro* es mío, estoy pletórico y agotado. Hoy me he tomado el resto del día libre porque sabía que iba a ser una jornada larga y sobre todo que iba a consumirme mucha energía, así que lo primero que hago es acariciar a Bast y dejarme caer sobre el sofá, sin poder perder la sonrisa mientras miro al techo. Ha sido… buah, brutal. Primero porque he podido conocer a algunas grandes estrellas, ya asentadas, y ver sus pruebas en directo. Uno de ellos, Jason Squid, me ha dejado boquiabierto, porque entre el físico tan impresionante que tiene, y la fuerza que le ha dado a su interpretación, pensé que se iba a quedar con el papel. Pero no, al final han decidido que interpretará a Akira y me darán Rayo Negro a mí. El tío se ha tomado la decisión de manera muy deportiva y me ha dado la enhorabuena en cuanto nos han hecho salir de la sala para esperar la reunión final del casting una vez tuvieran elegidas a nuestras

compañeras. Desprende muy buen rollo, así que tengo bastantes ganas de empezar a trabajar con él.

Una vez confirmado el reparto completo, nos hicieron entrar de nuevo a la sala para que empezáramos a conocernos las caras. Ya que estamos todos libres, han decidido comenzar el rodaje del episodio piloto en un par de semanas, así que la semana que viene empezamos con las pruebas de vestuario —que ya lo tienen casi confeccionado del todo, estoy alucinando—, y maquillaje. A algunos ya los conocía porque he seguido sus carreras; otros ni siquiera me sonaban. Creo que mi mayor sorpresa fue ver a la chica que iba a interpretar a Summer. Joder, Selene Laurent es mucho más guapa e impresionante en persona de lo que creía. Es elegante, sexy, educada y algo seria. Su cabello largo y rubio caoba cae en una cortina ondulada por su espalda y tiene unos impresionantes ojos azules remarcados por una fina línea de rimel. Entre eso, su traje negro de chaqueta y sus gruesas gafas de pasta, ha sido como ver una extraña mezcla entre Levi y Naisha. Pero tengo muchas esperanzas en este proyecto, y creo que va a haber muy buen rollo en el grupo. Si todo va bien, estaremos varios años rodando juntos.

Estoy tan feliz, que necesito compartir todo esto con la persona a la que he estado queriendo proteger estos días —más que nada porque con todo el lío de Shanya me han estado persiguiendo los *paparazzi* por todos lados—, y a la que más necesito sentir ahora mismo a mi lado. Así que cojo el móvil y, tras ver la hora, busco el número de Mimi y marco su número. Dos tonos de llamada después, su voz emerge al otro lado.

—¿Cómo ha ido? ¿Qué ha pasado? ¡Cuéntame!

Su emoción me hace reír y consigue que una cálida sensación anide en mi pecho. Ojalá pudiera tenerla aquí ahora mismo para poder ver cómo brillan sus ojos de expectación, cómo se reclina hacia adelante, nerviosa, y esa sonrisa esperanzadora que le nace sin querer.

—¿Qué te parece si te invito a cenar a casa y te cuento cómo ha ido?

—Cojo el coche y voy para allá. ¿Quieres que lleve algo?

—Con que vengas tú, la velada será perfecta.



Febrero está comenzando y todo parece ir sobre ruedas: Takeshi ha conseguido el papel que tanto deseaba a pesar de no tener nuevo agente todavía, mis padres han vuelto a Nueva York, así que he podido recuperar mi cama, mi hermano por fin ha aceptado que tiene un problema y ha empezado a ir a un psicólogo y las cosas en la empresa parecen ir bien. Incluso el director parece estar mucho más relajado que antes. Creo. No sé, es que con esa expresión tan seria, a veces cuesta saber si está de buen o de mal humor.

La campaña de San Valentín ya se ha lanzado y, por las cifras que Naisha y yo estamos manejando ahora mismo, parece que ha sido un acierto utilizar a Takeshi y a Isis como imagen de la marca porque no dejan de llegar nuevas propuestas por todos lados, tanto de nuevos inversores como de grandes, nombres que desean ser parte de Laksmí. Naisha apenas para quieta, y el señor Van der Bos no tiene más que reuniones y comidas de empresa, lo cual parece ser muy buena señal. Por lo visto, el fiasco del año pasado les había pasado algo de factura y los escándalos mediáticos de Olvia Ziegler provocaron que algunos de los inversores decidieran marcharse con su dinero a otras empresas «menos problemáticas». Sin embargo, parece que lo sucedido con Takeshi y la imagen rebelde y salvaje de Isis han conseguido traer mucha más gente de la que se fue. Y no solo eso, sino que Hana está muy contenta porque tras anunciar su próxima colaboración de Isis con su marca, las ventas de esta se han disparado.

¿Lo malo de todo esto? Que estos días nos estamos quedando hasta muy tarde en el trabajo. Mi hermano, por suerte, ha podido ir todos los días a buscar a Nelly al colegio y llevarla a casa porque sus guardias están siendo de mañana. ¿Lo bueno? Que como no tengo que ir a buscar a mi sobrina, puedo quedar con Takeshi y hemos estado viéndonos mucho más. Todo está fluyendo de una manera tan natural que hasta me da miedo, porque es como volver a retomar el pasado, pero en un presente mucho más complicado. Tenemos que escondernos —de hecho, todos estos días he estado yendo a su casa a cenar y me he quedado a dormir algún que otro día —, para que no nos pille la prensa. Yo… no es que tenga muchas ganas de ser mediática, y soy consciente de que si seguimos adelante acabaré siéndolo, pero prefiero esperar. Y él opina lo mismo. Quiere protegerme todo lo que pueda de las cámaras, y aunque va a ser inevitable que lo nuestro acabe saliendo a la luz, prefiere disfrutar un poco más del anonimato de nuestra relación.

Estoy terminando de recoger mis cosas, por primera vez en días a mi hora, cuando suena mi móvil. Rebusco en el bolso hasta que doy con él y sonrío al ver una foto nuestra en la pantalla. Takeshi me la puso para que apareciera cuando él me llamara, y para que sonase siempre Hurricane de Thirty Seconds to Mars. Así sabría que era él. Descuelgo, entre risas, manteniendo cogido el teléfono entre mi hombro y mi oreja para poder seguir recogiendo las cosas.

—¿No habíamos quedado a las siete para cenar? ¡Son las cuatro aún! —bromeo. Él, al otro lado,

carraspea un poco.

—Mimi… —Su tono avergonzado hace que arquee ambas cejas. Oh, no, va a empezar a pasar como con Naisha y Hunter. ¿Apenas llevamos un mes y ya empiezan los plantones?—, tengo un problema. Se me ha calado el coche a mitad de camino entre casa y el estudio, y aunque Jun se ha quedado esperando a la grúa y me ha traído un compañero, no me pueden llevar de vuelta porque mi hermano tiene guardia y no quiero abusar de mis compañeros y…. bueno… —Va bajando más la voz, lo que hace que me aguante una risa. Ay, madre, que empieza con sus despistes—. He salido tan a la carrera que me he dejado la cartera con el dinero y la documentación en el coche.

—¡Takeshi! —exclamo, intentando parecer dura, pero en verdad riendo por lo bajo.

—¡Lo sé! —contesta él, agobiado—. Salí tan rápido… y encima mi hermano tampoco se ha dado cuenta…

—Quieres que vaya a buscarte, ¿verdad?

—¿No te importa? Aún me queda un rato, estamos ajustando unas cosas del maquillaje y el vestuario, pero…

—Tranquilo, estoy saliendo de la oficina ya. Mándame la ubicación y llego en lo que tarde.

—¡Eres la mejor, Mimi! Habría pedido un Uber, pero…

—Calla, idiota, que no me cuesta. Nos vemos en un rato.

—Te quiero, Mimi. —Esas palabras hacen que me sonroje a la vez que mi corazón salta de alegría. Sí, desde luego estos meses he sido una idiota al no querer darme cuenta de todo lo que Take me hace sentir. Ahora me siento completa.

—Y yo a ti, bobo.

Llego casi una hora después al estudio. Empiezo a acostumbrarme a esto de tener que sacar la documentación cada vez que voy a verle —aunque las últimas veces que estaba Norman en la garita del complejo de Calabasas ni me la ha pedido—, así que la llevo a mano. Por lo visto me ha pedido un pase especial, por lo que me lo tienden tras hacerme una fotografía y me indican el número de estudio exacto en el que están llevando a cabo las pruebas y las primeras fotografías del proyecto. Tras dar las gracias, conduzco por las callejuelas del enorme complejo hasta llegar al lugar que me han indicado. Este sitio es gigante, está lleno de caravanas, de gente que viene y va y de edificios a cada cual más monstruoso. Me siento ahora mismo como una extraña, fuera de lugar, porque yo no debería estar aquí, donde se crean los sueños.

Aparco en un lugar libre que veo cerca de la puerta del estudio, y tras salir con mi bolso y todo en la mano, voy directa hacia la entrada, donde tras confirmar mi identidad de nuevo, me guían por los pasillos. Tras pasar por interminables pasillos, me señalan la entrada a una sala donde un

montón de gente está terminando de preparar el escenario para una nueva fotografía. Hay una enorme mesa llena de aperitivos y bebidas a un lado, con un par de sillas vacías.

—Disculpe, —Se me acerca un muchacho joven, con unos cascos y un chaleco lleno de bolsillos con diferentes aparatos que no tengo ni idea de para qué sirven—, este lugar es privado.

—¡Ah! Lo sé, pero tengo un pase. —Saco la identificación para enseñársela—. Vengo a recoger a Bennett.

—¡Ah, es cierto! El señor Bennet nos ha avisado. Disculpe, pero…

—Lo entiendo, no se preocupe —sonrío, tranquilizadora. Al final, el mundo de la publicidad no dista tanto del mundo del cine.

—Aún tardaremos un poco, así que puede ponerse cómoda.

—Gracias, no molestaré.

Los dos nos sonreímos y, en cuanto el muchacho regresa, a la carrera, con sus compañeros, yo dejo las cosas en una de las sillas libres para sentarme en la otra.

Buah, esto es enorme, parece que todo está en penumbra por la intensidad de los focos que apuntan al escenario que están montando. Vuelvo a sentirme una intrusa, porque de repente voy a saber cómo se crean algunas de las que serán las imágenes icónicas de la serie. O eso espero.

—¡Mimi!

Me giro al escuchar mi nombre y… ¡Jesús! No estoy preparada para lo que tengo delante. Takeshi lleva una larga peluca blanca —que parece de pelo natural—, cayendo algo despeinada por los laterales de su rostro, dejando solo algunos mechones caer por delante. Le han maquillado un poco los ojos para que su azul resalte aún más y hasta le han teñido de blanco las cejas. Pero lo más impresionante es su traje. ¡Oh-dios-mío! Es un traje negro de… no sé, parece neopreno y cuero, que se adapta a todos sus músculos, los cuales se remarcan tanto que hasta me pongo roja. Es como si no llevase nada. Sí, va tapado hasta el cuello, con unas botas de caña alta a juego y algunas partes más reforzadas, pero es que de verdad, con el tamaño que tiene y el traje que le marca los músculos… ¿Tiene más que el fin de semana cuando le vi? Porque es como si, de repente, le hubieran crecido el doble.

Estoy tan atolondrada, que no me doy cuenta de que se ha acercado a mí hasta que no empieza a mover la mano delante de mis ojos.

—Tierra llamando a Mimi. ¿Estás en un viaje astral o algo así?

No contesto. Siento tanto calor ahora mismo que lo único que puedo hacer es ponerme de puntillas y darle un apasionado beso, beber de sus labios con una necesidad que jamás había sentido. Él, aunque al principio parece sorprendido —como es lógico—, acaba por rodearme con sus fuertes brazos para pegarme a él, aunque me aparta pronto.

—Mimi, ehm… —Cuando abro los ojos veo que está rojo como un tomate y que mira hacia otro lado, y no creo que sea por los silbiditos que he escuchado mientras nos besábamos—. Si sigues así, yo… ehm… —¡Oh! El traje, claro. Me pongo roja como un tomate y asiento, alejándome de él. No había caído en que, por supuesto, se le marca absolutamente todo.

—Perdón, yo…

—No pasa nada —responde, reclinándose a besar mi frente—. Gracias por venir a buscarme. Hacemos unas fotos y ya nos podremos ir, ¿vale? Bueno, me tendré que cambiar, pero… en eso tardo poco.

—Sí, claro.

—Eh, Bennett. ¿Vamos?

Al escuchar una voz femenina llamándole, me asomo curiosa para ver quién es. Al fondo, justo en el escenario y con los brazos cruzados, hay una preciosa chica de cabello negro y despeinado, como una leona. Ella viste más normal, con un vaquero, una camiseta negra de media manga y encima una de tirantes blanca, dejando al descubierto su estómago fibroso. Guau, es preciosa y su presencia parece empequeñecer a los que tiene alrededor. Take debe de notar que estoy alucinando, porque sonríe, señalándola.

—Ella es Selene, una de mis nuevas compañeras. Impresiona, ¿eh?

—Mucho, es…

—Sí, es guapísima. Y de normal te juro que es como ver a Naisha con la misma expresión agria de Levi —me susurra al oído, lo que me hace reír—. Espérame aquí y toma lo que quieras, ¿vale? Estás en tu casa.

Me roba un corto beso y se va, trotando, hacia su compañera y el resto del equipo. Vistos juntos ella debe ser como yo de alta, no mucho más, porque Take le saca como una cabeza. Me vuelvo a sentar en la silla y me quedo observando, en silencio, cómo trabajan. Es hipnótico y raro ver cómo todos los que orbitan alrededor de los dos mueven a Takeshi y a Selene como si fueran muñecos. Ellos acatan las órdenes, colocándose en las marcas que les dicen y poniendo las poses necesarias. La última y más impactante es, por lo que puedo ver de reojo en el ordenador de uno de los fotógrafos, la mejor de todas. Take tiene agarrada a su compañera por el cuello con la mano y está casi encima de ella, los dos de pie. Han encendido unos pequeños aspersores por encima de ellos para simular que llueve, y aunque de lejos la imagen no parece decir nada, la potencia que tiene la fotografía es impresionante. No se ve más que a ellos dos, frente a frente, desde el pecho de Take hasta la nariz de él, por lo que de Selene apenas se ve el cuello y un poco las pestañas de abajo. Parecen estar entre enfadados o a punto de besarse, y de hecho la tensión sexual que emana de la imagen consigue subirme los colores de nuevo. Madre mía, quedan guapísimos en cámara.

Hacen unas cuantas pruebas más, un par de fotos individuales —de hecho, para una, rasgan el traje de Takeshi, lo que me parece una locura, para que se vean mejor sus músculos—, y tras darles las gracias llaman a otros de sus compañeros. Takeshi, tras estrechar la mano de Selene y

chocarla con los demás trabajadores, trota hasta mí y, tras sacudirse como un perrete, coloca los brazos en jarras.

—Ya he terminado por hoy. ¿Vamos al camerino y te tomas algo allí mientras me cambio?

Tan solo soy capaz de asentir a su pregunta, porque de verlo se me ha secado tanto la garganta que soy incapaz de hablar.

Cuando llegamos al camerino, Takeshi cierra la puerta a su espalda y, nada más hacerlo, se quita la parte de arriba del traje, que para mayor comodidad parece ir aparte de los pantalones. En cuanto lo hace, el agua que aún queda en la peluca empieza a caer por sus hombros y a deslizarse por sus pectorales, hoy más marcados que nunca. No puedo evitar acercarme, tras dejar mis cosas sobre una mesita, para deslizar mis manos por su piel y dejar que esa misma agua, ahora caliente, moje mis dedos. Él me mira, algo sonrojado, pero sonriendo.

—¿Es posible que unos músculos crezcan tanto en tan solo una semana? —pregunto, en voz baja, a lo que él responde con una carcajada y una negativa.

—No, pero… bueno, me he deshidratado estos días para que las fotos fueran más impresionantes —me dice, con las mejillas aún rojas y una sonrisa en los labios—. Tranquila, todo el proceso de estos tres días me lo ha llevado un médico, así que todo está bien. Ahora, si me permites, necesito beber agua.

—¡Ay, sí! —me aparto y le dejo ir a por una de las botellas de litro y medio cerradas que hay sobre la mesa. En cuanto la abre, empieza a beber con tanta avidez que no solo se derrama por sus labios y empapa su piel, sino que tengo miedo de que acabe poniéndose malo. Aun así, en cuanto parece satisfecho, deja la botella prácticamente vacía sobre la mesa y se deja caer en el sofá, resoplando.

Entonces me mira, sonríe y me hace un gesto para que me acerque a él, cosa que hago sin dudar. Antes de que pueda hacer nada, me agarra de la cintura y tira de mí para que me siente a horcajadas sobre sus piernas, levantando mi falda lo suficiente para que sea cómodo, subiendo luego sus manos por mi cintura y mi espalda hasta mis cabellos, lo que aprovecho yo para poder volver a tocar esos músculos de acero que tiene. Su piel y el contorno de sus músculos se han convertido en mis tactos favoritos. ¿Quién quiere terciopelo si puedo gozar de las cosquillas que me hace el vello de su torso desnudo?

—Ahora sí puedo dedicarte todo mi tiempo —susurra antes de besarme con la misma avidez con la que ha bebido agua. Me pilla tan de sorpresa que suelto un gemido en sus labios a la vez que me aprieto contra él. Deseosa de sentirlo. Y vaya si lo siento.

A medida que nuestros besos se hacen más y más intensos, empiezo a comprender —o más bien a recordar— por qué tenía miedo de que mis besos pudieran provocar una reacción no deseada en su cuerpo. Enseguida soy capaz de sentir su excitación creciendo y apretando mi sexo, lo que hace que el calor de mi cuerpo ascienda casi de golpe. Sus manos terminan de levantar mi falda, con cuidado, hasta dejármela a la altura de las nalgas, agarrándome de ella con sus enormes

manos para poder tirar más de mí hacia su cuerpo.

—Mimi —susurra al apartarse de mí, mirándome con la misma intensidad que vi en el ascensor, con la misma con la que me mira cada vez que nos acostamos, con ese mismo deseo nublando sus azules ojos, como si mi simple presencia fuera capaz de hacer caer todas sus defensas—. Mimi, si me dejas que me cambie…

Vuelvo a besarlo sin dejar que termine de hablar. Intensifico ligeramente mis movimientos sobre él, provocando que ahora sea Take quien gima sobre mis labios.

—No. Quédate así —susurro, con una pícara sonrisa. Él me mira, arqueando ambas cejas, antes de echarse a reír.

—¿Te gusta el traje? Vaya gustos más raros tienes.

—Me gustas tú, idiota —susurro.

—Eso confirma mi teoría.

Y antes de que pueda decir nada, él vuelve a la carga y no solo me besa con más pasión, sino que se levanta, conmigo en brazos, para poder tumbarme en el sofá, con él encima. Y allí, en el que va a ser su nuevo camerino los próximos meses, me hace el amor como nunca me lo han hecho antes.



FIN

AGRADECIMIENTOS

Hacía mucho que no me ponía delante del telado para escribir —o, como en este caso, para reescribir—, y ha sido como volver a casa. No solo por volver a reencontrarme con Mimi y Takeshi, sino también por lo que está por venir. Y es que ya estoy empezando a trabajar en la historia de Isis y Levi, que por una parte contará la evolución de su relación, y por otra os mostrará lo que hay detrász de cada uno, sus fantasmas, sus miedos...

¡Pero eso será más adelante!

Primero, quiero darte las gracias a ti, lector, que has llegado hasta aquí, que has vivido la historia de Mimi y Takeshi a su lado y, con ello, me has apoyado y animado a seguir. Sin personas como tú, mis historias solo serían mías, y no nuestras. Gracias de corazón.

En segundo lugar, gracias a Irene (@iarhiee) por la pedazo de portada que te has currado para esta reedición. No podría tener algo más bonito, de verdad. Eres la caña y te quiero un montón. Gracias por todo, por cada risa, cada charla, cada locura. Gracias por estar en mi vida.

A mi Mónica, mi sister, la hermana que nunca tuve y ahora atesoro con amor. Eres una de las fuerzas que me impulsan, como Irene. Me apoyas y me animas con todo esto y no sabes cómo lo agradezco. Sin ti, algunas de estas historias no habrían visto la luz. Te quiero un montón.

A Carmen, por supuesto, que es la que más me soporta cada día con mis idas y venidas, mis risas y mis enfados. Gracias por mantenerme siempre activa escribiendo con nuestros nenes y no dejar que nunca lo deje. Gracias por ser parte de mi vida, otra hermana más, una familia encontrada que guardo en mi corazón. Te quiero mucho, lechucita.

A Ángela, mi jefa —aunque odia que la llame así— por haberme dado tiempo de revisar y ampliar la novela, e incluso obligarme a ello. Ojalá en el mundo hubiera más Ángelas, polrque sería más divertido y mucho mejor.

A todas mis compañeras, mis libreras vallecanas, porque sois la leche. Me habéis acogido como

una más desde el primer día, y no sabéis lo que lo agradezco. Me siento feliz y orgullosa de ser una de vosotras.

Y a tantos que he agradecido y agradezco siempre por todo, por el amor y el apoyo: a mis padres, a mis tíos Loli y Luis, a mi prima Marta —te amo, leona—, a Álvaro que me sigues viendo allá donde estés, a Cristina, a Roberto... Sin vosotros, no sería la misma.

¡GRACIAS!

Instagram: @narispringfield

Tiktok: @narispringfield